

BERNARD

LES EVASIONS
FLEBRES

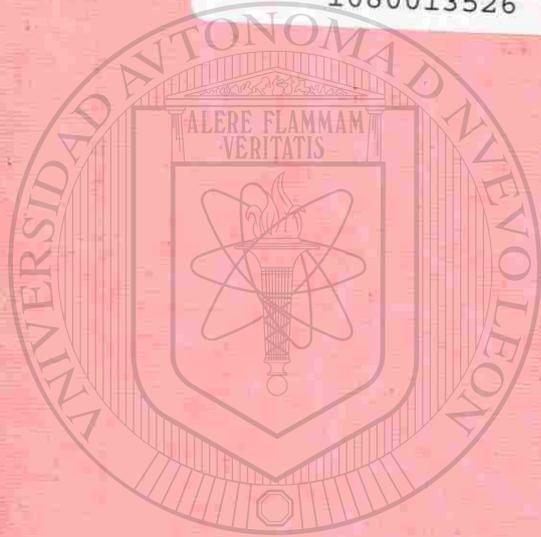
RAJ
HV8657

B4

R. C.



1080013526



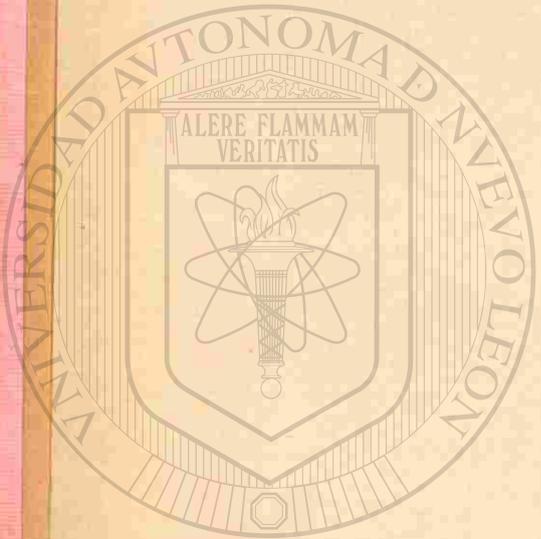
UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

26634
8608.90



BIBLIOTECA
DE LAS MARAVILLAS

publicada bajo la dirección

DE M. EDUARDO CHARTON

U A N L
LAS
EVASIONES CÉLEBRES

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

®

BIBLIOTECA DE LAS MARAVILLAS

LAS
EVASIONES CÉLEBRES

POR

F. BERNARD

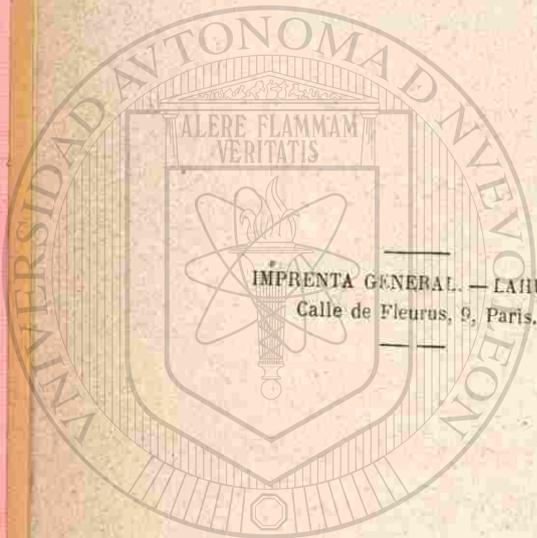
TRADUCIDAS AL ESPAÑOL

POR

D. F. CORONA BUSTAMANTE

OBRA ILUSTRADA CON 26 GRABADOS

POR E. BAYARD



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

PARIS
LIBRERIA HACHETTE Y C.

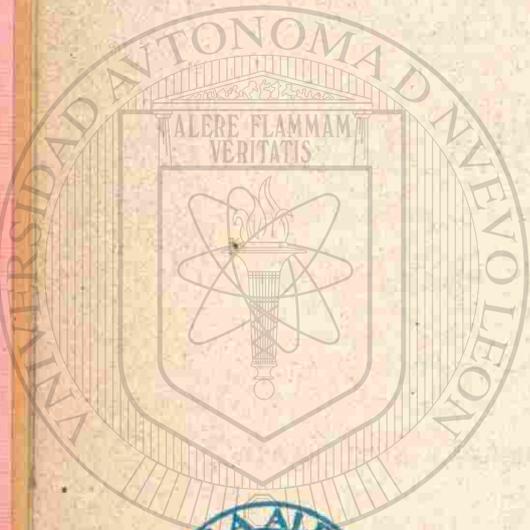
79, BOULEVARD SAINT-GERMAIN, 79

1872

Propiedad de los editores.

HV 8657

B4



FONDO HISTÓRICO
RICARDO COVARRUBIAS

155837

LAS

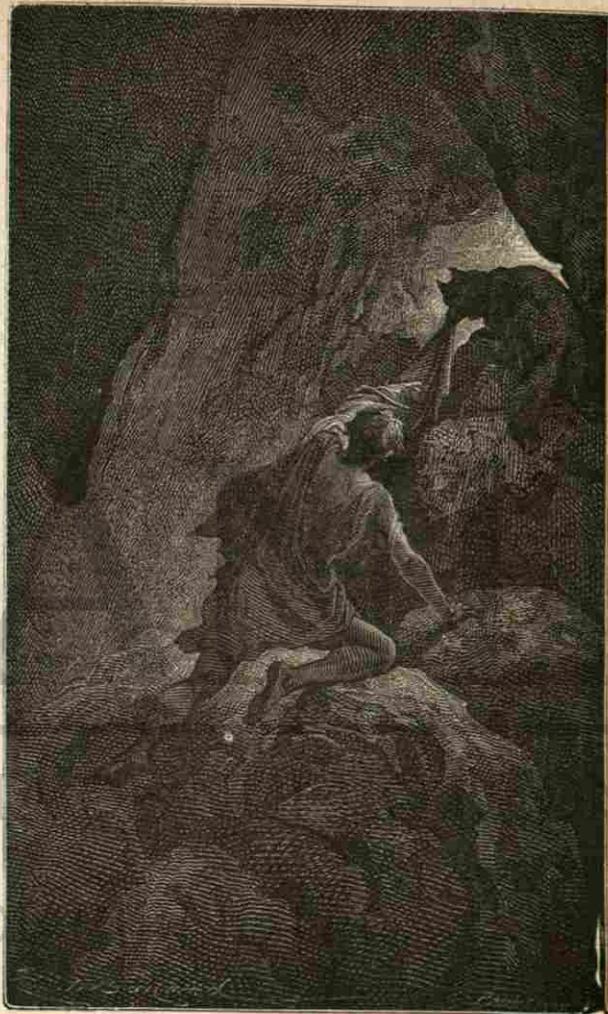
EVASIONES CÉLEBRES

ARISTOMÉNES, GENERAL DE MESENA.

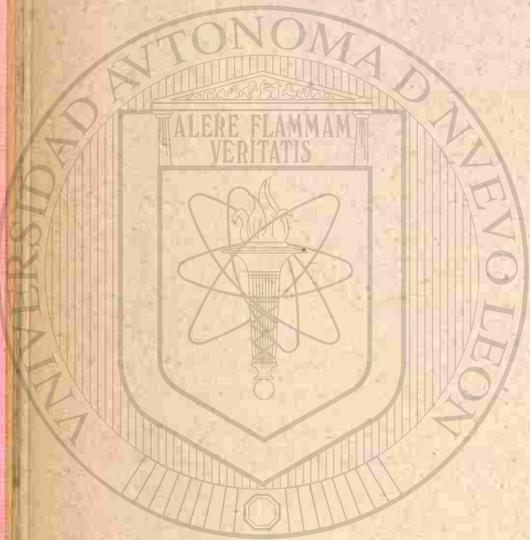
(HÁCIA EL AÑO 684 ANTES DE J.-C.)

Aristoménés, general de los Mesenios, antiguo pueblo de Grecia, en la Morea, sublevó su país contra Esparta el año 684 antes de J. C., auxiliado por los pueblos de Argos, de Élida y de Sición. En una sangrienta batalla contra los Lacedemonios, muy superiores en número, y mandados por los dos reyes de Esparta, recibió defendiéndose con valor, numerosas heridas, que le dejaron por muerto en el campo de batalla. Reconocido por sus enemigos y viendo que aun daba signos de vida, fué recogido y conducido á Esparta con cincuenta de sus compañeros. Allí se resolvió precipitarlos en la Ceada, abismo insondable y sin salida donde acostumbraban arrojar á los condenados á muerte. Llevóse á efecto esta ejecución horrible, pero en esta ocasion como en tantas otras, algun dios intervino sin duda en favor del heroico Aristoménés, pues de sus cincuenta compañeros que murieron en la caída, él solo se salvó como por milagro. Los que refieren las proezas de este célebre general, que tantos dias de luto dió á Esparta, atribuyen en efecto su

salvación á un dios, y los mas entusiastas añaden que un águila, abatiéndose de repente al tiempo de su caída, extendió sus alas y le sostuvo hasta el fondo del precipicio. Pero este incidente, sea sobrenatural, como lo pretenden sus contemporáneos, sea debido á una casualidad feliz, no hubiera servido mas que á prolongar la agonía de Aristoménes, si esta intervencion milagrosa no se hubiera manifestado de otra manera. En efecto, el Cœada, sima cortada á pico, que penetra verticalmente en las entrañas de la tierra, no presenta salida alguna, ni es posible escalar sus paredes escarpadas. Aristoménes, detenido un momento por las ramas de algunos arbustos que crecían en los intersticios de las rocas, cayó al fin al fondo, y quedó extendido envuelto en su manto, esperando su última hora que creía próxima. Así pasó tres días anhelando en vano la muerte. Al fin, al empezar el cuarto, creyó oír á su proximidad algun ruido, y descubriéndose el rostro, vió á la escasa claridad que penetraba en la sima, una zorra que se acercaba á los cadáveres. Naturalmente comprendió de seguida que aquel animal no podia haber penetrado en el Cœada sino por alguna salida oculta que, mas ó menos lejana, debía de existir sin duda. Fortificado en este raciocinio, esperó que la zorra llegase á su alcance, y cogiéndola con una mano, le presentó con la otra su clámide para defenderse de sus mordeduras y así la fué siguiendo por entre las rocas y senderos tortuosos del precipicio. Al cabo de una larga y fatigosa carrera, descubrió en fin una estrecha abertura por donde penetraba la luz, y entonces soltó el animal que se lanzó por ella y desapareció. Aristoménes ensancho con sus manos la salida de la caverna, logró salir de ella, y se reunió á sus conciudadanos. — Esta evasión de la Cœada fué considerada como una prueba manifiesta de la proteccion de los dioses. (Pausanias, *Descripcion de la Grecia*, libro IV, cap. XVIII.)



Descubrió en fin una estrecha abertura



DEMETRIO SOTER.

(162 AÑOS ANTES DE J.-C.)

Demetrio habia sido enviado á Roma en rehenes por su padre Seleuco Filopator. Poco tiempo despues, habiendo Antíoco asesinado á Seleuco y usurpado el trono de Siria, Demetrio pidió al senado su libertad y los medios de reconquistar la corona. Pero, añade Polibio, los senadores aunque movidos por los ruegos de Demetrio, y en parte inclinados en su favor, juzgaron mas útil á los intereses de la república el retener en Roma á este príncipe, y reconocer al hijo de Antíoco como heredero del trono de Siria.

Demetrio renovó diferentes veces y siempre inútilmente sus pretensiones, y queriendo al fin tentar un esfuerzo decisivo, valiéndose de los que mas parecian interesarse por él en el Senado, consultó á Polibio, que le respondió desaprobando su proyecto : — « Debe evitarse el tropezar segunda vez en la misma piedra. No esperéis mas que de vos mismo, y por vuestro valor y osadía mostraos digno del trono. »

El joven príncipe esperaba sin duda un consejo de acuerdo con sus intenciones, y de consiguiente no siguió el de Polibio. Instó de nuevo al senado, y viendo su demanda otra vez rechazada, reconoció que Polibio tenia razon y se ocupó en prepararlo todo para su fuga. Diódoro, que lo habia educado, llegaba justamente de Siria,

y le aseguró que si se presentaba á su pueblo en aquel momento, aunque no fuese con otro séquito que un solo servidor, estaba seguro de que sería al punto proclamado rey.

Polibio, Diódoro y algunos otros amigos del jóven príncipe, se consagraron con entera abnegacion á ayudarle en su proyecto. Un navío cartaginés que se hallaba en la embocadura del Tiber, fué fletado por cuenta de Demetrio, y esto casi ostensiblemente, pues no parece que la vigilancia de la autoridad fuese en esta ocasion muy rigurosa. El flete fué contratado sin misterio, y ninguno se ocultaba para hablar con la tripulacion y fijar el día de la partida. Llegado este, Demetrio reunió sus amigos en una taberna, con el pretexto de preparar una partida de caza: entre ellos, solamente algunos estaban en el secreto, y debian, á un momento dado, embarcarse con sus esclavos. Polibio que guardaba este día la cama por hallarse algo enfermo, temiendo que el jóven príncipe se entregase á los excesos del banquete y que los vapores del vino, al que era aficionado, le hiciesen olvidar la hora de la partida, le envió á la caída de la tarde un esclavo con un billete en que le recordaba sus deberes. Despues de leer esta carta, Demetrio pretextó la indisposicion con que se terminaban en esta época los festines de Roma; y retirándose con sus aliados, volvió á su casa, enviando de seguida sus servidores á Anagnia con la orden de hallarse al dia siguiente con redes y perros de caza, en el monte Circeo, donde tenia costumbre de cazar el jabalí, lo que habia dado ocasion á sus relaciones con Polibio. Los amigos de Demetrio, dieron por su parte las mismas órdenes á sus esclavos, enviándolos á la misma cita, y despues vinieron á reunirse con él en traje de caza, y todos se encaminaron hácia Ostia. Habian anunciado al patron del barco que Demetrio se quedaba en Roma, pero que en-

viaba algunos jóvenes á su hermano encargados de comunicarle sus instrucciones; y como este cambio era indiferente al patron que cobraba igualmente el flete convenido, no hubo la menor dificultad, y Demetrio pudo así embarcarse aquella misma noche con sus compañeros sin ser conocido. Al amanecer el patron levantó anclas y el buque tomó el largo. (Polibio, libro XXXI, frag. XII y siguientes.)

pudo llegar así á la casa de su mujer, donde esperó la noche, y despues se embarcó y pasó á Africa.

Por su parte, el anciano Mario, habia salido felizmente de Ostia y seguia con un buen viento á lo largo de la costa de Italia. Pero aun no estaba tranquilo, pues se hallaban cerca de Terracina donde residia Geminius, uno de sus mas encarnizados enemigos. Así recomendó con instancia á los marineros de alejarse de las aguas de Terracina. Obedeciéronle poniendo inmediatamente la proa hácia alta mar; pero en este momento saltó un viento fresco del largo, y declarándose una furiosa tempestad, pareció imposible tener la mar por mas tiempo: — por otra parte Mario sufría mucho del mareo, y fué indispensable ganar la costa por la parte de Circei, donde abordaron con gran trabajo.

...Se hallaban á veinte estadios á lo mas (una legua) de Minturno, cuando vieron una tropa á caballo que avanzaba hácia ellos por la playa. Dos barcos flotaban casualmente á poca distancia: — todos corrieron á ellos, se arrojaron al mar y los alcanzaron á nado. Granius entró en uno de los barcos, y pasó á una isla que se halla al frente de este punto de la costa, y que nombran Enaria; pero Mario tenia entonces setenta años, y hubiera indudablemente perecido sin la ayuda de dos esclavos que le sostuvieron con gran trabajo sobre el agua y le colocaron en la segunda barca, al tiempo que sus perseguidores llegaban á la orilla y gritaban á los marineros de atracar la embarcacion, ó bien de arrojar á Mario al mar y de continuar su camino. Mario oponia á esta orden sus súplicas y sus lágrimas, y los marineros, despues de haber vacilado largo tiempo, respondieron al fin que no abandonarían á Mario. Los legionarios que perseguian al cónsul vencido, se alejaron entonces llenos de cólera, y apenas habian desaparecido, cuando los marineros, cambiando de nuevo de resolucion, boga-

MARIO.

(AÑO 85 ANTES DE J.-C.)

Amenazado por Sila, que marchaba sobre Roma con poderoso ejército, Mario procuró en vano sublevar al pueblo en su favor, y sabiendo que no podia esperar gracia de un rival á quien habia combatido sin piedad y privado de sus mejores amigos, se vió obligado á ceder y á emprender la fuga. Apenas habia salido de la ciudad, cuando, dispersándose los que le acompañaban, se encontró solo en medio de la oscuridad de la noche, y se vió precisado á detener su marcha, refugiándose en Solonium, una de sus tierras en la campiña de Roma. De allí envió á su hijo á buscar las provisiones necesarias á una casa de campo que poseia su suegro Mucio en las cercanías. El entretanto descendió hácia Ostia donde Numerius, uno de sus amigos, le tenia preparada una embarcacion, y sin esperar á su hijo, se embarcó inmediatamente con su yerno Granius. A este tiempo, el joven Mario habia ya preparado sus provisiones, pero el dia le sorprendió antes de su vuelta, y los soldados de Sila que recorrían la campiña, llegaron á las tierras de Mucio. El arrendador que los vió de lejos, ocultó al hijo de Mario en una carreta cargada de paja, y unciendo á toda prisa los bueyes, salió al encuentro de los soldados, dirigiéndose tranquilamente hácia la ciudad. El fugitivo

ron hacia la costa, y anclaron en el embocadero del Liris (hoy Garigliano), cuyas aguas forman en este sitio un extenso pantano. Allí decidieron desembarcar, para tomar algun alimento, é invitaron á Mario á que les imitase á fin de reponerse del mareo, en tanto que aguardaban se levantase el viento de tierra para tomar mas fácilmente el largo. Mario los creyó de buena fé y siguió su consejo. Dirigióse á un bosquecillo que se hallaba á poca distancia, y recostándose sobre la yerba se entregó al descanso, sin sospechar la suerte que le estaba reservada; puesto que aquellos hombres apenas se vieron fuera del alcance de su vista, volvieron á embarcarse, y se alejaron de la orilla, juzgando que si no era honroso entregar al cónsul á sus enemigos, no convenia tampoco á su propia seguridad el salvarlo.

Así, solo y abandonado de todos, quedó largo tiempo tendido sobre la playa sin proferir una palabra: despues se levantó con esfuerzo y se dirigió penosamente á través de un terreno donde no se veia senda alguna. Despues de haber atravesado breñales espesos y pantanos profundos, la casualidad le condujo á la cabaña de un viejo campesino que vivia allí de su trabajo. Mario se arrojó á sus piés y le suplicó le salvase, ocultándole de sus enemigos, asegurando que si por su proteccion escapaba al peligro presente, la recompensa excederia un dia á todas sus esperanzas. El anciano, sea que hubiese conocido en otro tiempo al cónsul, sea que notara algo en su aspecto que le revelase su alta gerarquía, le respondió que si solo necesitaba reposo, la cabaña bastaria á su seguridad; pero que si era perseguido, él le conduciria á un paraje donde estaria mas oculto. Mario le suplicó lo pusiese inmediatamente por obra, y él le condujo á los pantanos, haciéndole entrar en una hoya á orillas del río, que cubrió luego con espadañas y otras plantas acuáticas.

No hacia mucho tiempo que estaba allí oculto, cuando oyó rumor y voces que venian del lado de la cabaña. Geminius, de Terracina, habia enviado gran número de gentes en su busca, y habiendo pasado algunos de ellos por este paraje, trataban de intimidar al pobre viejo pretendiendo que él debia haber visto y acaso ocultaba al enemigo de Roma. Mario, cediendo á un terror pánico, salió inconsideradamente de su escondrijo, y desnudándose, se arrojó al agua fangosa del pantano, lo que hizo fuese descubierto por los que le buscaban. Sácaronle de allí todo cubierto de cieno, y le condujeron á Minturno, donde le entregaron á los magistrados. Ya era conocido en todas las ciudades de la república el decreto que proscribia á Mario y ordenaba su captura y su muerte. Sin embargo, los magistrados creyeron deber revestir de algunas formas esta injusta sentencia, y mientras deliberaban, hicieron encerrar á Mario en la casa y bajo la guarda de una mujer llamada Fannia que por una causa, ya antigua, era reputada como enemiga irreconciliable del cónsul. Fannia á pesar de ello, no se condujo en esta ocasion como mujer ofendida. La vista de Mario no pareció despertar en ella antiguos rencores, y recibiéndole al contrario con muestras de compasion, le ofreció cuanto tenia, exhortándole á mostrar valor y resignacion en estas circunstancias. El le respondió que estaba lleno de confianza, pues acababa de ver un presagio favorable: despues manifestó el deseo de reposar algunas horas, y pidió que le encerrasen en su cuarto.

En este tiempo los magistrados y decuriones de Minturno habian deliberado y resuelto la ejecucion inmediata de Mario. Publicóse la sentencia de muerte, pero no se encontró un ciudadano que quisiese encargarse de la ejecucion. Entonces un soldado, galo de nacion, segun algunos, y cimbrío, segun otros, tomó una espada y entró en la casa donde se hallaba Mario. El aposento

que le servía de prision recibía escasa luz del exterior y estaba casi oscuro. Cuéntase que el cimbrío creyó ver relucir los ojos de Mario en la oscuridad, y que una voz terrible exclamó :

— ¡Atrás, desgraciado! ¿Osarás tú atentar á los dias de Cayo Mario?

El bárbaro espantado huyó fuera de sí, y al salir de la casa arrojó la espada gritando :

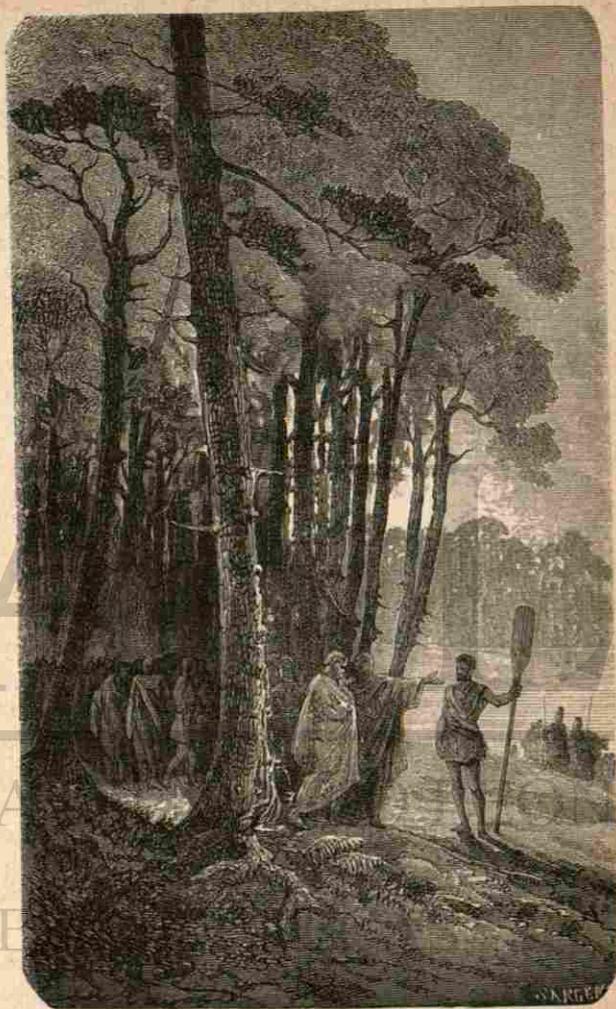
— ¡No!... ¡yo no mataré á Cayo Mario!

Todos quedaron sobrecogidos de espanto y movidos de un sentimiento de piedad que dió lugar al arrepentimiento. Se reprochaban de haber tomado una resolución tan cruel y de haber sido ingratos con un hombre que había salvado la Italia, cuando hasta debían considerarlo como un crimen el no prestarle socorro. Entonces se dijeron :

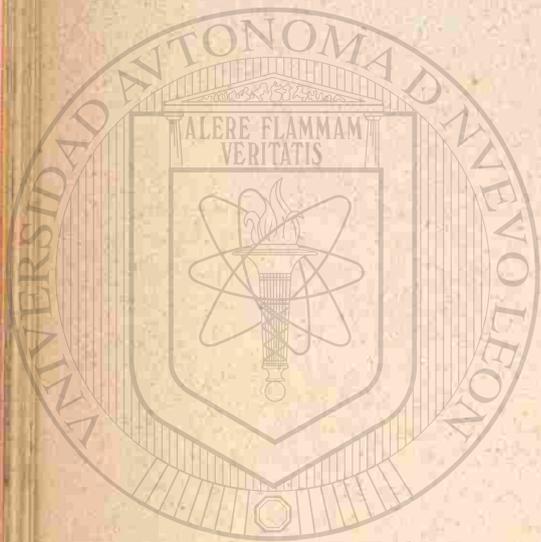
— Que vaya lejos de aquí á sufrir su destino : nosotros rogaremos á los dioses nos perdonen el haberlo arrojado de nuestra ciudad sin prestarle auxilio.

Dichas estas palabras entraron tumultuosamente en la casa, sacaron de ella al prócrito, y escoltado por toda la ciudad le condujeron hácia el mar. Cada uno daba á Mario en el camino todo aquello que creía poder serle útil, y así atravesaron el bosque sagrado de Marica que los separaba de la costa. Un ciudadano llamado Belens, facilitó al cónsul una embarcación que fué provista de todo lo necesario, y así pudo Mario pasar al Africa, donde se reunió con su hijo no lejos de las ruinas de la antigua Cartago.

Cuando algún tiempo despues J. Cayo Mario volvió triunfador á Roma, llamado por Cornelio Cinna, hizo representar en un cuadro todos estos hechos, y lo colocó como ofrenda en el templo del bosque de Marica, cercano al punto donde se había embarcado. (Plutarco, *Vida de Mario.*)



Le condujeron hácia el mar.



ATTALUS.

(SIGLO VI.)

Teodorico y Childeberto formaron por este tiempo estrecha alianza (524), prometiendo bajo juramento no tomar las armas el uno contra el otro; y para asegurar este tratado verbal, se dieron mútuos gajes de seguridad y fianza, y en rehenes varios jóvenes de la nobleza. Entre ellos se contaban muchos hijos de senadores. Pero no tardó en declararse la desunion entre los dos reyes, y entonces los rehenes fueron reducidos á servidumbre y vendidos como esclavos. Muchos, es verdad, se escaparon y volvieron á su país; pero aun quedó en esclavitud gran número, contándose en ellos Attalus, sobrino del bienaventurado Gregorio, obispo de Langres. Vendido como esclavo del Estado, fué adjudicado á un bárbaro de Tréveris que lo destinó á guardar sus caballos. Gran pena y sincera afliccion ocasionó al bienaventurado Gregorio la suerte de su sobrino, y no siendo parte á recaudar su libertad las súplicas ni negociaciones con el rey, decidió enviar sus servidores á tierra de Tréveris, en busca del joven y gestion de su rescate. Pero el bárbaro desechó los presentes de los enviados, diciendo que: « Un esclavo venido de tan alto origen, debía pagar diez libras de oro por su rescate. »

A la vuelta de los enviados, un siervo llamado Leon,

que servia en las cocinas del obispo, vino á este y le dijo :

— Pluguiese á Dios que tú me permitieses ir en busca de Attalus : acaso tu siervo sabria de un modo ú de otro sacarle de la cautividad.

Contentóse el obispo de estas palabras, y Leon fué enviado á tierra de Tréveris.

Llegado que fué, comenzó por avistarse en secreto con el jóven y concertar su fuga ; mas no pudo recabar ocasion propicia, tan vigilado se hallaba y por demas observadas todas sus acciones. Entonces Leon, despues de haber ligado conocimiento con un hombre del pais, tomóle un dia aparte y le dijo : — « Tú vas á venderme como siervo en la casa de ese bárbaro, y el precio que por mí te dieren será todo en tu beneficio. Yo no quiero otra cosa que alcanzar así el medio de ejecutar lo que tengo resuelto. »

El trato fué concluido bajo juramento, y el hombre aquel, por deseo de lucro y codicia, fué y le vendió en doce escudos de oro, y se retiró con su ganancia. Luego el comprador, como era natural hacerlo, procuró inquirir lo que su nuevo servidor sabia hacer, y al paso le adoctrinó en las costumbres de su casa ; y este, despues de haberle escuchado, le respondió :

— Yo tengo grande habilidad en preparar los manjares que se sirven en la mesa de los grandes señores. Tú no podrás hallar mi semejante, ni temo que muchos me igualen en esta ciencia. En verdad te digo, que aun podrias sentar á tu mesa al mismo rey, pues yo sé aderezar un festin como ninguno.

El amo dijo entonces :

— El dia del sol está próximo (así llama la barbarie el domingo) : ese dia yo invitaré á mi casa mis vecinos y parientes, y quiero que les prepares un banquete que excite su admiracion.

Cuando llegó el dia del domingo, el esclavo sirvió un festin tal y tan regalado, que causó pasmo y gran contentamiento entre aquella gente... El amo acordó su favor á este esclavo, y así sucedió que fué tomando autoridad en la casa y en todo aquello de que el bárbaro disponia...

Despues de muchos meses de esta vida, como Leon habia ya adquirido plena y entera confianza de su dueño, un dia se fué á un prado vecino de la casa donde Attalus guardaba los caballos ; y ya allí, acostándose no lejos de Attalus, que reposaba echado en tierra, y puestos de espaldas para que no notasen que hablaban, le dijo al jóven :

— La hora es llegada de que pensemos en nuestro pais. Te advierto que esta noche, cuando entres los caballos y te hayas recogido, no te dejes ir al sueño ; antes bien está preparado, que yo iré á buscarte y partiremos.

El bárbaro habia convidado aquel dia á muchos de sus parientes, y entre ellos á su yerno. El banquete se prolongó hasta cerca de media noche, hora en que los convidados se levantaron de la mesa para entregarse al reposo. Leon siguió al yerno de su amo con un brevaje que le dió á beber en su cámara ; y éste le dijo al tomarlo :

— Díme, tú que eres aquí el hombre de confianza y supuesto que puedes obrar con mas libertad, ¿cómo es que no coges los caballos de tu amo y te escapas á tu pais ?

Lo que él decia en guisa de burla y por chancearse con el esclavo, Leon en el mismo tono le contestó riendo :

— Eso es lo que cuento hacer esta misma noche, si Dios es en mi ayuda.

— Plegue á su voluntad, replicó el otro, que mis servidores hagan buena guarda para que no te llesves de paso algunos de mis efectos.

Y así se separaron riendo de la chanza.

Una hora despues, y cuando todos dormian, Leon llamó á Attalus, y ensillados los caballos, le preguntó si tenia algun arma. El jóven le contestó que no. Entonces Leon entró en la cámara de su amo, y le tomó la adarga y venablo que á un lado pendian; y como este despertándose preguntase quién andaba allí y qué le querian:

— Soy yo, Leon, tu siervo, le respondió el esclavo; la noche avanza y voy á despertar á Attalus para que lleve al abrevadero los caballos. Duerme como un borracho y va á pasar la hora.

— Obra á tu guisa, respondió el amo, y volviéndose en el lecho, se quedó de nuevo dormido.

Leon salió llevando las armas que entregó al jóven, y cogiendo él las que tenia preparadas y las hardas de entrambos, montaron á caballo, y con el resto de ellos salieron pronto al campo.

Llegados al Mosela, se vieron detenidos por el paso de algunas gentes del pais, y obligados á abandonar caballos y efectos y ponerse en salvo. Se arrojaron al río que pasaron á nado sobre sus adargas, y gracias á la oscuridad de la noche, pudieron alcanzar un bosque vecino y ocultarse en él. Así marcharon tres dias sin tomar apenas descanso, y sin encontrar nada para su sustento; hasta que, por la voluntad de Dios, hallaron algunos árboles frutales con que restauraron algun tanto las fuerzas. Al fin, en la noche del tercer dia entraron en un camino abierto, y reconocieron que estaban en el de Champaña. Avanzaron por él entonces mas resueltamente, y habrian andado una legua, cuando oyeron á sus espaldas gran ruido y galope de caballos, y solo tuvieron tiempo de saltar á un lado del camino y de echarse á tierra detrás de unos grandes espinos que allí crecian. Poco tardaron en llegar los caballeros, que se detuvie-

ron un momento indecisos, por cruzarse en aquel sitio varias sendas, y uno de ellos exclamó:

— ¡Lástima grande que me escapen esos miserables! Tomemos por aquí, añadió señalando la senda principal, y juro por mi salud que si logro alcanzarlos, haré ahorcar al uno y picar al otro en menudos pedazos.

Era el bárbaro de cuyo poder escapaban quien decia esto; dos dias cruzaba ya el pais en su busca, y los hubiera encontrado, á no impedirlo la oscuridad de la noche. Con esto, volvieron á emprender su marcha y se alejaron. Leon y Attalus llegaron aquella misma noche á Reims, y habiendo penetrado en la ciudad, encontraron á un hombre á quien preguntaron por la morada del sacerdote Paulellus. Este hombre les dió las señas y acompañó algun trecho, hasta atravesar la plaza, al tiempo que la campana sonaba maitines, pues el dia que comenzaba era domingo. Llegados á casa de Paulellus, llamaron, y un siervo los introdujo en la cámara del sacerdote.

— Mi vision se realiza, exclamó este al reconocer á Attalus; esta noche he visto dos palomas que venian volando á posarse entre mis manos, y la una era blanca y la otra negra.

(Esto ha hecho pensar que Leon era negro.)

— Dios nos perdone, dijo á la sazón el esclavo, si no observamos hoy este santo dia (el domingo nadie comia hasta despues de la misa); os suplicamos nos deis algun alimento, pues este es el dia en que el sol se levanta por cuarta vez sin que hayamos comido pan ni vianda.

El sacerdote ocultó á los dos jóvenes, les dió pan empapado en vino, y se fué á maitines.

El bárbaro á su vez llegó también á Reims, buscando por todas partes á sus esclavos; pero se volvió engañado por Paulellus, que estaba obligado por grande y antigua amistad al bienaventurado Gregorio.

Attalus y Leon, despues de haber reparado sus fuerzas y descansado dos dias en casa del sacerdote, partieron de Reims mas seguros, y llegaron al fin á reunirse con san Gregorio. El obispo, encantado de verlos, lloró de alegría en los brazos de su sobrino; y en cuanto á Leon, despues de colmarlo de presentes, le libró de la servidumbre con toda su familia y le dió una tierra en toda propiedad, en la cual ha vivido libre el resto de sus dias con su mujer e hijos. (San Gregorio de Tours, *Historia eclesiástica de los francos*, lib. III, cap. xv, traduccion de M. Enrique Bordier.)

Attalus fué despues primer conde de Autun.

RICARDO, DUQUE DE NORMANDIA

(SIGLO X.)

Guillermo, *Larga espada*, duque de Normandía, acababa de ser asesinado en las cercanías de Pecquigni sobre el Soma, y su hijo Ricardo, niño aun, estaba llamado á sucederle; cuando Luis de Ultramar, que codiciaba la herencia del jóven príncipe, logró apoderarse de su persona, y bajo el pretexto de darle una educacion digna de su rango, lo hizo trasportar á Laon. Allí lo sometió á la mas estrecha vigilancia, y se mostró tan duro y cruel en su trato, que ya nadie dudó de sus intenciones, y mas cuando se le vió manifestar la intencion de hacerle quemar las corvas, suplicio atroz que la política de la edad media infligia algunas veces á los príncipes que querian privar del trono.

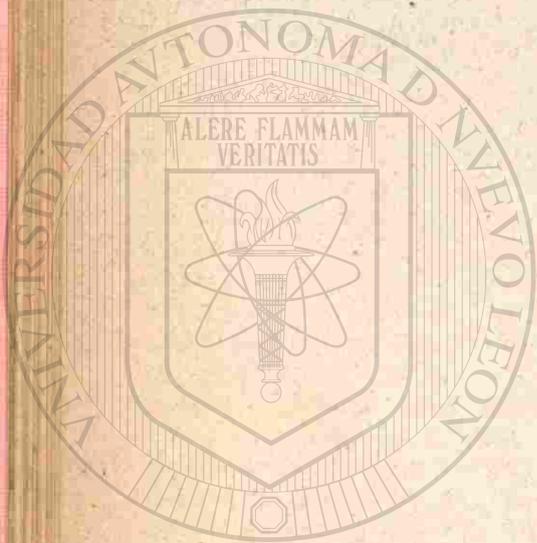
Osmundo, ayo de Ricardo, habiendo conocido la cruel determinacion del rey, y previendo la suerte que estaba reservada al jóven príncipe, se llenó de consternacion y envió inmediatamente diputados á los normandos noticiándoles la dura cautividad de su señor y el grave peligro que le amenazaba. Apenas estas noticias fueron conocidas, cuando se ordenó en todo el pais de Normandía un ayuno de tres dias, y la Iglesia dirigió continuas rogativas en favor de Ricardo. En tanto Osmundo, habiéndose aconsejado con Ivon, padre de Guillermo de Belesme, indujo al príncipe á fingir una enferme-

dad, á no salir del lecho, y á mostrarse tan postrado y débil, que llegasen, si era posible, á desesperar de su vida. El niño siguió sus instrucciones con inteligencia, y permaneció en cama muchos dias, fingiéndose cada vez mas acabado y como si se hallase en la última extremidad. Sus guardias, viéndole en tal estado, fueron descuidando poco á poco su vigilancia, hasta el punto de dejarlo solo á veces con su ayo; y este, viendo al fin la ocasion propicia, y hallándose por casualidad en un patio de la casa un monton de yerba, hizo de él un atado en el que ocultó al niño, y echándose al hombro, salió como para llevar forraje á su caballo. A esta hora el rey se hallaba á la mesa, y los ciudadanos habian abandonado la plaza pública; así pudo Osmundo franquear las murallas y salir de la ciudad.

Apenas fuera de los muros, corrió á una casa donde le tenian preparado un caballo, y lanzándose sobre él con el príncipe en brazos, huyó á todo escape hácia Coucí, donde llegó en breve. Allí confió el jóven Ricardo al castellano, y continuó solo caminando toda la noche hasta la ciudad de Senlis, donde entró al apuntar el día. El conde Bernard se admiró de verlo llegar con tan gran prisa, y le preguntó con interés por su sobrino Ricardo y el estado de sus negocios; y habiéndole contado Osmundo en detalle cuanto habia hecho, el conde se regocijó mucho, y montando ambos á caballo, fueron á verse con Hugo el Grande. Hiciéronle el relato de este hecho, y le pidieron consejo. Hugo les prometió con juramento su ayuda, é inmediatamente reunieron un numeroso ejército con el que marcharon sobre Coucí, de donde sacaron al niño Ricardo y le condujeron en triunfo á la ciudad de Senlis. (Guillermo de Jumieges, *Historia de los normandos*, lib. IV, cap. iv.)



Pudo franquear las murallas y salir de la ciudad.



EL DUQUE DE ALBANI.

(SIGLO XV.)

Jacobo III, rey de Escocia, veía con celosa ansiedad el ascendiente que sus hermanos el duque de Albani y el conde de Mar, iban tomando cada día sobre sus súbditos; y las pérfidas insinuaciones de los hombres viles y oscuros que formaban la sociedad íntima del rey, cambiaron bien pronto sus celos en un odio mortal é implacable. Estos indignos favoritos se complacían en dar pábulo á las aprensiones del débil monarca, poblando de aterradoras ideas su imaginación, y haciéndole ver imaginarias asechanzas de parte de sus hermanos. Unos le contaban que el conde de Mar habia consultado á una hechicera, para saber cuándo y cómo moriria el rey, y que ella le habia contestado que el rey moriria por la mano de sus mas próximos parientes. Otros le presentaron un astrólogo, quien le dijo que habia un leon en Escocia al que darian muerte sus leoncillos. Todo esto hizo tal impresion en el espíritu limitado del rey, que al fin mandó poner en prision á sus hermanos. Albani fué encerrado en el castillo de Edimburgo, y en cuanto á Mar, como se le juzgase mas temible, su suerte fué inmediatamente decidida: el rey le hizo ahogar en un baño, ó, segun otros historiadores, le sacaron hasta la última gota de sangre.

Gran riesgo corria Albani de sufrir la misma suerte: pero sus amigos de Francia y de Escocia velaban por su salud, y habian formado un plan para libertarlo. A los

pocos dias entró en la rada de Leith una pequeña balandra cargada de vinos de Gascuña, y el patron de aquel barco pidió y obtuvo permiso para enviar un presente de dos barriles al príncipe cautivo. El gobernador del castillo dió licencia para que se condujesen á la cámara de Albani, y este, que sospechó alguna cosa, examinó los barriles en secreto, y halló en uno una gruesa bola de cera que encerraba una carta en la que le exhortaban á escaparse, prometiéndole que el barco francés permanecería en la rada, y estaba pronto á recibirle, si él se ingeniaba para venir hasta la orilla del mar. Se le aconsejaba además darse prisa, pues estaba señalada su ejecución para el dia siguiente. Un grueso paquete de cuerdas venia en el mismo barril, para que el príncipe pudiese descolgarse de las murallas del castillo hasta el pié de la roca en que está edificado. Albani comunicó este proyecto á su chambelan, fiel servidor que habia preferido la prision á separarse de su amo, y ambos combinaron los medios de llevar á cabo la empresa.

El punto principal era asegurarse del capitan de guardia. Albani le convidó á cenar bajo el pretexto de hacerle probar el vino que le habian enviado. El capitan no puso dificultad alguna, y despues de colocar dobles centinelas en las puertas y galerías que comunicaban con la prision, vino á la cámara del duque con tres soldados, y tomó parte en la colación preparada. Encontróse el vino excelente, y le hicieron honor como hombres que no hallaban frecuente ocasion de regalarse con tan generosa bebida. Despues de la cena, el duque propuso jugar al chaquete, y el capitan, que se hallaba sentado junto á un gran fuego y que empezaba á sentir los humos del vino, que el chambelan le servia continuamente, comenzó á amodorrarse, así como los soldados, á quienes no habian escaseado tampoco las libaciones. Entonces el duque de Albani, hombre vigoroso, cuyas fuerzas duplicaba

en esta ocasion el mismo peligro, se lanzó de repente sobre el capitan, y de una puñalada en el corazon le dejó muerto. Del mismo modo se deshizo de dos de los soldados, mientras que el chambelan despachaba al tercero, y este acto temerario que se ejecutó con la rapidez del rayo, fué tanto mas fácil de llevar á cabo, cuanto que el estado de embriaguez y la sorpresa de aquellos pobres diablos no les permitió hacer la menor defensa. El duque cogió en seguida las llaves del bolsillo del capitan, y subiendo al terraplen de la muralla, escogieron un sitio retirado, fuera del alcance de los centinelas, para intentar su peligrosa bajada.

El chambelan quiso ensayar la cuerda descolgándose el primero, pero se halló que era muy corta, y cayó rompiéndose una pierna. Hizo entonces una seña convenida para este caso, y Albani sin perder un instante volvió á su cuarto, tomó las sábanas de la cama, y añadiéndolas á la cuerda, se encontró pronto sano y salvo al pié de la roca. En seguida tomó al chambelan en hombros, y se dirigió á la orilla del mar, donde le esperaba en efecto una lancha que le condujo á bordo de la balandra. Pocos momentos despues, esta salia á velas llenas con direccion á Francia.

Durante la noche, la guardia, que sabia estaba su oficial con tres soldados en la cámara del duque, no tuvo el menor recelo ni sospecha de lo que pasaba; pero cuando descubrieron al amanecer la cuerda que pendia del muro, dieron la alarma y se precipitaron hácia la prision. Allí encontraron el cuerpo de uno de los soldados á través de la puerta, y los del capitan y los otros dos extendidos sobre el fuego. El rey quedó en extremo sorprendido de una evasion tan extraordinaria, y no quiso darle entero crédito, hasta que examinó los lugares con sus propios ojos. (Walter Scott, *Historia de Escocia*, primera série, cap. XIX.)

JACOBO V, REY DE ESCOCIA.

(SIGLO XVI.)

Sir Jorge Douglas y su hermano el conde de Angus, casado con la reina Margarita, se habian apoderado de la persona de Jacobo V, niño aun, y el segundo administraba el reino y ejercia, aunque sin título, el cargo de regente durante la minoría. En una palabra, estos dos señores, que habian sabido crearse un numeroso partido, no tendian á otra cosa que á sustituir su propia familia, en el trono de Escocia, á la familia reinante. Diversas tentativas se habian hecho para libertar al rey, todas sin resultado: los partidarios de Jacobo V, habian acabado por tomar las armas, y habian sido derrotados en dos batallas sucesivas; el mismo Jacobo, á quien hicieron asistir á la segunda para paralizar los ataques del partido realista, buscó el medio de huir en el desorden de la pelea, pero Jorge Douglas se le interpuso diciéndole:

— Es inútil que Vuestra Gracia piense escapar á nuestra solicitud: si nuestros enemigos os tuvieran por un brazo y nosotros por otro, preferiríamos veros en pedazos antes que soltaros.

Desde entonces se nombró una guardia del rey, de cien hombres escogidos, mandados por Douglas de Parkhead, de la familia del regente.

Visto, pues, que toda tentativa á mano armada era por

el momento inútil, el joven rey decidió recurrir á la astucia. Pidió á la reina Margarita, su madre, le cediese el castillo de Stirling, que le habia sido asignado á título de viudedad, y que se confiase su guardia á un noble del reino que le era particularmente adicto. La reina accedió á sus deseos, y toda esta negociacion se llevó á cabo con el mayor misterio. Habiéndose así preparado un asilo, Jacobo aguardó una ocasion propicia, y entretanto, para adormecer la vigilancia de Douglas, cambió poco á poco de maneras con el conde de Angus, mostrándose con él mas deferente; lo que hizo creer que desesperado de recobrar su independencia, se iba resignando con su suerte.

Jacobo habitaba por este tiempo en la residencia real de Falkland, situada en terreno favorable para la caza, que era su diversion favorita.

El conde de Angus, Archibaldo y Jorge Douglas acababan de partir, llamados á otros puntos del reino por sus negocios ó por sus placeres; y solo quedó al lado del rey Douglas de Parkhead con sus cien arqueros, de cuya vigilancia estaban seguros. Jacobo juzgó el momento favorable. Para alejar toda sospecha, anunció una partida de caza para el dia siguiente, y ordenó que todos estuviesen prontos al amanecer. Douglas de Parkhead, que nada sospechaba, se retiró á su cuarto á la hora de costumbre, despues de haber revistado el castillo y colocado los centinelas; pero apenas el rey se vió solo, cuando llamó inmediatamente á Juan Hart, su paje de confianza.

— Juan, le dijo, ¿amas á tu rey?

— Mas que á mí mismo, respondió el joven servidor.

— ¿Arriesgarias todo por mí?

— Mi vida, si es necesario, respondió Juan Hart.

Entonces el rey le explicó su proyecto, y cambiando su traje por la librea de un palafranco, bajó con Hart á

las caballerizas como si fueran á ocuparse en los preparativos de la caza. Los arqueros, engañados por su disfraz, no pusieron atención y le dejaron pasar libremente. Tres caballos se hallaban ya preparados fuera del castillo por los cuidados de otro de los criados del rey.

Jacobo montó á caballo con sus dos fieles servidores, y galopó toda la noche ligero como un pájaro que acaba de escapar de su jaula. Al despuntar el día llegó al puente de Stirling, y como el Forth no es vadeable en este sitio y solo puede pasarse por dicho puente ó por una barca amarrada mas arriba, Jacobo mandó cerrar las puertas que defendían el puente y cortar la cuerda de la barca. En seguida penetró en el castillo donde fué recibido y aclamado por el gobernador y la guarnición que, como hemos visto, él habia escogido y colocado allí de antemano. Inmediatamente se alzaron los puentes levadizos, se cerraron los rastrillos y se colocaron centinelas en las almenas y saetías, para estar preparados á todo evento y libres de un golpe de mano. En fin, se adoptaron cuantas medidas exige la prudencia; pero era tal el temor del rey de volver á caer en poder de Douglas, que á pesar de su fatiga, no quiso acostarse hasta tener las llaves del castillo y haberlas colocado bajo su almohada.

Grande fué la alarma al día siguiente en Falkland. Jorge Douglas habia llegado la misma noche de la evasión del rey, y su primer cuidado fué preguntar por él; pero como le dijese que se habia recogido temprano porque debia salir de caza al rayar el día, se retiró á sus habitaciones perfectamente tranquilo. Así pasó la noche, pero aun no se habia levantado, cuando ya tuvo noticias que cambiaron la disposición de su espíritu. Un nombrado Peter Carmichael, bailío de Abernethy, vino muy de mañana á Falkland, y pidió hablar á Douglas

por causa urgente. Introdujéronle en su cámara y la primera palabra que pronunció fué preguntarle si sabia donde se hallaba el rey. Sir Jorge le respondió con extrañeza que á aquella hora debería estarse preparando para la caza.

— Os engañais, dijo entonces Carmichael, yo he visto anoche al rey pasar el Forth por el puente de Stirling.

Douglas se arrojó del lecho y corrió á la cámara del rey. Llamó á golpes redoblados, y no recibiendo respuesta, mandó echar la puerta abajo. Al encontrar el aposento vacío salió gritando:

— ¡Traicion! ¡el rey se ha fugado! Y reuniendo en seguida sus gentes, despachó correos á sus hermanos, y envió en todas direcciones para reunir sus partidarios. Pero el rey hizo publicar á son de trompa que declaraba traidor á todo el que en nombre de Douglas se acercase á doce millas de su persona, ó que tomase parte en la administración del reino. El ejército realista se reunió en Stirling, y los Douglas tuvieron que someterse. Desde entonces empezó la decadencia de esta familia que Jacobo V no perdonó jamás. (Walter Scott, *Historia de Escocia*, primera serie, cap. XXIII.)

BENVENUTO CELLINI.

(1538.)

Benvenuto Cellini vivía en Roma, hacia cerca de veinte años, produciendo esas maravillosas obras de platería que solo ha sabido crear su cincel, obras que han desaparecido desgraciadamente en su mayor parte, y que le eran entonces encomendadas con profusión por los papas, los príncipes de la Iglesia y los grandes señores que visitaban la ciudad eterna. Fiel servidor de Clemente VII, había tomado parte en la defensa del castillo de San Angelo, sitiado por el ejército del condestable de Borbon, y el papa había tenido en él bastante confianza para encargarle desmontar las piedras preciosas del tesoro, y para confiarlas á su guarda durante todo el sitio. Poco tiempo despues grabó para ese mismo pontífice, y luego para su sucesor, las monedas cuyas escasas muestras admiramos hoy, y que rivalizan con todo lo que la antigüedad nos ha dejado de mas bello en su género. Sin embargo, el carácter suspicaz y violento de Cellini le habia creado en medio de todo, grandes y temibles enemistades, sin las que le suscitara naturalmente la rivalidad y la envidia. Sus costumbres eran asunto de escándalo, en una época y en un país que no dejaban de ser tolerantes en la materia, y las memorias que nos ha legado el célebre artista, no justifican en ningún modo los vicios que le reprochaban sus contempo-

râneos. Un platero llamado Pompeo, aprovechando una de las ocasiones que Benvenuto daba con harta frecuencia, habia intentado perderlo en la opinion de Clemente VII; pero aunque no logró completamente su objeto, Cellini no era hombre capaz de perdonar una ofensa, y así, en el interregno que se siguió á la muerte de este papa, la primera vez que encontró á Pompeo, aunque fué en medio del dia y en el paraje mas público de Roma, lo dejó muerto á puñaladas. Este crimen le fué sin embargo perdonado por Pablo III, que le acordó su gracia y le encargó trabajos importantes; y el fogoso artista se ocupaba activamente de ellos, cuando uno de sus oficiales le acusó de haberse apropiado algunas de las pedrerías del tesoro pontifical que le fueron confiadas durante el sitio de Roma. Pablo III perdonaba fácilmente un homicidio, pero no era de tan fácil acomodo cuando se trataba de su tesoro. Además, Pedro Luis Farnesio, hijo del papa, era mortal enemigo de Cellini; y estas circunstancias reunidas eran mas que suficientes para perder al artista.

« Una mañana, dice en sus memorias, habia yo salido á dar un paseo, y dirigiéndome por la via Julia, volvía la esquina de la Chiavica, cuando el *bargello* Crespino, con su banda de esbirros, vino á mi encuentro y me dijo :

— Date á prision en nombre del papa.

Crespino, le respondí : ¿Tú me tomas por otro?

— No, me replicó, tú eres Benvenuto Cellini : te conozco perfectamente, y tengo orden de conducirte al castillo de San Angelo, donde solo van los nobles y las personas de tu mérito.

Cuatro de sus agentes se echaron entonces sobre mí y querian quitarme por fuerza la daga que llevaba al cinto, cuando Crespino añadió : « Que nadie le toque : haced vuestro oficio impidiendo que se fugue, y nada mas. » Luego acercándose á mí, me pidió cortesmente

las armas. Entreguélas de buen grado, y en aquel instante reconocí nos hallábamnos en el mismo sitio donde yo habia matado á Pompeo. En seguida me condujeron al castillo y me encerraron en un calabozo en lo mas alto de la torre principal. Esta fué la primera vez de mi vida que me ví preso, y contaba á la sazón treinta y siete años. »

No le fué difícil á Benvenuto justificarse del crimen de que le acusaban; pero á pesar de esto le retuvieron en prision, sin que le valieran tampoco las instancias de Montfuc, embajador de Francia, que lo reclamó en nombre de Francisco I.

El gobernador del castillo de San Angelo, que era florentino, procuró endulzar la suerte de su desgraciado compatriota, prodigándole las atenciones que eran compatibles con su deber, y le dejó cierta libertad en el recinto de la fortaleza, exigiendo únicamente su palabra de que no intentaria fugarse. A los pocos dias sin embargo, bastó una ligera sospecha para que le encerrasen estrechamente, y algun tiempo despues le volvieron á otorgar una libertad relativa.

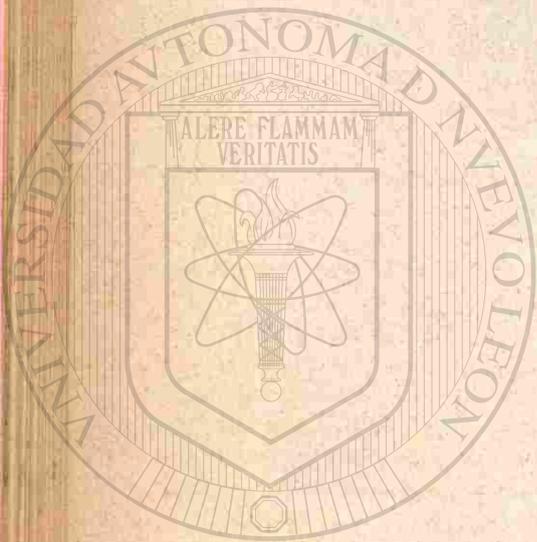
« Cuando yo ví marchar así las cosas, dice Benvenuto, y que la esperanza de mi libertad eran tan problemática como la causa que me retenia en la prision, empecé á considerar mi situacion mas seriamente, y me dí á buscar un medio de salir de ella por mí mismo. La principal dificultad por el momento, era mi palabra empeñada; pero consideré que si un nuevo acceso de desconfianza ó de mal humor hacia que el gobernador me encerrase por segunda vez, esto me libraba de mi empeño y me dejaba árbtiro de intentar mi evasion. Desde que concebí esta idea empecé á preparar los medios de realizarla. Habian empezado á darme sábanas nuevas, mas gruesas que de ordinario, y yo aproveché la ocasion para no devolver algunas de ellas. Cuando los carceleros me las



Fuí dividiendo las sábanas en tiras.

pedian, yo pretestaba haberlas dado á algunos pobres soldados de guardia. y les suplicaba no dijesen nada, pues si llegaba á saberse se les exponia á ir á galeras. Vacíe poco á poco el jergon de mi cama, que debía servirme de escondrijo; teniendo cuidado de quemar la paja en la chimenea de mi calabozo; y despues fuí dividiendo las sábanas en tiras de una tercia de ancho (20 cent.), y anudándolas sólidamente por los extremos, hasta que juzgué habria un largo suficiente para llegar al pié de la torre.

« El gobernador estaba afectado de una singular enfermedad que turbaba completamente su razon, y que le atacaba en ciertas épocas del año, especialmente en la primavera. La crisis se anunciaba dándole una comezon de hablar que le hacia charlar y gritar de continuo; y luego se manifestaba una manía cualquiera, nueva cada año. Esta extraña aberracion era mas ridícula que peligrosa. Así, una vez se figuró que era una rana, y saltaba y cantaba como este animal, de la manera mas cómica del mundo. En otra ocasion se creyó muerto, y pedia á voces que le enterrasen. De ese modo se manifestaba cada vez una nueva locura. Este año, y en la época de que voy hablando, no dejó de presentarse la crisis. Se imaginó que era un murciélago, y se le veía vagar entre dos luces por el castillo, imitando á media voz el chillido de esa ave nocturna, y agitando el cuerpo y los brazos como si tratase de tomar el vuelo. Su médico le visitaba con frecuencia, y sus criados no le dejaban un punto, procurándole toda clase de distracciones; y como vieses que mi conversacion le era agradable, me venian á buscar con frecuencia para que le hiciese compañía. Una tarde me preguntó si no me habia venido nunca á la imaginacion la idea de volar; y habiéndole respondido afirmativamente, quiso saber cómo haria para conseguirlo. Le repliqué que de todos los volátiles,



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

el único que podía imitarse artificialmente era el murciélago. Al oír el pobre insensato este nombre que respondía tan perfectamente á su idea fija, dió un gran grito y exclamó : « Sí, sí, es verdad, ¡eso es! ¡eso es! » Y volviéndose hácia mí, añadió : — « Díme, Benvenuto; si te diesen lo necesario para volar, podrias hacerlo? — « No tiene duda, le contesté, si me dejais libre, soy capaz de volar hasta Prati con un par de alas enceradas que me fabricaré yo mismo. » — ¡Y yo también! yo también podría hacerlo, dijo el gobernador; yo podría hacerlo con menos trabajo, y acompañarte; pero el papa me ha encargado te guarde como las niñas de mis ojos; y como veo por esto que eres un verdadero diablo, y que, sin ser murciélago, serias capaz de escapar, voy á hacerte encerrar mas estrechamente y de modo que no puedas volar. — Yo le supliqué no lo hiciese, arguyéndole que si me quisiera escapar, ya lo habria hecho, pero que estaba retenido por mi palabra; y le pedí por el amor de Dios y en nombre de las bondades que me habia dispensado, no añadiese un nuevo é inútil rigor á lo que yo ya sufría. Nada quiso oír, y me mandó atar y conducir al calabozo que debia ser cuidadosamente cerrado. Viendo que no habia remedio, le dije al salir, en presencia de todos : « Hacedme encerrar bien y guardadme bien, pues os advierto que me escaparé á pesar de todo. » Con esto me condujeron á la prision donde fui estrechamente encerrado.

» Desde que me ví en ella, ya no pensé en otra cosa que en los medios de evadirme. Examiné detenidamente mi calabozo, y creyendo haber encontrado modo de salir de él, saqué las tiras que habia hecho de las sábanas y las medí á palmos, calculando si su extension seria suficiente para descender de la altísima torre del Mastio donde me hallaba encerrado. Satisfecho de mi cálculo, y todo arreglado por esta parte, saqué del jergon unas

grandes tenazas que algunos dias antes habia hurtado con maña al carpintero del castillo, y me puse á tantear los clavos que sujetaban los pernios de la puerta. Aquí tropecé con una dificultad harto grave. La puerta era de doble espesor y no se veía de consiguiente el remache de los clavos; así me costó infinito trabajo arrancar el primer clavo que atacué como ensayo. Al fin conseguí sacarlo, y entonces me puse á reflexionar cómo haria para que no se notase su falta. No tardé en hallarlo. Amasé un poco de cera con el orin que me dejaba el hierro, y así obtuve una pasta con la que imité perfectamente las cabezas de los clavos que reemplazaba en los agujeros á medida que los fui sacando.

» Dejé todos los pernios sujetos por los cuatro extremos, con los mismos clavos que habia arrancado, y que volvía á colocar despues de recortarlos; quedando así la puerta con toda su aparente solidez, pero fácil de abrir á un momento dado. Todo esto fué ejecutado con lentitud y gran dificultad, porque el gobernador, que soñaba todas las noches que me habia escapado, enviaba frecuentemente á visitar mi calabozo, y no me dejaban un momento tranquilo. El hombre encargado de esta visita tenia un nombre propio de sus maneras y oficio: se llamaba el Bozza (nombre que significa á la vez joroba y embuste), y venia siempre escoltado de un tal Giovanni, apodado el Pedignone (el sabañón). — Este era soldado y Bozza carcelero. El Pedignone no venia una vez á mi calabozo que no me dijese una injuria. Era de Prato y habia sido mancebo de botica en su pais; de modo que no le faltaba cierta inteligencia, y se me hacia temible porque examinaba siempre con cuidado y minuciosidad el calabozo. Cada vez que entraba, yo le decia : « Mira bien, examínalo todo, Pedignone; no descuides nada, porque me voy á escapar. » Y me reía á carcajadas. — Estas bromas exasperaban á Giovanni, que

me tomó grande ojeriza. Así tenía yo mucho cuidado en ocultar en el jergon todos mis útiles y aprestos, tanto las tenazas como un puñal de buena dimension y otros objetos análogos. Apenas me levantaba, barria mi cuarto, — pues siempre me ha gustado el aseo — y luego hacia con gran esmero la cama, adornándola con flores que me traía todas las mañanas el carpintero, que ya he citado á propósito de las tenazas, y que se habia hecho muy amigo mio. Cuando llegaban Bozza y el Pedignone, les prohibia tocar á mi lecho ó desarreglar las flores, y si alguna vez intentaron hacerlo por burlarse de lo que ellos llamaban mi manía, me libraba pronto de ellos fingiendo una gran cólera, y desatándome en imprecaciones y denuestos. — «¿Quereis privarme, miserables. — les decia. — de la única distraccion que me consuela en mi soledad? ¿Teneis un placer en torturarme?... Pues sabed que tengo en muy poco la vida, y que si me obligais á ello, con vuestras propias espadas os daré vuestro merecido » — Inmediatamente transmitieron estas palabras al gobernador quien les prohibió expresamente tocar á mi lecho, y venir armados al calabozo; recomendándoles no obstante el mayor celo y vigilancia. Asegurado de este modo mi escondite, lo demas me pareció cosa fácil, pues toda mi empresa dependia de esto.

» Una noche (recuerdo era domingo), el gobernador se encontró peor que de costumbre: la crisis redobló de intensidad, y en el exceso de su locura repetia sin cesar á sus criados que era un murciélago, y que si llegaban á saber que Benvenuto se habia escapado que se lo dijese, pues él me cogeria pronto, porque de noche podia volar mejor que yo. — Benvenuto, añadia, no es un verdadero murciélago como yo, dejadme hacer y vereis como no se me escapa. » Esta nueva crisis duraba ya hacia muchas noches, y sus criados estaban muertos de fatiga. Todos estos detalles los supe por el carpintero

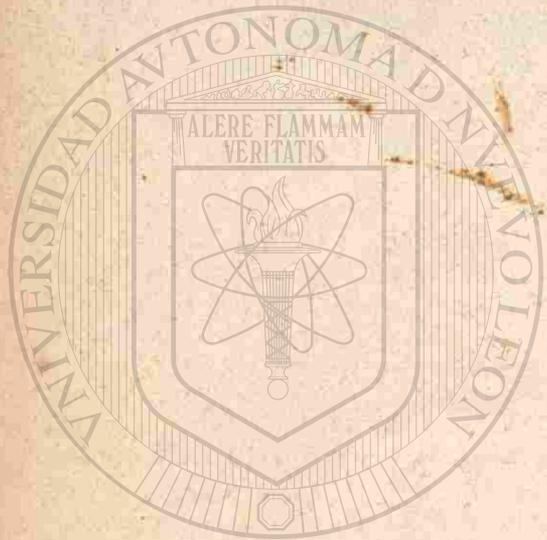
mi amigo, que habia venido á hablarme por la rejilla del calabozo, y al saberlos, juzgué la hora propicia y resolví evadirme esta noche á todo trance. Empecé por encomendarme devotamente á Dios, suplicando á su divina Magestad me ayudase y defendiese en esta peligrosa empresa, y animado de un nuevo ardor despues de esta oracion, me puse á arreglar y concluir mis aprestos de fuga. Dos horas antes de amanecer, arranqué por completo los pernios de la puerta, y la saqué no sin gran dificultad de su marco, á causa del cerrojo. Al fin logré abrirme paso, y cogiendo las tiras de sábana que habia enrollado en dos palos como en unas devanaderas, salí y me dirigí á la plataforma de la torre. Yo llevaba un justillo blanco, con calzas del mismo color, y unos borceguies altos, en uno de los cuales coloqué mi puñal. Busqué sitio á propósito, y hallando un canalon de hierro empotrado en el muro, até sólidamente una de las tiras de lienzo á su extremidad, é invocando de nuevo la ayuda y proteccion de Dios, me suspendí y empecé á descólgarme lentamente. No me detendré á describir todas mis angustias y los graves riesgos que corrí en esta peligrosa bajada. Mil veces mis manos se deslizaron, impotentes ya para sostenerme; mil veces un vértigo siniestro se apoderaba de mí y tenia que cerrar los ojos; en fin, gracias á mi fuerza física y á la energia que me prestaba la desesperacion, pude llegar sano y salvo á tierra. Cuando ya al pié de la torre, levanté los ojos y medí maquinalmente el espacio que habia recorrido, me pareció imposible haber bajado de tanta altura y me estremecí de mi temeridad. Pero al cabo me veia libre, — así lo creía al menos, — y el sentimiento de mi libertad me volvió pronto mi presencia de espíritu. Corrí gozoso hácia el punto de salida que yo creía daba fácil acceso al campo, pero grande fué mi sorpresa al hallar cerrado el paso y mi empresa casi frustrada.

» El gobernador había extendido por este lado las dependencias de su habitación, edificando nuevas caballerizas encerradas en un patio cuyas tapias eran bastante altas. Tanteé las puertas y ví que estaban cerradas exteriormente. Desesperado de no poder salir de allí, comencé á marchar de un lado á otro discurriendo en los medios de salir de tan crítica situación, cuando tropecé con una gran viga cubierta de paja que se hallaba en medio del patio. Levantéla, no sin gran trabajo, y arriándola á un ángulo de la pared, subí por ella ayudándome con piés y manos hasta la cresta del muro. Me puse en él á horcajadas y tiré con todas mis fuerzas de la viga; mas viendo que por su gran peso no me era posible traerla á mí y pasarla al otro lado, até á su extremidad la segunda tira de lienzo que conservaba, y me deslicé al exterior. Mi fatiga al llegar al pié de la tapia era tal, que tuve que sentarme y reposar algunos momentos: tenía las manos desolladas y cubiertas de sangre y mis piernas apenas podían sostenerme. Habiendo descansado un poco, sentí renacer mis fuerzas, y me dirigí con precaucion hácia el último recinto de la fortaleza, por la parte que mira á Prati, y cuyas murallas, segun había podido observar, eran de poca altura. Ya allí, y como la noche era bastante clara, aunque sin luna, me fuí deslizando de almena en almena en busca del paraje menos alto, y al volver á un ángulo de la cortina, iba á pasar adelante, cuando ví cerca de mí un centinela. Volví instintivamente hácia atrás, y tal fué mi temor de haber sido descubierto, — aunque el silencio é inmovilidad de aquel soldado debió hacerme congeturar que no me había visto, — que perdí la cabeza, y sobreco-gido de un terror pánico, me arrojé irreflexivamente por la muralla. La caída fué terrible y el golpe tal que quedé extendido por tierra sin conocimiento.

» Al apuntar el dia, el fresco de la mañana me hizo



Se echaron sobre mí y me mordieron cruelmente.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

volver en mí, aunque sin conciencia de mi posición y sin la memoria de lo que me había pasado. Sentía vivísimos dolores y poco á poco fui recobrando el sentido, y al verme fuera de la fortaleza recordé todo lo que había hecho. Llevé las manos á la cabeza y las retiré ensangrentadas; — entonces me examiné con cuidado todo el cuerpo y ví que no tenía lesión grave, pero al querer levantarme reconocí que me había dislocado un pié. No me desanimé por esto, y desgarrando mi pañuelo, me vendé como pude el pié, y arrastrando sobre las rodillas llegué á las puertas de la ciudad que se hallaban á mas de quinientos pasos del sitio en que había caído.

» Ya en las calles de Roma, fui avanzando con mas celeridad de lo que mi estado permitía, á fin de hallar un abrigo antes de que empezasen á circular las gentes; pero como si todo se hubiera conjurado en mi daño, una bandada de perros dió en perseguirme, se echó sobre mí y me mordieron cruelmente. Yo me defendí con mi puñal, y habiendo herido á algunos, logré ahuyentarlos, y continué penosamente mi camino dirigiéndome hácia la iglesia de la Traspontina.

» Volví la esquina de la calle de San Angiolo, mas como el día avanzaba y temia á cada instante ser descubierto, aproveché el encuentro de un aguador que se dirigia con su asno hácia la vecina fuente, y llamándole, le supliqué me tomase en hombros y me condujese hasta la escalinata de San Pedro. — « Yo soy, le dije, un pobre jóven que, por salvar el honor de una dama, se ha arrojado desde su balcon á la calle. Me he roto al caer una pierna, y como la casa de donde salgo es de una poderosa familia, temo que si me descubren no me vaya la vida en ello. Sálvame, añadí, y te daré un escudo de oro por tu trabajo. » Y añadiendo la accion á la palabra, le dí el escudo prometido. El aguador no dudó un instante en servirme, y tomándome en brazos, me condujo á la

escalinata. Tan luego como desapareció me arrastré de nuevo, atravesando la plaza en dirección del palacio del duque Ottavio, que no estaba distante. La duquesa su esposa era hija del emperador, y había estado casada en primeras nupcias con el duque Alejandro de Florencia. Yo sabía que muchos de mis compatriotas y amigos habían venido á Roma con esta excelente princesa, y que ella en muchas ocasiones había manifestado tenerme en grande estima.

» Me dirigía, pues, hácia el palacio de Su Excelencia, donde habría estado en completa seguridad, y me creía ya con razón libre de todo riesgo. Pero como lo que yo acababa de hacer parecía superior á las fuerzas de un hombre, y que sin duda Dios no quería dejarme esta vanagloria, ó mas bien acaso, que no creyese que había purgado suficientemente mis culpas, un incidente al parecer propicio vino á cerrar el paso á mis proyectos y á prepararme nuevas persecuciones.

» Atravesaba la plaza arrastrándome, como he dicho, sobre las rodillas, cuando fui reconocido por un familiar del cardenal Cornaro, que vivía en el Vaticano. Inmediatamente este hombre corrió á la cámara del cardenal, le despertó y le dijo: — « Monseñor, vuestro protegido Cellini está abajo. Acabo de verlo arrastrándose por la plaza como si estuviera herido ó se hubiese roto las piernas. Sin duda se ha escapado de San Angelo. — Corred, dijo al oír esto el cardenal, id pronto y conducidlo aquí al instante. Decidle que quiero hablarle. » — Cuando me condujeron á su presencia y le hube contado mi evasión, me dijo que no tenía nada que temer á su lado, y enviando á buscar á su propio médico, me hizo poner en un cuarto reservado del palacio, y pasó á ver al papa y á pedirle mi gracia.

» Entretanto corría ya en Roma el rumor de mi evasión. Descubiertas con el día las tiras de lienzo que pen-

dian aun de la alta torre de San Angelo, toda la población iba á verlas, no queriendo creer un hecho tan extraordinario. El cardenal Cornaro, habiendo encontrado en el Vaticano al señor Roberto Pucci, le contó los detalles de mi evasión, confiándole el secreto de mi retiro, y ambos fueron á echarse á los piés del papa, que les dijo antes de dejarlos hablar: — « Ya sé lo que venís á pedirme. — Santísimo Padre, dijo entonces el señor Pucci, venimos en efecto á pedir á vuestra Santidad la gracia de ese eminente y desgraciado artista. Su mérito reclama en su favor, y el hecho mismo de su evasión, en la que ha mostrado una inteligencia y un valor extraordinarios, merece se le perdone. Suplicamos á vuestra Santidad le acuerde su gracia, si toda vez su delito no es de tal gravedad que lo impida. » — Pablo III se ruborizó al oír estas palabras y contestó que solamente me había tenido en prisión mi carácter presuntuoso; « pero como su mérito, añadió, nos es conocido, y queremos retenerle á nuestro lado, hemos resuelto ya su perdón. Decidle que siento se halle tan enfermo; que se cure lo mas pronto posible, y despues ya le haremos olvidar todo lo que ha sufrido. »

» Los dos altos personajes vinieron luego á comunicarme tan buenas noticias, repitiéndome las palabras que había dicho el papa ¹.

El gobernador vino tambien á preguntarle si no le había ayudado alguno en su fuga.

1. Aquí Benvenuto, continuando esta parte de sus memorias, hace decir á Pablo III, que él mismo, en su juventud, se había evadido del castillo de San Angelo; y dá como cosa conocida la causa de su prisión y los detalles de su salida de ella. Pero como las fechas no concuerdan con los hechos que afirma Cellini, hay motivo á dudar, tanto mas, que en ninguna parte hallamos vestigios de estos hechos, harto importantes en la vida de un papa, y sobre todo de un papa como Pablo III, para que la historia haya podido pasarlos en silencio.

« Vuelto á la presencia del papa, continúa Cellini, le contó todo lo que sabia de mi boca, delante del señor Pedro Luis Farnesio, su hijo, — como dejo dicho en otro lugar, mi mas encarnizado enemigo. — Todos los circunstancias manifestaron su admiracion, y el papa exclamó : — « ¡Es un hecho verdaderamente prodigioso! — Y sobre todo de una audacia inconcebible, añadió el señor Farnesio; — no hay mas que dejarle en libertad, y vuestra Santidad verá hasta donde llega su osadía... Como comprobante de ello solo contaré una de sus mas inocentes hazanas. Poco antes de su encarcelamiento en el castillo de San Angelo, á consecuencia de una discusion con el sobrino del cardenal Santa Fiore, en la que toda la violencia estuvo de parte de Cellini, el cardenal, instruido de ello, dijo que si él se mezclaba en el asunto, curaria de una vez para siempre la locura del escultor. Benvenuto lo supo, y, como el palacio del cardenal está enfrente de su taller, un día que su eminencia se hallaba á la ventana, vuestro Cellini tomó un mosquete é iba á tirar sobre él, cuando advertido á tiempo el cardenal, pudo retirarse. Benvenuto entonces, para disimular su intencion, tiró sobre una paloma que posaba sobre un tejado del palacio, y, cosa increíble, le llevó la cabeza con la bala. — Ahora, vuestra Santidad puede hacer lo que quiera, pero ya queda advertido; y si este hombre, que se dice víctima de una injusticia, pretende un día ú otro vengarse, no creo que su carácter feroz se detenga ante consideracion alguna. Ya se le ha visto asesinar á Pompeo en medio de Roma y rodeado de sus amigos. » — El caballero Santa Fiore, que estaba presente, confirmó cuanto Farnesio acababa de contar.

» Esta conversacion produjo una impresion fatal en el ánimo del papa. El cardenal Cornaro vino dos dias despues á pedirle una mitra para uno de sus familiares, el señor Andrés Centano, á quien se le habia ya prometido

para la primera vacante. El cardenal recordó á Pablo III su promesa y este le contestó : — « Es cierto, he dado mi palabra, y vuestro protegido puede contar con lo que solicita; solamente... yo tambien quiero una cosa, y es que me entregueis á Benvenuto. — ¡Cómo, santísimo Padre! ¿despues de haberme acordado su gracia y su libertad?... ¿Qué dirá el mundo de nosotros? — Nada, nada, replicó el papa; vos quereis vuestro obispado y yo á Benvenuto. Dejad al mundo que diga lo que quiera. — Acepto el obispado, respondió el cardenal, sin condicion que me obligue. Vuestra Santidad puede ordenar en lo demas lo que juzgue justo y conveniente. — Yo enviaré á buscar á Benvenuto, dijo el papa algo confuso de faltar así á su palabra : — le haré preparar alojamiento en los cuartos bajos de mi jardin particular, donde será perfectamente tratado y podrá recibir á sus amigos. » — El cardenal volvió á su habitacion y me envió á decir por su familiar Centano lo que el papa exigia. Yo le contesté exponiéndole todo el peligro á que me entregaba retirándome su intervencion amistosa : que tuviese en cuenta me habia fiado á su proteccion, y que puesto que esta no podia serme eficaz, le suplicaba me hiciese conducir al palacio del duque Ottavio, donde hallaria mas seguro refugio.

» El cardenal se hubiera sin duda prestado á la ejecucion de mi proyecto, sin la fatal mediacion de Andrés Centano, que interesado como lo estaba en el negocio, prefirió perderme á perder su obispado. Así avisó de todo al papa que envió á buscarme inmediatamente. »

Perfectamente tratado durante algun tiempo en su nueva prision, Cellini fué enviado poco despues á Torre di Nona, y en seguida reintegrado de nuevo en San Angelo. El gobernador, mas maniático cada dia, y resentido ahora de la pasada que le habia jugado Benvenuto, le hizo encerrar en un calabozo subterráneo donde apenas

penetraba la luz, y donde permaneció cuatro meses sin otro medio de distraccion que la lectura de la Biblia y de las Crónicas de Villani que le facilitó el gobernador. Este pobre hombre enfermó tan gravemente durante este intervalo, que sintiendo cercano su fin y atribuyendo su muerte á Benvenuto, redobló de crueldad con él y le hizo trasportar á un calabozo mas profundo, verdadero *in pace*, donde habian hecho morir de hambre á cierto predicador llamado Foiano. Sin embargo, los amigos de Cellini no permanecian inactivos. Montluc, el embajador francés, pedia cada día con mas instancia la libertad del artista en nombre de Francisco I. El mismo gobernador de San Angelo, vuelto á la razon pocos dias antes de su muerte, lo recomendó eficazmente á Pablo III; y en fin, el cardenal de Ferrara, á su vuelta de la legacion de Francia, habló de tal modo en favor del artista, que el papa se decidió á devolverle la libertad. El cardenal se hizo dar las órdenes necesarias, y él mismo envió á buscar á Cellini, que salió esta vez del castillo de San Angelo para no volver á entrar jamás.

MARÍA ESTUARDO.

(1568.)

Luego que los lores escoceses confederados, á quienes María Estuardo habia sido entregada prisionera despues de su derrota de Carberryhill, hubieron decidido resueltamente destronarla y que permaneciera en prision, la hicieron encerrar en el castillo de Loch Leven, situado en una isla del lago de su nombre. Esta fortaleza fué escogida no solamente por su posicion ventajosa, sino porque en ella debia encontrar la real cautiva una vigilancia mas eficaz é incesante, puesto que iba á estar bajo la guarda de su mortal enemiga Margarita Erskine, madre de William Douglas, el poseedor actual de Loch-Leven. Esta mujer implacable habia tenido de sus amores con Jacobo V, un hijo que se obstinaba en considerar como legítimo heredero de la corona de Escocia, y veia de consiguiente en María Estuardo la usurpadora del rango y de la fortuna que le pertenecian. Al resentimiento que su desmedido orgullo y su burlada ambicion suscitaban en ella, se añadia su intolerancia religiosa: era presbiteriana, y su fanatismo, unido á su rencoroso carácter, la constituian en un terrible guardian para la pobre reina.

Despues de haber sido obligada por la violencia á abdicar la corona en favor de su hijo, María Estuardo fué sometida á una completa incomunicacion, por temor de

que dirigiese sus reclamaciones á los soberanos extranjeros, ó de que concertase su evasión con los numerosos amigos que tenía en Escocia. Encerrada en el estrecho é incómodo aposento de uno de los torreones de la fortaleza, y en medio de un islote donde no se podían andar cien pasos, no la era permitido ni aun escribir sino es durante el sueño de sus carceleros, que, por un exceso de precaucion, hacian dormir sus hijas en el mismo aposento de la reina.

Pero todas estas precauciones, dice M. Mignet, debian ser insuficientes. La belleza de María, su irresistible atractivo, y hasta sus mismas desgracias, ejercian un poder extraordinario sobre todos los que se le acercaban. Uno de los hijos de Margarita Erskine, Jorge Douglas, hermano uterino del regente Murray, no pudo resistir, como tantos otros, á esta influencia; y conmovido y subyugado y al fin ardientemente apasionado de la seductora cautiva, que no desanimó sus esperanzas, resolvió librarla de la prision. — Un dia que logró adormecer la vigilancia de su madre, hizo salir á María Estuardo del castillo, vestida con el traje de la lavandera que traia la ropa á Loch Leven. A favor de este disfraz, la prisionera pasó por todas las puertas sin ser conocida, y se embarcó en la lancha que debia conducirla á la orilla opuesta, donde la esperaban Jorge Douglas y algunos de sus partidarios. Ya se creia en salvo, cuando, en medio de la travesía, uno de los barqueros que pensaba dirigirse á una muchacha de su condicion, empezó á tomarse con ella algunas libertades, y, chanceándose, quiso levantarla el velo. María llevó vivamente la mano para impedir que vieran su rostro, y el barquero, al notar la blancura y belleza de aquella mano, adivinó que era la reina á quien conducia. Ella no se desconcertó al verse descubierta, y ordenó imperiosamente á los barqueros que bajo pena de muerte la condujeran á la otra orilla;

pero ellos, que temian mas la severidad del laird de Loch Leven que las amenazas de una reina destronada, la volvieron á la fortaleza.

Despues de esta desgraciada tentativa del 25 de marzo, el rigor y la vigilancia redoblaron en Loch Leven; Jorge fué desterrado de la isla y privado de todo medio de accion para llevar á cabo su proyecto; pero él supo conservar inteligencias con el castillo, por medio de un jóven pariente de quince á diez y seis años que servia á su madre en calidad de paje.

La prisionera desesperaba ya absolutamente de recobrar su libertad: las precauciones se multiplicaban al rededor de ella, y la vigilancia era incesante. Sin embargo, ella pudo escribir y dirigir sus misivas en todas direcciones en busca de un apoyo, y así envió diversas cartas á la reina Isabel, á Catalina de Médicis y á Carlos IX, suplicándoles le prestasen proteccion y ayuda. Mas en el mismo momento en que se creia condenada á una prision perpétua, Jorge Douglas con ayuda de su primo, el jóven paje, preparaba su evasión, mientras que los Seaton y los Hamilton, avisados por él, reunian á sus partidarios y se preparaban para ir á recibir á la reina á su salida del castillo.

El domingo 2 de mayo de 1568, fué escogido para esta segunda evasión, mejor concertada que la primera.

La comida se hacia en comun en Loch Leven; y mientras que todo el mundo estaba á la mesa, el castillo permanecia cerrado y las llaves se ponian al lado del castellano. Durante la cena de este dia, el pajecillo Douglas que servia al laird, al quitar y poner los platos, logró apoderarse de las llaves: y como al levantarse de la mesa todos se recogian, en especial el castellano, que se retiraba de costumbre un si es no es turbado por los vapores del vino, el paje esperó que estuviesen entregados al sueño, y sacando á María y á su camarera de la

torre, cerró al salir las puertas del castillo para impedir que los persiguiesen, y entrando en un esquife amarrado al pié de la roca, remó vigorosamente hasta la opuesta orilla, arrojando de paso en medio del lago las llaves del castillo. Antes de empezar su aventurado viaje, el jóven, siguiendo sus instrucciones, habia colocado una luz en una ventana, que debia servir de aviso y noticia de buen éxito á los amigos de la reina.

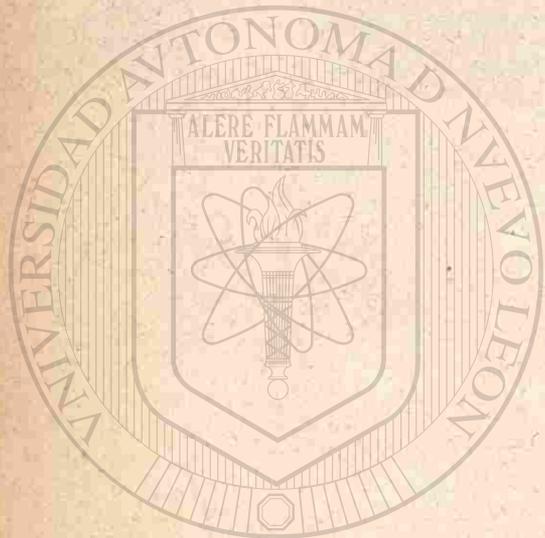
Lord Seaton y muchos deudos y amigos de la familia Hamilton los esperaban en el lugar de desembarco. La reina montó inmediatamente á caballo, y dirigiéndose á toda prisa hácia Niddry, residencia de Seaton en el Lothian occidental, reposó allí algunas horas, y partió despues para el castillo fortificado de Hamilton. Allí fué recibida por el arzobispo de San Andres, y por lord Claude, que salió á su encuentro con cincuenta caballos.

La noticia de esta evasion, — dice Walter Scott, se esparció en Escocia con la rapidez del rayo, y por todas partes fué acogida con entusiasmo. El pueblo recordaba la afabilidad, las bondades y las desgracias de María, y si pensaba en sus errores, era para decir que estaban demasiado castigados. El domingo, María Estuardo era una triste prisionera abandonada de todos en una torre solitaria, y el sábado siguiente se encontraba á la cabeza de un poderoso partido en el que se contaban nueve condes, ocho lores, nueve obispos, y numerosa cantidad de nobles y caballeros ligados para defenderla y sentarla de nuevo en el trono. Pero esta esperanza, como el fulgor de un meteoro, brilló solo un instante.

Las llaves arrojadas en el lago por el paje Douglas, fueron encontradas en 1805 por un pescador, y se hallan depositadas en Kinross. Aun llaman hoy en el país *Mary's Knowe* (eminencia de María), el sitio en que desembarcó la reina fugitiva en la orilla meridional del lago de Loch Leven.



Remó vigorosamente hasta la opuesta orilla.



CAUMONT DE LA FORCE.

(1572.)

Al empezar en Paris el degüello de la *Saint-Barthélemi*¹, y en el momento en que la tropa y el populacho entraban por la calle de Seine, el señor de la Force, que habitaba en este barrio, instigado por su hermano para huir en su compañía con otros protestantes que le acompañaban, no quiso abandonar á su hijo mayor que se hallaba convaleciente, y fuera de estado de seguirlos. Se quedó, pues, en su casa con sus dos hijos, y bien pronto se vió rodeado de soldados que venian á darle muerte. Dejólos penetrar en su cuarto sin oponer la menor resistencia, y ofreció al jefe de aquellos miserables dos mil escudos de rescate si los dejaban con vida; y entonces los condujeron á una casa de la calle de Petits-Champs, donde los dejaron guardados por dos suizos, despues que el señor de la Force les dió su palabra de honor de no intentar escaparse él ni sus hijos. Esclavo de su palabra, el desgraciado padre esperó con resignación la suerte que le reservara el destino, y desechó una

1. Día de San Bartolomé, 24 de agosto de 1572, en que tuvo lugar el degüello de todos los protestantes de Francia, bajo el reinado de Carlos IX.—No nos hemos creído autorizados á traducir este nombre, que al hablar del hecho á que se refiere, se emplea generalmente en francés en todos los idiomas. (N. del traductor.)

y otra vez las ofertas que le hicieron sus guardianes, y no quiso escaparse y ponerse en lugar seguro.

« A la mañana siguiente, — dicen las *Memorias* de la Force, llegó el conde de Coconas con cuarenta soldados suizos y franceses, y habiendo entrado en la casa, dijo Coconas al señor de la Force : — « Vengo á buscaros de orden de Monsieur (el hermano del rey), que habiendo sido advertido de vuestra prision, quiere hablaros. »

» El tono con que fueron dichas estas palabras y la embarazada apostura del conde, daban á conocer claramente sus designios. En seguida, viendo que la Force y sus hijos querian cambiar de traje para presentarse con mas decencia, añadió que no era necesaria tanta ceremonia, y que lo que importaba era que se diesen prisa. Y en seguida los despojaron de sus capas y parte de sus vestidos, de suerte que vieron claramente que iban á morir.

» El señor de la Force dijo entonces que era inútil que le engañaran, que no era al Louvre adonde le conducian; y se quejó amargamente de que le faltaran así á la palabra, asegurando que el dinero que habia prometido estaria pronto cuando quisieran.

» Coconas los hizo salir de la casa, conducidos entre dos hombres cada uno, y á los pocos pasos comenzó la carnicería.

» El padre iba delante, el hijo mayor en seguida, y el menor el último. Llegados al fondo de la calle de Petits-Champs, cerca del baluarte, los soldados gritaron : ¡ Mata, mata ! y á esta señal convenida, acribillaron á puñaladas al hijo mayor de la Force, que cayó exclamando : ¡ Ah, Dios mio ! ¡ muerto soy ! Volvióse al oír esto su padre, y aun no habia hecho este movimiento, cuando cayó tambien herido de muerte. El hijo menor, cubierto de sangre, aunque, como por milagro, sin haber recibido ninguna herida, tuvo una repentina inspiracion, y gri-

tando á su vez : ¡ Muerto soy ! se dejó caer entre su padre y su hermano, que aun estando por tierra recibieron nuevas heridas sin que él recibiese tampoco el menor rasguño. Dios le protegía tan visiblemente, que á pesar de haberlos despojado los asesinos hasta de la camisa, no reconocieron que habia uno con vida.

» Con esto, creyendo haberlos acabado, los dejaron entre otros cadáveres que yacian aquí y allá por tierra.

» Así se salvó el jóven Caumont; pero si su cuerpo no recibió ninguna herida, en cambio fueron crueles las que sufrió su corazon, pues se le ha oido contar muchas veces que la agonía de su padre fué larga y dolorosa, y que estando sobre él habia sentido sus convulsiones y le habia oido gemir muchas veces. ¡ Qué angustiosa posición la de encontrarse entre un padre y un hermano cruelmente asesinados, hallarse cubierto de sangre, y asistir, sin poder hacer un movimiento, á su agonía ! ¡ Terribles instantes que bastan á emponzoñar una existencia conservada á tanta costa ! Y despues de todo esto, aun cuando Dios le habia preservado hasta allí, ¿ quién le aseguraba que podria librarse de la furia de un pueblo fanático y amotinado ? ¿ Cómo saldria de la horrible posición en que se hallaba ?

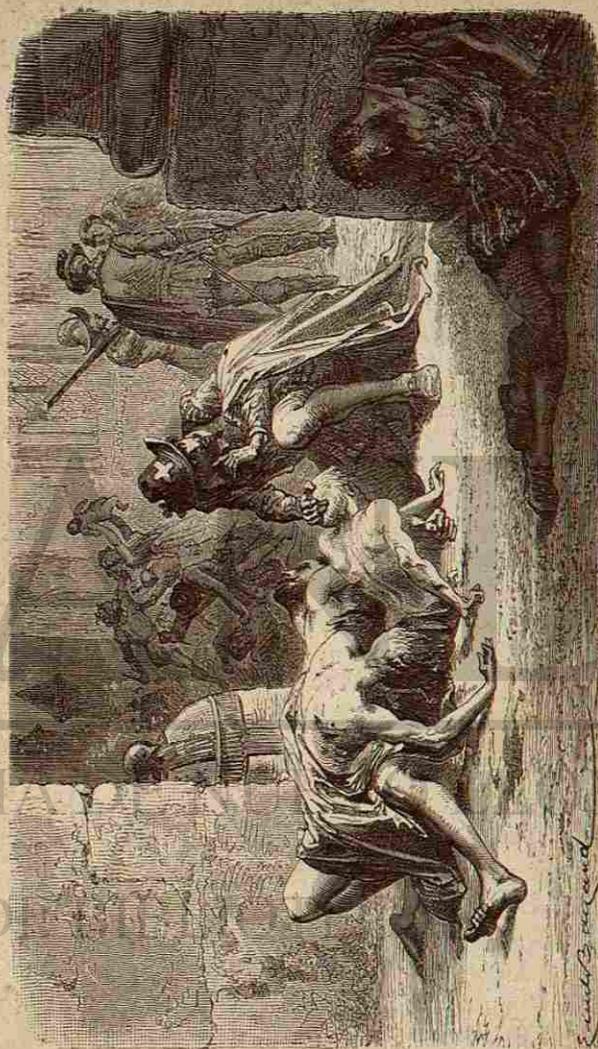
» Así permaneció desnudo y tendido por tierra, hasta que hacía las cuatro de la tarde, las gentes de las casas vecinas empezaron á salir, unos movidos por la curiosidad, otros por el deseo de aprovecharse de lo que los verdugos hubiesen dejado sobre las víctimas, y vinieron á visitar los cadáveres. Un marcador del juego de pelota de la calle Verdelet, se acercó á Caumont, y queriendo sacarle una media que le habian dejado, lo volvió, pues tenia el rostro contra el suelo, y al verlo tan jóven exclamó : — « ¡ Pobre niño ! ¿ No es verdaderamente lástima ?... ¿ Qué delito podrá haber cometido á su edad ? »

» El jóven Caumont al oír esto, levantó con precaucion

la cabeza y le dijo en voz baja : — « No estoy muerto...
Salvadme !... ¡tened piedad de mí ! »

» Sobresaltóse aquel hombre, y poniéndole rápidamente la mano sobre la cabeza : — « No os movais, le dijo, están ahí aun. » Y separándose, anduvo sin afectación de un lado á otro observándolo todo, y al cabo de algun tiempo volvió y dijo al jóven : — « Levantaos, ya se han ido. » Y al incorporarse le echó una capa sobre los hombros y le hizo marchar delante, apostrofándole y dándole rudos empujones. — « ¿ A quién llevais ahí ? le preguntaban las gentes al paso. — Al bribon de mi sobrino, — respondia ; está hecho una cuba, y lo he encontrado medio desnudo en medio del arroyo. ¡ Yo le daré su merecido ! » Y así lo condujo hasta su casa, haciéndole subir á una miserable buhardilla donde se encontraban su mujer y su sobrino, y lo hizo ocultarse entre los colchones de la cama.

» Pasada la primera inquietud, le sacaron de su escondite, y le dieron á vestir algunas ropas de desecho del sobrino del marcador; y habiendo observado este que el jóven Caumont conservaba algunos anillos que parecian de gran precio, empezó á lamentarse de su pobreza, á decirle que no tenia ni aun para darle de comer, y acabó por pedirle sus anillos. El jóven se los dió sin titubear, reservándose solamente un diamante, que dijo queria conservar por venirle de su madre; lo que oido por la mujer del marcador lo llevó muy á mal, observándole que puesto que le salvaban la vida, era justo que diese cuanto tenia. Caumont respondió que le era indispensable conservar este anillo, no solo como memoria de su madre, sino como medio de darse á conocer; pero esta mujer tenaz no quiso oír nada, y le amenazó con denunciarlo, si no accedia á sus deseos. El jóven se vió forzado entonces á entregar el diamante, despues de lo cual le dieron un pedazo de pan y un vaso de vino. — En



No os movais, le dijo, están ahí aun.

Leandro Mendive

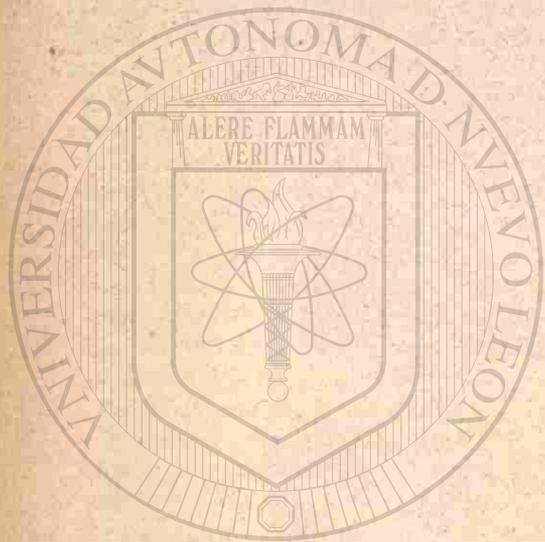


seguida le preguntó el marcador qué pensaba hacer y cuáles eran sus intenciones, ofreciéndose á conducirlo á cualquier parte que quisiese ir; á lo que Caumont respondió suplicándole le llevase al Louvre, donde tenia una hermana llamada madama Larchant, que estaba al servicio de la reina. El marcador objetó á esto que la empresa era demasiado peligrosa; que para ir al Louvre debian pasar por diversos cuerpos de guardia, y que acabarían por reconocerle, en cuyo caso arriesgaban ambos la vida. Entonces el joven propuso le condujeran al Arsenal, donde habitaba su tia, madama de Brisambourg; á lo cual no se opuso el marcador, añadiendo, que aunque estaba muy lejos, podian ir siguiendo la ronda de las murallas sin riesgo de ser vistos.

» A la mañana siguiente, al apuntar el dia, le dieron unas calzas agujereadas y grasientas, un justillo de lana en el mismo estado, y la capa que le habia servido la vispera, con mas un bonetillo rojo, en el que habian fijado una cruz de plomo. Vestido de esta suerte, el marcador le condujo á lo largo de las murallas hasta el Arsenal, y llegados á la primera puerta, como esta se encontraba bastante lejos de las habitaciones, Caumont de la Force dijo á su libertador: — « Esperad aquí: dentro de poco os enviaré la ropa que me habeis prestado, con los treinta escudos que os he prometido. »

» Quedó sin embargo durante algun tiempo sin atreverse á llamar á la puerta, por miedo de que le preguntasen su nombre. Afortunadamente no tardaron en abrir, y él entró resueltamente sin que le dijeran nada. Así atravesó los dos primeros patios y se dirigió á las habitaciones, observando de paso si veia alguna persona conocida, pues juzgaba con fundamento que con su miserable traje no le dejarían entrar. No se atrevia á dar su nombre por temor de tropezar con alguno de sus verdugos.

» Aquí conviene mencionar, que en el momento en



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

que sacaban de su casa á M. de la Force y á sus hijos, uno de sus pajes llamado La Vigerie, á quien todos apellidaban el *Auvergnat*, para distinguirlo de su hermano, habia seguido á su señor á la calle de Petits-Champs, y asistido en parte á la catástrofe, de la que se habia salvado tambien como por milagro. Aquella noche se refugió al Arsenal, diciendo á cuantos le detenian que era paje del conde de la Marck, cuya librea era semejante á la de la Force, y que llevaba un mensaje de su parte al mariscal de Biron. Así pudo pasar y ver á madama de Brisambourg, á quien contó el fin desastroso de M. de la Force y de sus hijos, lo que causó grande afliccion á esta buena señora, que, como hemos visto, era de la familia.

» Pero volvamos al jóven Caumont que hemos dejado en el patio del Arsenal sin saber cómo introducirse en la habitacion de su tia. Vagaba de un lado á otro sin saber cómo hacerlo, cuando Dios le ofreció inopinadamente un medio en el momento en que menos lo esperaba. Al abrirse una de las puertas vió á lo lejos al *Auvergnat*, á quien llamó por su nombre, pero no obtuvo respuesta; sea que creyéndole muerto, no reconociese su voz, sea que no le hubiese oido. Abrieron de nuevo la puerta, y como viese aun al paje, gritó dos ó tres veces: « ¡Auvergnat! ¡Auvergnat! » Este salió entonces y le preguntó quién era y qué queria. Caumont le respondió: — « ¡Cómo! ¿no me reconocéis? » El *Auvergnat* le consideró con mas atención, y al fin exclamó: — « ¡Oh! ¡Dios mio! ¿sois vos, señor?... no os habia conocido. » — El jóven le preguntó á continuacion si no se hallaban en el Arsenal algunos otros de los servidores de su padre; y el paje, haciéndole entrar, le condujo á presencia de un escudero de su casa llamado Beauvilliers de Maine, que se paseaba con el maestresala de madama de Brisambourg, y que se quedaron sorprendidos y encantados

de verlo. Inmediatamente le llevaron al cuarto de aquella señora que estaba aun en el lecho, y en gran pena de las desgracias de su familia, y que al ver á su sobrino le estrechó en sus brazos, bañada en lágrimas, dando fervorosas gracias á Dios de haberle conservado la vida.

» Todos le preguntaron luego cómo habia podido salvarse, y el jóven contó brevemente los hechos, refiriendo cómo y cuán visiblemente le habia asistido la bondad divina, y de qué manera el pobre marcador del juego de pelota le habia llevado á su casa y despues conducido hasta el Arsenal. Añadió que le habia prometido treinta escudos y devolverle inmediatamente su ropa, y que le habia dejado esperando á la puerta. Madama de Brisambourg hizo acostar á su sobrino en un cuarto inmediato al suyo, y envió de seguida la ropa y el dinero prometido al marcador que, en efecto, se hallaba aun á la puerta. Dos horas despues trajeron al jóven Caumont un vestido completo de paje, de la librea del mariscal de Biron, que era á la sazón gran maestre de la artillería, y haciéndole pasar por la cámara de dicho señor, le instalaron en su gabinete para que no fuese visto ni conocido por nadie, y le dejaron al *Auvergnat* para que le hiciese compañía.

» Allí permaneció dos dias, al cabo de los cuales vinieron á avisar al mariscal que el rey tenia entendido que muchos hugonotes se habian refugiado en el Arsenal, y que Su Majestad habia resuelto ordenar una visita. El mariscal entró en una violenta cólera; dijo que sabria impedir todo espionaje injurioso, y mandó apuntar tres ó cuatro cañones hácia la puerta del Arsenal.

» Sin embargo, á pesar de las precauciones que se tomaron para ocultar á Caumont de la Force, la noticia de su salvacion se aseguró de tal modo en el Louvre, que la reina madre, á instancias de M. de Larchant, su capitán de guardias, envió un gentilhombre al Arsenal

reclamando de su parte al jóven proscrito. Fuéle respondido que no se hallaba allí, ni nada sabian de su suerte; y durante esta conversacion, le hicieron salir del gabinete del mariscal, y le condujeron al cuarto de sus hijas, donde le ocultaron entre dos camas, cubriéndole con los tontillos que llevaban las mujeres en esta época; lo que hizo decir despues á muchos que madama de Brisembourg le habia escondido bajo sus faldas.

» En seguida hicieron visitar al gentilhombre todas las habitaciones, hecho lo cual volvió á palacio á informar á la reina que no habia encontrado al que buscaban; lo que contrarió en extremo al señor de Larchant, que tenia grande interés en la muerte del jóven la Force, pues estando casado con una hija del primer matrimonio de su madre, debia heredar todos los bienes de esta familia. Y aun se decia públicamente en Paris, que si se habia dado orden de hacer morir á dos jóvenes inocentes, habia sido á instigacion de dicho señor Larchant.

» El jóven Caumont permaneció así escondido hasta la una de la mañana, hora en que le volvieron al gabinete del mariscal. Pero madama de Brisembourg, que se interesaba vivamente por su sobrino, no estaba tranquila hasta verle cambiar de refugio.

» A la mañana siguiente, el señor de Born, teniente general de artillería, vino á buscar al pretendido paje, y despues de haberle hecho desayunarse en una casa cerca del Arsenal, precaucion que tomó por si eran observados á su salida, le condujo á la casa de M. Guillon, inspector de artillería, que era uno de sus amigos, y antes dió sus instrucciones al jóven, encargándole que si le preguntaban su nombre, dijese llamarse Beaupuy, haciéndose pasar por hijo de M. de Beaupuy, teniente de la compañía de gendarmes del mariscal Biron; exhortándole sobre todo á no salir de la casa y á no cometer ninguna imprudencia que pudiera descubrirle.

» Llegados á la casa del inspector, Born le presentó al jóven y le dijo: — « En nombre de nuestra buena y antigua amistad, vengo á pedirlos la gracia de guardar por algun tiempo en vuestra compañía á este jóven, que es hijo del teniente Beaupuy, uno de mis parientes. Le he hecho venir á Paris para colocarle como paje, pero en medio de las turbulencias y desórden en que nos encontramos, no me parece oportuno hacer nada. Espere-mos á que todo esto haya pasado. » El inspector accedió gustoso á lo que Born le pedia, contentándose con la explicacion dada, aunque sospechó que su amigo le ocultaba alguna cosa.

» Siete ú ocho dias hacia ya que Caumont se hallaba en su nuevo asilo, y el inspector, que todos los dias iba al Arsenal, en razon á su empleo, no dejaba jamás de volver á su casa á la hora de comer. Al cabo de este tiempo, sucedió que á la hora acostumbrada llamaron á la puerta, y el jóven, que se encontraba cerca, fué á abrir creyendo que era su huésped; pero viendo que era otra persona, y persona que precisamente le conocia, iba á cerrar vivamente, cuando el otro le dijo: — « No os alarmeis ni desconfieis de mí. Dejadme entrar, pues vengo á hablaros. » Caumont le dejó entrar entonces, y aquel hombre le explicó que venia de la parte de madama de Brisembourg, la cual se hallaba muy inquieta y deseaba saber de su sobrino. Y dicho esto se retiró con precipitacion. A poco rato llegó el inspector, quien le preguntó, como de costumbre, si habia venido alguno á la casa. La Force le dijo que sí, y le contó lo que habia pasado. Esto alarmó de tal modo á Guillon, que, dejando la comida, montó á caballo y fué á ver inmediatamente á Born y á advertirle del hecho; y este, queriendo esclarecerlo sin tardanza, pasó á la casa de madama de Brisembourg, que lo oyó con gran sobresalto, pues no habia enviado á nadie á saber de su sobrino.

» En fin, madama de Brisambourg, previendo que tarde ó temprano su sobrino seria hallado y preso, habia obtenido de su hermano el mariscal de Biron que pidiese al rey un pasaporte para su mayordomo y un paje que enviaba á Guiena en busca de su equipaje, y con la órden de regreso de su compañía de gendarmes. Una persona de confianza se encargó de representar el papel de mayordomo, y Caumont de la Force se le agregó como paje. M. de Born les hizo salir sin dificultad de Paris, y provistos de todo lo necesario, se dirigieron al punto de su destino. Pero no hicieron su viaje sin embarazos. A dos jornadas de Paris, el jóven reconoció el traje de su hermano, que vestia uno de los asesinos, y faltó poco para que se vendiese al oírle jactarse de su horrible hazaña; pero al mismo tiempo supo que su tio habia logrado escaparse del degüello, con mas de cien protestantes de la nobleza. Mas lejos, el compañero del jóven proscrito le comprometió gravemente en una posada, discutiendo con otros viajeros y condenando abiertamente la Saint-Barthélemi. — Por último, despues de haberse visto muchas veces en peligro de ser descubiertos, llegaron al octavo dia de su viaje en Guiena, al castillo de Castelnaud de Miranda, donde se habia retirado el señor de Caumont, quien recibió á su sobrino con indecible placer y alegría. » (*Memorias de Caumont de la Force.*)

ENRIQUE, REY DE NAVARRA, DESPUES ENRIQUE IV
DE FRANCIA.

(1575.)

« La reina (Catalina de Médicis), adivinando el vigoroso espíritu y osado carácter de su yerno (Enrique de Navarra), detenia su partida y embarazaba sus proyectos, rodeándole de una guardia escogida de celosos católicos, la mayor parte fanáticos ejecutores de la Saint-Barthélemi; y habia afiliado en sus maquinaciones contra este príncipe á los gentileshombres de cámara y boca, y demas nobles que le servian. Pero Enrique con su cortesía y agradable carácter, habia convertido sus carceleros y espías en amigos, y muchos de ellos en ciegos ejecutores de su voluntad. Su espíritu sagaz sabia hacerse servir hasta de sus propios enemigos... Muchas veces pudo escaparse, pero su afición á la galantería le retenia siempre en su dorada prision, y la reina misma le suscitaba ocasiones y aventuras galantes, que añadian nuevos eslabones á su cadena. Esta cadena fué la que le detuvo en su primera escapada al bosque de Vincennes, y perdió y puso en fuga á los que le habian ayudado. Solo quedaron junto á él Jonquieres, gentilhomme, que al cabo fué desterrado á Picardía; Aubigné, su escudero, y Armagnac, su primer ayuda de cámara. Aun estos dos últimos, cansados de su irresolucion, se preparaban á

abandonarle, cuando una noche que, atacado de la fiebre, Enrique no podía conciliar el sueño, sus dos servidores le oyeron suspirar muchas veces, y prestando el oído, le escucharon recitar en voz baja el salmo 88, en el versículo que deplora el alejamiento de los amigos fieles. Armagnac excitó á su compañero á hablar al príncipe con energía y á declararle su determinacion; y Aubigné, sin mas irresolucion, descorrió las cortinas, y le declaró, doliéndose del estado en que veian su espíritu, la firme decision en que estaban de separarse tambien de él.

— No concebimos, añadió, la ceguedad que os hace preferir el ser servidor aquí, á mandar en otro lugar como dueño; el soportar ser juguete de intrigas femeninas, y temer en vez de ser temido. ¿No estais cansado de ocultar vuestra fuerza ó de gastarla en luchas palaciegas, indignas de un príncipe como vos? Los que han cometido el crimen de la Saint-Barthélemi, no pueden olvidarlo, ni pueden creer lo olviden los que lo han sufrido. Decidíos, pues solo teneis que temer permaneciendo aquí. En cuanto á nosotros, ya está decidido alejarnos, y hablábamos de nuestra fuga para mañana, cuando os hemos oído quejaros. Aconsejaos, señor, con vuestro propio interés, pues no sabemos si las manos que os servirán y reemplazarán las nuestras, rehusarán emplear en vos el puñal ó el veneno.

«..... Al tiempo que esto tenia lugar, otros partidarios de Enrique de Navarra declaraban su defeccion, y entre ellos Fervaques y Lavardin, que manifestaron, el primero á Aubigné y el segundo á Roquelaure, que se apartaban de la liga y faccion del príncipe de Bearne, si este no rompía la trama en que le enlazaba Catalina de Médicis.

».... En vista de todo esto, el rey de Navarra determinó una entrevista con sus principales aliados. Salió á pasear en coche cerrado las calles de Paris, y al cer-

rar la noche se fué á la casa de Fervaques, donde ya se hallaban siete reunidos. Allí encerrados formaron un vasto plan, prestándose mútuo juramento de no desdeñarse, ni en caso alguno ceder á halago ó amenaza, y declarando enemigo mortal de todos al que revelase la empresa. Dicho esto, el rey de Navarra dió un ósculo á cada uno en la mejilla, y ellos le besaron la mano.

» El plan era, que el 20 de febrero, diez y ocho dias despues de esta entrevista, Lavardin con sus tropas se apoderaria de Mans; Roquelaure, su teniente, de Cherburgo; y que entretanto Enrique, bajo pretesto de caza en Saint-Germain, saldria de Paris escoltado por Saint-Martin de Anglouse, su camarero mayor, y por Spalungue, teniente de guardias. Al dia siguiente, muy de mañana, el príncipe pasó al cuarto del duque de Guisa, y echándose familiarmente en su cama, estuvo chaceándose con él mas de una hora, hablando de los cargos y honores que le habian prometido el rey y la reina madre, y de las hazañas que se prometia llevar á cabo cuando seria nombrado general, con otras mil fanfarronadas gasconas que hicieron reir mucho al duque. Este corrió en seguida á contar su conversacion al rey, que rió tambien de buena gana; y así, con este engaño y aparente conformidad con las intenciones de Catalina de Médicis, no impidieron la partida de caza proyectada que tenian el designio de hacer abortar.

» Aubigné se presentó la noche siguiente en la cámara del rey (Enrique III) para tomar sus órdenes, y allí encontró á Fervaques que hablaba largamente al oído del rey, y á este tan absorto y ocupado en lo que le decian, que no advirtió su presencia. Lo que fué buena fortuna para Aubigné, que así pudo esquivarse por detrás del hugier de servicio, y salvar la vida; pues demasiado comprendió de lo que se trataba, y que estaban descubiertos por la traicion de uno de sus cómpli-

ces. Aubigné esperó á Forvaques á la salida del Louvre, y cogiéndole improviso del brazo, le dijo : — ¿Qué habeis hecho, miserable? — Con lo que el otro sorprendido no pudo negar su infame delacion, encubriéndola con el pretesto de los beneficios que recibia del rey, á quien el de Navarra no sabria jamás reemplazar, y concluyó diciendo : « No os detengais ; id á salvar á vuestro amo. »

» Aubigné, sin escuchar mas, corrió á las caballerizas donde hacia muchos dias estaban preparados los caballos mas corredores, y cuando los sacaban, vieron pasar al preboste de los mercaderes que enviaba á llamar el rey para que no dejase salir á nadie de la ciudad ; pero antes de que llegase la orden ya habian salido todos. Roquelaure fué advertido de tomar la puerta y el camino de Senlis, lo que él hizo de seguida con las gentes de que disponia ; y Aubigné, luego que dejó esta prevención y escolta, corrió al rey de Navarra, que cazaba desde el amanecer, y hallándolo, le dijo que el rey sabia todo por delacion de Fervaques, y que este mismo se lo habia confesado. « La vergüenza y acaso la muerte, añadió, os aguardan en Paris : — el poder, la libertad y la gloria, en cualquier punto de Francia donde se hallen vuestros partidarios. ¡ Escoged ! Es tiempo de salir de las garras de vuestros carceleros, para echaros en los brazos de vuestros verdaderos amigos. » — ¡ Basta ! contestó Enrique, y dirigiéndose á Senlis, se reunió con los de Roquelaure.

» Allí, para deshacerse de los oficiales Saint-Martin y Spalungue, que no eran del complot, y para ganar tiempo, los envió uno tras otro con una misiva al rey, diciéndole sabia por Roquelaure, que habia venido á su encuentro en la caza, los falsos rumores que corrian en la córte, y que esperaba la menor palabra del rey para continuar su caza ó volver inmediatamente á Paris para

confundir la calumnia. — Este mensaje sirvió de mucho, pues á la llegada de Saint-Martin, la alarma era tal en el palacio que iban á despacharse compañías para tomar todos los caminos ; y la misiva del príncipe hizo detener estas órdenes.

» Entretanto Enrique de Navarra reunido con el conde de Grammont, Caumont, hijo de la Valette, despues duque de Epernon, Chalandray, Mont de Maras, Poudins, y muchos otros caballeros que le eran enteramente adictos, atravesó la selva, en medio de una noche oscura y glacial ; y al amanecer, habiendo recibido el refuerzo de Frontenac, cuyo auxilio le fué en esta ocasion muy útil, pasó el rio á una legua de Poissy, atravesó rápidamente gran parte del pais de Beauce, descansó dos horas en Châteauneuf, y á la mañana siguiente entraba en Alençon, donde en pocos dias se le reunieron sus numerosos partidarios. (D'Aubigné, *Historia universal*, lib. II, cap. xx.)

el duque á horcajadas, el criado la fué soltando poco á poco hasta llegar á tierra. En seguida, viendo ya á su amo que atravesaba corriendo el puente y tomaba la orilla izquierda del rio, aseguró la misma cuerda á un poste, se deslizó por ella, no sin peligro, y siguió al duque alcanzándolo en San Cosme, á poca distancia de Tours.

» Grande fué la consternacion de los guardianes del duque cuando advirtieron su evasion. Rouvray, gobernador de Tours, envió emisarios por todas partes para esparcir la noticia de su fuga, y puso el país en armas para lograr apoderarse de nuevo de Guisa. Los soldados que habian echado abajo las puertas de la torre, no hallando al prisionero, fueron á unirse á los que recorrían inútilmente la ciudad. Largo tiempo pasó antes de que trajesen las llaves de las puertas, y cuando al cabo salieron en busca del prisionero, este estaba en salvo. »

« Cuando descendió de la torre, dice Dávila, — el duque de Guisa tomó por la orilla del Loira, hasta un punto en que le esperaban dos hombres con un caballo enjaezado. Montó en él, y corrió á brida suelta á reunirse con el hijo del señor de Chastre, baron de Maison, que le esperaba al otro lado del Cher con trescientos caballos, los que le acompañaron hasta Bourges, donde fué recibido con grandes muestras de alegría. » (Ludovic Lalanne, *Curiosidades biográficas*.)

CARLOS DE GUISA.

(1591.)

Cárlos de Guisa, hijo mayor del duque Enrique, asesinado en Blois en 1588, fué preso á la muerte de su padre y encerrado en el castillo de Tours. Todos los esfuerzos que se hicieron durante tres años para libertarlo fueron inútiles, hasta 1591 en que al fin logró evadirse.

« El duque, — dice el presidente de Thou, se habia concertado con Claudio de la Chastre y su hijo, y habia señalado para su evasion el 15 de agosto, dia de la Santa Virgen. Con motivo de esa fiesta, se confesó y comulgó este dia, á fin de engañar mejor á sus carceleros y adormecer su vigilancia. Durante su larga estancia en Tours, habia notado la costumbre de cerrar las puertas al anochechar, y que llevaban las llaves á la casa de un echevin (regidor de la ciudad); y de consiguiente escogió esa hora para ejecutar su designio. Subió rápidamente á la alta torre que dominaba por esta parte el puente que da entrada á la ciudad, — cerrando tras sí la comunicacion con el cuerpo de guardia y la puerta de la torre, que aseguró sólidamente, á fin de tener tiempo para huir mientras la echaban abajo. Todo sucedió á medida de su deseo. Su ayuda de cámara, que le acompañaba, ató á una cuerda que tenian preparada al efecto, un madero bastante fuerte, colocado de través; y poniéndose en él



MARÍA DE MÉDICIS.

María de Médicis, viuda de Enrique IV, y reina regente de Francia durante la minoría de su hijo (Luis XIII), viéndose, despues del asesinato de su favorito Concini, relegada del poder y separada de los negocios por las intrigas de Luynes, pidió y obtuvo el permiso de retirarse á Blois (mayo 1617), donde no tardó en verse tratada como prisionera. El condestable Luynes la rodeó de espías, y acuarteló diversos cuerpos de caballería en las aldeas inmediatas, á fin de guardarla de vista y observar sus menores movimientos. — Los partidarios de la reina y su numerosa córte, habian desaparecido desde la época de la escandalosa privanza del mariscal de Ancre y de la Galigai, de manera que se encontraba aislada en su destierro; cuando habiéndose retirado de la córte el duque de Epernon y otros nobles descontentos, y queriendo dar á su faccion la importancia de un partido, pensaron en María de Médicis y se propusieron libérla y ponerla á su cabeza.

» El que indujo á tal empresa al duque de Epernon, dice Fontenay-Mareuil, fué M. de Ruccellai, quien al hacer esto no pensaba mas que en servir á la reina madre cuya libertad deseaba ardientemente. Ya antes de ello habia imaginado poder contar con M. de Bouillon, poderoso auxiliar por su reputacion y noble carácter,

por su posicion de gobernador de la plaza fuerte de Sedan, y mas que todo, por su crédito con los hugonotes, de quienes acaso tendrian que servirse. En un viaje que hizo de incógnito á Blois, solo y en medio de la noche, propuso esta combinacion á la reina, que aceptó y dijo que podía prometer en su nombre cuanto juzgara necesario : y así se hizo ; pero M. de Bouillon se excusó diciendo que era ya viejo y con continuos achaques, y que ademas estaba bien con el rey, que le habia acordado su gracia despues de la muerte del mariscal de Ancre, y que queria seguir gozando de este favor y acabar sus dias en reposo. « Pero, añadió, ahí teneis al duque de Epernon, que acaba de llegar á Metz, muy descontento de Luynes, y que tiene sobrada importancia en el reino y bastantes amigos para acometer la aventura. »

Ruccellai escribió en este sentido á la reina madre, y habiendo obtenido su consentimiento, hizo presentar sus proposiciones á Epernon que al principio las acogió con desconfianza, pero al fin se dejó persuadir, y haciendo venir á Ruccellai á su casa, « lo tuvo encerrado algunos dias en ella á fin de combinar maduramente cuanto debia hacerse ; y luego lo envió á la reina para decirla y asegurarla que, con tal que ella pudiese salir del castillo de Blois y pasar solamente el puente del Loira, él se hallaria al otro lado en tal compañía, que las tropas que la rodeaban no podrian oponérsele ; y que él se comprometia á conducirla á Angulema, ó á cualquier otro lugar que juzgara conveniente. » — La reina contestó á Ruccellai que era cosa fácil, y entonces le dijo á Epernon que fijase dia para la empresa : pero este quiso absolutamente aplazar la ejecucion del proyecto para el mes de febrero del año siguiente.

Entretanto Luynes, desconfiando siempre á pesar de sus extremadas medidas de precaucion, y deseando pe-

netrar el espíritu de la reina, le envió un emisario de su confianza, con la mision ostensible de noticiarla la próxima visita del rey « que la traeria con él á Paris »; y de la parte de Luynes, reiteradas protestas de adhesion y respeto, y la seguridad de que en adelante seria tratada como ella podia desearlo. Pero en realidad este emisario venia á observar, tanto en las palabras como en el aspecto de la reina y de los que la rodeaban, si no se habia operado algun cambio que anunciara un proyecto ó intriga oculta. Mas como la servidumbre de la reina no sabia nada aun de sus designios, y ella por su parte era impenetrable, y adivinando el pensamiento oculto de aquella misiva, supo representar perfectamente su papel; el agente de Luynes se volvió persuadido de que ella esperaba de buena fé al rey, y que estaba dispuesta á olvidarlo todo y á reconciliarse con el condestable. »

En fin Epernon acabó de combinar todas sus medidas, y se trasladó á Confolens donde le aguardaba el arzobispo de Tolosa con mas de doscientos de sus amigos; pero no encontró allí noticias ni instrucciones de la reina madre como él esperaba. Sin embargo, « estaba ya demasiado comprometido para volver atrás »; y en su consecuencia pasó á Loches, y envió al mismo tiempo á M. du Plessis á la reina, para noticiarle su llegada y saber su determinacion. Maria de Médicis entretanto estaba llena de inquietud por no haber recibido cartas, ni saber nada de sus amigos: mas la llegada de du Plessis la tranquilizó, y al saber que todo estaba dispuesto, y Epernon en las cercanías, dispuso evadirse aquella misma noche.

Entonces solamente se descubrió al conde de Brennes, su caballero mayor, á la Masure y Merçay, exentos de su guardia, y á la *signora Caterina*, su camarera mayor, sin poner á los demas en el secreto. Ordenó á Brennes

que se encontrase á las cinco de la mañana en la puerta de su cámara, y que su carroza con seis caballos estuviera á la misma hora al otro lado del puente; y retuvo á los demas en la cámara para empaquetar sus efectos y guardar sus alhajas.

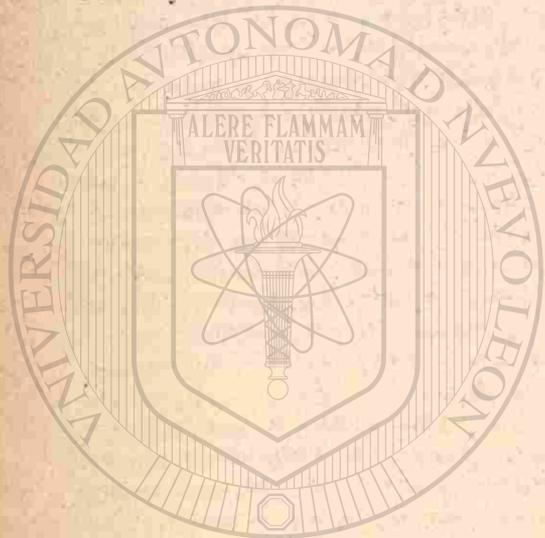
Al dia siguiente, 22 de febrero, á las seis de la mañana, salió pues la reina, acompañada de tres hombres solamente y una camarista, por una ventana que daba al terraplen de la muralla que, por estar hundido en este paraje, se podia bajar con facilidad, é ir hasta el puente sin pasar por la puerta del castillo ni por la ciudad. La reina se sentó en la brecha del muro, y deslizándose por la pendiente que formaba de tierra movediza, llegó abajo sin accidente alguno, y se adelantó con los dos exentos hácia el puente, donde ya empezaban á pasar algunos hombres, que al verla, segun ella decia despues, en tal compañía, á aquella hora, y en tal paraje, debieron formar malísimo concepto.

« Al otro lado del puente encontró la carroza y, entrando en ella con los que la acompañaban, se fué á Montrichard, donde se hallaba M. de Toulouse, con algunos caballos, para asegurar el paso de la reina al otro lado del Cher. M. de Epernon salió á esperarla á una legua de Loches, donde se detuvo dos dias para reposar y escribir al rey, y de allí se trasladó á Angulema. »

Despues de largas negociaciones y de intrigas numerosas, en las que Luynes y Richelieu, entonces obispo de Luçon, desplegaron todo su genio y habilidad política; viendo Maria de Médicis que sus partidarios se desunian y la iban abandonando poco á poco, se decidió á dejar á Angulema, y se trasladó á Tours donde Luis XIII y Ana de Austria la aguardaban.

« El rey y la reina salieron á recibirla á dos leguas de Tours, y se hicieron mútuas y grandes caricias....

La reina madre, despues de haber pasado ocho ó diez dias con el rey, se fué á Chinon á esperar la entrada que le preparaban en Angers; y el rey se trasladó á Compiegne, por hallarse la peste en Paris. » (*Memorias de Fontenay-Mareuil, coleccion Michaud Poujoulat.*)



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA Y DOCUMENTACIÓN

GROTIUS.

(1621.)

Envuelto en la ruina de Barneveldt, de quien era uno de los mas ardientes y firmes partidarios, Grotius fué condenado á prision perpétua, confiscados sus bienes, y encerrado en 1619, despues del suplicio de su ilustre amigo, en el castillo de Louvenstein, cerca de Gorcum ¹.

Grotius tenia entonces treinta y siete años. Estrechamente guardado en su prision, no tenia otra distraccion que el estudio, ni otro consuelo que la sociedad de su mujer, María de Reygesberg, que habia pedido acompañarlo. Y esta autorizacion le habia sido acordada de una manera cruel, pues ordenaba que si salia una vez del castillo, no se la dejase entrar de nuevo. Este rigor se fué mitigando sin embargo, y al fin la dejaban salir dos veces por semana.

Así se pasaron diez y ocho meses, sin incidente alguno en la vida monótona del prisionero, cuando Muys van Holi, enemigo declarado de Grotius y uno de los jueces que le habian condenado, advirtió á los Estados generales que sabia por conducto seguro se fraguaba un proyecto de evasion en Louvenstein. En su consecuencia enviaron un agente al castillo, que examinó minu-

1. Hugo Grotius, célebre jurisconsulto y filósofo holandés, nacido en Delft en 1583, muerto en Rostock en 1645. Ha dejado muchas obras notables sobre filosofía moral y política. (*Nota del traductor.*)

ciosamente la prision de Grotius é interrogó los carceleros, sin encontrar el menor motivo ni pretexto que motivara el aviso. Este era sin embargo fundado, pues María de Reygesberg no se ocupaba en otra cosa que en procurar los medios de libertar á su marido.

Habian permitido á Grotius, sin restriccion alguna, el procurarse libros, y dejaban entrar sin dificultad cuantos le prestaban sus editores y numerosos amigos. El los conservaba hasta que su gran número le causaba estorbo, y entonces solia devolverlos en un gran cofre, donde se ponía tambien la ropa sucia que enviaban á lavar á Gorcum.

Durante el primer año, los carceleros visitaban escrupulosamente el cofre á su salida de Louvenstein; pero acostumbrados á no encontrar jamás otra cosa que libros y ropa del uso ordinario del preso y de su mujer, se cansaron al cabo de examinarlo, y no se tomaban ya el trabajo de abrirlo. La mujer de Grotius notó esta negligencia, y concibió el proyecto de utilizarla. Comunicó la idea á su marido, induciéndole á intentar su evasion entrando en aquel cofre; y aunque la empresa parecia insensata y por demas peligrosa, Grotius se dejó persuadir fácilmente, no hallando otro medio de salvacion. Combinadas todas las medidas que debian tomarse de antemano, pasaron luego á preparar el cofre, horadándole en uno de sus extremos para no estuviere privado de aire, y hecho esto, de manera que los pequeños agujeros no fuesen muy visibles al exterior, María encerró á su marido muchas veces, haciéndole permanecer el tiempo que era necesario para ir de Louvenstein á Gorcum, y á fin de acostumbrarlo á soportar la postura forzada é incómoda que debía tomar en el cofre. Despues de mil pruebas y ensayos fatigosos, y cuando ya le vió en estado de poder intentar la empresa, solo esperaron una ocasion favorable.



Abrió el cofre y Grotius salió.

Esta no tardó en presentarse. El comandante de la fortaleza se ausentó para asuntos del servicio, y en este intervalo la mujer de Grotius fué á ver á la del comandante, y en la conversacion le dijo, como de paso, que tenia que enviar un cofre lleno de libros; que su marido estaba tan débil, que veia con pena su aplicacion al trabajo, y que aprovechaba la ocasion para quitarle los medios de aumentarlo. Prevenida así la mujer del comandante, María volvió al cuarto de su marido y le encerró en el cofre. Un criado y una sirvienta estaban en el secreto, y la mujer de Grotius hizo correr el rumor de que su marido se hallaba indispuerto y guardaba la cama, á fin de que no extrañasen no verle. En seguida hizo entrar á dos soldados que cargaron con el cofre, y al tomarlo, dijo uno de ellos, encontrándolo mas pesado que de ordinario :

— Preciso es que haya ahí dentro algun armenio; haciendo alusion á una secta de esta época, á la que Grotius pertenecia, y cuyo nombre era proverbial.

La mujer de Grotius respondió friamente :

— En efecto, hay algunos libros armenios.

Bajaron entonces el cofre con gran trabajo, y el mismo soldado dijo que lo abriesen para ver lo que contenia, y negándose los otros, él insistió y aun fué á ver á la mujer del comandante para hacerle observar el extraordinario peso del cofre, y su creencia de que encerraba algo sospechoso, por lo que seria conveniente abrirlo. La comandanta se opuso, fuese por negligencia, ó bien porque hubiese adivinado la evasion y quisiera indirectamente favorecerla. Así respondió que no habia mas que libros en aquel cofre, segun le habia asegurado la mujer de Grotius, y que podian sacarlo sin inconveniente.

Entonces lo llevaron al barco que hacia el servicio de la prision. La sirvienta de Grotius tenia orden de acom-



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

pañarlo hasta Gorcum, y de hacerlo conducir allí á la casa que le indicaron; y en efecto, llegados á este punto, la sirviente alquiló un carreton, donde pusieron el cofre y lo llevaron á la casa de David Dazelaër, uno de los amigos de Grotius y pariente de su mujer. Cuando la sirviente se encontró sola, abrió el cofre y Grotius salió sin haber sufrido mucho, á pesar de haber estado encerrado tan largo tiempo en un espacio de tres piés y medio de largo.

En seguida se puso un vestido de albañil que le tenían preparado, tomó una regla y una llana, que llevó ostensiblemente en la mano; y saliendo de la casa por una puerta excusada, se dirigió á la plaza de Gorcum, y atravesándola, ganó la puerta de la ciudad que dá sobre el río. Allí tomó pasaje en un barco que le condujo á Valvic en Brabante. En este punto se dió á conocer á algunos armenios, que le facilitaron cuanto necesitaba, y alquiló un carruaje para Amberes, donde llegó felizmente sin ser conocido.

Entretanto todo el mundo creía en Lovenstein que estaba enfermo, y su mujer prolongaba esta pretendida enfermedad á fin de darle tiempo para ponerse en salvo; pero tan luego como supo, á la vuelta de la criada, que estaba en Brabante y de consiguiente en seguridad, confesó inmediatamente á los carceleros la evasión de su marido. El comandante, que estaba de regreso, no quería dar crédito á esta noticia, y corrió al aposento de Grotius, preguntando á su mujer dónde lo tenia oculto. Ella le dejó buscar algun tiempo, y despues le contó la estratajema de que se habia servido. Entonces la encerraron estrechamente, pero habiendo enviado una solicitud de gracia á los Estados generales, pocos dias despues la pusieron en libertad.

ISAAC ARNAULD.

(1635.)

Isaac Arnauld se hallaba de gobernador en Filisburgo durante el invierno de 1635. Esta plaza, defendida solamente por un simple terraplen y por un ancho foso cuyas aguas estaban constantemente heladas, contaba por el momento con una guarnicion insuficiente.

« Advertidos de esto los imperiales, — dice el abate Arnauld en sus *Memorias*, no hallaron gran dificultad en formar su plan de ataque, y menos aun en ejecutarlo. La guarnicion, que encontraron bien prevenida, era sin embargo harto débil para sostener un ataque general; así, la heroica conducta del gobernador, si ha hecho memorable su defensa, no le sirvió mas que á hacer pagar cara su libertad y la vida de sus soldados, que fueron casi todos pasados á cuchillo. Hecho prisionero con los pocos que sobrevivieron á esta sangrienta jornada, fué sucesivamente confinado á varias ciudades del interior, y por último encerrado en la fortaleza de Esslingen.

» Allí tuvo conocimiento de los rumores desfavorables que corrian por su cuenta en la córte, donde se le acusaba de haber hecho perder á la Francia, por su negligencia, la importante plaza de Filisburgo. Desde este momento solo pensó en ir á Paris para destruir estos rumores y atacar de frente la calumnia. Pero negoció su libertad en circunstancias tales y con el disfavor del

rey era pensamiento inútil: quedábale únicamente el recurso de la fuga, y en la prevision de poderla llevar á cabo, rehusó permanecer prisionero bajo su palabra. Esta declaracion hizo naturalmente mas difícil su empresa. Redoblóse la vigilancia; colocaron de noche un centinela en la puerta de su cuarto, y en el paseo que le permitian todas las tardes por el glácis del fuerte, iba siempre acompañado de algunos soldados. A pesar de tantas precauciones, consiguió llevar á cabo su proyecto.

» Comenzó por calcular la altura que separaba su ventana del foso, y paseándose por esta parte, que era precisamente la mas próxima á la ciudad, pudo convenirse de que si lograba descolgarse por aquel sitio, el resto no presentaba obstáculos para verificar su evasión. — Despues fué ganando poco á poco á algunos soldados franceses que estaban al servicio del emperador, con la esperanza de darles un grado en su regimiento de carabineros, á su vuelta á Francia; palabra que les cumplió en efecto algunos meses mas tarde. Quedábale, pues, solamente una dificultad que vencer: la de proveerse de cuerdas para descender al foso por la parte que habia elegido y que era la menos guardada. Algunos dias estuvo imaginando los medios, y el primero que naturalmente se presentó á su espíritu fué el de procurarse la cuerda por alguno de los soldados que estaban en la confidencia; pero lo desechó por parecerle arriesgado, y recurrió á una ingeniosa estratagemá. Cada tarde que salia á paseo proponia á sus guardas algun juego de fuerza ó de destreza, bajo el pretexto de distraerse y de ejercitar los miembros; y como esto les divertia produciéndoles de paso algunas propinas, acabaron por aficionarse y ser los primeros en proponerlo. Entre esos juegos habia uno que llamaban *cinchar el asno*, y este era el que Arnauld escogia de preferencia, pues empleándose en él una cuerda para atar á uno de los que

jugaban, esto podia favorecer su designio. Cada vez daba una moneda de plata para comprarla, y no recibia la vuelta. Acañado el juego, como era un pedazo de cuerda pequeño é inútil para otros usos, lo arrojaban á un lado, y uno de los cómplices del prisionero lo recogia y guardaba sin afectacion. Cuando se reunió la cuerda suficiente, Arnauld fijó un dia para la evasión, y se escapó felizmente con sus cómplices.

» Llegado á Paris, se constituyó preso en la Bastilla, y pidió que se le formase causa. Plenamente justificado algunos meses despues, fué puesto en libertad y reintegrado en sus honores y empleos. » (*Memorias del abate Arnauld, coleccion Michaud Poujoulat.*)

EL DUQUE DE BEAUFORT.

El duque de Beaufort (Francisco de Vendome), uno de los jefes del partido de la Fronda, acusado de haber intentado asesinar al cardenal Mazarino, fué arrestado en el Louvre por orden de la reina Ana de Austria, y encerrado en el castillo de Vincennes. Despues de una detencion de cinco años, de 1643 á 1648, logró al cabo evadirse auxiliado por sus amigos. Hé aquí cómo se refiere esta evasion en las *Memorias* de madama de Motteville :

« El día de Pentecostés, 1º de junio de 1648, el duque de Beaufort, preso hacia cinco años en la torre de Vincennes, se escapó de su prision á eso de las doce de la mañana, logrando romper sus cadenas por su propia astucia y la de sus amigos, que le sirvieron fielmente en esta ocasion. Estaba guardado por un oficial y siete ú ocho guardias de corps que dormian en su propio cuarto, y servido por criados de la casa real, que Ana de Austria habia designado á fin de no dejar al duque ninguno de sus domésticos. Además, es necesario tener en cuenta que se hallaba bajo la vigilancia de Chavigny, gobernador de Vincennes, que no era de sus amigos.

» El oficial de guardias, llamado La Ramée, habia tomado poco tiempo hacia á su servicio, á ruego de algunas personas influyentes, cierto individuo que se ha-

llaba perseguido por haberse batido en duelo, en menosprecio de las pragmáticas existentes. Al menos así lo decia él para asegurarse este refugio, aunque es de creer fuese enviado por las criaturas del duque, y acaso con consentimiento del mismo oficial; pero yo ignoro esta particularidad y no tengo otra persuasion que las apariencias. Como quiera que sea, aquel hombre empezó por mostrar gran celo y tomarse mucho interés en la guarda del prisionero; tanto que llegó á hacerse notar por su vigilancia y la rudeza con que le trataba. Poco tiempo despues, sea, como he indicado, que estuviese allí á la devocion del duque de Beaufort, sea que se dejase ganar por este príncipe, el hecho es que se puso enteramente á su servicio y le sirvió de agente para comunicar con sus amigos y tratar con ellos el plan de su libertad. Llegado el momento de ponerlo en ejecucion, escogieron de comun acuerdo el día de Pentecostés y la hora del oficio divino á donde todo el mundo acudia; y á esta hora, en que precisamente comian los guardias, el duque de Beaufort pidió permiso á la Ramée para pasearse algun tiempo por una galería adonde le habian concedido salir á esparcirse algunas horas de la tarde. Esta galería era mas baja que la torre que le servia de habitacion, pero muy alta aun, por caer sobre los fosos que son bastante profundos. La Ramée acompañó al duque en su paseo y se quedó solo con él en la galería. Entretanto, el hombre ganado por Beaufort, simuló ir á comer con los demas, y al ponerse á la mesa se fingió indispuesto, tomó solamente un poco de vino, y saliendo del cuarto, cerró la puerta tras sí é igualmente las otras que separaban la galería del comedor, retirando y guardando las llaves, y fué á reunirse con el prisionero. Apenas le vió llegar, el duque de Beaufort, que era de aventajada estatura y bastante vigoroso, se echó sobre la Ramée, y ayudado por su cómplice, le taparon la boca y

ataron de piés y manos y le dejaron allí. En seguida aseguraron una cuerda á la ventana, y se descolgaron por ella; el criado primero, por ser el que corría riesgo de ser mas castigado si se frustraba la empresa. Así descendieron al foso, cuya profundidad es tal, que aunque habian hecho ámplia provision de cuerda, se halló ser muy corta; de modo que el príncipe tuvo que soltarse y se lastimó gravemente. El dolor le hizo perder el sentido, y así permaneció largo rato con grande ansiedad de cuatro ó cinco de sus amigos que le esperaban al borde del foso, y que temian con razon que este incidente diese tiempo á la guarnicion del castillo para apercibirse de la fuga y apoderarse de nuevo del preso. En fin, el duque volvió algun tanto en sí y pudo rodearse á la cintura una cuerda que le echaron sus amigos, y con la cual, no sin pena, le sacaron del foso, haciendo lo mismo con el criado que le acompañaba. Maltratado por la caída y ahora casi sofocado por la presion de la cuerda en su penosa ascension, el duque no estaba en estado de marchar; pero gracias á su gran vigor y al auxilio de sus compañeros, pudo llegar al vecino bosque de Vincennes, donde le esperaba el resto de sus cómplices con cincuenta hombres á caballo. Uno de los oficiales del príncipe que se halló en esta expedicion, me contaba despues, que cuando Beaufort se vió rodeado de los suyos y con tan numerosa escolta, su alegría fué tal, que se encontró curado como por ensalmo, y saltando á caballo, salió á escape, encantado de poder respirar el aire de la libertad y de poder decir como Francisco I á su vuelta de España: « En fin, ¡ya soy libre!»

» Una mujer que cogia yerbas al rededor del foso, acompañada de un muchacho, presenció esta evasion sin moverse de su sitio ni dar la alarma, amedrentada por las amenazas de los compañeros del duque; pero tan luego como les vió alejarse, fué á dar parte de todo á

su marido, que era jardinero de Vincennes, y ambos corrieron á advertir al gobernador del castillo. Pero ya no era tiempo. Los hombres no pueden cambiar lo que estaba decretado por Dios, y las estrellas, que parecen indicar algunas veces sus voluntades, habian hecho saber ya á muchas personas, por la voz de un astrólogo llamado Goësel, que el duque de Beaufort debia escaparse en ese mismo dia.

» Esta noticia sorprendió á toda la córte, y mas en particular á los que no podia serle indiferente. El ministro sufrió sin duda una vivísima contrariedad, pero, como de costumbre, no la manifestó en sus palabras ni en sus actos. »

Y mas lejos madama de Motteville añade :

« La reina y el cardenal Mazarino hablaron riéndose de la aventura, diciendo que M. de Beaufort habia hecho muy bien. » (*Memorias de madama de Motteville, coleccion de Michaut Poujoulat.*)

de dar una palabra que iban á exigir de mí. Encontramos abajo al mariscal, el cual desde luego me pidió efectivamente le diese palabra de no escaparme. Yo le respondí que los prisioneros de guerra daban en ciertos casos su palabra, pero que no sabia se exigiese lo mismo de los reos de Estado... — «No es esa la cuestion, interrumpió M. de Bellievre, creo que el cardenal no rehusará dar su palabra, si fiais enteramente en ella y no poneis á su lado guardias ni carceleros. Porque si le haceis guardar, ¿de qué sirve que empeñe su fé El hombre á quien se guarda está libre de todo empeño.»

» El primer presidente obraba, al decir esto, á ciencia cierta, pues sabia que la reina habia hecho prometer al mariscal que me haria guardar rigurosamente. Este miró á M. de Bellievre y le contestó: — «Bien sabeis que no me es posible aceptar esa proposicion; vamos, continuó volviendo hácia mí, forzoso será guardaros, pero será de manera que no os quejareis de mi rigor.»

» En efecto, quedé exclusivamente á la guarda del mariscal de la Milleraye, que me cumplió su palabra; pues no es posible usar de mas consideraciones que las que tuvo conmigo. Aparte de la natural vigilancia que su responsabilidad exigia, yo era en lo demas dueño de mis actos y podia recibir á todos mis amigos. Me procuraban todas las distracciones posibles, y cada noche recibia numerosa sociedad, en la que se contaban las principales familias de Nantes. Se improvisó un teatro en el castillo, con gran contentamiento de los aficionados de la ciudad que usaron de él frecuentemente; y al espectáculo seguia generalmente una cena en la que las señoras tomaban parte. En fin, nada se excusó para hacer menos duro mi cautiverio. Pero este no era por eso menos efectivo, y el cuidado y la vigilancia no se adormian un instante. Me guardaban de vista, y la cámara

EL CARDENAL DE RETZ.

ALERE FLAMMAM
VERITATIS (1654).

En 1652, el cardenal de Retz¹, que habia tomado parte muy activa en las turbulencias de la Fronda, perdía su tiempo en nuevas maquinaciones políticas y en negociaciones inútiles con los ministros, cuando inopinadamente fué preso en el palacio del Louvre el 19 de diciembre. Encerrado primeramente en Vincennes, se vió obligado á renunciar el arzobispado de París para obtener su traslacion al castillo de Nantes, donde se hallaba de gobernador Chalucet, uno de sus amigos. De allí logró evadirse, segun él mismo lo cuenta en el siguiente extracto de sus *Memorias*:

« El mariscal de la Meilleraye y el primer presidente de Bellievre, vinieron á buscarme á Vincennes... Como el mariscal estaba afligido de la gota, no le fué posible subir hasta mi cuarto, lo que dió tiempo á Bellievre para decirme al bajar la escalera, que me guardase bien

1. Juan Francisco de Gondy, cardenal de Retz; uno de los espíritus mas turbulentos de la época de Luis XIV. Destinado á la Iglesia por su padre Manuel de Gondy, almirante de Francia, fué nombrado arzobispo de París y obtuvo la púrpura en 1651. Tomó una parte muy activa en las maquinaciones políticas que produjeron la guerra civil llamada de la Fronda, durante la minoría de Luis XIV (1648 á 1653). Murió en París en 1679, á la edad de 66 años. (N. del traductor.)

que habitaba, que era cómoda y espaciosa, estaba vigilada en su entrada única, por seis soldados que ocupaban día y noche la antecámara. Mi habitación tenía también una ventana, pero muy alta, y que daba al patio donde se hallaba el cuerpo de guardia. En mi paseo cotidiano salía siempre acompañado por los seis soldados que guardaban mi puerta, los cuales se quedaban en un terradillo, desde el que podían verme pasear por el jardín, situado á lo largo del bastion ó rebellin que da sobre el río...

Esta prision me era de día en día mas intolerable, y al cabo resolví buscar los medios de evadirme. El presidente me instaba por su parte, y Montresor me envió una carta, por medio de una señora de Nantes, en la que me decia « que al fin del mes debian trasladarme á Brest, si yo no lo impedía antes con mi fuga. » La empresa era harto difícil. Lo principal era distraer al mariscal, y en esta ocasión conocí que las personas mas desconfiadas son las mas fáciles de engañar. Participé en seguida mis proyectos á M. de Brissac, que hacia por este tiempo continuos viajes á Nantes, y que prometió servirme. Como él viajaba generalmente con gran tren de criados y equipaje, y le seguían varias mulas cargadas de cofres, me ocurrió la idea de aprovechar esta circunstancia, y le dije si no seria posible llevar un baul mayor que los otros, preparado con una ventanilla en el fondo, y en el que yo pudiese entrar sin gran trabajo. El medio me parecia practicable, y por su sencillez, de resultado seguro.

« M. de Brissac lo aprobó enteramente; pero en un viaje que hizo á Machecul, cambió por completo de opinion. Volvió á Nantes convencido, segun él decia, de que mi proyecto era arriesgado, si no imposible.... pero me dió palabra de ayudarme en todo lo que no tuviese relacion con lo interior del castillo. En su consecuencia to-

mamos nuestras medidas sobre un nuevo plan que sustituí al primero.

» Ya he dicho que solia pasearme por el jardincillo del rebellin que da sobre el Loira. Como estábamos en el mes de agosto, el río traía poca agua, y habia yo observado que el agua dejaba un espacio descubierto al pié del bastion. Habia notado igualmente, que entre el jardín y el terrado donde quedaban mis guardias en observacion durante el paseo, existia una puerta que Chalucet habia hecho poner para impedir que los soldados devastasen su huerto. Sobre estos datos construí mi nuevo plan. Pensé que me seria fácil cerrar esta puerta al paso, lo que si no impedía la vista á mi escolta, estorbaria que viesesen inmediatamente á mi alcance, y descolgarme despues por una cuerda que sostendrian mi médico y el abate Rousseau, hermano de mi mayordomo; llegando así rápidamente al pié del bastion donde de antemano se hallarian preparados algunos caballos, con cuatro de mis amigos que debian acompañarme.

» Este proyecto era de muy difícil ejecucion. No podia efectuarse, sino en medio del día, entre dos centinelas colocados á treinta pasos de distancia, y á la vista de mi escolta que si no podia venir desde luego á mi alcance, nada le impedía tirar sobre nosotros desde su puesto de observacion. Era necesario tambien que los cuatro amigos que debian acompañarme y favorecer mi evasion, se hallasen á punto al pié del rebellin, y en el momento dado, para que su presencia en aquel sitio no despertase las sospechas. Pasarme de ellos me seria imposible, pues debia atravesar un paraje que era el paseo ordinario de los guardias del mariscal.

» Si mi designio hubiera sido únicamente escapar de la prision, bastaba la acertada combinacion de los medios indicados para lograrlo; pero mis pretensiones iban mas lejos. Tenia la intencion de ir directamente á

Paris y de presentarme en público: mi popularidad y mis numerosos partidarios hubieran hecho el resto; pero este golpe de audacia no podía verificarse sin recurrir á otro medio que parecia insensato, y que por esta sola razon podia tener éxito, y era el de tomar la diligencia de Nantes á Paris, único modo de evitar las gentes que el mariscal de la Meilleraye no dejaria de enviar en mi busca. Conveníame ante todo prevenir á mis amigos de la capital, y que la noticia de mi evasion no fuese conocida en la corte antes de mi llegada.

» Nuestro siglo no hubiera presentado un hecho mas extraordinario, si un completo éxito hubiera coronado mis planes; pero mi objeto principal fracasó por una pequenísimá causa, cuando ya habia vencido las mayores dificultades.

» Mi evasion se verificó, tal como la habia dispuesto, el 8 de agosto á las cinco de la tarde. La puerta del jardín se cerró trás mí casi naturalmente, y descendí sin gran esfuerzo del bastion, que tenia cuarenta piés de alto, á horcajadas sobre un palo atado al extremo de una cuerda. En ayuda de cámara, que está aun á mi servicio, llamado Fromentin, distrajo en tanto á los soldados dándoles de beber; y como si la casualidad se quisiese poner tambien de mi parte, acabó de fijar su atencion un hombre que se estaba bañando en el rio y que se ahogaba. El centinela colocado á veinte pasos de mí, pero al extremo opuesto del bastion, no se atrevió á hacer fuego, porque, al verle preparar el mosquete y sacudir la mecha, le grité que si tiraba le haria ahorcar, y despues confesó en el tormento que al oír esta amenaza, creyó que el mariscal estaba de acuerdo conmigo. Dos pajes que se bañaban y que al verme suspendido en la cuerda, empezaron á gritar que me escapaba, ó no fueron oídos, ó creyeron que sus gritos eran por el hombre que se ahogaba. Mis cuatro compañeros se encon-

traban ya al pié del rebellin dando de beber á sus caballos, como si este solo objeto les hubiera allí conducido; así que pude montar, apenas llegué á tierra, y salir á escape antes de que dieran la alarma. Cuarenta relevos estaban preparados de Nantes á Paris, y sin duda alguna hubiera yo llegado á esta última ciudad el martes por la mañana, sin un accidente que, aunque pequeño en apariencia, me fué fatal y decidió del resto de mi vida.

» Al partir de la fortaleza, tomé el camino de Mauve, que si no me engaño, se halla á cinco leguas de Nantes sobre el Loira; punto en que estaba convenido que M. de Brissac y el caballero de Sevigné me tendrian preparada una barca para pasar el rio. La Ralde, caballero de M. de Brissac, que marchaba delante de mí, me dijo que era necesario apretar el paso, á fin de llegar, antes de que cerraran las puertas, á un arrabal que debiamos atravesar indispensablemente. Yo montaba un magnífico caballo de raza que habia costado mil escudos á Brissac, y temiendo su mucho vigor, no le rendí la mano, porque el piso era malo y resbaladizo. A este tiempo, Boisguerin, uno de los caballeros que me acompañaban, gritó nos previniésemos pues veia llegar dos guardias del mariscal hácia nosotros: llegaban en efecto, aunque, segun ví, muy agenos de venir en nuestra busca. Yo cogí una pistola, y la apunté al que estaba mas cerca. A este movimiento, el arma reverberó á los rayos del sol, que estaba aun bien alto, y el caballo espantado con el reflejo, dió un gran corcovo y me echó por tierra. En mi caída me desconcerté el brazo izquierdo contra un trascanton de la calle. Beauchesne, otro de mis compañeros, me ayudó á levantarme y á volver á montar á caballo, y aunque los dolores que sufría eran intolerables y tuve varias veces que tirarme de los cabellos para no perder el sentido, pude hacer de se-

guida cinco leguas, antes que la caballería que habia salido de Nantes en mi persecucion, pudiera darnos alcance. Llegamos al lugar donde me esperaban de Brissac y el caballero de Sevigné, y al entrar en la barca caí desmayado. Hiciéronme volver echándome agua en el rostro, pero al desembarcar en la otra orilla y querer montar de nuevo á caballo, me faltaron las fuerzas, y M. de Brissac se vió obligado á meterme en una pila de heno allí inmediata, con un caballero llamado Montet que me tenia entre sus brazos. Él se dirigió con los otros hácia Beaupreau, con el objeto de reunir la nobleza del pais y venir en mi socorro.

» Así estuve oculto mas de siete horas sufriendo lo que no es decible. Además del brazo desconcertado, tenia una contusion grave : á las nueve de la noche me acometió una fiebre violenta, y la sed que me producía, se aumentaba cruelmente con el calor del heno recién segado. No nos atreviamos á salir de allí, teniendo el rio tan cerca, por temor de ser descubiertos, y tambien porque no teniamos quien volviera á arreglar la pila de heno despues de volver á ella. Muchas veces oimos pasar caballos á derecha y á izquierda, sin poder darnos cuenta si eran las gentes que nos perseguian...

» En fin, á las dos de la mañana vino á buscarme M. de Poise Saint Offanges, noble de las cercanías, á quien M. de Brissac habia advertido de paso, y que esperó ver libre el campo de tropas para acudir en mi socorro. Pusiéronme en un carreton de labranza, y empujado por dos de sus criados, me condujeron á una casa de campo que á dos leguas de allí tenia.

» Algunas horas despues llegó M. de Brissac, y me hizo trasportar á Beaupreau donde se reunia la nobleza. Allí permanecí una noche, y al dia siguiente salí con doscientos caballeros, reuniéndome á las pocas leguas con M. de Retz que traia unos trescientos. Pasamos cerca

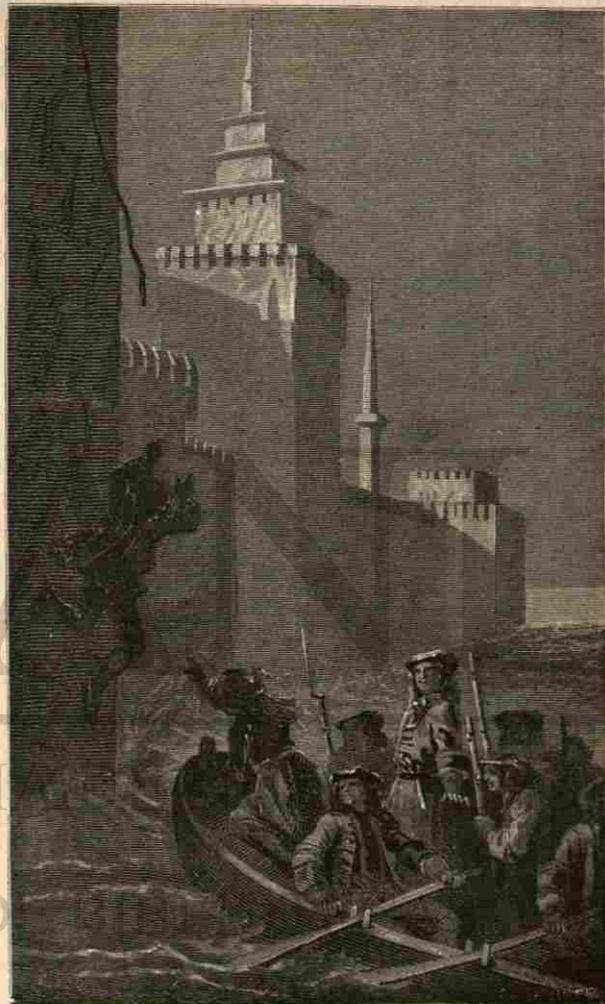
de Nantes, donde tuvimos un encuentro con las tropas del mariscal, que fueron rechazadas vigorosamente; y sin nuevo tropiezo, entramos en Machecus, que se encuentra en pais de Retz, donde estaba por entonces seguro. »

De Machecus, el cardenal de Retz se hizo trasportar á Belle-Isle, y algunos dias despues á San Sebastian de donde, con pasaportes de España, pasó en fin á Roma. (*Memorias del cardenal de Retz*, coleccion Michaud.)

QUIQUERAN DE BEAUJEU.

ALERE FLAMMAM
VERITATIS (1671.)

Pablo Antonio Quiqueran de Beaujeu, caballero de Malta, y uno de los primeros marinos de su época, habia adquirido una brillante y merecida reputacion por sus numerosas victorias sobre los turcos. En enero de 1660, sorprendido un dia por una violenta tempestad, y obligado á refugiarse en un mal puerto del archipiélago, fué atacado por treinta galeras de Ródas que mandaba el capitan bajá Mazamamet en persona. Apesar de la desigualdad de fuerzas, que hacian toda resistencia imposible, sostuvo el fuego durante doce horas, y no se rindió hasta haber agotado por completo sus municiones y haber perdido las tres cuartas partes del equipaje. Cargado de cadenas, lo conducian en triunfo en medio de las galeras turcas, cuando redoblando de violencia la tempestad, se halló en tal peligro la flota victoriosa, que Mazamamet, sincero admirador de los conocimientos superiores de su prisionero, se vió reducido á implorar su socorro, y le cedió la direccion de la maniobra. Esta disposicion fué acertada. La habilidad que desplegó salvó la escuadra de un naufragio inminente; y esto inspiró tal reconocimiento al bajá que, deseando salvarlo á su vez, suprimió su cualidad de caballero y disfrazándolo, le confundió con los esclavos de última clase. Pero el gran visir tuvo sin duda aviso, pues pidió ver los pri-

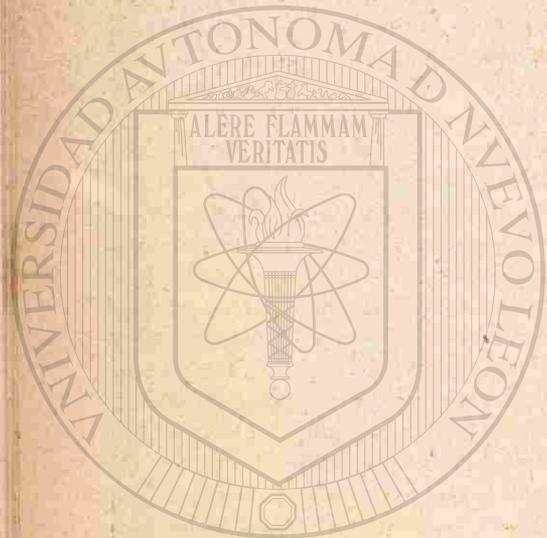


Soltó la cuerda y se arrojó al mar.

sioneros, y reconociendo á Beaujen por la distincion de su porte ó por el retrato que de él le habian hecho, dispuso se le condujese al castillo de las Siete Torres, sin esperanza de canje ni rescate. La Puerta desechó todas las proposiciones que le fueron hechas por la órden de Malta, las que se le presentaron despues en nombre de Luis XIV, y hasta los venecianos, que intentaron comprenderlo en el tratado de Candía, no obtuvieron mejor éxito.

Once años hacia que se hallaba en prision, cuando Jacobo de Quiqueran, uno de sus sobrinos, que tendria á lo mas veinte y dos años, formó el atrevido proyecto de libertarlo y lo llevó á cabo. Pasó á Constantinopla con M. de Nointel, embajador de Francia, y consiguió licencia para visitar al prisionero, cosa que en general no se negaba á nadie, por hallarse en lugar tan seguro y tan severamente guardado. Contentábanse con registrar en el primer cuerpo de guardia á los que se presentaban, y allí retenian sus armas y cualquier instrumento cortante, y hasta las llaves si por casualidad las traian.

El caballero de Beaujen se alarmó á la enunciacion del proyecto de su fuga, y titubeó considerando las funestas consecuencias que podria acarrear; pero once años de cautiverio, unido al gusto que conservaba aun por las empresas arriesgadas, y á la confianza que le inspiraba el valor de su sobrino, no le permitieron dudar por mucho tiempo. Asintió á todo, y desde entonces, cada vez que el jóven le hacia una visita, le llevaba un pedazo de cuerda que se rodeaba al cuerpo debajo de los vestidos; y cuando juzgaron que habria una cantidad suficiente, convinieron en el día, la hora y la señal para la evasion. Llegado el momento oportuno y dada la seña, el caballero se descolgó de la torre, y hallando que la cuerda no era bastante larga, pues le faltaban cuatro ó cinco toesas, se arrojó al mar, que baña por esta parte el



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

pié del castillo. El ruido de su caída fué oído por algunos turcos que pasaban en un bergantín, y que echaron inmediatamente una lancha al agua; pero Jacobo de Quiberan que llegaba en esto, en un esquife bien armado, los hizo alejarse, recogió á su tío, y le condujo á bordo de un buque de guerra mandado por su amigo el conde de Apremont, que en seguida hizo vela para Francia. Así pudo Quiberan de Beaujeu volver al seno de su familia, y realizar la ya perdida esperanza de ver su país, donde vivió aun largos años revestido con la encomienda de Burdeos que el gran maestre de Malta le confirió á su vuelta.

La evasión del caballero de Beaujeu costó la vida al caimakan (gobernador) del castillo de las Siete Torres. (Roze. *Elogio del obispo de Castres.*)

CÁRLOS II.

(1650.)

A la muerte de Cárlos I de Inglaterra, decapitado en Lóndres el 9 de febrero de 1649, Cárlos Estuardo, su hijo (después Cárlos II), que se hallaba á la sazón en la Haya, pasó secretamente á Escocia donde se le reunieron sus numerosos partidarios. Reconocido como rey de la Gran Bretaña en Escocia é Irlanda, y contando con la cooperacion del partido realista en Inglaterra, se puso en marcha sobre la capital á la cabeza de un brillante ejército; pero fué batido por Cromwell en Dumbardale (1651) y completamente derrotado en Worcester, donde dió pruebas de gran valor y de eminentes talentos militares. En la derrota que siguió á esta última batalla, Cárlos II se vió forzado á huir, casi solo y á través de mil peligros, logrando á duras penas pasar al continente y refugiarse en Francia al lado de su madre.

Las curiosas peripecias de esta fuga han quedado consignadas en un diario del mismo rey, del que extractamos los hechos principales.

Al ver la batalla perdida, la primera idea del rey fué de operar una marcha forzada y llegar á Lóndres, si era posible, antes que fuese conocida la noticia de su derrota; mas las personas de su séquito no fueron de esta opinion, y él mismo acabó por reconocer la imposibilidad de su proyecto. Forzado á abandonarlo, y variando

de este modo las circunstancias, le era necesario desembarazarse del gran número de oficiales que le seguían, y que sin contribuir á su seguridad, solo podían comprometerla: lo que consiguió poco á poco merced á la fatiga que hizo se fuesen quedando atrás la mayor parte. No sabiendo á qué punto dirigirse, Carlos, acompañado aun de cincuenta ó sesenta oficiales superiores, tomó la dirección de Woolverhampton; atravesó durante la noche y sin ser visto una ciudad vecina ocupada por un destacamento del ejército republicano, y de allí, aconsejado por uno de sus confidentes, pasó á un sitio llamado White-Ladys, alquería aislada que habitaba una honrada familia del nombre de Penderell, compuesta de cinco hermanos, los cuales contribuyeron á porfía á la salvación del rey proscrito, con una abnegación y desinterés admirables. A su llegada á la casa, un campesino vino á decirle que cerca de allí se encontraban tres mil hombres de su caballería mandados por Leslie, pero en desorden y próximos á desbandarse; noticia que animó á los que acompañaban al rey para aconsejarle se uniese á aquellas tropas, con las que podría forzar el paso y volver á Escocia; pero Carlos juzgó con acierto que la operación era imposible.

« Esto, dice en su diario, me hizo tomar la resolución de disfrazarme y dirigirme á Londres á pié, vestido de labrador, con unas calzas atacadas de paño burdo, un colete ordinario y un capotillo de lana que tomé en la alquería de White-Ladys: me hice cortar los cabellos como las gentes del campo, y arrojé mis vestidos á un pozo, para que ninguno pudiese descubrir mi traza. A nadie comuniqué mi proyecto, si no es á lord Wilmot, pues los demás me rogaron les ocultase mis designios, por temor de ser sospechados si alguno llegaba á descubrirme. Lord Wilmot partió para Londres, y los demás oficiales y gentiles hombres de mi casa, que me

habían seguido, fueron á reunirse con la caballería de Leslie, que segun supe despues fueron deshechos por un destacamento republicano.

» Disfrazado como he dicho, y tomando á mi servicio únicamente á Ricardo Penderell, uno de los hermanos de White-Ladys, de cuya fidelidad me habia respondido M. Giffard, emprendí mi viaje bien de mañana al dia siguiente de la batalla, y marchando á pié, ganamos así un extenso bosque, y continuamos no lejos del lindero, á fin de descubrir el camino y poder ver á los que nos perseguían. »

Un cuerpo de caballería pasó en efecto por la ruta, pero no se detuvo á explorar el bosque en razon probablemente de la lluvia que no cesó en todo el dia. Carlos Estuardo permaneció allí, sin tomar alimento y marchando á la casualidad, pues Ricardo Penderell no conocia el camino de Londres por aquella parte, y esto contribuyó á hacer cambiar al rey de itinerario. Llegada la noche, alcanzaron no sin dificultad la casa de campo de un noble del pais llamado Wolf, á quien Penderell dió á conocer con demasiada ligereza el nombre de la persona que le pedia asilo: afortunadamente Wolf era un realista fiel que se puso entera y lealmente á la disposición de su soberano. Pero sus opiniones bien conocidas, hacian su proteccion mas peligrosa que útil. La casa estaba vigilada y no habia en ella un lugar oculto ni seguro, por haber sido ya visitada con frecuencia en estos tiempos de proscripción. Fué pues indispensable ocultar al rey en una granja inmediata. A la noche siguiente salió de allí y deshaciendo parte del camino andado, pasó á la alquería de uno de los hermanos de Penderell, donde supo que Wilmot se hallaba escondido en las cercanías, y que no lejos de allí se encontraba tambien cierto mayor Careless á quien el rey conocia particularmente y en quien tenia entera confianza. Hí-

zole llamar en seguida, y habiéndole pedido consejo : «Tan peligroso es para V. M., le dijo Careless, el permanecer en esta casa, como el andar errando por el bosque : no conozco otro medio para pasar el día de mañana, que el de subir á un árbol en paraje descubierto desde donde podamos descubrir los movimientos del enemigo ; porque no tiene duda que explorarán el bosque en todas direcciones. »

» Aprobé esta idea, y Careless y yo partimos juntos antes de amanecer, llevando para todo el día una ligera provision de pan, queso y cerveza, lo estrictamente necesario. Llegados á un claro del bosque, elegimos una magnífica encina, tan poblada que la vista no podia penetrar por entre sus hojas, y habiéndonos acomodado como pudimos en las ramas mas altas, pasamos allí todo el día.... Desde nuestro árbol vimos partidas sueltas de tropa ir y venir por el bosque, en diferentes ocasiones, y registrar por todas partes la espesura. »

Esta encina se hizo celebre despues con el nombre de *Encina real*, y acabó por desaparecer, arrancada pedazo á pedazo por los jacobitas.

Despues de haberse concertado con Vilmot que, como queda dicho, se hallaba escondido en las cercanías, y con el coronel Lane que vivia allí cerca, se convino en que Carlos continuaria su viaje como doméstico de una hermana de este último.

» A la noche siguiente me trasladé á la morada del coronel Lane, donde cambié mi traje de villano por la ibrea de un criado de buena casa, y á la mañana inmediata salimos mistress Lane y yo en direccion de Bristol. Pero no habíamos marchado dos leguas, cuando el caballo que montaba perdió una de sus herraduras, y nos vimos obligados á separarnos del camino hasta llegar á una aldea inmediata donde pudo repararse este contratiempo. Allí, mientras tenia el pié á mi caballo, le pre-

gunté al herrador qué habia de nuevo en el pais. — « Nada, que yo sepa, me contestó, despues de la derrota de esos pícaros escoceses. — ¿Y no se dice, le pregunté de nuevo, si han cogido á algunos de los ingleses que se habian unido á ellos? — A algunos han echado el guante, me replicó, pero no he oido decir hayan dado caza al miserable Carlos Estuardo, que es la causa de todo. — ¡Oh! en cuanto á ese, si le cogieran, merecia la cuerda mas que los otros por haber traído los escoceses al reino. » Al oír esto, mi hombre exclamó que yo era un excelente patriota, y nos separamos los mejores amigos del mundo. »

Despues de otras aventuras bastante peligrosas, llegaron á la casa de M. Norton, pariente de mistress Lane, y esta señora recomendó su criado al sumiller Pope, diciéndole que venia algo enfermo y que deseaba le cuidasen, pues se interesaba por él. La mañana siguiente, durante el almuerzo de los criados, en que tomó parte el rey, uno de los domésticos se puso á hacer una descripcion tan detallada de la batalla de Worcester, que Carlos lo tomó por un soldado de Cromwell ; pero bien pronto comprendió que habia formado parte del ejército real, y continuando sus preguntas, supo que habia servido en el regimiento de guardias. — « Le pregunté qué clase de hombre era el rey, y él me contestó dando la descripcion exacta del uniforme que yo llevaba durante la accion ; y despues, mirándome fijamente, añadió que encontraba en mí una vaga semejanza con el rey, pero que este era mas alto que yo de tres pulgadas al menos. Acabado el almuerzo, me apresuré á dejar el oficio, mas temeroso de aquel soldado de mi propia guardia, que de cualquiera otro del enemigo que se hubiera presentado á mi vista. »

El sumiller Pope habia reconocido á Carlos Estuardo, y sabiéndolo este, así como tambien que era un hombre

honrado é incapaz de traicion, juzgó prudentemente que lo mas seguro era confiarse á él, lo que hizo desde luego, y no tuvo lugar de arrepentirse, porque Pope se puso en un todo á sus órdenes y le prestó importantes servicios. Despues de vencer varios inconvenientes que parecian aglomerarse á designio para entorpecer la partida del rey y detener su salida de Inglaterra, pudieron en fin trasladarse los fugitivos á Trent y albergarse con toda seguridad en la casa de un partidario de Cárlos, llamado Frank Wyndham. Al llegar allí oyó un repique general de campanas en toda la ciudad, y preguntando el motivo, supo que era por la noticia de su muerte. Un soldado de Cromwell se jactaba de haber muerto al rey, y habia presentado como prueba su justillo.

Wyndham habia fletado un buque por su cuenta, y Cárlos, acompañado de este fiel partidario y de una señora nombrada Coningsby, fué á esperarlo al punto donde debia embarcarse; pero, no habiendo llegado á la hora convenida, se dirigieron por la costa á Burport, punto mas inmediato.

« Al llegar encontramos la villa ocupada militarmente. Quinientos soldados de Cromwell acababan de entrar, y todas las calles estaban llenas de uniformes encarnados. A esta vista Wyndham perdió la serenidad y me preguntó qué pensaba hacer. — « Entrar resueltamente en la mejor posada del pueblo, le respondí, y pedir el mejor cuarto... » Dirigimos, pues, nuestros caballos á la posada principal, y entramos en el patio que estaba lleno de soldados. Eché pié á tierra, y tomando los caballos por la brida, atravesé brutalmente por medio de aquella tropa que se encolerizó mucho de mi grosería; poco faltó para que viniésemos á las manos. »

Este incidente, que á haber tomado mayores proporciones, hubiera infaliblemente perdido á Cárlos Estuardo, pasó sin otras consecuencias, gracias á su presencia de

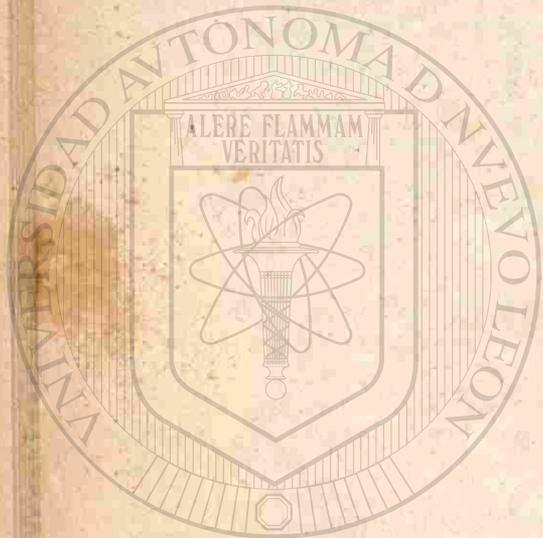


Poco faltó para que viniésemos á las manos.

espíritu. Entró en las caballerizas y allí se encontró con un nuevo riesgo. El mozo de cuadra le tomó por un antiguo camarada que había conocido en Exeter, y echándosele al cuello, le habló de M. Potter, el amo á quien habían servido y que se hallaba á la sazón en Burfort, abrumándolo en seguida con mil preguntas, que el rey, al tiempo que se aprovechaba de su error, eludió contestándole :

— Es cierto que he servido á M. Potter, pero hace tanto tiempo, que ¡por mi vida! jamás te hubiera conocido. Ahora no puedo detenerme un instante, pues mi amo parte de seguida; mas á mi vuelta de Lóndres, que será en breve, renovaremos conocimiento delante de un jarro de cerveza.

Dos horas después el rey y su compañero se reunían con lord Wilmot en la playa, no lejos de Burfort, y al frente del buque que habían fletado; una lancha vino en seguida á tierra, pero fué para noticiar á los fugitivos que el capitán del barco había cambiado de opinion y que no se decidía á correr los riesgos de aquella empresa. Cárlos se volvió consternado á Trent. Otro buque que se habían procurado en Southampton fué embargado por las autoridades para un transporte de tropas, y los sordos rumores que empezaban á circular por los alrededores relativos al paso del rey, hacían peligrosa una estancia mas prolongada en casa del coronel Wyndham. Sus amigos le procuraron un nuevo asilo en Heale, cerca de Salisbury, donde permaneció cinco dias, durante los cuales el coronel Gunter, por medio de un negociante realista llamado Mansel, fletó un buque carbonero que se hallaba en New-Shoreham. Cárlos pasó inmediatamente á Brighton y se alojó en una posada del puerto, mientras el barco hacia su carga. Allí cenó en compañía de Gunter, Mansel y de Tattershall, el patron del buque. Durante la cena, Tattershall no quitó los ojos del



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



rey, y al levantarse de la mesa tomó aparte á Mansel, y se quejó de haber sido engañado; « puesto, añadió, que conocia al rey por haberle visto muchas veces cuando mandaba la escuadra real en 1648, siendo príncipe de Galles, y que aun habia recibido en una ocasion pruebas de su bondad. » Carlos fué inmediatamente advertido de esto, y sin darse por entendido, halló medio de retener á sus convidados hasta la hora del embarque.

Llegada esta, y en un momento en que se hallaba solo en su cuarto, el posadero entró, y pasando por detrás de él, le besó la mano que tenia en el respaldo de una silla.

— Ahora, le dijo, ya no dudo llevar un dia el título de lord, si Dios me da vida.

Carlos sonrió para mostrar que le habia comprendido, y pasó á la pieza inmediata donde le aguardaban sus compañeros.

Eran las cuatro de la mañana del 16 de octubre cuando todos partieron juntos en direccion de Shoreham. Apenas Carlos y Wilmot, que fué el único que se embarcó con él, se encontraron solos con el patron del buque, este se echó á los piés del rey y le juró que, cualquiera que fuesen las consecuencias, le conduciria sano y salvo á las costas de Francia. El barco, ayudado por la marea, se dirigió rápidamente hácia la isla de Wight, como si hiciese vela para Deal adonde iba consignado; pero á las cinco de la tarde, segun estaba convenido con Tattershall, Carlos se dirigió á los marineros y les declaró que su compañero y él eran dos comerciantes arruinados que huían de sus acreedores; y les suplicó le ayudasen á persuadir al patron para que los condujera á las costas de Francia. Como último argumento les dió unos veinte chelines para beber. Tattershall opuso muchas objeciones y tardó en convencerse; pero al fin cedió, y con aparente repugnancia puso la proa para la costa francesa.

Al apuntar el día descubrieron el puerto de Fécamp, y al mismo tiempo una vela que hácia ellos venia, y que sospecharon fuese un corsario de Ostende. Este barco era sin embargo un guardacostas francés; pero sin detenerse en averiguar la certeza de su nacionalidad y procedencia, echaron la chalupa al mar, y los dos fugitivos fueron conducidos sanos y salvos al puerto. (*Memorias de Carlos II*, coleccion Guizot. — *Historia de Inglaterra*, por Lingard.)

expuestos á la intemperie, hasta que al cabo tuvieron que separarse para escapar con mas facilidad á los dragones; y nuestra pobre heroina, acompañada de su madre y de su hermano, iba ya á pasar la frontera, cuando fué reconocida y presa en los alrededores de Goncelin, pequeña villa del Gresivaudan. El jóven Gamond pudo escaparse, pero su madre y hermana, brutalmente maltratadas por los soldados, fueron conducidas á Grenoble y encerradas en un calabozo. Blanca Gamond tenia entonces veinte y un años. Durante largo tiempo sufrió en su prision los tormentos mas atroces: privada de las cosas mas indispensables á la vida, muerta de hambre, injuriada, maltratada sin piedad, y atacada diferentes veces de enfermedades graves, todo lo soportó con valor y con la resignacion de un mártir.

Véase cómo ella cuenta una tentativa de evasion que tuvo consecuencias bien tristes:

« Vinieron á decirnos que nos preparámos, pues debíamos partir dentro de tres dias para América. — « Y cuando esteis en alta mar, añadian, os harán pasar por una tabla muy estrecha y os echarán al agua, á fin de deshacerse de vosotros é ir acabando con la raza de los hugonotes. — Me importa poco, les respondí, no temo la muerte, y lo mismo me da que mi cuerpo sea comido por los peces que por los gusanos. »

» Cuando nos dejaron solas, todas mis compañeras se lamentaron de la suerte que nos estaba reservada; y una de ellas, Susana de Montelimar, añadió: — « Si han resuelto en efecto nuestra muerte, creo que, por grande que sea el peligro, debíamos intentar escaparnos. Creo que no seria difícil evadirnos por esa ventana... » Yo la interrumpí haciéndola observar que la ventana era muy alta y que podríamos matarnos ó estropearnos de manera que les seria fácil volvernos á coger, y por este hecho tratarnos con doble rigor. — « Ya he recibido hartos

BLANCA GAMOND.

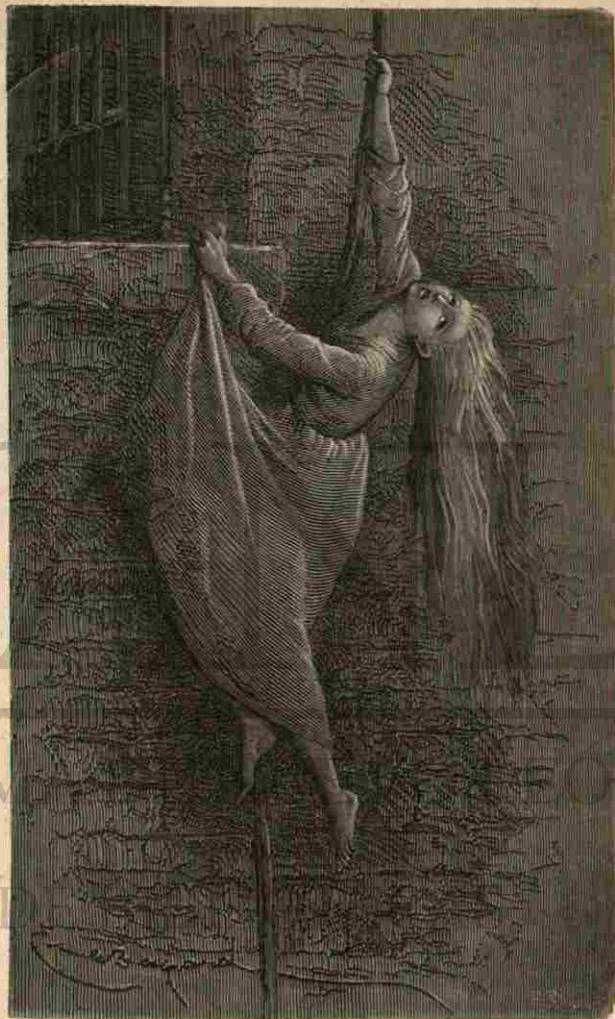
Blanca Gamond pertenecía á una familia protestante de Saint-Paul-Trois-Châteaux. Cuando á consecuencia de la revocacion del edicto de Nantes, la persecucion se desató en Francia con mas violencia contra los partidarios de la reforma, no dejándoles otra alternativa que la abjuracion de sus errores ó la fuga; la jóven Blanca, que se distinguia en su familia por una exaltacion religiosa vecina del fanatismo, formó el proyecto de huir sola y de refugiarse en el extranjero. La ciudad de Saint-Paul estaba amenazada: varios regimientos de dragones recorrían ya el pais, registrando y saqueando las casas de los sospechosos; aprisionando los protestantes de toda edad y sexo que encontraban, y llenando las prisiones de familias enteras que quedaban sin recursos. Blanca huyó de la ciudad y vagó sola durante algun tiempo por el campo, sin saber por qué lado dirigirse y expuesta á un peligro incesante. Mil veces habia estado á punto de caer en manos de las tropas, y desesperando de llevar á cabo el insensato proyecto que su inexperiencia le aconsejara, tuvo medio de ponerse en comunicacion con su familia, y esta vino á reunirsele decidida á acompañarla en su fuga. Así recorrieron una parte del Delfinado, ya albergándose en alguna miserable aldea fuera de todo camino, ya refugiados en el interior de algun bosque y

golpes, añadí, y prefiero morir á que me castiguen así de nuevo. Dejémosnos conducir á América, que Dios nos salvará como ha salvado á la Rapine. » La Rapine ó de Herapine era un nombrado Guichard, que condenado anteriormente por robo, habia logrado sin embargo el cargo de director del hospital de Valencia. Le habian dado mision de emplear todos los medios para convertir las jóvenes protestantes allí detenidas, y él creia desempeñar su encargo desplegando un rigor y una crueldad sin ejemplo.

» Susana, firme siempre en su propósito, me dijo que estaba resuelta á no sufrir mas : que morir allí de hambre y golpes, ó ser conducidas á América ó ahogadas en el camino era la misma cosa; y que en definitiva era menos peligroso evadirse. Que Dios nos habia inspirado el medio y no debian despreciarse sus avisos; en suma, que su resolucion era evadirse por la ventana aunque expusiese la vida.

» En fin, nos dejamos persuadir, y rasgando varias sábanas en anchas bandas, y reuniéndolas y trenzándolas juntas, formamos una cuerda bastante sólida. Luego, atando una piedra á un hilo, medimos la altura de la ventana. Esta estaba cerrada por una reja sujeta con un candado, el cual abrimos con grande industria y paciencia; y habiendo reconocido que nuestra cuerda era muy corta, pues nos hallábamos encerradas en un cuarto piso, añadimos nuevas bandas hasta tener todo el largo necesario. Despues atamos la cuerda á una viga que salia del alero del tejado. Cuando al ayudar á esta operacion yo me asomé á la ventana y pude medir el espacio que nos separaba del suelo, perdí la cabeza y comprendí que me seria imposible la bajada. — « De seguro vamos á perecer, dije á mis compañeras; solo de mirar á tanta profundidad, me siento desvanecer y paralizarse mis fuerzas. »

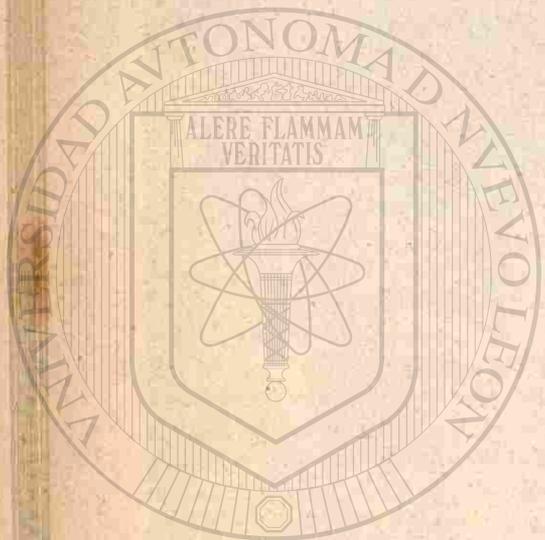
» Aquella misma noche, cuando nuestra vigilante es-



Tuve que sostenerme con una sola mano.

tuvo entregada al sueño, nos levantamos con gran cuidado, y atravesamos á pié desnudo el dormitorio, por temor de ser oídas por el sacerdote que dormía en el cuarto debajo del nuestro, y así nos reunimos silenciosamente delante de la ventana. La primera que se descolgó fué Susana de Montelimar, y luego la siguieron la señorita Terrason, de Die y Ana Dumasse, de la Salle. En seguida llegó mi vez, y cuando salí de la ventana y me suspendí de las sábanas me faltaron las fuerzas, y los huesos de los brazos me crugían como si me los arrancaran. Además, la falda de mi vestido se había enganchado á un clavo de la ventana, y tuve que sostenerme con una sola mano para desenganchar con la otra el vestido. Conseguílo á duras penas, y pude ya servirme de ambas manos é ir descendiendo poco á poco; pero me sentía desfallecer á cada instante, y tenía que coger la sábana con los dientes para ayudarme y reposar los brazos; y en fin, no habria hecho la mitad del camino, cuando, no pudiendo más, invoqué el santo nombre de Dios, y encomendándome á su misericordia, me dejé ir y caí precipitada á tierra.

» El golpe que recibí contra las piedras me causó un dolor tan agudo, que no pude contener un grito. Mis compañeras, que me estaban esperando, corrieron á mí, me sostuvieron entre sus brazos y me preguntaron dónde me había hecho daño. — « No sé, las contesté, siento dolores en todo el cuerpo, y particularmente en la pierna derecha. Bien os lo había anunciado que esta evasión me seria fatal. ¡Cúmplase la voluntad de Dios! » Quise entonces incorporarme y andar, pero me fué imposible. Me había roto ó dislocado una pierna. Rogué á mis compañeras me la vendasen con mi delantal, y sujeta así y sostenida por mis hermanas, pude irme arrastrando sesenta ó setenta pasos hasta la puerta del arrabal de Valencia que encontramos cerrada. Me ayudaron á subir al



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL

muro, mas cuando estuve arriba y ví que era necesario descolgarse de nuevo, perdí completamente el ánimo y dije á mis compañeras que me abandonasen allí; que me era imposible intentar una bajada tan peligrosa, y que por lo demas, en mi estado, no podria ir á pié mas lejos. Convencidas de mi razon me bajaron de la muralla y me pusieron extendida cerca de la puerta, partiendo luego con gran pena de dejarme sola. Un momento despues las oí gritar del otro lado para avisarme que estaban en salvo.

» Así quedé allí sola, reclinada sobre un monton de piedras y en un callejon solitario, sufriendo crueles y violentos dolores que no me dejaban un instante de reposo.

» El dia tardaba en venir, y yo lo anhelaba y lo temia al mismo tiempo, pues me estremecia á la sola idea de ser descubierta, y no esperaba socorro sino de Dios, á quien invocaba en tan penoso trance con todo mi corazon. La humedad de la noche agravaba mi mal, y este llegó á ser tan intenso, que al cabo perdí el sentido. Poco despues la fuerza de mis dolores, á falta de ageno auxilio, me hicieron volver en mí, pero al volver al mismo tiempo á la conciencia de mi situacion, y al considerar que seria hallada por mis enemigos y que me conducirian de nuevo al hospital, pedia á Dios con ahinco la muerte, y atacada de nuevas congojas, caía otra vez desmayada.

» Así me sorprendió el dia. La luz y el fresco de la mañana despejaron por completo mis sentidos, pero no me sentí con fuerzas para levantarme. El menor movimiento me causaba un dolor intolerable, y ademas, como la gente comenzaba ya á transitar por aquel sitio, no queria notasen que estaba estropeada. Me cubrí el rostro como pude á fin de no ser conocida, y me puse á discurrir cómo saldria de la arriesgada posicion en que

me encontraba, y cómo y á quién podria recurrir para hallar un albergue seguro.

» En esto pasó un hombre que, al verme, se paró un momento á contemplarme y exclamó: — « Mas os valdria, pobre jóven, estar á tal hora en vuestra casa y no exponeros así á la vergüenza. — Si supiérais quién soy, le contesté, no me tendríais ese lenguaje. » El hombre se encogió de hombros, y sin querer oir mas siguió su camino.

» Un momento despues vinieron á abrir la puerta del arrabal, y todos los que pasaban hacian comentarios desfavorables sobre mi presencia en aquel sitio. Yo no sé á qué suposiciones indignas daba lugar mi situacion, que todos me miraban con desprecio. »

La pobre jóven permaneció algun tiempo en ese estado, hasta que al fin se decidió á dirigir la palabra á un transeunte, suplicándole hiciese venir á una señora Marsiliere que vivia en las inmediaciones y que ella conocia por ser una protestante que habia salido del hospital convertida al catolicismo. Y al propio tiempo rogaba á Dios la deparase un buen Samaritano que tuviese piedad de ella; pero la Marsiliere á quien ella acudía, no tenia nada de comun con el buen Samaritano.

— ¿Sois vos quien me ha hecho llamar? dijo esta mujer acercándose á la pobre herida.

— Sí, señora, la contesté, salvadme, os ruego, del gran peligro y vergüenza en que me hallo. Procuradme por el amor de Dios un asilo donde pueda ocultarme y comunicar con mi familia.

Y á continuacion la conté cuanto me habia pasado.

— Vos quereis perderme y ponerme en riesgo de una desgracia, me replicó la Marsiliere; habeis hecho mal en contar con mi complicidad y aun en hacerme venir aquí, pues si me ven, corro peligro de ir en prision. Así, no extrañeis que os deje.

—¿Y tendreis valor de abandonarme en tal situacion? la dije prorumpiendo en sollozos : recordad que hemos profesado una misma creencia, y por el amor del Crucificado, si no quereis darme un asilo, ayudadme al menos á ocultarme detrás de la muralla para que los que pasen no me vean.

Todas las súplicas de la pobre Blanca fueron inútiles, y su llanto no logró conmovér á la prudente y caritativa persona que habia llamado en su auxilio. La miserable se apresuró á dejarla, pero no tardó en volver acompañada del limosnero del hospital, á quien habia ido á delatar á la fugitiva. Este, sin hacerse cargo de la dolorosa situacion y de los sufrimientos de la desgraciada, en vez de empezar por socorrerla, la sometió allí á un largo interrogatorio sobre su evasion, sus cómplices, etc. En fin, dos hombres la cogieron por los piés y los brazos y la condujeron al hospital.

No nos detendremos en detallar aquí el largo suplicio que sufrió la infortunada jóven durante los cuatro ó cinco meses que trascurrieron despues de su evasion ; hay hechos que deshonoran la humanidad y que la pluma se resiste á describir.

La infortunada Blanca fué al cabo entregada á sus padres, y habiéndose curado contra toda esperanza, se retiró á Suiza con toda su familia. (*Boletín de la Sociedad de la historia del protestantismo francés*, 1867.)

JUAN BART.

(1689.)

Juan Bart¹ habia recibido la órden de escoltar un convoy de veinte buques mercantes : dióse á la vela en la *Railleuse*, fragata de 28 cañones, llevando por segundo al caballero de Forbin que mandaba les *Jeux*, otra fragata de 24 cañones. Atacados por dos buques ingleses, el uno de 48 y el otro de 42 cañones, los dos bravos marinos se sacrificaron por salvar el convoy, haciendo frente á fuerzas desiguales, mientras los otros barcos tomaban el largo. Juan Bart perdió casi todo su equipaje, quedando ademas ligeramente herido : Forbin recibió seis heridas y perdió los dos tercios de su gente. Fué necesario rendirse, pero en cambio la flotilla mercante se habia salvado, y los ingleses habian perdido la mayor parte de sus oficiales y gran número de sus marineros y soldados que quedaron fuera de combate.

Conducidos á Plymouth por el vice-almirante inglés que tomó el mando de sus dos buques y de las fragatas apresadas, Juan Bart y Forbin esperaban ser tratados

1. Célebre marino francés, hijo de un simple pecador de Dunquerque. Sus proezas como corsario desde 1675, en las guerras que sostuvo la Francia contra la Inglaterra y la Holanda, le valieron el grado de jefe de escuadra que le confirió solemnemente Luis XIV en 1691. La vida de este marino presenta hechos de una audacia y de un valor extraordinarios. (*N. del traductor.*)

como prisioneros de guerra y quedar allí detenidos bajo su palabra; pero el gobernador de la ciudad no creyó deber hacerles este honor, y fueron encerrados en una especie de posada, cuya disposición ofrecía todas las seguridades de una cárcel. La habitación que les destinaron tenía una sola ventana cerrada por una fuerte reja, y la puerta se hallaba guardada por un centinela. Este exceso de precaución y un rigor tan inusitado, excitó desde luego en los dos capitanes el deseo de evadirse, sin esperar siquiera que se curasen sus heridas; y una circunstancia fortuita vino inmediatamente á avivar su deseo y á proporcionarles los medios para realizarlo. Un acaso feliz trajo al puerto de Plymouth á un pescador de Ostende, pariente de Juan Bart, algunos dicen que fué Gaspar Bart, su hermano, el cual, al hacer allí escala, supo la importante presa hecha por los ingleses. El mismo día logró penetrar en la prisión de los dos marinos, y bien pronto combinaron los medios de alcanzar la libertad. A su segunda visita les llevó una lima, con la que fueron cortando los hierros de la reja, dejándolos de manera que cedieran á un fuerte impulso, y á medida que esto hacían, fueron cubriendo las partes limadas con miga de pan amasada con ollin.

Quiso también su buena suerte, que el cirujano encargado de curar sus heridas fuese un oficial de sanidad flamenco, también prisionero de los ingleses, y tan deseoso como sus enfermos de recobrar por cualquier medio la libertad. En fin, lograron ganar con dádivas y promesas á los dos grumetes que habían puesto á su servicio, y ya solo faltaba procurarse una embarcación, de lo cual se encargaron espontáneamente los dos muchachos. En efecto, dos días después, á la caída de la tarde, descubrieron en el puerto un barco carbonero procedente de Noruega, cuyo patron, completamente borracho, dormía como un tronco; y los grumetes, movi-

dos de una inspiración propia de su edad, saltaron en la barca y, en menos tiempo del que se necesita para referirlo, transportaron el borracho á una lancha inmediata, rompieron las amarras, condujeron el barco á una ensenada cerca de la prisión, y corrieron á dar cuenta de su proeza á los prisioneros. Júzguese si serían bien recibidos.

A poco rato vino el cirujano á hacer su visita. Diéronle cuenta del hecho y le encargaron fuese inmediatamente á decir al pescador el sitio donde se hallaba oculto el barco y que llevase á él todos los objetos necesarios para algunos días de navegación, esto es, provisión de pan, queso y cerveza, una brújula y una carta marina. Si todo salía bien, el cirujano debía venir á media noche con el pescador y los dos grumetes, al pie de la ventana de la prisión, y de allí tiraría una piedra que debía servir de aviso.

A la hora citada, la señal que esperaban con mortal impaciencia se dejó oír distintamente. Los prisioneros arrancaron al punto los hierros ya limados de la reja; aseguraron á los otros las sábanas de sus camas, anudadas por las puntas, y descolgándose uno después de otro, llegaron á tierra sin accidente. El cirujano, el pescador y los grumetes, que los esperaban, los condujeron á toda prisa á la pequeña ensenada donde se hallaba el barco, é inmediatamente se embarcaron, excepto el pescador que volvió tranquilamente á su bordo.

Al salir de Plymouth corrieron un riesgo que no habían previsto y que les tuvo á punto de fracasar en la empresa. Un guardacostas que vigilaba el puerto, los descubrió al tocar á la barra y les gritó: *Whene goes the boat* (¿A donde va la barca?). Por fortuna Juan Bart sabía el inglés y respondió con voz segura: *fisherman* (pescador), y el buque inglés se alejó sin desconfianza.

Mientras que la pequeña embarcación se dirigía hácia

las costas de Francia, el teniente de Forbin, prisionero en el mismo cuarto, y que no había podido seguir á sus jefes á causa de sus heridas y hallarse amputado de un brazo, se divirtió en distraer al centinela hablando en alta voz y en tonos diferentes, figurando una acalorada discusion con sus compañeros. Cuando los vió lejos, el pobre oficial suspendió la comedia dándose las buenas noches, fué á la ventana á retirar las sábanas que habían servido á la evasión, y se acostó tranquilamente.

Al despertar por la mañana manifestó la mayor sorpresa cuando le dijeron que sus compañeros se habían fugado; fingió no creerle hubiesen abandonado así, y se desató en imprecaciones contra ellos, maldiciéndolos y apellidándolos traidores. Los ingleses le creyeron de buena fe y le interrogaron largamente sobre todo lo ocurrido en los días anteriores, esperando sacar algún indicio que les pusiese sobre la traza de los fugitivos. « Esos traidores, les contestó Forbin, no han dejado traslucir nada de sus planes; lo único que recuerdo, y que llama ahora mi atención, es que Bart se había mandado hacer zapatos nuevos, y que al probárselos hace dos días dijo que eran excelentes para una larga marcha. »

Los ingleses engañados por este dato, enviaron correos en todas direcciones, mientras que nuestros dos marineros bogaban en medio del canal de la Mancha.

El mar estaba tranquilo y una espesa niebla ocultaba á los buques cruceros la pequeña barca que se dirigía lentamente hácia las costas de Francia. Durante dos días y dos noches, Juan Bart no dejó el remo, manejándolo con un vigor infatigable, mientras que el cirujano y los dos grumetes se relevaban para remar con el otro que era mas pequeño; lo que hacia penosa la direccion del barco movido así por dos remos desiguales. En cuanto á Forbin, como sus heridas no le permitian el

menor esfuerzo, estaba al timon durante toda la travesía.

Descubriéronse en fin las costas de Bretaña, y los fugitivos, extenuados de fatiga, desembarcaron en el puertecillo de Hanquí, á algunas leguas de Saint-Maló. Hacia cuarenta y ocho horas justas que habían salido de Plymouth, pero su cautividad, incluyendo este tiempo de navegacion, no había durado mas que once días. Fueron recibidos con transportes de alegría y conducidos de un punto á otro como en triunfo, pues ya se sabía en toda la costa la heroica defensa del convoy, y se creía que ambos capitanes habían perecido en el combate.

El primer cuidado de Juan Bart y de Forbin fué hacer indemnizar al pescador de Ostende que los ingleses habían hecho responsable de su fuga, y de procurar el rescate del teniente, quien consiguió la libertad un mes despues de la evasión de su jefe. (Adolfo Badin, *Historia de Juan Bart*, Paris, Hachette, 1867. *Memorias del caballero de Forbin.*)

DUGUAY-TROUIN.

(1694.)

Duguay-Trouin¹ mandaba la *Diligente*, fragata de 40 cañones, y se hallaba bordeando en las aguas de la Mancha, cuando levantándose la bruma que es en extremo densa en estos parajes, se encontró inopinadamente en medio de una escuadra inglesa, compuesta de seis navíos de 50 á 70 cañones. Empeñóse el combate, y despues de cuatro horas de una lucha encarnizada, á pesar de grandes pérdidas y de hallarse casi desmantelado el buque, Trouin se negó á todas las instancias de sus oficiales que le aconsejaban rendirse, y hubiera allí perecido víctima de su heroica temeridad, si una bala muerta no le hubiese arrojado sin sentido en medio del puente. Cuando volvió en sí se hallaba prisionero de los ingleses. Condujéronle á Plymouth, dándole al principio la ciudad por cárcel; libertad relativa que le permitió contraer algunas relaciones bastante útiles poco despues que le redujeron á prision mas estrecha.

Una de las compañías que daban guardia á la prision tenia por capitán un francés refugiado que tomó en grande amistad á Duguay-Trouin. Contóle en confianza

1. Duguay-Trouin (René), teniente general de la marina francesa, uno de los hombres mas ilustres y mas justamente célebres de su época. Nació en Saint-Maló, en junio de 1673. (N. del traductor.)

que estaba perdidamente enamorado de una rica tendera de la ciudad, á quien precisamente conocia y trataba Duguay, y le rogó aprovechase esta circunstancia para hablar en su favor; lo que él prometió asegurándole haria todos sus esfuerzos para que aquella jóven le otorgase su mano. A favor de esta intriga logró que descuidasen la vigilancia; supo poner la tendera de su parte, y se entendió con el capitán de un buque sueco que le vendió una chalupa provista de todo lo necesario, prestándole ademas seis marineros para ayudarle en su fuga. Dispuesto así, esperó el dia en que el capitán daba la guardia, y mientras este le creia abogando su causa en casa de la bella tendera, á donde le habia permitido ir, Duguay-Trouin saltaba las tapias del jardín con otro oficial tambien prisionero, y se reunia en el lugar designado con su criado, el contraestre y los seis marineros suecos que escoltaron á los fugitivos hasta la chalupa.

« Nos embarcamos, dice Trouin en sus Memorias, á eso de las seis de la tarde. Inmediatamente bogamos fuera del puerto, y al salir á la rada, fuimos interrogados por dos buques de guerra á los que contestamos como un barco pescador inglés, y continuamos nuestro camino. Al apuntar el dia nos hallábamos fuera de las aguas de Plymouth, donde nos atravesamos con una fragata inglesa que se obstinó en llamarnos á plática; y habiéndonos hecho sospechosos, se disponia á abordarnos, cuando por fortuna cesó el viento y pudimos alejarnos á fuerza de remos.

» La perdimos en fin de vista, y nos encontramos en alta mar, muertos de fatiga por haber remado tan largo tiempo y sin cesar un instante: llegada la noche, el contraestre y yo nos relevamos para gobernar el barco, valiéndonos de una pequeña brújula colocada bajo un farol al pié del timon; pero era tal mi cansancio, que

me sorprendió el sueño teniendo la barra, y nuestra frágil embarcación fué derrotando insensiblemente á barlovento, á tiempo que saltaba la brisa. De repente una ráfaga violenta cogió la vela de través y volcó de tal modo la chalupa, que se llenaba rápidamente de agua; cuando, despertándome en momento tan crítico, pude largar la escota y dando un fuerte empuje al timon viento en popa, enderecé el barco y logré con tan pronta maniobra evitar un naufragio que nos hubiera sido fatal, pues nos hallábamos á mas de 15 leguas de tierra. Mis compañeros, que también dormían, se despertaron enteramente cubiertos de agua. Todas nuestras provisiones fueron completamente perdidas. Inmediatamente nos pusimos á desaguar la chalupa, operación que fué larga y bien penosa, pues tuvimos que hacerla con nuestros sombreros ... Al día siguiente, hácia las ocho de la noche, abordamos las costas de Bretaña, y desembarcamos á dos leguas de Treguier. » (*Memorias de Duguay-Trouin*, colección de Michaud Pououlat.)

EL ABATE DE BUCQUOY.

(1700-1702.)

El conde de Bucquoy, oficial de ejército en su juventud, después monje de la Trapa, y luego jesuita y devoto exaltado hasta el fanatismo, llegó en su edad madura, según lo que él mismo cuenta, á despreocuparse de tal modo, que se hizo celoso propagador de las ideas avanzadas, y enemigo encarnizado del despotismo de Luis XIV. Su espíritu activo é intrigante le comprometió en diversas aventuras y maquinaciones políticas, y al fin, acusado de complicidad en una conspiración, fué preso en Sens, en una posada donde había dejado escapar algunas palabras imprudentes. En el trayecto de Sens á Paris, donde le hicieron trasladar desde luego, intentó ya fugarse, aunque infructuosamente, y por lo que él cuenta de esta primera tentativa de evasión, se ve no fué tan hábil como lo demostró después en este género de empresas.

Le encerraron en For-l'Eveque, y desde el primer día de su detención empezó á buscar los medios de recobrar la libertad. Hé aquí cómo él mismo refiere sus aventuras, designándose bajo una forma indirecta :

«... Discurriendo en ello, recordó que un exento de guardias de corps había intentado escaparse de esta prisión por la ventana de un desvan que daba sobre el Valle

me sorprendió el sueño teniendo la barra, y nuestra frágil embarcación fué derrotando insensiblemente á barlovento, á tiempo que saltaba la brisa. De repente una ráfaga violenta cogió la vela de través y volcó de tal modo la chalupa, que se llenaba rápidamente de agua; cuando, despertándome en momento tan crítico, pude largar la escota y dando un fuerte empuje al timon viento en popa, enderecé el barco y logré con tan pronta maniobra evitar un naufragio que nos hubiera sido fatal, pues nos hallábamos á mas de 15 leguas de tierra. Mis compañeros, que también dormían, se despertaron enteramente cubiertos de agua. Todas nuestras provisiones fueron completamente perdidas. Inmediatamente nos pusimos á desaguar la chalupa, operación que fué larga y bien penosa, pues tuvimos que hacerla con nuestros sombreros ... Al día siguiente, hácia las ocho de la noche, abordamos las costas de Bretaña, y desembarcamos á dos leguas de Treguier. » (*Memorias de Duguay-Trouin*, colección de Michaud Pououlat.)

EL ABATE DE BUCQUOY.

(1700-1702.)

El conde de Bucquoy, oficial de ejército en su juventud, después monje de la Trapa, y luego jesuita y devoto exaltado hasta el fanatismo, llegó en su edad madura, según lo que él mismo cuenta, á despreocuparse de tal modo, que se hizo celoso propagador de las ideas avanzadas, y enemigo encarnizado del despotismo de Luis XIV. Su espíritu activo é intrigante le comprometió en diversas aventuras y maquinaciones políticas, y al fin, acusado de complicidad en una conspiración, fué preso en Sens, en una posada donde había dejado escapar algunas palabras imprudentes. En el trayecto de Sens á Paris, donde le hicieron trasladar desde luego, intentó ya fugarse, aunque infructuosamente, y por lo que él cuenta de esta primera tentativa de evasión, se ve no fué tan hábil como lo demostró después en este género de empresas.

Le encerraron en For-l'Eveque, y desde el primer día de su detención empezó á buscar los medios de recobrar la libertad. Hé aquí cómo él mismo refiere sus aventuras, designándose bajo una forma indirecta :

«... Discurriendo en ello, recordó que un exento de guardias de corps había intentado escaparse de esta prisión por la ventana de un desvan que daba sobre el Valle

de la Miseria¹, y que erró el golpe por falta de valor para ejecutar salto tan peligroso. Ese recuerdo le sugirió la idea de llevar á cabo lo que el pobre exento no se habia atrevido á ejecutar. Procuró orientarse primero y conocer bien la distribucion interior de la parte del fuerte que ocupaba. Habia observado que su cuarto comunicaba por la puerta de salida con una especie de camaranchon lleno de trastos viejos y de objetos inútiles; y dudando si sería aquel el desvan en cuestion, y no queriendo intentar nada antes de estar seguro, fingió una indisposicion súbita cierto dia que lo conducian á su cuarto, y obtuvo del carcelero le dejasen asomar un momento á la ventana del desvan, á fin de respirar el aire libre. En efecto, se hallaba en el sitio que creia, y aquella ventana daba sobre el malecon del *Valle de la Miseria*. La altura era espantosa, y la reja de hierro guarnecida de garfios que cerraba la salida, era casi inútil en vista de la prodigiosa elevacion á que aquella torre se hallaba. Al separarse de este sitio, tanteó disimuladamente la reja, y notó que estaba casi desprendida por la parte inferior, sea por vetustez ó abandono, y que sería fácil abrirse paso por ella.

» Condujéronle á su cuarto, donde le encerraron cuidadosamente como de costumbre, y desde aquel momento empezó á ponerse en accion y á discurrir en los medios de facilitarse la fuga. El primer paso difícil era salir del calabozo, pues la puerta, bastante sólida, estaba ademas asegurada por la parte exterior con un fuerte cerrojo. La idea de desencajarla ó romperla era insensata, no teniendo las herramientas necesarias para ello; y ademas el ruido que no podia menos de hacer, llegaria sin duda á la habitacion inferior, y haria descubrir su proyecto.

» Despues de maduras reflexiones, y considerando

1. Hoy malecon de la Megisserie.

las facilidades que le daba el hallarse solo en aquel piso de la torre, decidió pegar fuego á la puerta del calabozo; y afirmándose en esta idea, pidió permiso al dia siguiente al alcaide para prepararse él mismo la comida. Acordáronle fácilmente este favor, y le llevaron de seguida á su cuarto un hornillo y algunos útiles indispensables de cocina. Dió al carcelero para comprar carbon y algunos víveres, y le recompensó generosamente para que no entorpeciese por mala voluntad sus proyectos. Tomadas así sus medidas, no quiso dilatar la ejecucion, y aquella misma noche, cuando creyó que todo el mundo dormia, arrimó una buena cantidad de carbon á la puerta, lo encendió, y á fuerza de activar la brasa logró que prendiese la madera; y luego que el fuego hubo consumido lo bastante para practicar sin gran trabajo una abertura, se apresuró á echar agua sobre la llama que empezaba á tomar las proporciones de un incendio. Esta operacion sin embargo, aunque llevada á cabo felizmente, no se terminó sin grave peligro para el prisionero, que estuvo á punto de ser sofocado por la densa humareda que llenaba el calabozo; pero él ensanchó prontamente la brecha de la puerta carbonizada y salió al fin al desvan, objeto de todos sus deseos. Ya allí, creyó asegurada su libertad, y el éxito correspondió á sus esperanzas. Su primer cuidado fué buscar cuerdas entre los objetos inútiles de toda especie que llenaban el desvan, y no hallándolas, vació algunos colchones que estaban allí amontonados, rasgó en tiras el lienzo, y atándolas unas á otras, aseguró uno de sus extremos en una columna de cama que encontró, y que puesta al través de la ventana formaba un apoyo sólido. Separó luego sin gran trabajo la parte inferior de la reja, que, como queda dicho, estaba casi desprendida, é inmediatamente emprendió la peligrosa bajada, descolgándose por entre los garfios de hierro que guarnecian

las ventanas de los cinco ó seis pisos que lo separaban del suelo. Comenzaba á despuntar el dia cuando llegó al malecon, todo desgarrado y con el traje en el mayor desórden. Algunos mercaderes que empezaban á abrir sus tiendas le vieron descolgarse, pero ninguno quiso denunciarlo ni dar la alarma; solo algunos pilluelos que salian de los barcos del Sena, al ver aquel hombre que corria sin sombrero y con el traje en girones, dieron en perseguirlo y gritar trás él, y hubieran comprometido infaliblemente su evasion, si un fuerte aguacero no hubiera venido oportunamente á dispersarlos. Él, á fin de hacerles perder la pista se metió en un dédalo de callejuelas, atravesó San Eustaquio y llegó por último á las inmediaciones del Temple, donde hallando una taberna abierta, entró en ella con el pretexto de desayunarse, aunque mas bien para ocultarse si alguno le perseguia aun, y reposar un poco. Pero como oyese durante el desayuno que hacian comentarios sobre su extraño equipo, creyó que su evasion estaba ya descubierta, y sin concluir, pagó al tabernero y salió de allí sin saber qué direccion tomar. En fin, no queriendo estar por mas tiempo expuesto á la curiosidad pública, corrió á refugiarse á una casa cerca de las Madalonnets, donde vivia la madre de uno de sus criados; forjó un cuento para paliar el desórden de su vestido, y dando dinero á aquella buena mujer para que le preparase la comida, estuvo allí hasta la noche; y á la hora en que menos podia hacerse notar, salió y buscó un asilo mas seguro.

» Despues de haber pasado nueve meses en Paris ocupado en enviar memoriales al rey desde el fondo de su retiro para justificarse y obtener gracia, viendo que todo era inútil, se decidió al cabo á salir del reino; pero tomó tan mal sus medidas, que fué detenido en la Fere y puesto de nuevo en prision. Dos veces intentó aquí tambien evadirse, y la segunda lo habia casi consigui-

do, arrojándose de la muralla y atravesando el foso á nado; pero fué descubierto y aprisionado mas estrechamente, y en fin, conducido nuevamente á Paris y encerrado en la Bastilla.

Seguramente en esta fortaleza no podia esperar escaparse, y al pensarlo con madurez se comprendia que era un hecho humanamente imposible; y sin embargo, esta fué la primera idea que le asaltó al llegar á la entrada de la famosa prision de Estado. Desde que bajó de la silla de posta, empezó á examinar los alrededores de la fortaleza, la anchura del foso y la altura de las murallas; y al paso del puente levadizo hasta la torre de la *Bretigniere*, donde le condujeron, toda la disposicion de los patios, escaleras y pasadizos por donde le llevaban. Tuvieronle primero en un calabozo, y despues le pusieron en sala comun con otros presos. En seguida les propuso fugarse juntos, y fué denunciado por uno de ellos, por lo que le volvieron al calabozo, del cual logró á poco salir fingiéndose gravemente enfermo. En fin, de este modo y bajo diferentes pretextos, se hizo cambiar sucesivamente de prision, para estudiar bien las localidades y los medios de evadirse. Ultimamente le encerraron en la torre de la *Bertaudiere* con un baron aleman luterano, al que, segun dijo, pretendia convertir, y al que convirtió en realidad, pero solamente á que le ayudara en sus proyectos. Ya habian empezado á abrir una antigua ventana murada que caia sobre la plataforma, cuando fueron denunciados por un preso que ocupaba el calabozo vecino, y aunque el abate procuró disculparse, haciendo caer la responsabilidad sobre el mismo denunciador, no le dieron oidos, ó en la duda, le cambiaron de torre trasladándole á la *Libertad*, si bien acompañado de su baron aleman, por no contrariar la conversion emprendida.

Apenas en su nueva prision, empezaron con doble

ardor sus preparativos de fuga, proponiéndose descender por aquel lado al foso que da á la puerta de San Antonio. Comenzaron por atacar el muro, horadándole con pedazos de hierro, clavos y hojas de cuchillo de que el abate había hecho provision en los diversos cuartos que había ocupado, apoderándose de todo lo que le venia á la mano. Afilaban estas herramientas improvisadas en los cántaros de agua de la prision, y como su cuarto tenia una chimenea, se servian del fuego para modificar y perfeccionar sus instrumentos. Necesitaban ademas una escala de cuerda. Despues de discurrir largo tiempo, hallaron lo más óbvio irse apoderando de las fundas de mimbre que envolvian las botellas de vino subidas mañana y tarde á los presos; y para cohonestar este extraño consumo de mimbres, dijeron al carcelero que siendo cosa inútil, á ellos les servia para encender el fuego. Así fueron reuniendo gran cantidad, y con el objeto de ocultarla, como igualmente los demas instrumentos de evasion, levantaron una losa del pavimento, y sacando la tierra, hicieron un escondrijo bastante profundo.

Allí ocultaban igualmente las tiras de tela que el abate cortaba de cuando en cuando de las sábanas, y las servilletas que podia escamotear; y por la noche, cuando todos dormian, sacaban el hilo de aquella tela, y entretejiéndolo con mimbre, iban formando una gruesa cuerda, bastante sólida para sostener el peso de un hombre. El trabajo avanzaba, y ya nuestros dos presos veian llegar el anhelado momento de la evasion, cuando un dia se desplomó de repente una parte del pavimento del calabozo, cayendo en el del piso inferior que habitaba un jesuita lunático á quien esta aventura acabó de volver loco. El abate y su compañero corrieron gran peligro en esta ocasion, salvándose por milagro de la catástrofe, pero lo mas doloroso fué que les cambiaron de cuarto, y

de consiguiente que todo su trabajo fué en un momento perdido.

El aleman se resistió tenazmente á comenzar de nuevo, y desistió de la empresa; y considerándole el abate desde este punto como un compañero mas incómodo que útil, procuró deshacerse de él, lo que logró desde luego declarando al gobernador que le habia convertido al catolicismo (lo que era cierto), y esto dió á Bucquoy tal fama de catequista, que se apresuraron á trasladarle á la habitacion de un protestante llamado Grandville, hombre resuelto y capaz de intentarlo todo para alcanzar la libertad. Enviaron con el abate dos presos mas, y antes del tercer dia ya estaban todos de acuerdo. Este, despues de haberles exigido juramento solemne, les comunicó sus planes, y les confió tenia guardada una lima que habia podido escapar al registro. Añadió que nada seria mas fácil que limar la reja y descender por la ventana por medio de cuerdas, y para obviar toda objecion, les mostró parte de la que habia construido con el aleman, y les explicó el modo de hacerla. Con esto se animaron los otros, y desde aquel dia pusieron mano á la obra, rivalizando de celo para poner pronto término á la empresa. Sin embargo, poco faltó para que sucediese aquí lo que ocurrió con los trabajadores de la torre de Babel, no por la confusion de lenguas, sino por diferencia de opiniones en la manera de evadirse. En fin, se convinieron en descender primero al foso, cosa por donde era indispensable comenzar, y ya allí, que cada uno tomara el partido que le pareciese.

Señalado el dia, ó mas bien la noche para la evasion, limaron la reja cuando creyeron que todo el mundo dormia; y por temor de que no les viesen descolgarse desde los calabozos inferiores, aunque habian escogido un tiempo nublado y sin luna, descendieron una gran manta de color oscuro que cubrió las ventanas, y luego

fueron deslizando la cuerda que habian anudado de trecho en trecho para poder sostenerse, y que por un exceso de precaucion habian ennegrecido con hollin deshecho en grasa, á fin de que fuese menos visible. El abate pidió descender primero para dirigir la operacion y favorecer la bajada de los demas, observando los movimientos del centinela que se hallaba por aquel lado, y dando aviso del momento favorable por medio de un cordon atado á la ventana. Todo así arreglado, el abate se descolgó y estuvo mas de dos horas en el foso sin tener noticia alguna de sus compañeros. Tiró muchas veces del cordon sin resultado, y ya creía que alguna nueva disputa les habia hecho desistir del proyecto, cuando vió poco á poco descender á dos de ellos, que al reunírsele, le participaron el motivo de su tardanza. El desgraciado Grandville no habia podido pasar por la brecha abierta en la reja á causa de su obesidad, y habian perdido el tiempo en esfuerzos inútiles: él mismo les exhortó en fin á que le abandonasen, y ellos tuvieron que ceder á esta extremidad dolorosa. Concluido este triste relato, el abate les invitó de nuevo á seguir su plan, mas no hallándolos dispuestos á hacer lo que les aconsejaba, tomó por sí solo su partido. Sus medidas estaban tan bien combinadas, que todo resultó como lo habia previsto. Echó la escala de cuerda, que se enganchó fácilmente al borde del foso, y aguardando el momento en que el centinela se alejaba, escaló la contraescarpa y corrió rápidamente sin ser visto hasta el borde de la esplanada del muro exterior, y de allí, deslizándose por el canelón de una gotera, se dejó caer en la calle de San Antonio, por el sitio donde se hallaba entonces la carnicería, y donde faltó poco para que quedara enganchado al caer por entre los garfios empotrados en la pared. Antes de dejar la esplanada se habia detenido un momento para ver la suerte que corrían sus compañeros, y habia oido un grito sofocado,

como el de una persona que cogen de improviso, y á poco un tiro de fusil; de donde dedujo que habrian intentado apoderarse del centinela, y que no habian tenido resolucion ó fuerza bastante para conseguirlo. De aquí, que se habria frustrado su evasion, y acaso que alguno habria perecido en el lance; pero de todos modos, como la alarma estaba dada, y su propia seguridad le impedia ocuparse por mas tiempo de los otros, se arrojó á toda prisa, como dejo dicho, á la calle de San Antonio, alcanzó de allí á la carrera la de Tournelles, y dando innumerables rodeos, por si era seguido, atravesó casi todo Paris, y llegó á la puerta de la Conferencia donde vivia uno de sus amigos, que le ocultó y le dió los medios de salir de Francia; pues por esta vez se guardó bien de permanecer en Paris, como lo habia hecho á su salida de For-l'Eveque, confianza que pagó bien cara, como hemos visto. Partió, pues, para Borgoña, y de allí pasó con toda seguridad á Suiza. (*Aventuras extraordinarias ó historia del señor abate conde de Bucquoy, especialmente su evasion de For-l'Eveque y de la Bastilla... 1719.*)

FORTERS, MAC-INTOSH, ROBERT DE KEITH, NITHISDALE

Y OTROS JEFES DE LA INSURRECCION JACOBITA EN INGLATERRA.

(1715.)
ALERE FLAMMAM
VERITATIS

Durante la insurreccion jacobita de 1715, un gran número de partidarios del caballero de Saint-George, hechos prisioneros en Preston, fueron conducidos á Lóndres y encerrados en Newgate y en otras prisiones de la metrópoli.

Figuraban entre estos prisioneros Tomás Forters de Bamboroug, oriundo de una ilustre familia, miembro del parlamento por el condado de Northumberland, y general en jefe de la insurreccion en el norte de Inglaterra; Mac-Intosh de Borlum, llamado comunmente el brigadier Mac-Intosh, noble montañés que habia aprendido el arte de la guerra al servicio de la Francia; Roberto Hepburn de Keith, uno de los primeros *lairds* que enarbolaron el estandarte de Saint-George; Cárlos Radcliff, hermano del conde de Derwentwater, uno de los jefes de la insurreccion en Inglaterra; y los condes de Nithisdale y de Winton, que habian dirigido el movimiento en Escocia.

Como casi todos sus compañeros de infortunio, estos jefes creyeron que el solo hecho de rendirse á discrecion bastaba á asegurarles la vida; pero al ver sucederse las acusaciones de alta traicion y los decretos de muerte, formaron el proyecto de huir, confiando en las grandes sumas de dinero que poseian, en los amigos que conta-

ban al exterior, y sobre todo en la construccion inhábil de las prisiones en que estaban encerrados, las cuales presentaban grandes probabilidades para una tentativa de evasion.

Así, el 10 de abril de 1716, Tomás Forster, que habia ganado á un carcelero y hecho construir llaves falsas, abrió simplemente las puertas de la prision de Newgate, y se escapó de la manera mas sencilla y menos dramática del mundo. Sin duda sus medidas estaban perfectamente combinadas, cuando dieron tan buen resultado. Sus amigos habian preparado lo demas para su fuga, y pudo refugiarse felizmente en Francia.

El 10 de mayo siguiente, el brigadier Mac-Intosh, se escapó á su vez, si no con tanta facilidad, con igual éxito. Habiendo logrado abrir la puerta de su calabozo, descendió á las once de la noche al piso bajo de la cárcel, y ocultándose cerca de una de las puertas de entrada, esperó viniesen á abrir al alcaide que solia retirarse á esta hora, y echándose sobre el carcelero, le quitó las llaves, despues de dejarle en estado de no poder defenderse, y se fugó con catorce de sus compañeros. Algunos de estos que no pudieron hallar inmediatamente un asilo, fueron cogidos de nuevo; pero la mayor parte, entre ellos Mac-Intosh, lograron ponerse en seguridad.

Entre los prisioneros que se evadieron al mismo tiempo que él, se encontraba Roberto Hepburn de Keith, hombre dotado de un vigor extraordinario, que contribuyó eficazmente á la evasion apoderándose del alcaide, atándole de piés y manos, y poniéndole en lugar seguro. Al salir de Newgate, como todos se separasen para mayor seguridad comun, Keith se encontró desorientado en medio de las calles de Lóndres, sin saber por qué lado dirigirse. Sabia que su mujer y la mayor parte de su familia estaban en la capital, pero no habiendo podido comunicar con ellos é ignorando el nombre con que

probablemente se encubrían, erraba á la ventura, dudando qué partido tomar, y no atreviéndose á preguntar á nadie por temor de descubrirse; cuando al atravesar una calle, vió en una ventana, colocado ostensiblemente, un antiguo jarro de plata que le pareció conocer, y acercándose vió en efecto que no se engañaba, pues hacia muchos años pertenecía á su familia, entre la que era designado con el nombre de *tankard* de Keith. El fugitivo al ver esto no titubeó un instante; entró en la casa sin hacer la menor pregunta, y se encontró, como lo esperaba, entre los brazos de su mujer y sus hijos. Instruidos de sus proyectos de evasión al llegar á Lóndres, se habian alojado lo mas cerca de la prision á fin de ofrecerle un refugio, y como no les fuese posible darle noticia de su morada, habian recurrido al ingenioso medio que hemos visto, y que por fortuna dió el resultado que esperaban. Hepburn de Keith logró poco despues pasar á Francia.

Cárlos Radcliff y lord Winton, condenados á muerte, encontraron tambien el medio de escaparse de la prision, hácia la misma época, probablemente mas por soborno que por incuria de sus carceleros, los cuales pagaron bien duramente su complacencia.

Pero lo que hizo mas impresion en el público fué la evasión del conde de Nithisdale, quien, como la mayor parte de sus compañeros, habia sido condenado al último suplicio.

Las principales familias del reino interesadas, á título de amistad ó alianza, en la suerte de estos desgraciados, habian empleado inútilmente su valimiento en favor de ellos; las mas altas influencias se habian puesto sin resultado en juego para salvarles la vida; é infructuosamente tambien lady Nithisdale, mujer notable por la dignidad y nobleza de su carácter, y generalmente estimada por sus raras virtudes, se habia echado á los pies

del rey Jorge para obtener la gracia de su marido: todo fué en vano; el soberano permaneció inflexible, y lo único que pudo alcanzar esta desgraciada señora fué el triste permiso de ver á su esposo por última vez. En tan dolorosa circunstancia, no se abatió sin embargo su generoso ánimo, y resuelta á arriesgarlo todo, no titubeó en exponer su vida en cambio de la de Nithisdale. Pocos dias antes del señalado para la ejecucion, se presentó en la torre de Lóndres, donde este se hallaba, en compañía de dos de sus principales criadas que habia puesto en la confidencia. Una de estas mujeres llevaba un traje sobrepuesto del que se despojó en el calabozo del conde, disfrazándole con él, y en seguida, acompañado de esta criada, envuelto en un gran manton y llevando el pañuelo sobre los ojos, como una persona poseida de una afliccion profunda, pasó sin ser notado por en medio de los centinelas, salió de la Torre, y ayudado de amigos que le esperaban, no tardó en refugiarse al continente. Lady Nithisdale debia, segun la ley, pagar con la vida la accion heroica que habia llevado á cabo, pero por fortuna logró tambien escaparse.

En cuanto al caballero de Saint-George, habiendo llegado con las reliquias de su ejército al puente de Montrose, se embarcó secretamente con el conde de Mar, su general en jefe, y algunos oficiales, abandonando á sus mas fieles partidarios entre las manos de un gobierno irritado á quien sus fuerzas le permitian aun combatir; pero mas preocupado de su propia seguridad que de la suerte de los que habian expuesto por él su fortuna y su vida, se apresuró á abandonar la Inglaterra. Su evasión, que puede considerarse mas bien como una fuga vergonzosa, y que por otra parte, no presentó la menor dificultad, no ofrece ningun interés. No puede decirse lo mismo de la de su hijo el príncipe Cárlos Eduardo, de quien nos ocupamos á continuacion.

des, y dilatada por largo tiempo á causa de la persecucion activa é incesante de los emisarios del gobierno inglés, puede citarse como un ejemplo en honor del pueblo escocés.

Durante la batalla de Culloden (27 de abril de 1746), Carlos, que ya habia batido al duque de Cumberland en un anterior encuentro, en Falkirk, desplegó una habilidad y conocimientos estratégicos poco comunes, segun afirman testigos oculares; y cuando casi decidida la accion, empezaban sus tropas á replegarse y ponerse en desórden, tomó parte personalmente en la lucha, é hizo prodigios de valor, procurando concentrar y ordenar sus fuerzas repetidas veces.

Al dejar el campo de batalla, licenció los diferentes cuerpos que le seguian aun, y solo conservó á su lado algunos oficiales irlandeses con cuya fidelidad podia contar. Dirigióse hácia Gortuleg, donde residia lord Lovat, uno de sus principales partidarios, profundo político, de quien acaso esperaba un buen consejo, ó tal vez socorro, puesto que su hijo master Lovat, y Cluny Mac-Pherson su yerno, habian levantado fuerzas considerables y se hallaban en marcha para reforzar el ejército del príncipe, al tiempo que tenia lugar la batalla de Culloden.

Cárlas y Lovat se vieron por la primera y última vez bajo la impresion del desaliento que inspira una causa desesperada: el primero, menos afligido de su derrota que de las calamidades sin cuento que debia acarrear á Escocia el levantamiento en su favor, y el segundo únicamente preocupado de sus compromisos personales. A las pocas palabras, el príncipe conoció que no podia esperar de su prudente partidario ni consejo ni socorros, y así, sin darse el tiempo de tomar algun descanso, partió inmediatamente. La proximidad del ejército victoriosq hacian peligrosa su estancia en Gortuleg, y acaso

CARLOS EDUARDO.

(1746.)

Despues de la batalla de Culloden, que destruyó por completo sus esperanzas, no quedó al príncipe Carlos Eduardo¹ mas recurso que la fuga para escapar á la venganza de Jorge II. Sus ministros, tratando á este último vástago de una raza real como al mas vil de los criminales, pusieron su cabeza á precio, ofreciendo una suma de treinta mil libras esterlinas al que lo entregase muerto ó vivo. Creian, dice Walter Scott, que en una comarca tan pobre como la Escocia, y particularmente en las montañas, donde son casi desconocidas las leyes que conciernen á la propiedad, y donde era proverbial el espíritu de pillaje, una recompensa ofrecida, aun mucho menos importante, bastaria para despertar la codicia de algun miserable que se apresuraria á entregar al Pretendiente. Pero se engañaron por completo, dando una prueba de que desconocian el noble carácter de ese pais, y su fidelidad á una familia que habia dado reyes á Escocia durante cuatro siglos. La evasion de Carlos Eduardo, llevada á cabo en medio de graves dificultades,

1. Nieto de Jacobo II, rey de Inglaterra, y el último de los Estuardos. Sus tentativas infructuosas para conquistar el trono de sus mayores, le hicieron dar el nombre de *Pretendiente*, que le ha conservado la historia. Nació el 31 de diciembre de 1745, y murió en Roma, sin sucesion, en enero de 1788. (N. del traductor.)

la fidelidad de Lovat comenzó á hacersele sospechosa. Continuó pues su camino, y por la tarde hizo alto en el castillo de Invergarry, perteneciente al lord de Glengarry, donde tomó una ligera colacion : hospitalidad momentánea que no pudo pasar desapercibida y que dió pretesto pocos días despues á los soldados ingleses para pillar y saquear el castillo. De Invergarry, el príncipe fugitivo penetró en las montañas del Oeste, y se alojó en una aldea llamada Glenbeisdale, cerca del paraje donde desembarcó á su venida de Francia. Desde este punto, renunciando absolutamente á continuar su empresa, envió un mensaje á los jefes y soldados que de su órden se habian reunido en Buthben, expresándoles la mas viva gratitud por sus anteriores servicios, y abjurándoles se dispersasen y atendiesen á su seguridad, al noticiarles su decidida intencion de retirarse á Francia. Esta determinacion causó una viva alarma en el campo de sus partidarios.

En vano le opusieron las mas ardientes protestas de adhesion, dándole la seguridad de numerosos refuerzos y de un nuevo levantamiento de los clanes escoceses : Cárlos no podía hacerse ilusion sobre el verdadero estado de las cosas, y no quiso exponer á una pérdida cierta á los amigos fieles que, al hablarle así, solo tomaban consejo de su bravura y de su desesperacion.

Separóse pues de los suyos, aun de la reducida escolta que le habia seguido hasta allí, y pasó al grupo de las islas Hébridas, llamado Long-Island, con la esperanza de encontrar en aquellas costas un buque francés donde refugiarse. Desde este punto comenzó la triste odisea que ha hecho célebre la vida de este infortunado príncipe. Vientos contrarios, tempestades, desengaños de toda especie, acompañados de duras privaciones á que no podia estar acostumbrado, le llevaron de isla en isla y de refugio en refugio. En fin, llegó á South-Vist,

una de las Hébridas donde habia desembarcado al principio de su expedicion, y allí fué acogido por Clanranald, que habia sido el primero en declararse por este desgraciado príncipe, y que le fué fiel despues de su derrota. Atendiendo á su seguridad, Cárlos tomó aquí un disfraz grosero, y se alojó en una miserable cabaña perteneciente á un leñador nombrado Corradale, situada en la áspera montaña que lleva este nombre.

Entretanto, los agentes del gobierno y las tropas que ocupaban el pais visitaban escrupulosamente todos los parajes que podian ofrecer un asilo, especialmente en las islas donde suponian que el príncipe se habia refugiado. El general Campbell extendió sus pesquisas hasta la isla de Saint-Kilda, casi inhabitada, y de allí vino á la de South-Vist, registrando del sur al norte todas las Hébridas; y aquí encontró á los jefes Skye y Mac-Leod que perseguian como él al fugitivo. Dos mil hombres ocupaban militarmente la isla, bloqueada ademas por algunos buques de guerra, chalupas armadas, etc. ; de modo que parecia absolutamente imposible que el príncipe escapase á sus pesquisas, si el valor y la decision de una mujer no hubieran contribuido á salvarlo.

Esta mujer fué Flora Mac-Donald, cuyo nombre se ha hecho célebre en Escocia. Era parienta de Clanranald y se encontraba por acaso en la casa de este jefe, en Ormaclode de South-Vist. Su suegro, que pertenecia al clan de sir Alejandro Mac-Donald, era por consiguiente enemigo de Cárlos Eduardo, y mandaba el regimiento de su nombre que se hallaba en exploracion en la isla.

Flora se interesó desde luego en la suerte del Pretendiente, cuya posicion se hacia cada dia mas difícil, y proponiéndose salvarlo, formó precipitadamente un plan de acuerdo con Clanranald y otros jacobitas. Burlando la vigilancia suspicaz de Mac-Donald, pidió y obtuvo un

pasaporte para ella, un criado y una camarera que dijo llamarse Betty Burke. El papel de Betty debía ser representado por el príncipe vestido de mujer. Bajo este disfraz, y después de haber estado mil veces expuesto á caer en manos de sus enemigos, Carlos llegó en fin á Kilbride, en la isla de Skye; pero hallándose aun en el distrito de sir Alejandro Mac-Donald, jefe adicto al gobierno, corría tanto ó mayor peligro que antes en su nuevo asilo. Flora no perdió por esto el ánimo, ni se desalentó en su generosa empresa: desplegando una presencia de espíritu y una diplomacia impropia de sus pocos años, resolvió confiar su secreto á Lady Margarita Mac-Donald, esposa de sir Alejandro, y de recurrir á la compasión natural á su sexo y al sentimiento secreto de jacobismo que era comun en esta época á la mayor parte de los escoceses.

Esta confidencia era tanto mas peligrosa, cuanto que el marido de lady Margarita pasaba por haber estado comprometido al principio en la causa del Pretendiente, si bien luego, por razones desconocidas, se habia puesto con todo su clan en armas á disposicion del gobierno, y tenia ahora la direccion de las tropas á que Carlos Eduardo trataba de escapar. Así esta revelacion llenó de espanto á lady Margarita. Sin embargo, Flora no se engañó en sus cálculos al confiarse á su generosidad. Esta señora accedió á contribuir á la peligrosa empresa, pero no queriendo comprometer á su marido, que se hallaba ausente, ni poner en el secreto á ninguno de los oficiales que la rodeaban, se resolvió á poner al príncipe en manos de Mac-Donald de Kingsburgo, hombre dotado de valor é inteligencia, que desempeñaba las funciones de agente ó mayordomo de sir Alejandro. Le envió pues á él, y Flora se encargó nuevamente de conducirle, llegando felizmente á Kingsburgo sin que el príncipe fuese conocido, cosa harto difícil, pues su mis-

mo disfraz femenino, tan embarazoso para un hombre, lo hizo sospechoso y estuvo á punto de comprometerlo varias veces.

De Kingsburgo pasó á Rasa, donde se halló en el último apuro, porque habiendo sido saqueada esta isla á consecuencia de haber tomado sus habitantes parte en la insurreccion, no pudo encontrar en ella asilo seguro ni medio alguno de subsistencia. Esta parte de su viaje la hizo como doméstico del hombre que le servia de guia. En seguida buscó un refugio en el pais del laird de Mac-Kinnon, mas como, á pesar de los esfuerzos de este jefe en su favor, no pudo encontrar reposo ni tranquilidad en esta parte de la isla de Skye, se vió obligado á volver de nuevo á Escocia, donde pudo obtener le trasladaran, desembarcando á orillas del lago Nevis. Aquí se encontró expuesto á mayores riesgos, y faltó muy poco para que fuera cogido. Toda esta comarca, cuna de la insurreccion, así como los distritos de Lochiel, de Keppoch, de Glengarry y de otros jefes jacobitas, estaban ocupados militarmente. El príncipe y sus guias se encontraron bien pronto encerrados en las líneas de varios campamentos que interceptaban el paso de las montañas é interrumpian las comunicaciones con el interior del pais. Después de haber pasado dos dias rodeados de enemigos, sin atreverse á encender fuego para preparar sus alimentos, lograron al fin evitar el peligro inminente que les amenazaba, arrastrándose durante la noche por un estrecho desfiladero, entre dos puestos avanzados.

Viviendo así en una perpétua alarma, en una continua inquietud, faltó de todo, con el traje desgarrado, careciendo las mas veces de alimento, de fuego y abrigo, el desgraciado príncipe, sostenido únicamente por la esperanza de saber la arribada de un buque francés á la costa, llegó al cabo á las montañas de Strath-Glass, y con Glenaladale, que era entonces su solo compañero, se

vió obligado á buscar asilo en una caverna que servia de refugio á una cuadrilla de bandidos.

Cárlos no tardó en conocer por algunas señales que estos hombres procedian de una de las bandas indisciplinadas que le habian seguido, y que proscritos y obligados á ocultarse como él, vivian allí del pillaje y del merodeo en las comarcas vecinas. Ellos por su parte, al reconocer al príncipe por quien tantas veces habian expuesto la vida, le acogieron con entusiasmo, y le juraron obediencia ciega y una fidelidad inviolable. Y en efecto, entre los súbditos que le fueron mas adictos, jamás habia encontrado Cárlos Eduardo mayor celo, interés y abnegacion que la que le mostraron estos hombres rudos que se hallaban en guerra abierta con la sociedad. Todos se consagraron absolutamente á su servicio, y en el poco tiempo que estuvo entre ellos, lograron proveerlo, en aquellas áridas y desiertas montañas, de vestidos, víveres y cuanto le fué necesario, y hasta de noticias sobre los movimientos de las tropas, que estos atrevidos merodeadores iban á averiguar en los mismos campamentos y fortalezas de sus enemigos.

Cárlos Eduardo pasó cerca de tres semanas en esta caverna, y no pudo separarse de estos hombres sin grandes dificultades. — « Quedaos con nosotros, le decian, los montes de oro que el gobierno ha prometido por vuestra cabeza, tentarán acaso á algun caballero y le inclinarán á la traicion, porque le será fácil ir despues á un pais lejano á vivir del premio de su infamia. Nosotros estamos al abrigo de una tentacion semejante : no sabiendo otra lengua que la nuestra, no podemos vivir fuera de nuestro pais, y si nos atreviéramos á tocar á un solo cabello de vuestra cabeza, nuestras montañas se hundirian sobre nosotros para castigarnos. »

Un notable ejemplo de entusiasmo y de abnegacion heroica contribuyó por este tiempo (2 de agosto de 1746)

á la evasion del príncipe. El hijo de un platero de Edimburgo, llama lo Rodrigo Mac-Kensie, que habia servido como oficial en el ejército jacobita, se hallaba oculto en las espesuras de Glenmoriston. Era casi de la misma estatura que el Pretendiente, y le parecia mucho en el rostro y aire del cuerpo. Descubierto y atacado por una partida de soldados, el jóven se defendió con valor, y queriendo, por una inspiracion heroica, que su muerte fuese útil á la causa que habia defendido, exclamó al caer bajo los golpes que le asestaban : « ¡Ah miserables! habeis muerto á vuestro rey ! » Su generosa idea dió el resultado que esperaba : tomáronle en efecto por Cárlos Eduardo, y enviaron su cabeza á Lóndres. Algun tiempo pasó antes que el error fuese conocido; y durante ese intervalo, cesó naturalmente la activa persecucion y vigilancia que no tenia razon de ser dada la supuesta muerte del príncipe. Cárlos Eduardo quiso aprovechar este momento de tregua para verse con Lochiel, Cluny, Mac-Pherson y algunos otros de sus partidarios que andaban ocultos en un distrito vecino. Separóse pues de sus bandidos, y conservando dos de ellos para que le sirviesen de guias y de escolta, logró reunirse con Lochiel y Mac-Pherson, despues de grandes dificultades y peligros. Estableciéronse por algun tiempo en las faldas de la montaña de Benalder, en el centro de un espeso bosque que era entonces propiedad de Mac-Pherson. Alojados allí, en una cabaña llamada la *Cage*, vivieron con mas seguridad, y en un bienestar relativo, si se compara con lo que habia sufrido el príncipe desde que se hallaba errante.

Hacia mediados de setiembre llegó á noticia de Cárlos Eduardo que dos fragatas francesas habian arribado á Lochlannagh, con el designio de trasportarlo á Francia : el 20 se embarcó sin dificultad con algunos de sus partidarios, y llegó el 29 á las costas de Bretaña,

desembarcando cerca de Morlaix. Durante cinco meses habia errado fugitivo llevando una vida precaria, y soportando fatigas, miserias y peligros de que hay pocos ejemplos en la historia; y en ese largo período, su vida habia estado á merced de todos los que conocieron su secreto, de centenas de personas de todo sexo, edad y condicion sin que una sola, aun entre los bandidos que arriesgaron mil veces su existencia por procurarle lo necesario, tuviese un solo instante la idea de enriquecerse vendiendo al desgraciado príncipe proscrito. (Walter Scott, *Historia de Escocia*.)

ESTANISLAO LECZINSKI.

(1734.)

Estanislao Leczinski ¹ se hallaba sitiado por los rusos en la ciudad de Dantzick. No teniendo esperanza alguna de socorro, y sabiendo que el enemigo atacaba la plaza solamente para apoderarse de su persona, el desgraciado rey de Polonia resolvió poner en salvo los intereses del pais, huyendo y separándose por entonces del teatro de la lucha. Aconsejábanle varios medios de evasion; entre otros el de forzar las líneas rusas á la cabeza de algunos hombres determinados; pero los alrededores de la plaza estaban inundados y este proyecto era irrealizable. Decidióse en fin por el plan del embajador de Francia, que era el de huir disfrazado de campesino.

« Salí, dice Leczinski en una carta á su hija, de la casa del embajador, por una puerta falsa. Apenas hube dado algunos pasos, me ocurrió la idea de volver á su habitacion para tranquilizarle y enjugar las lágrimas que le habia visto derramar á mi partida; y en efecto, habiendo empujado la puerta sin ruido, le sorprendió postrado en tierra, pidiendo á Dios en una ardiente ple-

1. Gran duque de Lituania, coronado rey de Polonia en 1705 y destronado por los rusos en 1709. El casamiento de su hija María con Luis XV de Francia, le valió la proteccion de esta potencia y la tranquila posesion de los ducados de Lorena y de Bar, que poseyó hasta su muerte acaecida en febrero de 1766. (N. del traductor.)

garia, que se dignase protegerme y ser mi guía en tan arriesgado viaje. — «Vengo, le dije, á abrazaros de nuevo y á suplicaros que os conformeis, como yo lo hago, con los decretos de la Providencia. »

Acompañado del general Steinflycht, disfrazado también de campesino, y del mayor de plaza que se habia comprometido á favorecer su fuga, pasó el foso en una barea montada por tres hombres que debian conducirle á Prusia; pero era necesario atravesar un cuerpo de guardia mandado por un sargento, el cual, fiel á su consigna, se negó á obedecer al mayor de plaza, que tuvo al fin que ponerle en el secreto; entonces el sargento hizo al rey un profundo saludo y le dejó pasar.

Los guías que le habian procurado no pertenecian por cierto á la clase mas honrada de la sociedad, y dos de ellos especialmente eran lo que se llamaba entonces en Alemania, *schnapphne*, esto es, gentes de saco y cuerda, mitad bandidos, mitad soldados aventureros. Conocian perfectamente los caminos, y como se mostraron adictos y fieles, lo demas importaba poco. Sin embargo, empezaron por hacer detenerse á Estanislao todo el resto de la noche y el dia siguiente en una miserable cabaña, en medio de los pantanos, á un cuarto de legua de Dantzick; medida de seguridad, segun ellos, á lo que el pobre rey no pudo oponerse, pues habia adquirido desde luego la certidumbre de que aquellas buenas gentes hacian tan poco caso de sus observaciones como de su rango.

A la noche siguiente se volvieron á embarcar, y atravesaron penosamente las lagunas á través de los juncos y espadañas que cubrian la superficie; y hácia la media noche, sus guías se separaron en dos bandas, una de las cuales condujo al general por la calzada, y la otra continuó con el rey en una barca, siguiendo la misma ruta y costeano la calzada. Al amanecer le

ocultaron de nuevo en una choza (especie de venta situada á orillas de la laguna), y allí le dieron por lecho un haz de paja. No habia pasado mucho tiempo, cuando penetraron tumultuosamente en aquel sitio varios cosacos de los que recorrían el campo, y por un momento Leczinski se creyó descubierto y perdido; pero aquellos soldados venian simplemente á almorzar, y despues de haber estado dos mortales horas á la mesa, pagaron su escote y se marcharon. La ventera que habia observado los movimientos de Estanislao, y que no comprendia lo que le habia obligado á evitar á los cosacos, en vez de beber con ellos, concibió mala idea de sus huéspedes, y recelando pudieran comprometerla, estuvo á punto de poner al rey á la puerta; mas las seguridades que la dieron sus compañeros lograron tranquilizarla, y consintió al cabo en que permaneciesen en la venta. Llegada la noche, salieron de ella, y atravesaron en las barcas el resto de los terrenos inundados; y despues de una marcha larga y fatigosa por tierras cenagosas y fuera de todo camino, llegaron á una casa de campo, cuyo dueño manifestó extraordinaria sorpresa á la vista del rey.

— ¿Qué es eso? le dijeron los guías, ¿te sorprende ver á uno de nuestros nuevos camaradas? ¿Qué le encuentras de extraño?

— Nada, respondió el campesino, pero si no me engaño, es el rey Estanislao.

— Sí, amigo mio, dijo inmediatamente este con tono firme y resuelto, yo soy el rey; pero me pareceis demasiado honrado, para no temer que me rehuseis los socorros que exige mi actual situacion.

Aquel hombre era honrado en efecto: prometió al rey que le haria pasar al otro lado del Vístula, y le cumplió lealmente su palabra.

Esta parte del viaje no se efectuó tampoco sin

grandes riesgos. Numerosos destacamentos y partidas de cosacos exploraban en todas direcciones los caminos, interrogando y examinando á cuantos encontraban, y visitando todos los caseríos y habitaciones aisladas. Varias veces se halló cercado por todas partes, y aun llegó el momento en que sus guías se decidieron á abandonarlo; pero Leczinski sabia reanimar su valor, ya haciéndoles beber, ya amenazándoles con entregarse él mismo á los rusos en el instante en que de él se separaran. El general Steinflycht por su parte, se habia extraviado, y sin duda habia caído en poder del enemigo. En fin, Estanislao llegó á orillas del Vístula, y el campesino que le habia prometido su ayuda, y que en efecto le servia ahora de guia, lo ocultó entre la maleza y fué á buscar una barca. Pocos momentos despues el rey entró en ella y pasó felizmente el rio sin otro contratiempo; pero antes de abordar quiso recompensar al fiel servidor que con tanta lealtad y celo le habia conducido, dándole una fuerte suma de dinero: mas este la rehusó obstinadamente, no queriendo tomar mas que un escudo, como recuerdo del honor que habia tenido de conocer y acompañar al rey, y de la dicha de haber contribuido á su salvacion. «El noble ademan con que acompañó aquel campesino estas palabras, dice al llegar aquí Estanislao, no se apartará jamás de mi memoria.»

Pasado el Vístula, se creyó ya libre de todo riesgo, pero no se hallaba al cabo de su temeraria empresa. Al dia siguiente se embriagó uno de sus guías, y al atravesar una aldea se detuvo en la plaza, donde mayor era la concurrencia, y apostrofó al rey por su nombre, pidiéndole el precio de sus servicios por haberle conducido allí á riesgo de su vida. Afortunadamente el jefe de aquella singular escolta era un hombre inteligente y tuvo la presencia de espíritu de burlarse del borracho y de ponerle en ridículo, presentándolo á los aldeanos curiosos

y mal dispuestos que los rodeaban, como una especie de loco que veia reyes y príncipes en todo el mundo cuando habia bebido mas de lo conveniente. Así pudieron salir del paso. En fin, despues de mil incidentes y de nuevos peligros, que parecian aglomerarse á medida que avanzaban, Estanislao atravesó el Nogat, y logró verse libre de todo temor y de la compañía de los aventureros que le escoltaban y que, si le fueron fieles á su manera, no contribuyeron poco, segun el relato del mismo rey, á aumentar los peligros y amargura de aquel aventurado viaje. (*Carta de Estanislao á la reina su hija, en Proyart, Historia de Estanislao Leczinski.*)

han sido apresados, y se los devuelve, con la expresion de su afecto. »

El jóven oficial fué inmediatamente á informar de la aventura al rey, que le dijo mirándolo con aire severo :

— Ya que vuestro primo os ha devuelto los caballos, para nada necesitais el mio.

Habian pasado algunos meses, y Federico parecia haber vuelto á sus sentimientos de paternal benevolencia, cuando de improviso estalló sobre la cabeza del infortunado jóven el rayo con que le amenazara un dia su terrible soberano.

Siete ú ocho meses antes, Trenck cedió á las instancias de un oficial superior de su regimiento, y escribió á su pariente el jefe de los panduros, una carta sin importancia, pero que constituia, sin embargo, una grave falta contra la disciplina. El hecho de su palafrenero y los dos caballos habia acaecido despues, y ya no pensaba en la carta, cuando recibió una contestacion que probablemente no venia de su primo y era obra de un falsificador, del mismo oficial tal vez que le indujo á seguir tan imprudente correspondencia. Lo cierto es que Trenck fué arrestado el mismo dia y conducido al castillo de Glatz, donde se le asignó como calabozo el cuerpo de guardia, con una libertad relativa en el recinto de la fortaleza. Cometió la imprudencia de escribir al rey, quejándose de su injusticia con una altivez poco cortésana, y esto, como era natural, solo contribuyó á perjudicarle. Habian pasado cinco meses desde su arresto, y el rey no habia respondido aun á su demanda de ser juzgado militarmente : se hizo la paz, y su plaza en los guardias se dió á otro; entonces cruzó por su mente la idea de evadirse.

En Glatz se habia captado la amistad de muchos de los oficiales que le guardaban, dándoles una buena cantidad del dinero de que le proveian con abundancia.

EL BARON DE TRENCK.

(1746-1763.)

Federico, baron de Trenck, nacido en 1726 en Kœnigsberg, era hijo de un oficial superior del ejército prusiano, y primo hermano del famoso Trenck, coronel de panduros al servicio de María Teresa. A los diez y ocho años era ya oficial de la guardia real de Federico II, y gozaba de gran favor con este príncipe. El talento precoz que mostraba, su valor á toda prueba, y algunas brillantes acciones que le acreditaron, le habian producido tan rápida carrera, causándole al mismo tiempo muchos envidiosos y no pocos enemigos. Presuntuoso é imprudente, como puede serlo un jóven, dirigió sus homenajes á la princesa Amelia, hermana del rey, y esta fué una de las primeras causas de su desgracia, tal vez la principal, y á la que siguieron otras muchas.

En la campaña de 1744, los forrajeadores enemigos apresaron al palafrenero del jóven guardia con dos de sus caballos, y habiéndolo sabido el rey, hizo que se le diera uno de sus caballerizas; pero al dia siguiente volvió el palafrenero con los dos caballos, conducido por un trompeta enemigo que remitió á Trenck este billete del jefe de los panduros:

« Trenck el austriaco no está en guerra con su primo Trenck el prusiano; se complace, pues, en haber podido sacar de manos de sus húsares los dos caballos que le

oficiales le propusieron ayudarle y acompañarle en su fuga; y puestos de acuerdo, se prepararon para verificarla; pero nuestros tres imprudentes, queriendo libertar, por conmiseración, á un oficial condenado á diez años de prision en la fortaleza, le manifestaron todo á este miserable, que habia recibido de Trenck cuantiosos beneficios, y que los vendió el mismo dia que le notificaron el plan, alcanzando su perdon y la libertad en pago de su traicion. Uno de los oficiales, advertido á tiempo, pudo salvarse, y el otro pagó con un año de prision, gracias á Trenck, que ganó su juez á costa de dinero; en cuanto á Trenck, fué vigilado mas de cerca á partir de aquel dia. Algunos años despues, Trenck encontró en Varsovia al cobarde que los habia vendido, y le dió el castigo que merecia, vengándose con las armas en la mano y dejándolo muerto en el sitio.

El rey se irritó mucho con esta intentona de evasion, que le pareció confirmar todos los hechos imputados al prisionero. La madre de Trenck habia solicitado algun tiempo antes la libertad de su hijo, y el monarca respondió en términos que hacian esperar esta gracia, despues de un año de prision. Pero Trenck no recibió de esto noticia alguna, y su detencion, mas rigurosa cada dia, le impulsaba á intentar nuevos medios de fuga, que debian favorecer la benevolencia ó complicidad bien pagada de sus guardianes.

Hé aquí en qué términos cuenta él mismo su primera tentativa:

« Estaba encerrado en una torre que caia hácia el lado de la ciudad, y mi ventana, que dominaba la muralla, media quince brazas de elevacion. Era preciso, por lo tanto, que al salir de la ciudadela atravesase la villa y que hubiese descubierto de antemano un refugio seguro. Con este objeto, uno de mis cómplices ganó á un honrado jabonero que consintió en recibirme en su casa. Despues

de dentar mi cortaplumas, trabajé sin descanso, y logré cortar tres barrotes de hierro muy gruesos; pero la operación me cansaba por lo larga, siendo necesario que rompiese ocho barrotes del mismo modo, antes de poder bajar por la ventana. Un oficial me procuró una lima que usé con mucha circunspeccion, á fin de no ser descubierto por el centinela. Tan luego hube terminado felizmente mi trabajo, hice tiras mi maleta de cuero que trencé con las sábanas de la cama, uniendo las unas al extremo de las otras, y dejándome deslizar desde tan espantosa altura, llegué abajo sin accidente. El agua caia á torrentes, la noche era oscura, todo favorecia mis planes. Pero tenia que pasar á vado un albañal, receptáculo de todas las inmundicias del fuerte, antes de llegar á la ciudad. No habia contado con esta contrariedad; me hundí en el lodo hasta las rodillas y no logré poder salir á pesar de todos mis esfuerzos. Estaba hundido de tal modo en la cloaca, que mis fuerzas fueron inútiles y tuve al fin que pedir auxilio al centinela de la muralla. »

Al momento fueron á prevenir al comandante de que Trenck estaba atascado en los fosos de la ciudadela.

« Para colmo de desgracias, el comandante de Glatz era el general Fouquet, hombre duro, enemigo implacable de todos los que no sabian arrastrarse torpemente bajo el yugo de la disciplina. Mi padre le habia hérido en combate singular, y poco tiempo antes, Trenck el austriaco le apresó su bagaje; así es que solo el nombre de Trenck le era odioso, y me lo probó en diversas circunstancias. Ordenó que me dejasen en la cloaca hasta las doce del dia, para servir de espectáculo y juguete á toda la guarnicion. Cuando me sacaron del albañal hizo que me llevasen á mi calabozo, y durante el dia me negaron el agua para lavarme, lo que, como se comprende, me hacia mucha falta. Imposible es formarse una idea del estado asqueroso y repugnante de mi persona: en

los esfuerzos que hice me habia cubierto de inmundicias y era realmente digno de compasion; al fin me mandaron dos prisioneros que me ayudaron á limpiarme.

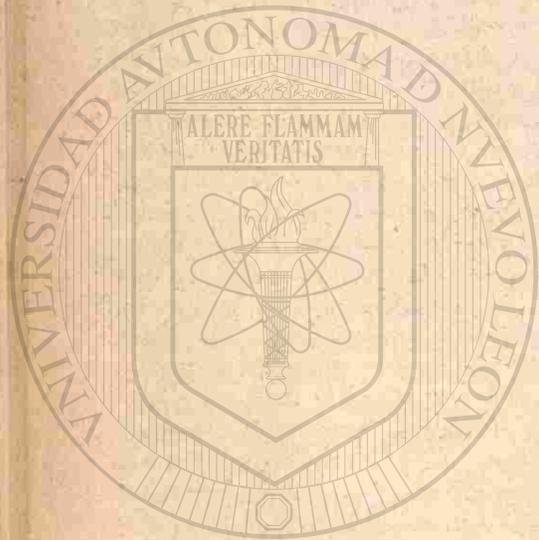
» Desde este momento fuí encerrado y vigilado con todo el rigor imaginable. Tenia aun sobre mí ochenta luises de oro que felizmente me dejaron al instalarme en mi nueva y estrecha prision, y de los que saqué despues un buen partido...

» No habian trascurrido ocho dias desde mi desacer-tada tentativa, cuando acaeció otro suceso que en verdad parecia digno de figurar en una novela, si no escribiese en un momento en que yo, principal actor de la escena, puedo tomar por testigos á todo Glatz, al ejército prusiano, instruido del hecho por testigos oculares. Lo que va á leerse probará que la temeridad, y el valor de la desesperacion, pueden hacer posibles las empresas mas inverosímiles, y que la casualidad puede lanzar á un hombre de resolucion en la via de la salud, mas fácilmente que un proyecto meditado y apoyado en todas las precauciones de la discrecion y de la prudencia... Hé aquí el hecho :

» El mayor de la plaza Doo vino á verme á la prision, escoltado por el ayudante y un oficial de guardia. Despues de haber visitado todos los rincones del calabozo, trabó conversacion conmigo, diciéndome que mi crimen se habia agravado por las tentativas que habia hecho para romper mis cadenas, y que no dudaba que el resentimiento del rey fuese ahora profundo. La palabra crimen me puso furioso, pero él me exhortó á la paciencia y á la moderacion. Le supliqué me dijera el plazo que el rey habia fijado á mi detencion, y me contestó que un oficial culpable de traicion, que habia mantenido correspondencia con los enemigos del Estado, no podia esperar el término de su pena mas que de la gracia del rey. En tanto que me hablaba, yo habia estado mirando su espada



El soldado me agarró el pié.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

de reojo, y aun no habia acabado su última respuesta, cuando me eché sobre él, se la arranco, me lanzó fuera del calabozo, tiro por tierra al centinela y al oficial de guardia, que mi aparicion habia sorprendido, y los hago rodar los peldaños de la escalera. El cuerpo de guardia me cerraba el paso; pero me lancé sobre él sin titubear un instante, dando estocadas á diestro y siniestro. Mi accion era tan temeraria y sorprendente que causaba miedo y admiracion: habia ya herido á cuatro soldados, cuando las filas se abrieron, me hicieron lugar y pasé á través de aquellos hombres paralizados por la sorpresa, y salté desde la muralla, que tenia una elevacion prodigiosa, al foso, cayendo de piés, sin haberme hecho daño alguno, ni haber dejado de la mano la espada. Llegado á la segunda muralla, mucho mas baja que la primera, la franqueé rápidamente con igual suerte cayendo tambien de piés. Nadie habia tenido tiempo de cargar sus armas, ni nadie pensó en perseguirme por el camino que habia tomado. Tenian que dar un gran rodeo para seguir mis pasos, y antes de que pudiesen ganar la puerta de la ciudad, tenia media hora de adelanto sobre ellos. Sin embargo, al ir á atravesar el estrecho pasaje de una obra interior, un centinela me atajó el paso oponiéndose á mi fuga. Aunque tenia armado el fusil con la bayoneta, separé este arma y le asesté una terrible cuchillada que le dejó fuera de combate: otro centinela venia corriendo tras de mí, y entonces quise saltar la empalizada, pero quedé sujeto por un pié entre dos tablas de la estacada. El soldado me dió un bayonetazo en el lábio superior, y como me era imposible libertarme, me agarró el pié y me obligó á permanecer en esta dolorosa posicion hasta que otro soldado vino en socorro suyo. Me defendí como un hombre animado por la desesperacion, pero me desarmaron y molieron á culatazos y me condujeron nuevamente á la prision.

» Es sin embargo seguro que si hubiera podido salvar las empalizadas, y muerto sin misericordia al soldado que me perseguía, habría tenido tiempo de ganar las montañas antes de que me hubiesen alcanzado. Así, habría llegado á Bohemia, despues de haber abandonado en medio del día las murallas de Glatz, atravesado toda la fortaleza y la hilera de soldados que se oponían á mi fuga. Mi espada me habría bastado para no temer, cuerpo á cuerpo, á todo el que me persiguiera, y en este intervalo, habría desafiado á correr á los hombres más ágiles.

» Hasta el momento de saltar las empalizadas, una prodigiosa fortuna me parecía secundar mis designios, pero me abandonó en el momento decisivo. Despues de semejante temeridad, mis esperanzas todas quedaron desvanecidas. Me encerraron más rigurosamente todavía; colocaron en mi calabozo á un alférez y dos soldados que no me dejaban nunca, y fuera había varios centinelas para vigilarme. Mi estado era espantoso, pues los culatazos me habían maltratado horriblemente, tenía un pié lastimado, escupía sangre, y mi herida fué bastante considerable para tardar más de un mes en curarse.

» Sumido de nuevo en los horrores del cautiverio, solo pensaba en aprovechar todas las ocasiones para una nueva tentativa. Había estudiado el carácter de los soldados que me custodiaban, y tenía dinero; con este socorro y un poco de habilidad, se puede esperar mucho de soldados descontentos del servicio. Bien pronto conté con treinta y dos hombres dispuestos á servirme... Salvo dos ó tres excepciones, ninguno de los conjurados conocía á los otros, y no podían venderme todos juntos. El alférez Nicolaï debía mandar la expedición... De los cuatro oficiales que mandaban alternativamente la guardia exterior, tres estaban en favor mio. Todo se hallaba

pronto; las municiones se habían ocultado en un hueco de mi prision; nuestro intento era libertar á los prisioneros y ganar la Bohemia á son de caja. Desgraciadamente Nicolaï puso en el secreto á un desertor austriaco que descubrió el complot.

» El gobernador mandó al momento su ayudante á la ciudadela con una orden al oficial de guardia para apoderarse de Nicolaï. Este también estaba de guardia y era el solo que conocía á todos los conjurados, de los que había algunos de guardia con él. Tomando al punto su partido, saltó á las casamatas gritando: — « ¡A las armas, camaradas, nos han vendido! » Lo siguieron al cuerpo de guardia donde se apoderaron de los fusiles; Nicolaï hizo cargar las armas y voló á mi prision para libertarme, pero la puerta era de hierro y no había tiempo para romperla. Despues de vanos esfuerzos, viendo que nada podía hacer por mí, Nicolaï marchó con diez y nueve hombres que le seguían fusil al hombro, hácia la puerta que daba al campo. El subalterno que estaba en ella de guardia y los seis hombres que mandaba se le unieron, y antes de que hubieran ordenado nada para perseguirlos, estaban á la mitad del camino de la frontera; su fortuna les condujo rápidamente hasta Braunau, en Bohemia.

» Este suceso hizo descargar sobre mi cabeza una terrible tempestad. Se trataba nada menos que de instruir mi proceso como conspirador. Redoblaron las precauciones y mi guardia. Sin embargo, estaba seguro de que no sospechaban de los oficiales, y cómo tenían la orden de hacerme varias visitas al día para asegurarse de mi tranquilidad, conservé la esperanza de evadirme.

» El teniente Bach, que cada cuatro días montaba la guardia á mi lado, era un insigne pendenciero, ó por mejor decir, espadachin por temperamento y por gusto. Continuamente estaba desafiando á sus camaradas, que

no salian jamás bien librados de sus manos. Un día que este terrible batallador, sentado á mi lado sobre la cama, me contaba que la víspera habia herido en el brazo al teniente Schell, le dije sonriendo : — « Si yo estuviera libre, no me heriríais sin trabajo, porque yo tambien sé manejar una espada. » Al momento se le subió la sangre á la cabeza y se empeñó en probarme su habilidad : improvisamos dos floretes de las astillas de una carcómida puerta que me servia de mesa, y al primer asalto le marqué una estocada en el pecho. Salió bruscamente sin articular una palabra, y grande fué mi sorpresa cuando le ví entrar á poco, y sacando dos sables de soldado que traía bajo el capote, presentarme uno diciéndo : — « Ahora, veamos cómo pones en práctica tus fanfarronadas. » En vano le advertí del peligro que corria, no quiso escuchar nada y me atacó como un desesperado. A los pocos pases le herí en el brazo derecho, y al instante tiró su sable, se me colgó del cuello, me abrazó y exclamó como movido por una emocion de convulsiva alegría : — « Amigo Trenck, tú eres mi maestro, y serás libre; sí, es preciso que estés libre, y tan cierto como me llamo Bach, yo te procuraré tu libertad. » Vendé su herida, que era bastante profunda, se retiró tranquilamente, mandó venir un cirujano que le hizo la primera cura, y la misma noche se presentó otra vez en mi cuarto.

» Volviendo á su proposicion de libertad, me dijo que era imposible me evadiese si el oficial de guardia no consentia en huir conmigo; que en cuanto á él, estaba pronto á sacrificarlo todo por mí, pero que era incapaz de cometer una villanía, y no era otra cosa el desertar estando de guardia. Pero me dió su palabra de honor de procurarme en breve el hombre que necesitaba y no olvidar nada para servirme. Al día siguiente volvió y me presentó al teniente Schell diciéndome : — « Ahí teneis

á vuestro hombre. » Schell me abrazó, me comprometió su palabra, y deliberamos en seguida sobre los medios que debiamos poner en juego.

» Schell habia llegado poco antes á la guarnicion de Glatz, y no debia entrar por primera vez de guardia á mi lado, hasta dentro de tres dias : naturalmente dejamos el asunto para aquella época. Pero como no recibiamos fondos y toda mi riqueza consistia en seis pistolas, se convino en que Bach fuese á Schweidnitz para pedir dinero á un primo mio que allí habitaba. Bueno es advertir que vivia en la mejor inteligencia con todos los oficiales de la guarnicion, salvo un llamado Ræder, que era duro conmigo y se complacia en causarme todas las contrariedades posibles. El mayor Quaadt era pariente mio por parte de mi madre, y deseaba sinceramente mi evasion. Bach, Schræder, Lunitz y Schell, los cuatro tenientes que alternando me guardaban, se ocupaban de mis preparativos. Schell debia huir en mi compañía, y Schræder y Lunitz seguirmos de cerca. La generalidad de los oficiales enviados de guarnicion á las fortalezas, eran pobres diablos cargados de deudas ó de malos negocios, y de consiguiente vivian en la indigencia, despreciados en todo el ejército, y no pensaban mas que en desertar. Como yo tenia siempre dinero, hacia nacer en ellos esperanzas de fortuna y encontraba amigos fácilmente.

» Sin embargo, se habia esparcido el rumor de que los oficiales eran en exceso familiares conmigo. Se dió orden para que mi prision estuviese siempre cerrada y que me pasasen lo que necesitara por un ventanillo practicado en el centro de la puerta, y se prohibió bajo penas severas el que nadie comiese conmigo. Pero los oficiales mandaron hacer una llave parecida á la que guardaba el mayor, y pasaban á mi lado una parte del día y de la noche. Un cierto Damnitz, capitán prusiano, ocu-

paba un calabozo enfrente al mio; este hombre, despues de haber desertado el servicio de la Prusia, robando la caja de su compañía, se habia hecho espía pagado del Austria, y cogido en flagrante delito, habia sido condenado á muerte, y por conmutacion, á la prision perpétua. Este digno personaje, era el espía del mayor de plaza, quien sabia por él mis relaciones con los oficiales.

» El 24 de diciembre Schell estaba de guardia, vino á verme y lo dispusimos todo para huir el dia que entraba de servicio, es decir, el 28. Pero el mismo dia, el teniente Schröder, comiendo en casa del comandante, supo que tenian orden de arrestar inmediatamente al teniente Schell. Nos creyó vendidos y se apresuró á ver á Schell en la ciudadela. — « Todo está descubierta, le dijo, huye pronto, porque deben arrestarte dentro de un momento. » Schell podia escaparse solo y muy fácilmente; Schröder le habia propuesto ademas acompañarle á Bohemia, pero este generoso amigo no quiso abandonarme. Subió á mi calabozo con un sable de municion oculto bajo su capote y me dijo: — « Amigo mio, nos han vendido. Sígueme y no permitas que caiga vivo en poder de mis enemigos. » Quise hablar, pero me asió la mano repitiendo: — « Sígueme, no tenemos tiempo que perder. » Me vestí lo mas pronto que pude, y salí con tanta precipitacion, que olvidé tomar algun dinero que habia ocultado.

» Al salir, Schell dijo al centinela: — « Llevo nuestro prisionero al puesto de oficiales, permaneced ahí. » Estuvimos en efecto en dicho sitio, pero lo dejamos al momento, saliendo por la puerta opuesta. Mi amigo tenia el proyecto de avanzar por debajo del arsenal hasta la fortificacion exterior y luego franquear las empalizadas; pero no habiamos andado cien pasos cuando vimos venir á lo lejos al mayor Quadt y su ayudante. Schell se atemorizó, subió al parapeto, y como en este lugar

la altura de la muralla no es muy considerable, saltó abajo. Lo seguí y llegué felizmente á tierra sin mas daño que una rozadura en la espalda, pero Schell fué menos afortunado y se dislocó un pié. Sacando al momento su espada me suplicó que le matase y huyese del modo mas seguro que pudiera. Schell era pequeño y de constitucion débil: así no me fué difícil cogerle en brazos y hacerle pasar por encima de las empalizadas; luego, tomándole á cuestras, me eché á correr con mi carga sin saber fijamente á dónde me dirigia. El sol acababa de ponerse, una espesa niebla cubria la tierra y caia una copiosa escarcha. Entretanto, habian dado la alarma en la fortaleza, y nuestra situacion se hacia tanto mas crítica, cuanto que todo el mundo nos conocia; pero antes de que alguno de la ciudadela pudiese llegar á la villa y pasar las puertas para ponerse en nuestro seguimiento, debia pasar mas de media hora.

« No estábamos á cien pasos de la plaza cuando oímos el cañon de alarma. Este ruido asustó mucho á Schell, porque sabia que rara vez podia un desertor llegar felizmente á la frontera, si no habia podido adelantarse dos horas de camino antes de que se disparase el cañon, y que los húsares y hasta los mismos habitantes del campo, estaban muy alerta para atajar los pasos, en ejecucion de las órdenes dadas de antemano para semejantes circunstancias. No estábamos á un cuarto de legua de la fortaleza, cuando ya vimos todo en movimiento, delante y detrás de nosotros. Todavía no habia cerrado la noche, y sin embargo íbamos escapando con una dicha sin igual, gracias á mi presencia de espíritu y á la reputacion que me habian dado mis anteriores proezas, pues suponian, con razon, que no bastarian dos ó tres hombres para arrestarnos. Ademas, creian que no podiamos haber emprendido un proyecto como el nuestro, sin habernos provisto de to-

das las armas necesarias, y no sospechaban ni remotamente que teníamos por toda defensa la espada de Schell y un mal sable de infantería.

» Cuando hube llevado mi amigo á alguna distancia, lo puse en tierra y mirando á mi redor, no ví ni la ciudad, ni la ciudadela; era imposible que nos distinguiesen porque la niebla era muy espesa. Tenia toda mi presencia de ánimo y estaba resuelto á morir ó á recobrar mi libertad. Dije á Schell: — «¿Dónde estamos? ¿Por dónde se vá á Bohemia? ¿Dónde corre el Neisse? » El pobre jóven no estaba en estado de responderme, no podia recobrar sus ideas y el dolor lo trastornaba; así, en vez de satisfacer á mis preguntas, no hizo sino suplicarme no lo abandonase vivo, pues no era probable que se realizase nuestra fuga. Entonces le prometí bajo juramento, que si no nos quedaba recurso alguno, le daría la muerte antes que dejarlo caer en poder de nuestros enemigos, y esta promesa lo reanimó. Miró á su alrededor, reconoció algunos árboles, y me dijo que no estábamos lejos del Neisse. — « ¿Por dónde pasa el Neisse? » Trató de recordar el lugar y me lo indicó. « Todo el mundo, le dije, nos ha visto dirigirnos hácia la frontera de Bohemia, y no hay esperanza para nosotros por ese lado. Han formado un cordon, y todos los caminos deben estar cubiertos de húsares y aldeanos que nos buscan ó nos esperan. — Lo tomé de nuevo áuestas y me dirigí en derechura hácia el Neisse. Desde allí no tardamos en oír el rumor del movimiento que habia en todos los pueblos, los aldeanos que se apresuraban á formar el cordon llamado de desercion y los gritos de los que daban la alarma. El rio estaba helado, pero con tan poca consistencia, que el hielo se rompía bajo mis piés: llevé áuestas á Schell en tanto que pude ir vadeando el rio, pero cuando ya no hice pié, tuvo que asirse á mis cabellos, pues no sabia nadar.

Fué asunto de un minuto y tuvimos el placer de abordar la orilla opuesta.

» Puede comprenderse lo grato que seria el 24 de diciembre atravesar un rio á nado, para permanecer luego expuesto al aire durante diez y ocho horas. A las siete de la noche la niebla se habia disipado, cesó la escarcha, brillaba la luna, y no tardó en helar. El camino y el peso de mi amigo que llevaba siempre en hombros, me impedían enfriarme, á pesar de estar completamente calado. El pobre Schell se moría de frio y su pié le causaba dolores horribles. Sin embargo, una vez pasado el Neisse, estábamos mas tranquilos, porque nadie podia pensar en perseguirnos por el lado de la Silesia. Costeé el rio durante media hora, adelantando siempre; y despues de haber atravesado el pueblo en que empezaba la línea de desercion, que Schell conocia por haber estado en él varias veces, la casualidad hizo que encontrásemos en la orilla del rio una barca de pescador; cortando al momento la cuerda que la sujetaba, viramos á la orilla opuesta, y en poco tiempo ganamos las montañas.

» Una vez allí, descansamos sobre la nieve, cobramos ánimo, y nos consultamos sobre el partido que debíamos tomar. Corté un baston para Schell que entonces pudo andar apoyándose en un palo; pero la nieve era espesa y estaba cubierta de una capa dura de hielo que se rompía bajo nuestros plantas, y mi pobre camarada andaba penosamente. Durante la noche caminamos de este modo, hundiéndonos algunas veces en la nieve hasta medio cuerpo, y deteniéndonos continuamente. Cuando apuntó el dia, nos creíamos ya bien cerca de las fronteras, que están á 4 millas (30 kilómetros aproximadamente) de Glatz: pero puede adivinarse cuál seria nuestro pavor al oír dar la hora al reló de la ciudad de que huíamos. El frio y el cansancio nos hacían sufrir horriblemente; el hambre no dejaba tampoco de ator-

mentarnos, y no era probable que pudiésemos resistir durante un día á tantos males juntos. Sin embargo tomamos aliento, y despues de media hora de incessantes esfuerzos, llegamos á una aldea situada al pié de la montaña. Cerca de allí habia dos casas aisladas, y llegamos á ellas felizmente. Al saltar de las murallas de Glatz habiamos perdido nuestros sombreros, pero Schell que, como recordará el lector, estaba de guardia, tenia su banda y su gola, lo que debia darle una cierta importancia á los ojos de los aldeanos.

» Me hice una cortadura en un dedo, cubríme el rostro de sangre, como tambien la camisa y el vestido, á fin de que pareciese un hombre herido, y me vendé la frente. Trasformado de este modo, conduje á Schell fuera de la maleza á un lugar cercano de las casas, donde me ató las manos á la espalda, de modo que en caso necesario pudiera soltarme fácilmente, y marché delante de él. Me seguia apoyado en su baston y pidiendo favor á gritos. Se presentaron dos aldeanos y Schell les dijo al momento: « Id pronto á la aldea, y decid al alcalde que enganche al instante dos caballos á un carro. He arrestado á este pillastre, me ha muerto el caballo, y ha sido causa de que me disloque el pié, sin embargo, lo he maltratado y atado como veis; que me traigan pronto un carro, á fin de que tenga tiempo de hacerle prender antes de que se muera. »

» Fingí una debilidad extrema y me dejé conducir á una habitacion. Un aldeano se trasladó al pueblo; una mujer anciana y una jóven muy linda á la que inspiraba compasion, me dieron pan y leche; pero, ¿cuál no sería nuestra sorpresa cuando el viejo aldeano nombró á Schell por su nombre? Sabia bien, segun nos dijo, que éramos desertores; la noche precedente habia ido un oficial á casa del colono, le habia dado nuestros nombres, señalado nuestros trajes y las circunstancias de

nuestra evasion. Ademas, este anciano conocia á Schell, porque tenia un hijo que servia en su compañía y le habia hablado varias veces en Hebelschwerdt cuando estaba de guarnicion.

Una resolucion pronta y una gran presencia de ánimo podian solamente salvarnos. Salí al momento de la habitacion y corrí á la cuadra, en tanto que Schell entretenia al viejo campesino; pero habiamos dado con un hombre que en vez de delatarnos, se ofreció á servirnos, y nos enseñó el camino mas corto para llegar á Bohemia. No estábamos mas que milla y media de Glatz (11 kilómetros), y habiamos perdido mas de 6 millas, dando vueltas inútiles por la maldita montaña.

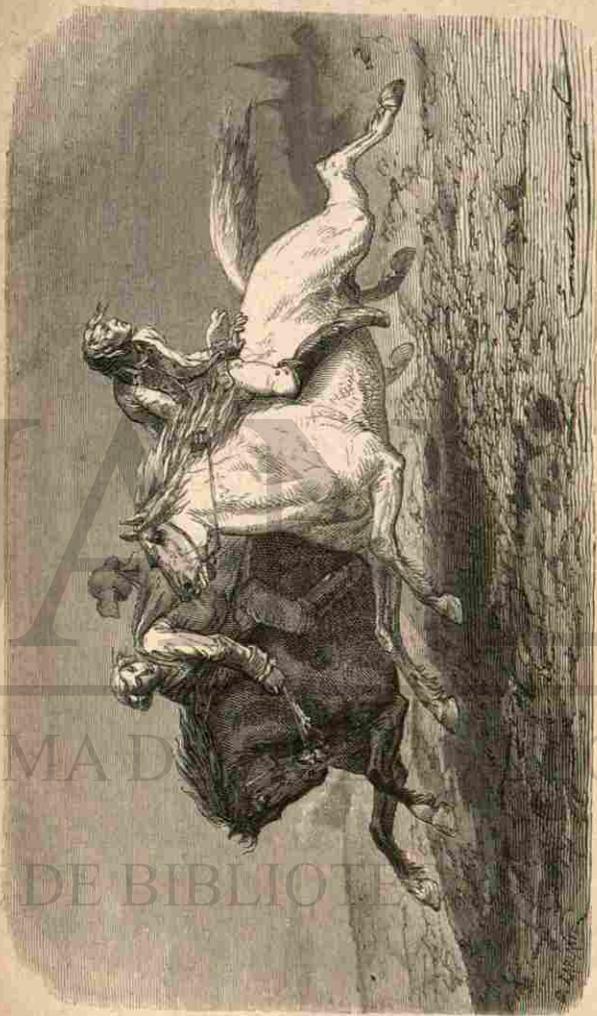
» Encontré en la cuadra tres caballos, pero sin bridas, y la jóven que me habia seguido me procuró dos, movida de mis expresivos ruegos. Embridar los caballos, colocar á Schell sobre el uno y saltar yo sobre el otro, fué obra de un minuto. El aldeano, que deseaba contribuir á nuestra evasion, pero no hasta el punto de perder sus caballerías, empezó á gritar, á suplicar, á pedir gracia para sus caballos; por fortuna no tuvo el valor tal vez ni el deseo de oponerse á nuestra fuga, porque desarmados, y rendidos como estábamos, una simple horquilla habria bastado para detenernos, al menos hasta que hubieran llegado en su auxilio. Partimos así sin silla ni otro arreo, Schell con su uniforme, su banda y su gola, y yo con mi traje escarlata de guardia. Otra contrariedad: mi maldito caballo no queria moverse, pero como buen ginete lo obligué á andar á su pesar. Schell iba delante; habiamos andado solo algunos centenares de pasos, cuando vimos llegar ya á varios aldeanos del pueblo. Felizmente era el día de Pascua, la hora de la misa, y todo el mundo estaba en ella; sin eso estábamos perdidos.

» Era preciso que pasásemos por Wunschelburgo, y

sin embargo no podíamos atravesar la ciudad sin ser arrestados. Schell había estado allí un mes antes y todo el mundo lo conocía. Nuestro traje, nuestras cabezas descubiertas, los caballos sin silla, todo decía claramente lo que éramos. Había en la ciudad ochenta hombres de infantería y doce húsares destinados á perseguir á los desertores; pero Schell conocía el país, y rodeó la ciudad por un camino de travesía. Casi llegados á la frontera, nos encontramos frente á frente con el teniente Zerst, enviado en nuestro seguimiento, como también el teniente Bach. Zerst me había manifestado siempre mucho afecto. « Amigo mío, me gritó, apoya sobre la izquierda; esa casa aislada que ves allá bajo está en la frontera. A la derecha te encontrarías con los húsares. » Y se metió por un camino opuesto, como si no nos hubiese visto. A eso de las once de la mañana llegábamos á Braunau, en Bohemia.

» Sin pérdida de tiempo, mandé á Glatz los dos caballos y el sable del soldado, todo dirigido al general Fouquet comandante de la plaza. La carta que acompañaba este envío le causó un furor tan indecible, que hizo dar una carrera de baquetas á los centinelas que montaban la guardia delante de mi calabozo, á todos los soldados que estaban bajo las armas en el momento de nuestra fuga y á los que guardaban la muralla por donde saltamos. Sin embargo, los centinelas debieron obedecer á Schell, su oficial, que les había ordenado quedarse en su puesto cuando salimos. Pero el hábil gobernador de Glatz, había declarado veinte y cuatro horas antes de nuestra evasión, con el tono grave y todo el aplomo de la necesidad, que me había puesto en la imposibilidad completa de intentar una nueva evasión; y hacia pagar ahora á desgraciados sin defensa su propia negligencia y su incapacidad. »

Durante los primeros meses que siguieron á su eva-



Nuestro traje, nuestras cabezas descubiertas, todo decía lo que éramos.

sion, Trenck erró miserablemente, perseguido siempre por la venganza de Federico y obligado á rechazar varias veces con la espada en la mano las tentativas de los agentes prusianos que trataban de apoderarse de su persona. Proscrito de su pais, habia entrado al servicio del ejército austriaco. Al cabo, despues de una série de aventuras, cuyo relato en sus Memorias lleva el sello de la sinceridad, á pesar de todo lo que tienen de extraordinario, se encontraba en Dantzick, cuando, por la traicion del enviado imperial y de las autoridades de la ciudad, fué entregado al rey de Prusia.

Este nuevo arresto impresionó vivamente á Trenck y pareció agotar por algun tiempo la fecundidad de sus recursos y su viveza de ingenio en aprovechar la menor ocasion de recobrar la libertad. Durante el viaje de Dantzick á Prusia, sus guardias procuraron dejarle algunas ocasiones de huir: Trenck no desconoció estas ocasiones, pues habla de ellas en sus Memorias, pero no supo ó no quiso aprovecharlas. Fué conducido pues á Magdeburgo y encerrado en la ciudadela.

» Mi calabozo. — dice Trenck, — estaba en una casamata cuya parte anterior, de 6 piés de ancho por 10 de largo, estaba dividida por un muro cerrado con doble puerta, y otra tercera puerta daba entrada á la casamata, cuya muralla tenia 7 piés de espesor. En la superficie de la bóveda, habian practicado una abertura, construida de modo que me diese luz, sin dejarme ver cielo ni tierra. Todo lo que podia descubrir era el techo del almacén de enfrente. Exterior é interiormente de esta ventana, habian colocado barras de hierro entre las cuales, en el espesor del muro, habia una reja de alambre, mas estrecha que la abertura, y de alambres tan apretados que no podia verse nada. A 6 piés de la muralla, una empalizada impedía á los centinelas acercarse al muro. Mi mueblaje se componia de un colcon y de una cama de

madera sujeta al suelo por barrotes de hierro para que no pudiese acercarla á la ventana; cerca de la puerta habia una estufa de bronce y un sillico fijo tambien en el suelo.

» No me pusieron grilletes, pero fijaron mi comida en libra y media de pan de municion al dia y un cántaro de agua. La mayor parte de las veces el pan estaba tan duro que apenas podia comer la mitad. No puedo explicar los tormentos que me hizo sufrir tan horrible hambre durante los once meses que fuí víctima de este tratamiento cruel. Considero estos once meses como el tiempo de mi vida en que mi constancia fué sometida á la mas dura prueba. A mis plegarias, á mis continuas súplicas siempre respondian : « Es orden del rey; está prohibido daros otra cosa. »

» El comandante guardaba en su habitacion las tres llaves de mi calabozo, y una de las puertas tenia una rejilla por donde me pasaban los alimentos. No abrían las puertas mas que el miércoles, y despues que un prisionero habia limpiado el retrete, entraban el comandante y el mayor de la plaza á hacer la visita. Observé esta conducta durante dos meses, y cuando adquirí la seguridad de que no entraban en mi calabozo mas que semanalmente, empecé un trabajo que habia reflexionado con madurez y que me pareció practicable. La estufa y el retrete estaban colocados en un sitio enladrillado. Un muro solamente me separaba de la casamata vecina que estaba deshabitada; colocaban un centinela delante de mi ventana, y á pesar de las mas severas órdenes, encontré en breve algunos honrados jóvenes que se determinaron á hablarme y á describirme todo el local de mi prision. Por lo tanto supe que si podia penetrar en la casamata vecina, cuya puerta no estaba cerrada, me seria fácil evadirme. Se necesitaba solo que atravesase el Elba, sea en una barca que un amigo me tendria dis-

puesta, sea á nado : la frontera de Sajonia solo dista de allí 2 leguas.

» Empecé por separar á fuerza de trabajo los hierros que sujetaban al suelo el retrete; y que tenian 18 pulgadas de largo. Rompí los tres clavos que los sostenian en la caja y, despues de haber tomado el hierro para servirme de él, volví á poner en su sitio la cabeza de los clavos. De este modo me hice con instrumentos para levantar los ladrillos, bajo los cuales encontré tierra. Entonces abrí detrás de la caja un agujero á través del muro, que tenia 7 piés de espesor. La primera capa era de ladrillo, pero despues me encontré con gruesas piedras de talla. Numeré los ladrillos del suelo y los de la muralla á fin de poderlos colocar de nuevo exactamente. Este ensayo me salió bien y continué mi tarea. Habia horadado ya un pié de profundidad en la muralla y, la víspera de la visita, restablecí todas las piedras y ladrillos con el mayor cuidado. Para engañar mas la vista, llené los huecos y junturas con polvos de cal, que me procuré rascando la pared que, como habia sido blanqueada cien veces, me suministró abundantes materiales. Corté un mechón de mis cabellos para hacerme un pincel, desléf cal en la mano y la utilicé para pintar, quedando luego con el cuerpo arrimado á la pared hasta que todo estaba seco y habia tomado un tinte uniforme. Volví á colocar de nuevo los hierros de mi retrete de modo que era imposible notar el menor cambio. Si una sola vez hubieran tenido la idea de visitarme otro dia que el miércoles todo se habria descubierto, pero esto no sucedió durante seis meses.

» En tanto que trabajaba, metía los escombros bajo mi lecho; pero tenia que quitarlos de en medio y hé aquí cómo lo verificaba. Sembraba la cal y los restos de piedra en mi cuarto, marchaba por encima de ellos todo el dia hasta que se reducian á un polvo muy fino.

Extendía este polvo en el pretil de mi ventana á la que llegaba subiéndome en mi retrete; algunas astillas de madera que arranqué á mi cama, reunidas con el hilo de una media deshecha, formaban un bastoncito á cuya extremidad habia ligado un mechón de cabellos. Habia agrandado cierta parte del enrejado de mi ventana, de modo, sin embargo, que era difícil notarlo. De esta manera podia echar el polvo en el muro de mi ventana, y pasando el improvisado escobillon á través de la rejilla la arrojaba al borde exterior. Luego esperaba que hiciera viento; cuando se levantaba durante la noche, rechazaba el polvo que disipado en los aires, no dejaba traza alguna en el exterior. Estoy seguro de que con este trabajo, me he desembarazado de mas de 300 libras de polvo. Lanzaba tambien una cierta cantidad en mi retrete, y en fin formaba bolitas que arrojaba por la ventana con un tubo de papel, en forma de cerbatana, en tanto que paseaba de arriba á bajo el centinela.

» Mi trabajo adelantaba, pero no podia decir lo que me dió que hacer cuando hube cavado á 2 piés de profundidad en los morrillos. Mis útiles eran los hierros de que he hablado mas arriba, una vieja baqueta de hierro que me dió un honrado centinela y un cuchillo con mango de madera. Estos dos últimos objetos me fueron de grande utilidad. Un trabajo continuo de 6 meses me condujo apenas á la última capa que tocaba á los ladrillos de la otra casamata. Durante este tiempo habia tenido ocasion de hablar á algunos centinelas, y entre ellos habia distinguido á un viejo granadero, llamado Gefhardt, el cual me dió los detalles mas circunstanciados sobre la posicion de mi calabozo y sobre todo lo que podia facilitar mi evasion. Debiamos partir juntos, pero era necesario comprar una lancha para atravesar el Elba, y no tenia el dinero suficiente. Gefhardt puso en el secreto á una judía llamada Ester Heymann, de Dessau,

cuyo padre estaba prisionero diez años hacia. Esta logró ganar á otros dos granaderos que, siempre que estaban de guardia á mi lado, procuraban la ocasion de hablarme. Con astillas unidas unas á otras, hice un palo bastante largo para que pudiese llegar á las empalizadas que habia delante de mi ventana, y pude procurarme papel, otro cuchillo y una lima.

» Escribí á mi hermana que habitaba en Hammer, cerca de Kustrin, para pedirle 300 rixdalers. Encargué á Ester de esta carta, y la di además otra para el conde de Puebla, ministro imperial en Berlin, y una letra de cambio para Viena de 1,000 florines, que debia ser la recompensa de sus buenos oficios. Ester fué derecha á Berlin, y fué bien acogida por el conde de Puebla, que la dirigió á su secretario M. de Weingarten. Este recibió mejor aun á la hebrea y le hizo mil preguntas; declarándose del todo dispuesto á secundarme: indagó de ella todo el plan de mi fuga y el nombre de los dos granaderos que debian ayudarme; le suministró fondos para que hiciera el viaje á Hammer, recomendándola fuese á verlo á su vuelta y prometiéndole remitirle entonces el importe de la letra de cambio. Cuando Ester volvió, le dijo que los 1,000 florines no habian podido cobrarse aun en Viena, le entregó 12 ducados instándola á que fuese á darme buenas noticias y volver luego á cobrar su dinero.

» Ester corrió á Magdeburgo, pero afortunadamente encontró en la puerta de la ciudadela á la mujer de uno de los granaderos que le contó llorando que la víspera habian preso á su marido y estaba encarcelado con su camarada. La judía comprendió que todo se habia descubierta y se volvió á Dejsau prontamente. »

Uno de los granaderos fué ahorcado y el otro sufrió carreras de baquetas. La hermana de Trenck fué condenada á pagar una crecida multa y los gastos de cons-

truccion de un nuevo calabozo para su hermano. Trenck no supo por el pronto lo que habia pasado, pero fué instruido en breve por Gefhardt que le anunció que su nuevo calabozo estaria terminado en un mes. Federico habia ido á Magdeburgo á pasar una revista y habia dado él mismo el trazado de las cadenas que debia llevar su prisionero. Trenck esperaba evadirse antes del mes fijado. No habian descubierto nada de sus trabajos subterráneos; al cabo de algunos dias sus preparativos estaban terminados y se disponia á huír durante la noche, cuando de pronto se abren las puertas, lo encadenan y lo trasportan con los ojos vendados á su nuevo calabozo.

« Me quitaron la venda que cubria mis ojos, dice Trenck. ¡Gran Dios! á la luz de algunas antorchas distinguí á dos herreros tan uraños como dos cíclopes; uno tenia encendida una estufilla y el otro empuñaba un martillo; el entarimado estaba cubierto de cadenas. Me ligaron los piés con un anillo sujeto al muro por cadenas de un peso enorme. Este anillo fijo á 3 piés del suelo, me dejaba en libertad de dar dos ó tres pasos á derecha ó izquierda. Me pusieron al rededor de la cintura, sobre la carne, una argolla, ancha como la palma de la mano. Agregaron una cadena terminada por una barra de hierro del grueso del brazo, que media 2 piés de longitud, y á cuya extremidad estaban sujetas mis manos por dos esposas. Despues se retiraron todos con un imponente silencio, y tras ellos se cerraron cuatro puertas una tras otra, produciendo un ruido lúgubre. Cuando apuntó el dia, una débil claridad me permitió apenas distinguir lo que me rodeaba. Mi calabozo media 10 piés de largo por 8 de ancho. En un ángulo de la pared habia un banco formado de ladrillos sobrepuestos, donde podia sentarme apoyando la cabeza contra la muralla. En frente del anillo que sujetaba mis cadenas habia una

ventana practicada en el muro de 6 piés de espesor; formaba un semicírculo y tenia un pié de radio. El hueco atravesaba el muro siguiendo una línea que subia desde el interior del calabozo hasta la mitad del espesor de la pared y volvia á bajar exteriormente hácia el suelo; el centro del muro estaba cortado por una rejilla muy tupida de alambre y dos barras de hierro cruzaban las dos aberturas. Mi prision estaba construida en el foso de la ciudadela, pegada á la escarpa, y la ventana casi tocaba á la contraescarpa, de modo que la luz venia de abajo y aun por reflejo y solo producía una claridad muy débil; en invierno, cuando el sol no daba en el foso, me encontraba en una oscuridad casi completa. Sin embargo, acabé por acostumbrarme de tal modo que veia andar un raton. En la pared se leia el nombre de TRENCK formado por ladrillos encarnados. Bajo mis piés estaba la tumba que me destinaban y en cuya piedra habia esculpido mi nombre y una calavera con dos huesos formando cruz. Una doble puerta de pino cerraba el calabozo; un vestibulo iluminado tambien por una ventana tenia otra puerta doble y dos empalizadas de 12 piés de alto formaban en el foso una barrera destinada á impedir que los centinelas tuviesen comunicacion conmigo. En un principio no pude hacer mas movimiento que saltar en el sitio en que estaba encadenado, ó agitar la parte superior de mi cuerpo para procurarme algun calor. Cuando el tiempo me acostumbró al peso de las cadenas que oprimian dolorosamente mis piernas, logré moverme en un espacio de 4 piés.

» Once dias habian bastado para construir la prision en que fué encerrado tan luego como estuvo terminada, y á causa de esto estuve sentado continuamente en el agua por espacio de seis meses, pues esta caia de la bóveda sobre el sitio en que podia sentarme. Mis vestidos no se secaron en los tres primeros meses. En los pri-

meros días me perseguía la idea del suicidio y pensaba en el cuchillo que había escondido en el pecho cuando me sacaron del precedente calabozo. Luchaba con tan horribles ideas, cuando á las doce del día se abrió la puerta por vez primera. Me trajeron un entarimado, un colchon y una buena cubierta de lana. El mayor de plaza me dió un pan que pesaba seis libras, diciéndome que en adelante me darían todo el que quisiera. »

Trenck, que se moría de hambre hacia ocho meses, se lanzó sobre el pan y lo devoró, pero poco faltó para que este exceso de alimento no le fuera fatal. Algunos días despues estaba restablecido y pensaba de nuevo en los medios de evadirse.

« Había notado que las puertas eran de madera, y tuve la idea de quitar las cerraduras horadando la madera con mi cuchillo. Inmediatamente traté de librarme de mis hierros. Logré sacar la mano derecha de la anilla, pero me fué imposible hacerlo con la izquierda. Entonces rompí algunos pedazos de ladrillo de mi banco y limé la espiga del segundo grillete con tan buen resultado, que logré tener libre también la mano izquierda. La argolla que me rodeaba el cuerpo no estaba unida á la cadena mas que por un gancho y lo rompí apoyando los piés contra la pared. Tenía que libertarme aun de la cadena principal que me sujetaba los piés. La naturaleza me había dotado de un gran vigor; logré torcer esta cadena y rompí las anillas multiplicando mis esfuerzos.

» Libre de las cadenas me apareció de nuevo la esperanza, y lanzándome hácia la puerta, busqué en la oscuridad la cabeza de los clavos que sujetaban la cerradura, y ví que no tendria que cortar mucha madera. Tomé al instante mi cuchillo y abrí un agujerito al pié de la puerta. Esta no tenia mas que un pié de espesor, y juzgué me sería fácil abrir las cuatro puertas en un día. Reanimado con esta esperanza, me apresuré á ponerme

las cadenas, pero no quedé poco sorprendido cuando despues de haber palpado bastante tiempo, noté que el primer anillo de la cadena estaba roto. Afortunadamente hasta entonces no habían visitado mis cadenas, y tampoco las reconocieron en los días siguientes, pues parecía imposible que lograrse romperlas. Junté, pues, la anilla á la cadena con un cordón formado de mis cabellos; pero cuando quise volver á pasar la mano derecha por la argolla no lo logré. Mi mano se había hinchado por los esfuerzos que hiciera para sacarla. Pasé la noche en limar el tornillo, pero estaba tan bien puesto que perdí mi trabajo.

» Se acercaban las doce del día, la hora de la visita, y el peligro era inminente y terrible. Con nuevos esfuerzos y sufriendo dolores increíbles, pude al fin entrar la mano en la argolla, de modo que encontrasen todo en el mismo estado.

» Había fijado para el 4 de julio el momento en que estaba resuelto á evadirme ó á perecer. Tuve, pues, paciencia hasta entonces. El 4 de julio, tan luego como cerraron las puertas, saqué las manos de las esposas y me libré de todas las cadenas. Empuñé mi cuchillo y empecé á trabajar en las puertas. La primera quedó forzada en menos de una hora; la segunda, que se abría hácia afuera, me costó un trabajo infinito. Despues de una tarea tan larga como penosa, lo alcancé sin embargo. Mis dedos estaban desollados y un copioso sudor cubría todo mi cuerpo. Cuando estuvo abierta esta puerta, ví la luz por la ventana del vestíbulo, subíme á ella y observé el foso en que estaba situada mi prisión, el camino que conducía á ella, el centinela á cincuenta pasos, y las altas empalizadas que tenía que escalar antes de llegar á la muralla.

» Ataqué la tercera puerta con un aumento de actividad febril; se abría hácia adentro como la primera, y á

la puesta del sol, mi trabajo tocaba á su fin. Me restaba pues, abrir la cuarta puerta, del mismo modo que la segunda; pero estaba tan debilitado y mis manos tan desgarradas, que me faltaban las fuerzas y el valor. Después de haber descansado un rato, la atacé en fin. Ya habia cortado la longitud de un pié próximamente, cuando la hoja de mi cuchillo se rompió cayendo afuera.

Viendo desvanecerse así todos sus sueños de libertad, el infortunado prisionero se entregó á la desesperacion y con el resto de su cuchillo, se abrió las venas del brazo y del pié izquierdo. En breve cayó en una dulce somnolencia.

« De pronto me oí llamar por mi nombre, me desperté del todo y oí una voz que decia: — « ¡Baron de Trenck! — ¿Quién me llama? » Era el honrado granadero Gefhardt que se habia deslizado por la muralla que dominaba mi calabozo para darme algunos consuelos. — « Estoy nadando en mi sangre, le dije, y mañana me encontrarán muerto. — ¿Cómo muerto? Podeis evadiros de aquí mas fácilmente que de la ciudadela; yo os procuraré instrumentos... No os desesperéis. Dios no os dejará sin socorros, y contad conmigo. » Esta corta conversacion me infundió nuevo aliento, pues entreveia la probabilidad de evadirme... Curé como pude mis heridas y esperé el alba, que lució poco despues. »

El partido que habia tomado Trenck no era mucho mas razonable y menos desesperado que su tentativa de suicidio.

« Mi debilidad era extremada, sufría mucho con mis heridas, mis manos estaban hinchadas por el trabajo excesivo que habia hecho, y como habia tenido que rasgar mi ropa para vendarme las heridas, no tenia camisa. El sueño me rendia y apenas podia estar en pié; sin embargo, para ejecutar mi proyecto tenia que estar des-

pierto. Con la barra de hierro que sostenia las cadenas, demolí el banco de ladrillos que me habian dado por asiento; coloqué todos los ladrillos en monton en medio de mi calabozo; la puerta interior estaba abierta de par en par y sujeté con las cadenas la parte superior de la segunda, para que no pudiesen franquearla.

Al mediodia, cuando mis guardianes abrieron la puerta exterior, quedaron estupefactos viendo que la segunda estaba abierta. Entraron en el vestibulo con inquietud. Yo estaba colocado en la puerta interior; mi rostro era espantoso, mi aspecto el de un desesperado; estaba cubierto de sangre, en una mano tenia un ladrillo y en la otra mi cuchillo roto. Al momento exclamé con una voz que debia ser terrible: « Retiraos, señor mayor, retiraos. Decid al comandante que estoy decidido á no vivir por mas tiempo entre cadenas, que me haga perecer aquí. No dejaré entrar á nadie. Mataré cincuenta soldados antes dejar pasar uno solo... » El mayor espantado, no sabiendo qué partido tomar, hizo advertir al comandante. Me senté sobre el monton de ladrillos esperando que decidiesen de mi suerte. Mi proyecto no era ya de intentar un golpe desesperado, sino de obtener una capitulacion.

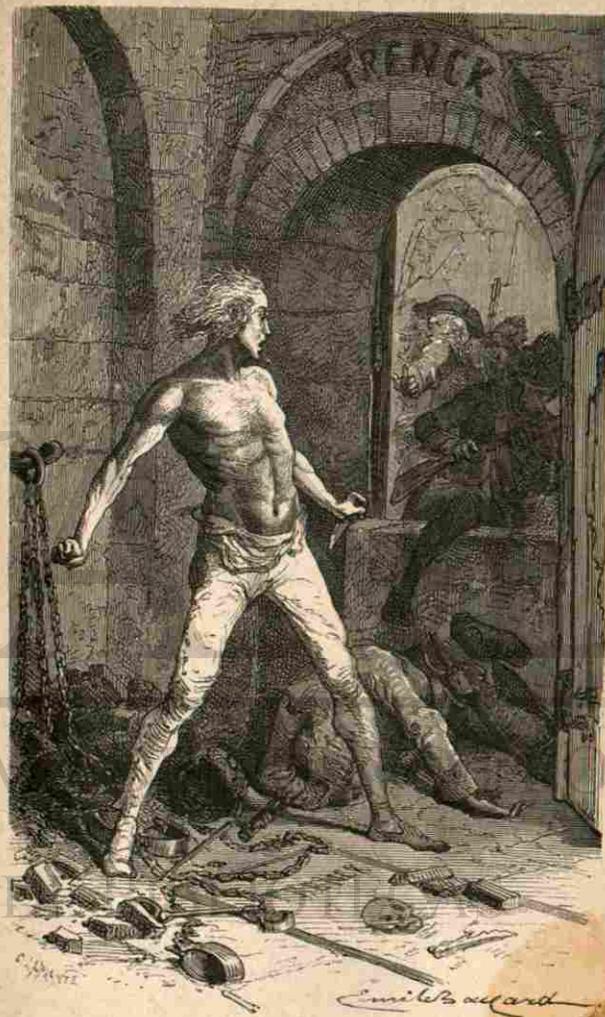
« Poco despues apareció el comandante general Borck con el mayor de plaza y algunos oficiales. Borck entró en el vestibulo, pero cuando me vió resuelto á lanzarle un ladrillo, retrocedió. Le repetí lo que habia dicho al mayor, y dió al punto orden de forzar la puerta. El vestibulo medía apenas 6 piés de anchura y no podian entrar mas que uno ó dos hombres á la vez. Cuando levanté el brazo para empezar mi bombardeo, los granaderos se hicieron atrás. Transcurrió un momento de silencio, y el mayor de plaza y otro oficial se acercaron á la puerta y emplearon todos sus esfuerzos para calmar-me. Se parlamentó mucho tiempo, pero al fin, la impa-

ciencia ganó al comandante que ordenó el ataque. Tendi á mis piés al primer granadero que se presentó, y los otros retrocedieron. El mayor de plaza volvió otra vez exclamando : « Mi querido Trenck, qué os he hecho para que deseéis mi pérdida! Yo soy el responsable de lo que pasa, pues por mi imprudencia teneis aun ese cuchillo... » Después de nuevas negociaciones, se concluyó la capitulación y pudieron introducirse en mi atrincheramiento. »

El estado en que se hallaba el infeliz prisionero excitó la piedad, fué curado con esmero y recibió los socorros necesarios á su restablecimiento. Durante cuatro días estuvo libre de sus cadenas. El quinto pusieron puertas nuevas, la primera forrada con planchas de hierro, y cargaron de nuevo á Trenck con cadenas semejantes á las que habia roto.

Tres semanas despues, Gefhardt montó la guardia en el calabozo de Trenck y se concertó con él para asegurar su fuga. En la guardia siguiente el buen granadero le pasó por medio de un alambre, todo lo necesario para escribir, y recibió una carta para un amigo de Trenck en Viena. Este amigo envió el dinero que pedía Trenck y que Gefhardt entregó á este, en un cántaro lleno de agua al hacer el servicio de su calabozo.

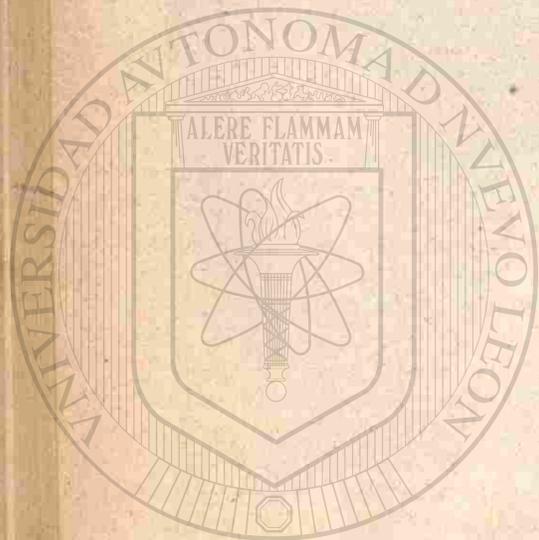
» Provisto de dinero, añade Trenck en sus Memorias, pensé en efectuar mi primer proyecto, el de evadirme por debajo de los cimientos del calabozo. Primero era necesario libertarme de mis hierros. Gefhardt me procuró dos limas. La anilla que tenía en el grillete del pié era bastante ancha, y logré soltarla de la cadena con la ayuda de la lima. Mis manos habian enflaquecido de tal modo que pude sacar las dos de las esposas. Un clavo de un pié de largo que habia extraído del entarimado me sirvió de destornillador y con él sacaba libremente los tornillos de la cadena, sin que pudiesen descu-



Tendi á mis piés al primer granadero que se presentó.

brir nada. Corté un eslabon de la cadena que sujetaba la argolla que me rodeaba la cintura y quedé libre de los hierros. Con miga de pan y moho hice una mezcla para cubrir las partes limadas, y logré disimularlas tan bien que no habrian podido reconocerlas sino golpeando la anilla con un martillo. Me procuré por medio de Gefhardt, todos los instrumentos que podia necesitar, hasta una vela y un eslabon; tan solo tenia cuidado de colgar mi manta delante de la ventana para que no viesen luz desde afuera. Cuando todo estuvo arreglado convenientemente empecé mi trabajo.

» El entarimado de mi calabozo estaba formado con planchas de pino de tres pulgadas de espesor. Habia tres capas sobrepuestas en sentido contrario y unidas por garfios de hierro de una media pulgada de ancho y de un pié de longitud. Con la barra de mis grilletes logré arrancar uno de estos garfios, que afilé en la piedra de mi tumba y acabé por transformarlo en escoplo. Entonces me atreví á dar el primer corte, levanté el pedazo de plancha que entraba en el muro cerca de dos pulgadas, y lo corté de modo que uniese exactamente. Todas las hendiduras estaban tapadas con miga de pan cubierta de polvo. Este primer trabajo era de delicada ejecucion, el resto exigia menos precaucion y en breve atravesé las tres tablas del entarimado, echando bajo las planchas las virutas de la madera. Debajo de las tablas encontré una arena muy fina; lo cual me contrarió, pues necesitaba auxilio del exterior para desembarazarme de ella. Gefhardt me pasó algunas varas de tela con la que hice sacos de seis piés de largo que pudiesen pasar entre los barrotes de la ventana. Los llenaba de arena cuando él montaba la guardia de noche, se los echaba y él los vaciaba con precaucion. Una vez hecho un hueco suficiente, me procuré todo lo necesario para mi proyecto, hasta pólvora, plomo,



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

un par de pistolas de bolsillo, cuchillos y una bayoneta, todo lo cual fué escondido debajo del tablado. Entonces reconocí que los cimientos de mi calabozo tenían cuatro piés de profundidad y no dos como habia supuesto. Con mucha fatiga y tendido á la larga, metia la cabeza y el cuerpo en este agujero para sacar la arena con las manos. Cuando se acercaba el momento de la visita, lo echaba todo precipitadamente en el agujero y para lo demas, en el estado ordinario, necesitaba algunas horas.

« Sin embargo mi trabajo adelantaba; habia logrado demoler los cimientos en su parte inferior, pero Gefhardt no cesaba de decirme que sin un socorro del exterior mi proyecto quedaria defraudado, y lo perderia conmigo. Me dejé persuadir y modifiqué mi plan, lo que fué la ruina de nuestros proyectos, y perdí el fruto de ocho meses de trabajo. »

Una carta echada al correo por la mujer de Gefhardt, con lujo extraño de encargos, reveló todo el complot; pero despues de media hora de exámen, los carpinteros, albañiles y herreros se retiraron sin haber podido descubrir ni el agujero del entarimado, ni las cortaduras hechas en las cadenas de Trenck. Tan solo notaron los cambios que habia hecho en la ventana, que se cerró inmediatamente con tablones. El prisionero fué interrogado con amenazas sobre el nombre de sus cómplices, en presencia de los soldados encargados de guardarlo, y la firmeza de sus contestaciones alentó á aquellos hombres á auxiliarlo, seguros de que él no los comprometeria. Algunos dias despues añadieron á los hurtos de que Trenck estaba cargado, una argolla ancha como la mano y unida á todas las cadenas: tapiaron la ventana que quedó reducida á estrecha claraboya, en fin, le quitaron la cama y á partir de aquel dia, no pudo tomar reposo sino sentado en el suelo, recostado en la

pared y sosteniendo con las dos manos las cadenas y la pesada agolla que lo ahogaba. Enfermó y estuvo dos meses en peligro de muerte sin recibir socorro alguno; pero le devolvieron la cama.

Restablecido contra toda esperanza, logró ganar á fuerza de dinero á tres oficiales de cuatro que lo guardaban; pudo procurarse velas, libros, periódicos y logró cortar las cadenas que colgaban de la argolla. Un oficial le hizo construir secretamente esposas mas anchas, de las que podia sacar las manos fácilmente. Pronto volvió á empezar su trabajo subterráneo, pero esta vez, guiado por los consejos é informes de uno de los oficiales, resolvió cavar el suelo hasta la galería subterránea de la muralla. De este modo, tenia que abrir un canal de 37 piés. No pudiendo pensar en continuar su primer trabajo, bajo los piés de los centinelas advertidos y desconfiados, abrió un nuevo agujero.

« En un principio mi obra tenia buen éxito, — dice Trenck, — y en una sola noche adelanté tres piés. A medida que sacaba la arena, la metia en el primer agujero. Pero cuando hube cavado diez piés, se presentaron grandes dificultades. Antes de poder hacer nada, estaba obligado á vaciar con la mano el agujero en que me arrastraba. Luego tenia que quitar á puñados la arena de mi galería, y cuando hube cavado mas de veinte piés, calculé que en el espacio de 24 horas, tenia que arrastrarme por una longitud de 1,500 á 2,000 toesas, para sacar la arena y colocarla en la antigua galería. Despues de tan larga y fatigosa operacion, tenia aun que limpiar todas las rendijas del entarimado, porque en la visita, la arena que era blanquísima, me habria vendido sin duda alguna. Restablecia luego la parte del entarimado que habia levantado, y en fin, volvía á ponerme las cadenas. Un solo dia de este trabajo me causaba tal cansancio que necesitaba tres dias de reposo para recuperar

mis fuerzas. Con el objeto de economizar tiempo y espacio inútil, reduje el conducto subterráneo de tal modo, que no podia pasar sino muy estrechamente, y sin poder llevarme una mano á la cabeza. Imaginé rasgar, para hacer sacos de arena, mis sábanas y la tela del jergon; y cuando Bruckhausen, el único oficial que tenia que temer, hacia la visita, me tendia en mi lecho para disimular el deterioro, fingiéndome enfermo.

» Con frecuencia, extenuado de fatiga, me sentaba en el monton de arena temiendo no tener tiempo de poner las cosas en su lugar antes de la visita: el desaliento se apoderaba de mí, y tenia intenciones de abandonarlo todo; pero algunos minutos de reposo me devolvian la animacion, me ponía á trabajar, y algunas veces la visita llegaba cinco minutos despues de haber terminado yo mi jornada.

» Habia llegado á seis ó siete piés de la salida por la que suspiraba tanto tiempo hacia, y cavaba en la muralla, no lejos del foso en que estaba un centinela. Este hombre creyó oír algun ruido; advirtió al oficial de guardia, y los dos escuchando con atencion, me oyeron arrastrar los sacos. Dieron el parte al dia siguiente y un oficial, que estaba de acuerdo conmigo, entró con el mayor de plaza, un herrero y un albañil. El teniente me hizo una seña para anunciarme que me habian denunciado; empezó la visita, pero los oficiales se negaron á continuarla; el herrero y el albañil no descubrieron nada, y el mayor de plaza, que no pasaba por hombre de chispa, trató de tontuna el parte del centinela. « Imbécil, le dijo, has oído á un topo y no á Trenck debajo de tierra. ¿Cómo quieres que pueda llegar tan lejos de su calabozo? »

» Si hubieran pensado en hacer la visita de noche, me habrian sorprendido trabajando, pero á nadie se le ocurrió durante los diez años que pasé en prision: los

unos no sabian y los otros no querian vigilar-me. Tres dias despues de esta alerta habria podido salir por mi subterráneo, pero reservaba á Bruckhausen la responsabilidad de mi fuga; aquel día justamente cayó enfermo y dió el servicio otro oficial que no queria comprometer. En fin el dia de Bruckhausen llegó. Tan luego como cerraron las puertas me puse á cavar con ardor. Pero, por mi desgracia, el mismo soldado que dias antes me habia oído moverme bajo tierra, estaba de centinela. Casi seguro de su aserto y herido en su amor propio, se acostó contra tierra y me oyó esta vez distintamente. Llamó al momento á sus camaradas que fueron á dar el parte. El mayor advertido, vino y me oyó escarbar cerca de la puerta que debia abrimme un pasaje en la galería. Soldados provistos de linternas rodearon la puerta al momento, y me esperaron para apoderarse de mí.

» En el instante en que, quitando la arena de debajo de la puerta, hacia la primera abertura, ví luz y distinguí á los que me esperaban, retrocedí espantado: puede juzgarse de mi pavor; me volví inmediatamente, y atravesando no sin dificultad la arena que habia echado detrás de mí, entré en mi calabozo. Tuve bastante sangre fria para ocultar en las hendiduras y cruzados de la puerta mis pistolas, mi dinero y mis instrumentos, como tambien el papel y la vela. Habia terminado, cuando se abrieron las puertas. Encontraron el calabozo cubierto de sacos y de arena, pero habia tenido tiempo de ponerme mis grilletes y creyeron buenamente que no me los habia podido quitar cavando debajo de tierra. »

» Llenaron y taparon aquel agujero que le habia costado un año de trabajo; el entarimado fué cubierto con tablas nuevas; otras cadenas mas pesadas sustituyeron á las que ya habia roto, y le quitaron otra vez su cama. Bruckhausen y el mayor de plaza le interrogaron en presencia de los soldados y de los obreros para saber de

donde le venían sus instrumentos. « Tengo al diablo por amigo, le respondió Trenck, él me da todo lo que necesito; jugamos juntos á las cartas todas las noches, y él suministra la luz; por lo tanto, por mucho que hagais, sabrá bien sacarme de aquí. » Bruckhausen y el mayor permanecieron estupefactos, y los otros se echaron á reir. Despues de una minuciosa visita del prisionero, pero no de la prision, se retiraban ya, y una puerta estaba cerrada, cuando Trenck los llamó. « Señores, señores, os habeis olvidado una cosa importante. » La puerta se abrió: « Tomad, les dijo Trenck presentándoles una de las limas que habia ocultado, ya veis que el diablo me sirve á la perfeccion. » Nueva visita; luego los guardianes se retiraban, cuando Trenck los llamó otra vez; vuelven gruñendo y les enseña entonces un cuchillo y diez luises de oro. Los desgraciados no salian de su asombro y su prisionero se reia de su ineptitud.

Mucho tiempo despues, Trenck concibió otro proyecto de evasion, pero basado en un plan del todo diferente. La guarnicion de Magdeburgo consistia en novecientos soldados de infantería, todos descontentos; los quince hombres que guardaban el fuerte de la Estrella, prision de Trenck, eran adictos á sus intereses en gran parte; en fin, doce hombres y un subalterno guardaban la puerta de la ciudad que conducia á un fuerte, y estaba próxima á una casamata en que se hallaban encerrados siete mil croatas prisioneros de guerra. Trenck tenia á su devocion varios oficiales que debian secundar su evasion tomando las armas en union suya. Sublevaba á los croatas con solo nombrarse, y todo parecia prometer un éxito favorable y seguro. Dado el golpe de mano, Magdeburgo debia tomarse en nombre de María Teresa; pero, ante todo, se necesitaba dinero.

Trenck escribió á Viena para pedir 2000 ducados á personas que creia amigas; un teniente se encargó de la

carta, pero en Viena se mostraron mal dispuestos, le preguntaron, disimuló su nombre y todo cuanto pudo sobre el complot; pero por desgracia, la carta decia bastante de por sí. Otra vez se descubrió todo; sin embargo, se sofocó el hecho, y segun todas las probabilidades, Federico no supo nada, pues á haber tenido conocimiento de ello, Trenck y muchos otros habrian pagado con su cabeza esta grandiosa tentativa de evasion.

Volvió á sus trabajos de minero, ganó un oficial de guardia, y como tenia todos los instrumentos necesarios, los hierros y el entarimado quedaron rotos de nuevo. Encontró el dinero que habia ocultado, las pistolas, etc., pero para adelantar, se necesitaba quitar algunos centenares de libras de arena. Tuvo la ocurrencia de encargar á sus guardianes de este trabajo. Despues de haber abierto en el entarimado otra abertura que debia figurar como un falso ataque, sacó de la que queria continuar tanta arena como pudo y cerró la abertura con cuidado; luego empezó á trabajar en la falsa galería haciendo tanto ruido que necesariamente debian oirlo desde fuera. En efecto, á las doce de la noche, las puertas se abrieron y lo encontraron á la obra; el agujero fué cerrado, reparado el suelo, y sus cadenas renovadas, pero al mismo tiempo se llevaron la arena sin poder ó querer hacerse cargo de la desproporcion entre el canal empezado y la cantidad de materiales extraídos.

El antiguo gobernador de Magdeburgo habia perdido la razon, y fué reemplazado por el príncipe heredero de Hesse Cassel, que se compadeció del pobre Trenck, le hizo quitar la argolla, y dulcificó su suerte en lo que pudo. En pago, Trenck se comprometió bajo palabra de honor, á no intentar evadirse en tanto que el príncipe fuese gobernador de Magdeburgo.

Diez y ocho meses despues, el príncipe se encontró landgrave por muerte de su padre, y abandonó á Magde-

burgo. Trenck podia disponer pues de su palabra. Se procuró, por sus medios acostumbrados, una espada, pólvora, tela para los sacos de arena, y se aseguró el acuerdo y los auxilios de fuera. Menos vigilado que nunca, pues le veian tranquilo é inofensivo, se puso á cavar con ardor una de sus antiguas galerías, y ya estaba muy adelantado, cuando un terrible accidente puso en peligro el fin de su obra y su propia existencia.

« En tanto que trabajaba debajo de los cimientos de la muralla, añade Trenck, mi pié tocó una enorme piedra que se desprendió detrás de mí, y me encerró en el agujero. ¡ Podeis juzgar de mi pavor al verme así enterado vivo! Despues de haber reflexionado en los medios de salvarme, me determiné á agrandar la tumba en que me hallaba, y á echar la arena delante de mí. Afortunadamente, habia aun algunos piés huecos; llené este espacio con la arena que sacaba de los lados, pero la parte de delante estaba ya llena sin haber logrado desembarazarme. El aire empezaba á faltarme; me deseé mil veces la muerte y traté de ahogarme apretándome la garganta.... Segun mi cálculo, pasé ocho horas por lo menos en tan espantosa situacion, y acabé por perder los sentidos. Vuelto en mí, empecé á trabajar; en fin, habiéndome reducido todo lo posible, logré volverme y volcar la terrible piedra. Entonces aspiré un poco de aire, porque la mina estaba abierta por el lado de mi calabozo. Saqué la arena de debajo de la piedra, lanzándola detrás de mí, y de este modo alcancé hacerla bajar bastante para escurrirme por encima y entrar en mi calabozo. Puedo decir, en verdad, que esta vez consideraba como un verdadero placer haber vuelto á mi prision, á pesar de que tanto trabajaba para salir de ella. »

Apenas tuvo tiempo para hacer desaparecer las señales de su trabajo y ponerlo todo en órden antes de la visita diaria. El cambio de la guarnicion y otras circuns-

tancias, contrariaron por algun tiempo su proyecto; pero al cabo lució el dia en que se terminó el subterráneo: ademas un oficial, ganado á fuerza de oro, le habia prometido hacer construir llaves falsas para las puertas de su calabozo. Creyéndose en vísperas de lograr la libertad, se le volvió el juicio como el mismo dice, y se dejó arrastrar por la idea mas insensata y mas inconcebible.

« Se me ocurrió — dice, — poner á prueba la generosidad del gran Federico, reservándome siempre el recurso de las llaves falsas, en el caso de que mi tentativa cerca del monarca no tuviese resultado. Estaba tan fuera de mí con este proyecto, que esperé con impaciencia la hora en que el mayor haria su visita. « Mayor, le dije cuando entró, sé que el gobernador de esta ciudad, el generoso duque Fernando de Brunswick, está ahora en Magdeburgo; hacedme el placer de verle y decirle que le suplico venga á visitar mi calabozo y haga doblar mis centinelas; despues de esto, que me indique la hora en que quiera verme en pleno dia y en plena libertad en el glacis de Klosterberg. Si logro efectuar lo que prometo, espero que se dignará honrarme con su proteccion é instruir al rey de mi buena fé, á fin de que este príncipe quede convencido de la rectitud de mis sentimientos y de la lealtad de mis acciones. »

« El mayor estupefacto creyó que divagaba; pero viendo que insistia seriamente, salió y volvió poco despues acompañado del comandante y de dos mayores. El duque me respondia que si ejecutaba lo que acababa de prometer, me aseguraba su benevolencia, la gracia del rey, y que se me quitarian al instante las cadenas. Entonces pedí que me fijasen una hora, y acabaron por responderme que bastaba con que dijera cómo pensaba ejecutar mi proyecto, sin ponerlo en ejecucion; que si me negaba, iban á levantar inmediatamente el entari-

mado de mi calabozo y á colocar de día y de noche en él centinelas de vista.

» Despues de haber titubeado largo tiempo, y bajo las promesas mas positivas, lancé á sus piés todas mis cadenas á la vez, abrí el agujero, entregué mis armas, mis herramientas, dos llaves para abrir las galerías de la muralla: propuse bajar al conducto que comunicaba con los subterráneos y de hacer en la extremidad y en algun minutos la abertura necesaria. En fin, les dije que los caballos me esperaban á la primera señal en el glacis de Klosterberg, pero que no juzgaba conveniente indicar en qué sitio.

» Es imposible imaginar la sorpresa de estos señores: lo examinaron todo, me hicieron mil preguntas y objeciones á las que respondí sin titubear; salieron al cabo, despues de una extensa conversacion, y volvieron una hora despues á decirme que el duque estaba confundido con lo que habia sabido, y me llevaron, sin cadenas, al cuarto del oficial de guardia. Por la noche el mayor me dió una magnífica cena y me dijo que todo marcharia bien, que el duque habia escrito ya á Berlin, etc. Pero todas estas promesas eran ilusorias; al dia siguiente, se dobló la guardia, colocaron á dos granaderos en la habitacion en que me hallaba, y los puentes levadizos no se bajaron en todo el dia.»

No habian dicho nada al duque de Brunswick; el comandante y los oficiales, temiendo la cólera del rey, habian esparcido el rumor de que se habia descubierto una nueva tentativa de evasion del prisionero. El calabozo quedó reparado en ocho dias y embaldosado con gruesas piedras de talla; sumieron de nuevo en él al infortunado Trenck con una sola cadena al pié, pero que pesaba tanto como todas las otras juntas. Sin embargo, el duque tuvo conocimiento del hecho poco tiempo despues, y comunicó todos los detalles de la aventura al

rey, que desde entonces resolvió devolver á Trenck su libertad. Pero se la hizo esperar aun un año.

Sabido es que Trenck, despues de una existencia agitada y febril murió en el cadalso, el 7 termidor, en union de Andrés Chénier.

esa orden? — De parte del Tribunal. » La palabra Tribunal me petrificó y no me dejó mas que la facultad material de obedecer pasivamente. Me lavé y me puse una camisa de encaje y mi vestido de gala. Messer Grande me hizo entrar en una góndola, sentándose á mi lado, escoltado por cuatro esbirros. Llegados á su casa, me ofreció una taza de café que no acepté, y me encerró en una habitacion. Serian las tres, cuando entró el jefe de los arqueros diciéndome que tenia orden de conducirme á los Plomos. Le seguí sin decir una palabra; bajamos á una góndola, y despues de mil revueltas por los pequeños canales, entramos en el gran canal, y abordamos el malecon de las Prisiones (riva de' Schiavoni). Subimos algunas escaleras, atravesamos un puente cerrado (el puente de los Suspiros), que comunica desde la prision con el palacio ducal, por encima del canal llamado *rio di Palazzo*. En el extremo del puente hay una galería que pasamos, entrando luego en una habitacion para pasar á otra, en que me presentó á un individuo revestido con el traje de patricio, que despues de medirme con la vista, le dijo: — « *¿È quello? Mettetelo in deposito* ¹. »

Fué colocado en un calabozo de lo que se llamaba el pabellon de la *Viga*, á causa de una enorme viga que atravesaba esta parte de los pisos superiores del palacio. Los calabozos daban á un vasto desvan iluminado por una claraboya que caia al patio del palacio, y en el que se veian amontonados una infinidad de objetos diversos, papeles oficiales, sentencias del tribunal y muebles de todas clases. Los prisioneros se paseaban allí diariamente algunos instantes, en tanto que los guardianes limpiaban los calabozos. Casanova sufrió mucho con el calor durante los primeros dias de su de-

1. ¿Es ese? Conducélo á su encierro.

CASANOVA DE SEINGALT.

ALERE FLAMMAM
VERITATIS (1757.)

Jacobo Casanova de Seingalt confiesa ingénuamente en el incompleto relato que ha dejado de su vida, que era uno de los mas consumados pícaros que existian en Venecia, cuando cayó, á pesar de su habilidad, en las garras de la justicia. — Se enorgullece tomando este título pues el de caballero de industria, dice, no le cuadraria perfectamente. La verdad es que el relato de su detencion en *los Plomos* y de su fuga, no carecen de interés. Algunos detalles son erróneos indudablemente, ó llevan el sello de la exageracion: varios escritores pretenden que Casanova se evadió sin tener que vencer tantos obstáculos, sino únicamente la vigilancia de sus carceleros, ganados por él á fuerza de oro; pero no nos toca discutir esta asercion, que no se halla basada en ninguna prueba. El hecho incontestable es que Casanova se evadió de los Plomos de Venecia, y sin garantizar la veracidad en los detalles, le dejamos la palabra:

« Seria el alba del 26 de julio de 1755, cuando el terrible Messer Grande entró en mi habitacion. Me desperté, le ví y no sin extrañeza le escuché preguntarme si era Jacobo Casanova; y como yo le respondiese: — « Sí, yo soy Casanova, » me ordenó que me levantara, me vistiese, y le entregase todos mis papeles, siguiéndole al punto. — « ¿De parte de quién me transmitis

tencion; cayó enfermo, se curó al cabo de algunos días, y no pensó mas que en recobrar su libertad. Un día, recorriendo el desvan vecino de su calabozo, notó en un rincón una especie de cerrojo de hierro y un pedazo de mármol negro; se apoderó de estos dos objetos y los ocultó cuidadosamente; cuando estuvo solo afiló una de las puntas del hierro frotándolo contra el mármol, y á fuerza de trabajo y paciencia logró ponerlo puntiagudo.

« Después de tres ó cuatro días de maduras reflexiones sobre lo que podría hacer con mi cerrojo convertido en espontón, que era grueso como una caña y de 20 pulgadas de longitud, juzgué que lo mas prudente era abrir un agujero en el suelo debajo de mi cama. Estaba seguro de que la habitacion que se hallaba debajo de mi calabozo, no podía ser mas que aquella en que habia visto al señor Cavalli (el secretario de los inquisidores que le recibió á su llegada); suponía que esta habitacion no estaria cerrada mas que de noche; y no dudaba que tan luego como estuviese abierto el agujero, podría descolgarme fácilmente por medio de mis sábanas; ocultarme despues debajo de la gran mesa del tribunal, y por la mañana, tan luego como abriesen la puerta, salir á escape, y antes de que hubiesen podido seguirme, me habria puesto en lugar seguro. Reflexioné que seria posible colocasen en esta sala á un arquero, pero mi espontón podia librarme de él. El techo podia ser doble y aun triple, y en este caso la dificultad era inmensa; porque ¿cómo impedir que los mozos de servicio barriesen mi cuarto durante los dos meses que podia durar mi obra? Prohibiendoselo despertaba las sospechas, pues anteriormente habia exigido que lo barriesen todos los días, y esto les descubriría mi trabajo. Empecé por hacer una prueba, prohibiendo que barriesen sin decir por qué. Ocho días despues Lorenzo, el carcelero particular que me guardaba, me preguntó el motivo. Alegué la inco-

modidad del polvo que me hacia toser con violencia. Esto me valió una semana de descanso, y despues Lorenzo hizo barrer el calabozo y examinó todos los rincones con una vela encendida. »

Casanova tuvo entonces la ocurrencia de pincharse el dedo, ensangrentó un pañuelo y dijo á Lorenzo que la tos, producida por el polvo, le habia ocasionado esputos de sangre. El médico le hizo sangrar, y ayudando sin saberlo el ardid del prisionero, declaró que el barrido era peligroso, y que un jóven habia muerto de resultas de un accidente parecido; en fin, los esbirros dejaron de barrer el calabozo de Casanova.

« Diariamente cobraba fuerzas, pero no habia llegado aun el momento de poner manos á la obra: el frio era muy intenso, y mis manos no podian sostener por mucho tiempo el espontón sin aterirse. Mi empresa exigia mucha prevision. Las eternas veladas de invierno me contrariaban, pues me veia obligado á pasar diez y nueve horas mortales en las tinieblas; y en los días nebulosos, que no son raros en Venecia, la luz que entraba por la ventana no era suficiente para que pudiese leer. No estando distraida mi mente por alguna nueva idea, caia siempre en la de mi evasion... La posesion de una miserable lámpara de cocina me habria hecho feliz, pero ¿cómo procurarme este objeto? Para construir dicha lámpara, necesitaba un vaso, torcidas, aceite, un pederal, yesca y pajuelas. Tenia la escudilla en que me freian los huevos; bajo el pretesto de que el aceite ordinario me incomodaba, hice que me comprasen aceite de Luca para la ensalada; mi cobertor de algodón podia suministrarme las torcidas. Fingí estar atormentado por un fuerte dolor de muelas, y dije á Lorenzo que necesitaba piedra pomez, pero que una piedra de fusil serviría lo mismo teniéndola un día en vinagre, y que aplicada luego á la muela calmaria el dolor. Lorenzo me dijo

que mi vinagre era superior y que yo mismo podría poner la piedra, y me dió tres ó cuatro que sacó del bolsillo. Una gruesa hebilla de acero que llevaba á la cintura me serviría de eslabon; me faltaba, pues, el azufre y la yesca. La fortuna me favoreció para lograrlo; padecía de comezon en los brazos con frecuencia, y encargué á Lorenzo que preguntara al médico qué remedio sería conveniente; al dia siguiente me trajo una receta que el secretario habia leído, y en la que ordenaba el médico un dia de dieta, etc., y una untura de flor de azufre... — « Traedme azufre, dije á Lorenzo, tengo manteca y yo mismo me compondré el unguento. ¿Teneis pajuelas? dadme algunas. » Tenia casualmente en el bolsillo y me las dió. (Las pajuelas de esta época, en Italia, eran una mecha ó cuerdecita embadurnada de azufre.)

« Recordé que mi sastre debió poner estopa en los forros de mi casaca, y que con ella podia reemplazar fácilmente la yesca, y no me engañé. Una vez posesor de todos los ingredientes, tuve al momento una lámpara. Fácil es comprender la satisfaccion que experimenté. Entonces señalé el primer lunes de cuaresma para empezar la difícil operacion de la ruptura del entarimado, porque en los desórdenes del carnaval, temia las visitas, y mi prevision fué muy prudente. »

En efecto, le dieron un compañero de calabozo, un judío, que fué puesto en libertad dos meses despues.

« Tan luego como estuve solo, me puse á trabajar con actividad. Era necesario que me diese prisa, temiendo que viniese algun otro huésped tan incómodo como el judío, que habia exigido que barriesen el cuarto. Empecé por separar mi cama, y despues de haber encendido la lámpara, me eché en el suelo boca abajo, con el esponton en la mano, teniendo á mi lado una servilleta para recoger las virutas de las tablas del pavimento, á medida que

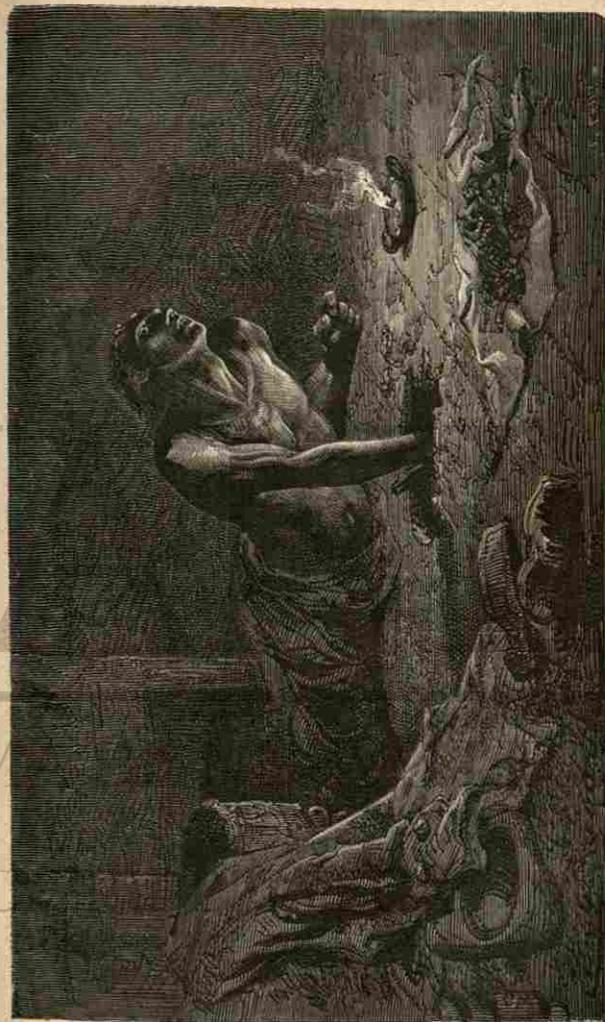
las fuese cortando. Se trataba de destruir el entarimado á fuerza de hundir la punta del esponton. Al principio los pedazos que sacaba no eran mayores que un grano de trigo, pero en breve aumentaron de volúmen.

» Las tablas eran de madera de cedro de diez y seis piés de anchura. Empecé á romper una por el sitio en que se unia con otra, y como no habia ni clavos ni hierro alguno, mi trabajo fué menos difícil. Despues de seis horas de trabajo, lié la servilleta y la escondí para vaciarla al dia siguiente detrás del monton de papeles que habia en el desvan. Los fragmentos de la abertura formaban un volúmen cuádruple que el agujero de donde los habia sacado. Puse la cama en su lugar, y al vaciar la servilleta por la mañana, me convencí de que los fragmentos no serian notados. Al dia siguiente, habiendo roto la primera plancha, que tenia dos pulgadas de espesor, me encontré detenido por otra que supuse igual á la primera. Atormentado por el temor de recibir nuevas visitas, redoblé mis esfuerzos, y en tres semanas acabé con los tres planchones que componian el entarimado, pero entonces me creí perdido porque me hallé con una capa de pedacitos de mármol, conocidos en Venecia con el nombre de *terrazzo marmorini*. Es el embaldosado ordinario de todas las habitaciones venecianas, salvo las de los pobres, porque aun los grandes señores prefieren el *terrazzo* á los mas hermosos mármoles. Quedé consternado viendo que el esponton no hacia mella en esta mezcla, y este accidente estuvo á punto de abatirme y desalentarme del todo. Entonces me acordé de Aníbal y derramé en el hueco una botella de vinagre de yema que poseia. Al dia siguiente, sea efecto del vinagre, sea que refrescado por el reposo consagrara mas fuerza y paciencia á mi trabajo, ví que venceria esta dificultad, porque no se trataba de romper el mármol, sino de pulverizar con la punta de mi ins-

trumento la mezcla que los unía. Además noté luego que la gran dificultad existía solo en la superficie. En cuatro días quedó deshecho todo el mosaico. Debajo encontré nuevas tablas, pero ya me lo había figurado. Pensé que debía ser la última, es decir, la primera en el orden de los pisos altos de las casas que tienen el techo sostenido por vigas. La entallé con alguna dificultad, pues teniendo el agujero diez pulgadas de profundidad, manejaba el esponton con mucho trabajo.

« El 25 de junio, hacia las tres de la tarde, en el momento en que desnudo y cubierto de sudor, trabajaba en concluir el agujero, teniendo á mi lado la lámpara encendida para alumbrarme en mi trabajo, oí de pronto, con un pavor mortal, el ruido del enmohecido cerrojo y el de la puerta del primer corredor. ¡Horrible momento! Apagué la lámpara y dejando el esponton en el agujero, eché la servilleta con las virutas que contenía y apresurándome á poner en orden mi cama, lo mejor que me fué posible, me eché en ella como muerto en el mismo instante en que se abría la puerta de mi calabozo. Dos segundos antes me habría sorprendido Lorenzo; iba á pasar por encima de mi cuerpo, cuando lancé un grito doloroso que lo hizo retroceder exclamando : « A fé que os compadezco, caballero, porque se ahoga uno aquí como en un horno; levantaos y dad gracias á Dios que os envía un compañero excelente. »

« El recién llegado creyó que entraba en el infierno y exclamó : « ¿Dónde estoy?... ¡Qué calor! Qué peste! » Lorenzo nos hizo salir al desvan y dijo que nos dejaba un momento para que el calabozo se purgase del mal olor que era solamente de aceite. Mi sorpresa fué grande al oírle pronunciar las últimas palabras; con la precipitación había olvidado despabilar la torcida despues de haberla apagado. Juzgué que Lorenzo debía saberlo todo



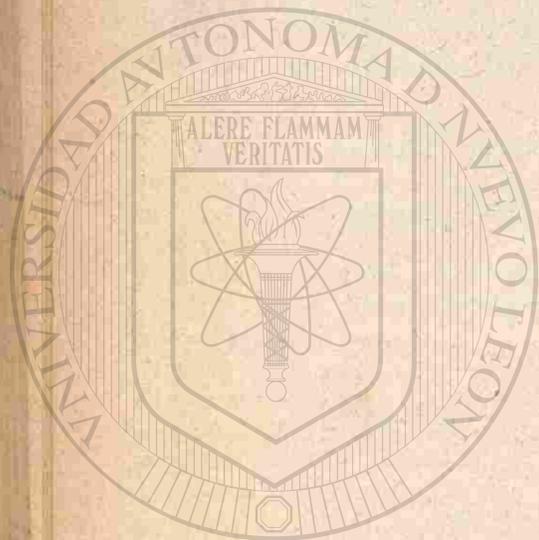
Oí con un pavor mortal el ruido del cerrojo y de la puerta.

y que solo el judío podía haberme hecho traicion; y me congratulé de mi reserva, que me valia el no haberle dicho nada mas. »

Ocho dias despues lo libertaron de su nuevo compañero.

« Al dia siguiente, Lorenzo me dió cuenta de mi dinero, y como me quedaban cuatro cequines, lo enternecí diciéndole que se los ofrecia á su esposa. No le dije que era por el aquiler de la lámpara, pero pudo pensarlo. Continué mi trabajo sin descanso y lo terminé el 23 de agosto. Este retraso lo ocasionó un accidente muy natural. Raspando la última tabla con la mayor circunspeccion para dejarla mas delgada, llegué á la superficie y apliqué la vista á un agujerito por el que debía ver la habitacion de los inquisidores. Efectivamente la ví, pero imperfectamente, pues se interponia por un lado una superficie perpendicular de unas ocho pulgadas. Era una de las vigas que sostenian el techo. Esta contrariedad me obligó á extender mi abertura por el lado opuesto, porque la viga dejaba un pasage tan estrecho que yo, bastante corpulento, no hubiera podido pasar de ningun modo. Lo agrandé lo necesario, flotando entre el temor y la esperanza, porque podia ser que el espacio comprendido entre las dos viguetas no fuese suficiente. Un segundo agujero me dió la seguridad de que Dios habia bendecido mi obra. Tapé cuidadosamente los agujeritos para impedir que no cayese nada en la sala, ni que pudiese distinguirse la luz de mi lámpara, lo que me habria descubierto y perdido. »

» Fijé el momento de mi evasion para la noche de la vispera de san Agustin, porque sabia que con motivo de esta fiesta, el gran Consejo se reunia, y por lo tanto no habria nadie en la *Bussola*, que se hallaba contigua á la habitacion por donde debía pasar necesariamente para



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

fugarme. El día fijado era el 27, pero el 25, al medio día, me sucedió una desgracia que me hace temblar aun, cuando pienso en ello, aunque han pasado ya muchos años desde entonces.

» A las doce oí el ruido de los cerrojos y creí morir, porque un violento latido de mi corazón me hizo temer que hubiese llegado mi última hora. Fuera de mí, y presa de un presentimiento funesto, me dejé caer en el sillón y esperé. Lorenzo entró en el desván y aplicando el rostro á la rejilla me dijo con alegre tono : « Señor Casanova, os felicito por la buena noticia que os traigo. » Creyendo al pronto que era la nueva de mi libertad, pues no esperaba otra, temblé de pies á cabeza, porque el descubrimiento del agujero habria hecho revocar mi gracia. Lorenzo entró y me dijo que le siguiera. « Esperad que me vista. No es necesario, porque no haceis mas que pasar de este horrible calabozo á otro claro y nuevo, desde donde vereis la mitad de Venecia, y podreis estar en pié. »

Me faltaban las fuerzas y me sentia desfallecer. — Dadme vinagre, le dije, y anunciad al señor secretario que doy gracias al tribunal por esta merced, pero que le suplico me deje aquí. — Me haceis reir, caballero, ¿ os habeis vuelto loco? Quieren sacaros del infierno, para llevaros al paraíso y os negais. Vamos, es preciso obedecer; levantaos. Os daré el brazo y os haré llevar vuestros libros y demas enseres. »

» Viendo que la resistencia era inútil, me levanté y me sentí libre de un gran peso, cuando oí que daba orden á un arquero de bajar el sillón, porque mi esponent iba á seguirme y la esperanza con él. Mucho hubiera deseado poder trasportar tambien el magnífico agujero, objeto de tantas fatigas y esperanzas perdidas. Puedo asegurar que al salir de aquel espantoso antro de penas, se me quedó en él el alma.

» Apoyado en el hombro de Lorenzo, que creía reanimar mi alegría con sus estúpidos chistes, atravesé dos estrechos corredores, y despues de haber bajado tres pisos, entré en una habitacion muy clara; de donde pasamos por una pequeña puerta, situada en el lado izquierdo, á otro corredor de dos piés de ancho por doce de largo próximamente, y en uno de los ángulos se encontraba mi nuevo calabozo. Tenia una ventana enrejada, que iluminaba el corredor, y por allí podia disfrutarse de una vista magnífica que se extendia hasta el Lido. No estaba dispuesto á regocijarme por este cambio en tan triste momento; sin embargo, mas tarde ví con júbilo que por esta ventana, cuando estaba abierta, se recibia un viento suave y fresco que temperaba el excesivo calor, lo que era un verdadero bálsamo para los infelices que debian respirar allí dentro, sobre todo en esta estacion. Estas observaciones las hice solamente mas tarde. Tan luego hube entrado en el calabozo, Lorenzo colocó mi sillón y se fué diciéndome que iba á mandarme el resto de mis muebles. Estaba sentado en el sillón, inmóvil como una estatua, presintiendo la tempestad, pero sin temerla. Lo que causaba realmente mi estupor era la idea desconsoladora de que todas las penas que me habia dado, y todas las combinaciones que estudiara, quedaban sin resultado alguno. Estaba en este estado de ansiedad y desesperacion, cuando dos esbirros me trajeron la cama. Salieron al momento para ir á buscar el resto y pasaron dos horas antes de que viese á nadie, aunque la puerta de mi calabozo se habia quedado abierta. Este retardo, que no era natural, me hizo reflexionar atentamente, pero no lograba fijarme sobre ningun punto. Al fin escuché pasos precipitados, y Lorenzo se presentó ante mí, desfigurado por la cólera, echando espumarajos de rabia y blasfemando de Dios y de los santos. Empezó por ordenarme le remi-

tiese el hacha y las herramientas que me habian servido para agujerear el entarimado, y que le declarase cuál era el esbirro que me las habia dado. Le respondí sin moverme, y con mucha sangre fria, que ignoraba de lo que me hablaba. A esta contestacion ordenó que me registrasen; pero, levantándome con aire resuelto amenacé á los miserables y poniéndome desnudo, les dije: « Cumplid vuestro oficio, pero que ninguno me toque. » Examinaron el colchon, vaciaron el jergon, aplastaron los cogines de mi sillón, y no encontraron nada. « ¿ No quereis decirme dónde están las herramientas con que habeis hecho la abertura? Pues bien, se encontrarán los medios de haceros hablar. — Si es cierto que he hecho un agujero en alguna parte, diré que vos me habeis proporcionado lo necesario, y que os lo he devuelto todo. »

« A esta amenaza que arrancó una sonrisa de aprobacion á los que le seguian, y á los que probablemente habria irritado con alguna expresion dura, pateó, se mesó los cabellos y salió furioso, profiriendo terribles amenazas. Los otros volvieron y me trajeron todos mis efectos, menos la piedra y la lámpara. Antes de abandonar el corredor y despues de haber cerrado mi calabozo, Lorenzo cerró tambien las dos ventanas que me daban un poco de aire. A pesar de la costumbre de su oficio, no se le ocurrió la idea de volver el sillón y registrarlo por debajo, de lo que dí gracias á la Providencia por tener aun en mi poder el cerrojo. »

Al siguiente dia Lorenzo trajo al prisionero los víveres de malísima calidad, y un arquero golpeó con un barrote de hierro todas las partes del calabozo, particularmente debajo de la cama.

« Noté, dice Casanova, que no golpeó en el techo. Por allí, me dije, debo salir de este infierno. Sin embargo, no podia hacer nada que no estuviese expuesto á

la vista, pues siendo nuevo el calabozo, el menor arañazo habria sido notado por mis guardianes. »

Lorenzo siguió dando al prisionero los dias siguientes un alimento detestable, y persistió en negarle que limpiasen su calabozo y que abriesen las ventanas. Al octavo dia, Casanova se irritó y pidió la cuenta de su dinero, que Lorenzo le prometió para el otro dia; entonces llevó al preso un canasto de limones de parte del señor de Bragadin y un excelente pollo asado.

« Cuando me presentó la cuenta, no miré mas que la suma y le dije diera el resto á su esposa, salvo un cequin que entregaria á los arqueros que hacian el servicio con él. Lorenzo se quedó solo conmigo y me habló de este modo: — « Señor Casanova, ya me habeis dicho que yo soy quien os ha entregado las herramientas necesarias para hacer el enorme agujero de vuestro antiguo calabozo, y habeis logrado con esto calmar mi curiosidad; pero, ¿ quereis decirme por favor, quién os ha procurado los ingredientes para construir una lámpara? — Vos mismo, señor Lorenzo, le contesté. — Oh! quedo confundido respondió, pues no creia que el ingenio consistiese en el descaro. — Digo la verdad. Vos mismo, con vuestras manos me habeis dado todo lo necesario; aceite, pedernal y pajuelas, y yo poseia lo demas. — Teneis razon; ¿ pero podeis convencerme con tanta facilidad de que yo os he dado los instrumentos para abrir el agujero? — Cierto que sí, pues nada he recibido sino por vuestro conducto. — ¡ Santo cielo, qué escucho! Pero, ¿ cómo os he dado una hacha? — Os lo diré todo, y diré la verdad, pero en presencia del secretario. — No quiero saber mas y os creo. Os suplico guardéis silencio, pues debeis pensar que soy un pobre hombre y que tengo hijos. » Y con esto, se marchó apretándose la cabeza entre las manos.

» Me felicité de haber encontrado el medio de ha-

cerme temer por este bergante, y me convencí de que su propio interés le obligaría á no decir nada de lo que habia sucedido. Habia ordenado á Lorenzo que me comprase las obras de Maffei : este gasto lo contrariaba y no se atrevia á decírmelo. — « Haré que una persona que hay aquí, os preste libros, si quereis en cambio dejarle algunos vuestros, me dijo, y de este modo economizareis vuestro dinero. »

Casanova consintió, y Lorenzo le trajo un libro en cambio de otro que él le habia dado.

« Halagado por la idea de poder entablar una correspondencia con alguno que pudiese secundarme en el proyecto de evasión que habia trazado mentalmente, abrí el libro tan luego como se marchó Lorenzo, y mi alegría fué grande al encontrar en una hoja el paráfrasis en seis buenos versos de estas palabras de Séneca : *Calamitosus est animus futuri anxius*. Al momento compuse en contestacion otros seis, y hé aquí cómo logré escribirlos. Habia dejado crecer la uña de mi dedo meñique extraordinariamente, y cortándola en punta, formé con ella una pluma. No tenia tinta y pensé hacerme un arañazo para escribir con mi sangre, cuando reflexioné que la pintura aun fresca de la pared, podria servirme fácilmente de tinta. Ademas de los seis versos escribí el catálogo de los libros que poseia y lo coloqué en el forro de aquel volumen. Conviene saber que en Italia los libros se encuadernan generalmente en pergamino y de modo que, al abrirlo, la cubierta forma una especie de bolsillo. Debajo del título escribí : *Latet*. Esperaba con impaciencia una contestacion : al dia siguiente, tan luego como llegó Lorenzo, le dije que habia leído el libro y que suplicaba á la persona me mandase otro. Un momento despues recibí el segundo tomo. Cuando me quedé solo abrí el libro y encontré un papel suelto escrito en latin que contenia lo siguiente : « Somos dos en un mismo

calabozo y sentimos gran placer al considerar que la ignorancia de un carcelero avaro, nos procura un privilegio sin ejemplo en estos lugares. Yo que os escribo, soy Marino Balbi, noble veneciano, regular somasca, y mi compañero es el conde Andrés Asquino, de Udina, capital del Friul. Me encarga decirnos que todos los libros que posee y cuyo catálogo encontrareis en el interior de este volumen, están á vuestra disposicion ; pero os prevenimos, caballero, que necesitamos de todas las precauciones posibles, para ocultar á Lorenzo nuestras relaciones. » Me parecia extraña la recomendacion de prudencia hecha en un papel suelto. Parecia imposible que Lorenzo no abriese el libro ; con lo cual hubiera visto el papel y se habria hecho leer el contenido por alguien, quedando así todo descubierto. Esto me hizo suponer que mi corresponsal era un aturdido. Despues de leer el catálogo, escribí que estaba como cuando me arrestaron, ignorante del crimen que me imputaban, y que tenia la esperanza de verme pronto libre. Balbi me escribió una carta de diez y seis páginas. El conde Asquino no me escribió. El monje me hacia la historia de todos sus infortunios ; y de su larga cautividad, pues hacia cuatro años que estaba preso. »

Esta narracion del monje demostraba claramente que nada habia en él de *regular* mas que el título. Casanova dedujo de su larga epístola que era un fraile sensual, mal razonador, perverso, tonto, imprudente é ingrato. El tiempo debia probarle que no se habia equivocado en ninguno de estos puntos.

« Encontré en el forro del libro un lápiz, plumas y papel, y por lo tanto pude escribir con toda comodidad. Balbi me contaba tambien la historia de todos los prisioneros que estaban en los Plomos y de los que habian estado durante los cuatro años que él llevaba de reclusion. Me dijo que Nicolás era el esbirro que le compraba

secretamente todo lo que quería, le decía el nombre de los otros prisioneros, etc., y para convencerme, me daba parte de todo lo que le había contado sobre mi proyecto de evasión. Lorenzo había tardado muchas horas en hacer reparar los destrozos que yo había hecho, é intimó el secreto al carpintero, al cerrajero y á los arqueros bajo juramento. « Un día mas, añadió el esbirro, y Casanova se habría escapado de un modo ingenioso que hubiera valido la horca á Lorenzo, porque á pesar de la sorpresa que ha manifestado á la vista del agujero, no es dudoso que era él quien había suministrado las herramientas necesarias. » Me suplicaba le refiriese detalladamente el suceso, que le dijese cómo me había procurado los utensilios, y que contase con su discreción.

» No dudaba de su curiosidad, pero mucho de su discreción, tanto mas cuanto que su demanda misma lo declaraba el mas indiscreto de los hombres. Sin embargo, juzgué conveniente contentarlo, porque me parecía capaz de emprender todo cuanto le dijese para ayudarme á recobrar mi libertad. Me había puesto á escribirle, pero una sospecha que cruzó mi imaginación, me hizo suspender el envío de la carta. Pensé que esta correspondencia podía ser un artificio de Lorenzo para llegar á saber quién me había proporcionado las herramientas y lo que había hecho de ellas. Para satisfacerlo in comprometerme, le escribí que había practicado la abertura con un gran cuchillo que tenia y ocultaba en el pretil de la ventana del corredor. Esta confidencia me dejó tranquilo en menos de tres días, porque Lorenzo no visitó el pretil de la ventana, lo que hubiera hecho caso de ser interceptada la carta. Además el padre Balbi me escribió que no extrañaba tuviese yo un cuchillo, pues Lorenzo le había dicho que no me registraron antes de encerrarme. El monje acababa suplicándome

que le mandase mi cuchillo por medio de Nicolás, en quien podía fiarme. La ligereza de este hombre me parecía inconcebible. Le contesté que no estaba dispuesto á fiarme de Nicolás, y que mi secreto era de tal importancia que no podía confiarlo al papel.

« Habiéndose pues desvanecido mis sospechas, razonaba de este modo : « Quiero procurarme la libertad á toda costa. El esponton que poseo es excelente, pero no puedo servirme de él, puesto que todas las mañanas examinan mi calabozo por todos lados, excepto el techo. Si quiero salir de aquí, debo salir por el techo, pero necesito un agujero y no podría empezarlo desde abajo con éxito, porque no es obra de un día. Necesito pues un auxiliar que pueda evadirse conmigo. » No tenia muchos en qué elegir, y mi idea recayó en el monje como era natural. Tenia treinta y ocho años, y aunque no muy rico en buen sentido, pensaba que el amor de la libertad, esa primera necesidad del hombre, le daría bastante resolución y acierto para ejecutar mis instrucciones. Debía resolverme á confiárselo todo, y luego imaginar un medio para mandarle la herramienta : estos eran dos puntos harto difíciles.

» Empecé por preguntarle si deseaba la libertad y si se sentía capaz de emprenderlo todo para procurársela en unión conmigo. Me respondió que él y su compañero eran capaces de todo para romper sus cadenas; pero añadía que era inútil devanarse los sesos en formar proyectos que no podían ejecutarse; y llenó cuatro páginas con las mil dificultades que se presentaban á su pobre espíritu. Le respondí que al combinar mi plan, había pensado en todas las dificultades de que me hablaba, y que le aseguraba quedarían vencidas; y concluía dándole mi palabra de honor de ponerlo en libertad, si quería comprometerse á ejecutar todo cuanto le prescribiese, al pié de la letra. Me lo prometió y entonces le

comunique que poseia un esponton de 20 pulgadas de largo, con auxilio del cual podria romper el entarimado de su calabozo, para salir de él; que luego taladraria la pared que nos separaba en el piso superior, que ya allí, horadaria el techo de mi calabozo, y que esto realizado, me ayudaria á salir por el agujero. Cuando este- mos en esto, añadí, habrá finalizado vuestra tarea y empezará la mia, y os juro que os pondré en libertad así como al conde Asquino. Me contestó que cuando me hubiese sacado del calabozo, dado que le fuera posible vencer tantas dificultades, no dejaríamos por esto de estar en la cárcel y que nuestra situacion no diferiria de la presente, mas que por el mayor espacio; pues nos encontraríamos buenamente en los desvanes, cerrados por tres puertas. — Ya lo sé, revendo padre, le respondí, pero no nos fugaremos por las puertas. Mi plan está trazado y estoy seguro del éxito; tan solo os pido exactitud en la ejecucion, y abstinencia de objeciones. Pensad simplemente en el modo mas regular de que yo pueda mandaros el instrumento de nuestra libertad, sin que el portador pueda concebir sospecha alguna. En tanto, haced que el carcelero os compre unas cuarenta imágenes de santos, bastante grandes para tapizar las paredes de vuestro calabozo. Estas imágenes religiosas no inspirarán sospecha alguna á Lorenzo, y os servirán para cubrir la abertura que practiqueis. Necesitared algunos dias para hacerla, y Lorenzo no podrá ver por la mañana la abertura que hagais la víspera, pues la volvereis á cubrir con las estampas. Si yo no lo hago, es porque soy sospechoso á nuestro guardian. »

« Aunque le recomendaba pensase en el medio mas propio para mandarle mi esponton, me ocupaba en encontrarlo yo mismo, y tuve una idea feliz que me apresuré á aprovechar. Encargué á Lorenzo que me comprase una biblia in-folio que acababa de publicarse. Esperaba

poder colocar mi esponton en el pergamino de este gran volumen y mandársela así al monje. Pero cuando la tuve, ví que el esponton traspasaba 2 pulgadas de longitud del libro. Mi corresponsal me habia escrito que su calabozo estaba ya tapizado de imágenes y le habia comunicado mi idea sobre la Biblia y la dificultad que su defecto de longitud me presentaba. Sin embargo, tomé la firme resolucion de mandar mi cerrojo bajo la proteccion de la Biblia, y hé aquí cómo lo hice. Dije á Lorenzo que queria celebrar el dia de san Miguel con un plato de macarrones; pero que como prueba de agradecimiento hácia la persona que tenia la bondad de prestarme sus libros, queria mandarle un gran plato y prepararlo yo mismo. Lorenzo me dijo que aquel caballero deseaba leer el gran libro que yo habia comprado. Era un negocio concluido. — Muy bien, le dije, se le mandaré con los macarrones; traedme la fuente mas grande que tengais en la casa, porque quiero hacer las cosas en regla. » Lié el esponton en un papel, y le coloqué en el forro de la Biblia, teniendo cuidado de que saliese tanto por un lado como por otro. Poniendo sobre la Biblia la gran fuente llena de macarrones, estaba seguro de que Lorenzo no podria mirar á las extremidades, pues su vista se fijaria en los bordes del plato para evitar que la grasa cayese sobre el libro. Advertí de todo al padre Balbi, recomendándole fuese hábil para recibir el plato, y sobre todo tomar los dos objetos á un tiempo y no uno despues de otro.

» El dia señalado, Lorenzo vino mas temprano que de costumbre, con una caldera llena de macarrones hirviendo y todos los ingredientes necesarios para sazonalos. Derretí una buena cantidad de manteca, y despues de haber colocado los macarrones en la fuente, eché por encima la manteca hasta que tocó los bordes. La fuente era enorme y mucho mas grande que el libro, sobre el

que la coloqué desde luego. Todo esto pasaba á la puerta de mi calabozo y Lorenzo estaba fuera. Cuando todo estuvo preparado, levanté con cuidado la biblia y la fuente, coloqué el lomo del volúmen del lado del portador, y dije á Lorenzo que extendiese los brazos y abriese los manos, que tuviese cuidado de no derramar la grasa sobre el libro, y de llevarlo pronto á su destino. Al entregarle tan importante carga, tenia mi vista fija en la suya, y ví con placer que no separaba los ojos de la salsa, que temía derramar. Me dijo que seria mejor llevar primero la fuente y volver por el libro; pero le contesté que el presente perderia de su valor y que todo debía ir junto. Se quejaba de que habia echado mucha manteca, y me advirtió con tono de chanza, que si la derramaba no seria responsable de los daños y perjuicios.

» Una vez que ví la biblia en las manos de aquel necio, me creí seguro del éxito, porque las extremidades del esponton no se descubrian, á menos que hiciera un movimiento de lado. Lo seguí con la vista hasta que lo ví entrar en el corredor que conducia al calabozo del monje, que se sonó por tres veces consecutivas, dándome así la señal convenida de que todo habia llegado á buen puerto, y Lorenzo vino á confirmármelo un instante despues.

» El padre Balbi no tardó en poner manos á la obra, y en ocho dias logró hacer una abertura suficiente, que cubria con una imágen pegada con miga de pan. El 8 de octubre me escribió que habia pasado toda la noche trabajando. El 16, á las diez de la mañana, cuando estaba traduciendo una oda de Horacio, oí de repente tres golpecitos encima de mi cabeza. Era la señal concertada para asegurarnos de que no nos habiamos engañado. Trabajó hasta la tarde, y me escribió al dia siguiente que si el techo no tenia mas que dos hileras de tablas,

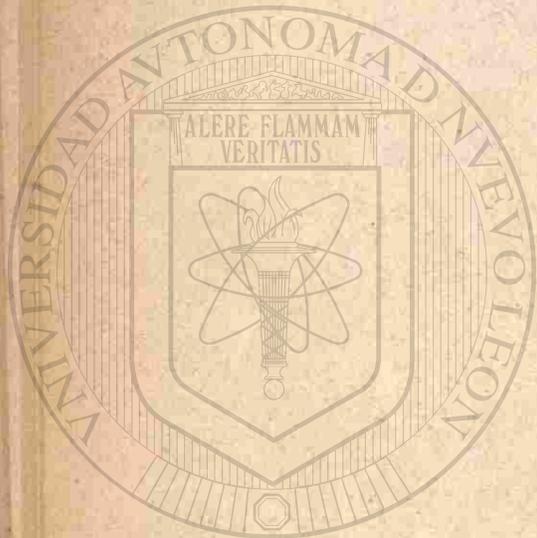


Se quejaba de que habia echado mucha manteca.

concluiría su trabajo el mismo día. Me aseguró que tendría presente el hacer un agujero circular, como se lo había recomendado, y que no atravesaría completamente el suelo. Esto era del todo necesario, porque la apariencia de la menor fractura nos hubiera denunciado. « La excavación será tal, añadía, que solo se necesitará un cuarto de hora de trabajo para terminarla.

» Había fijado el día siguiente, para salir de mi calabozo durante la noche y no volver á entrar en él, porque con un compañero, me sentía capaz de hacer en tres ó cuatro horas un agujero en el techo principal del palacio ducal, pasar por él para llegar á los terrados, y emplear entonces todos los medios que la casualidad me deparase para bajar á los malecones. Sin embargo no me hallaba aun en este caso, pues mi mala fortuna me reservaba todavía más de una dificultad que vencer. El mismo día, (era un lunes), á las dos de la tarde, en tanto que trabajaba el padre Balbi, oí abrirse la puerta de la sala contigua á mi calabozo. Sentí helármese la sangre en las venas; pero pronto recobré la serenidad, y me apresuré á dar dos golpes en el techo, que era la señal de alarma convenida, y á la cual el padre Balbi debía entrar inmediatamente en su calabozo y ponerlo todo en orden. Un minuto despues, Lorenzo abrió mi calabozo y me pidió perdón de traerme á su pesar, una compañía bastante incómoda. Era un hombre de cuarenta á cincuenta años, pequeño, delgado, feo y mal vestido. No podía dudar que fuese un canalla, pues que Lorenzo me lo anunciaba como tal en su presencia, sin que estas palabras le produjesen la menor impresión. « El tribunal, contesté, es árbitro de hacer lo que guste. »

» Desesperado con tan fatal contratiempo, observé á aquel bribón á quien denunciaba su fisonomía vulgar y siniestra, y pensé en hacerlo hablar, cuando él mismo



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

me salió al encuentro, dándome las gracias por haber aceptado sin repugnancia su compañía. Queriendo atraermelo, le dije que comería conmigo; entonces me besó la mano, preguntándome si á pesar de esto, podría cobrar los diez sueldos que le pasaba el tribunal. Le dije que sí, y arrojándose á mis plantas y sacando de su bolsillo un enorme rosario, paseó su mirada por todos los ámbitos del calabozo. « — ¿Qué buscais? le dije. — Me perdonareis, pero busco alguna imágen de la santísima Virgen, porque soy cristiano. » Trabajo me costó no reirme, y no á causa de su devocion, pues la conciencia y la fe son sentimientos que á nadie le es dado contestar, sino por la forma que para ello empleaba. Creí que me tomaba por un judío, y para desengañarlo, me apresuré á darle un devocionario de la Santísima Virgen, cuya imágen besó, y al devolvérmelo, me dijo con modestia que su padre, cómitre de galeras, no se habia cuidado de enseñarlo á leer. — « Soy, añadió, devoto del rosario. » Y comenzó el relato de una infinidad de milagros que justificaban su devocion, y que escuché con paciencia angelical. Tan luego terminó, le pregunté si habia comido y me dijo que se moria de hambre. Le dí todo cuanto tenia; y el infeliz se echó sobre ello y lo devoró con ansia; se bebió todo el vino y como la cantidad era mas que regular, se achispó bien pronto y empezó á llorar y á hablar á tontas y á locas. Habiéndole preguntado la causa de su desgracia, me contestó: — « Mi única pasion ha sido siempre la gloria de Dios y de la santa república, y la perfecta obediencia á sus leyes. Siempre atento á las prevaricaciones de los malvados, les he seguido constantemente la pista, y siempre he dicho fielmente á Messer Grande todo cuanto he podido descubrir. Es verdad que me han pagado bien. Me he burlado de los que marcan con un sello de infamia á los que ejercen el oficio de espía. Un espía es el

amigo del bien del Estado y el fiel súbdito del príncipe. Cuando se ha tratado de poner mi celo á prueba, el sentimiento de la amistad, que puede ejercer alguna presion sobre los otros, nunca la ha ejercido sobre mí. »

« El miserable continuó presentándose sencillamente el tipo mas inmundo de espía que imaginarse puede. Habiendo descubierto y revelado un complot político, tuvo la debilidad, increíble en él, de hacer á un su compadre, que era del complot, una advertencia oportuna. El compadre y los que estaban comprometidos con él, habian huido; y el espion, considerado como responsable, habia sido enviado á los Plomos. Concluyó diciéndome que esperaba salir pronto. — « Me llamo Soradaci, añadió, y mi mujer es una Legrenzi, hija de un secretario del Consejo de los Diez.

» Me estremeí viendo el mónstruo que tenia por compañero, pero comprendiendo que mi posicion era delicada y que debia tratarlo bien, me hice sensible á sus penas, lo compadecí, y haciendo grandes elogios de su patriotismo, le predije la libertad para dentro de pocos dias. Algunos instantes despues se durmió, y aproveché su sueño para contárselo todo al padre Balbi, haciéndole notar que era preciso suspender nuestro trabajo hasta una ocasion mas favorable. Al dia siguiente encargué á Lorenzo que me comprase un crucifijo de madera, una estampa de la Virgen, el retrato de san Francisco y dos botellas de agua bendita. Soradaci le pidió los diez sueldos, y Lorenzo le dió veinte con aire despreciativo. Le ordené me comprase mayor cantidad de vino, ajos y sal, manjar que causaba las delicias de mi odioso compañero. Despues que salió el carcelero, saqué hábilmente del libro la carta que me escribía Balbi, en la que me pintaba su terror. Creía que todo estaba perdido, y repetía mil veces que habiamos tenido mucha fortuna en que Lorenzo hubiese puesto á Soradaci en

mi calabozo. — « Porque, decia, si hubiera venido al nuestro, no me habria encontrado, y los pozos hubiesen sido la recompensa de nuestra tentativa. »

» El relato de Soradaci me hacia suponer que sufriria un interrogatorio, y me resolví á confiarle dos cartas, que remitidas á su direccion, no podian causarme mal ni bien, pero que debian serme favorables si, como no lo dudaba, el traidor las enviaba al secretario, para darle una prueba de su fidelidad. »

Casanova confió sus cartas á Soradaci, haciéndole prometer con los mas terribles juramentos que las llevaria á su destino cuando estuviese libre. Algunos dias despues Soradaci fué llamado ante el secretario del tribunal, y vuelto á los Plomos. Desolado por saber, segun comprendió, que este miserable permaneceria aun con él algun tiempo, Casanova escribió al padre Balbi para informarle de este contratiempo, y al dia siguiente, queriendo asegurarse de que no eran erróneas sus sospechas, pidió á Soradaci que le diese una de sus cartas para hacer una modificacion.

« Entonces aquel mónstruo se echó á mis piés y me juró que á su segunda aparicion ante el terrible secretario, le cogió un temblor tal que el secretario le preguntó el motivo, y no tuvo valor para ocultarle la verdad. Fingí encontrarme mal al oír esto, y cubriéndome el rostro con las manos, me arrodillé ante la imágen de la Virgen y la pedí con acento solemne me vengara del infame que me habia vendido. Despues me acosté en la cama, con el rostro vuelto hácia la pared, y tuve la constancia de permanecer en esta posicion todo el dia, sin hacer el menor movimiento ni articular palabra, fingiendo no escuchar los sollozos y protestas de arrepentimiento de aquel infame. Desempeñaba admirablemente mi papel para una comedia cuyo argumento tenia pensado. Durante la noche escribí al padre Balbi que viniese á la

hora décima nona exacta ¹, ni un minuto mas ni menos, para terminar su trabajo y no trabajar mas de cuatro horas. « Nuestra libertad, le dije, depende de esta rigurosa exactitud, y nada teneis que temer. »

» Estábamos á 25 de octubre, y el tiempo en que debia ejecutar mi proyecto ó abandonarle definitivamente no estaba lejos. Los inquisidores de Estado y el secretario iban á pasar en algun pueblo de tierra firme los tres primeros dias de noviembre. Lorenzo, aprovechándose de la ausencia de sus superiores, no dejaba de embriagarse todas las noches, y durmiendo mas que de costumbre, venia tarde á los Plomos. Sabiendo esto, la prudencia exigia que eligiese esta época para evadirme, persuadido que mi fuga no se notaria sino por la mañana y bien tarde. Otra razon me determinó á fijar esta época para mi evasion, y es que habiendo consultado el destino, buscando en Ariosto, segun ciertas formas cabalísticas, una prediccion sobre este asunto, caí en el verso siguiente : *Frà il fin d'ottobre e il capo di novembre* (entre fines de octubre y primeros de noviembre). La precision del pasaje y la oportunidad, me parecieron tan admirables, que sin prestar entera fé al oráculo, el lector me dispensará si estaba dispuesto con toda mi alma á darle razon.

» Hé aquí cómo pasé la mañana, hasta las doce del dia, para asombrar el ánimo de aquel malvado, tan imbécil como traidor, para llenar de confusion su débil inteligencia, para asombrarlo, en fin, con imágenes pasmosas y dejarle impotente para estorbarme. Tan luego como Lorenzo nos dejó solos, dije á Soradaci que viniese á comer la sopa. El infame estaba acostado y habia dicho á Lorenzo que se encontraba mal. Si no le hubiera llamado, no se habria atrevido á acercármese;

1. En Venecia, el 30 de octubre, la hora décima nona corresponde aproximadamente á las once y treinta minutos de la mañana.

se levantó, y echándose de bruces en el suelo, me besó los piés y me dijo llorando á lágrima viva, que á menos de que le perdonase, se creía hombre muerto, pues ya experimentaba el efecto de la maldicion de la Virgen. Sentía retortijones que le desgarraban las entrañas y tenía la boca cubierta de úlceras. No me tomé la molestia de examinarlo para ver si me decia la verdad; mi interés era fingir que le creía y hacerle esperar gracia. Tenia que empezar por hacerle comer y beber. El traidor abrigaba tal vez la intencion de engañarme, pero, decidido como estaba yo á engañarle á él, se trataba de saber cuál de los dos seria mas hábil. Le habia preparado un ataque, contra el cual era difícil que se defendiese.

» Tomando, pues, el aspecto de un inspirado, le dije: — « Siéntate y come esa sopa, y luego te anunciaré tu fortuna, porque la Virgen del Rosario se me ha aparecido, ordenándome que te perdone. No morirás y saldrás de aquí en union mia. » Pasmado y de rodillas, á falta de asiento, comia la sopa conmigo, escuchándome asombrado, y al cabo le hice sentarse en el colchon, y hé aquí el discurso que le dirigí poco mas ó menos: — « El dolor que me ha causado tu horrible traicion me ha hecho pasar la noche en vela, porque mis cartas deben hacerme condenar á pasar aquí el resto de mis dias. Mi único consuelo, lo confieso, era la seguridad de verte morir aquí antes de tres dias. Con la cabeza henchida de estos pensamientos indignos de un cristiano, porque Dios nos ordena el perdon, me quedé traspuerto, y durante tan feliz sueño, he tenido una verdadera vision. He visto á la Santísima Virgen, á la Madre de Dios, cuya imágen ves allí, la he visto viva ante mí y hablándome de este modo: « Soradaci es devoto de mi santo Rosario, y yo lo protejo; quiero que le perdones, y entonces la maldicion que se ha atraído, cesará

de obrar. En recompensa de este acto generoso, ordenaré á uno de mis ángeles que tome forma humana, baje del cielo para horadar el techo de tu prision, y te saque de ella dentro de cinco ó seis dias. El ángel empezará su obra hoy á la hora décima nona en punto y trabajará hasta la hora vigésima tercera (las tres y media aproximadamente), porque debe volver al cielo en pleno dia. Saliendo de aquí acompañado de mi ángel, llevarás en union tuya á Soradaci y le cuidarás, á condicion de que abjure el oficio de espía. Se lo dirás todo. » — A estas palabras la Virgen desapareció y yo me desperté. »

» Sin perder mi seriedad ni el acento de un inspirado, observaba la fisonomía del traidor, que parecia petrificado de estupor. Tomé mi libro de horas y rocié con agua bendita todo el calabozo. Una hora despues, aquel animal me preguntó á qué hora bajaria el ángel del cielo, y si oiríamos el ruido que haria para romper el techo de la prision. — « Estoy seguro de que vendrá á la hora décima nona, le oiremos trabajar y se irá á la hora que ha dicho la Virgen. — Podeis haber soñado. — Tengo la seguridad de que no ha sido así, le contesté. ¿Te sientes capaz de jurarme que abandonarás el oficio de espía? » En vez de contestarme se durmió y no se despertó hasta dos horas despues, para preguntarme si podia diferir el juramento que le exigia. — « Podeis diferirlo, le contesté, hasta que el ángel entre aquí para libertarme; pero si entonces no renunciáis con juramento al infame oficio, causa de que esteis en prision, y que acabará por conducirnos al cadalso, os dejaré aquí. » Lei en su siniestra fisonomía la satisfaccion que experimentaba, pues se creía seguro de que el ángel no vendria. Así esperaba con impaciencia oír sonar la hora señalada, en la conviccion de que la llegada del ángel le causaria un vértigo que trastornaria su miserable razon.

En el instante que oí la primera campanada de la hora décima nona, me arrodillé, ordenándole con voz terrible que hiciera otro tanto, y él al oír esto me obedeció con terror. Cuando escuché el ligero rumor que producía el monje al acercarse: — « El ángel llega, » le dije, y echándome de bruces en el suelo, le asesté un vigoroso puñetazo para obligarle á tomar la misma posición. El ruido que hacía el padre Balbi en el techo fué aumentando poco á poco, y yo tuve la paciencia de permanecer en tan cansada postura, riéndome interiormente de ver al bribón de Soradaci inmóvil y como estático, siguiendo mi ejemplo. Al cabo me puse de rodillas, permitiéndole que me imitase, y pasé tres horas y media haciéndole repetir el rosario. De cuando en cuando se sentaba sobre los talones abrumado de fatiga; alguna que otra vez se atrevía á dirigir al techo una mirada furtiva, y el mas completo estupor se veía impreso en su rostro. Al oír dar la hora vigésima tercera, le dije con acento solemne y devoto: — « Prostérnate, el ángel va á partir. » Balbi bajó en efecto á su calabozo, y el ruido cesó del todo. Al levantarme observé en la fisonomía de aquel miserable la turbación y el temor, y quedé encantado. Creyendo de mi deber imponerle la expiación de sus faltas, le dije: — « Cuando Lorenzo venga mañana estarás acostado en tu colchon, vuelto el rostro á la pared y sin hacer el menor movimiento, ni fijar la vista en el carcelero. Si te habla, le responderás, sin mirarle, que no has podido dormir y que necesitas reposo. ¿Me lo prometes sin restriccion? — Os prometo hacer exactamente todo lo que me habeis dicho. — Juradlo ante esta santa imagen. » Así lo hizo y entonces exclamé: — « Y yo, Virgen santa, os juro que si veo á Soradaci hacer el menor movimiento y mirar á Lorenzo, me arrojaré sobre él y lo estrangularé sin piedad. » Contaba tanto con el efecto de esta amenaza, como con su juramento. Le dí

de comer y le ordené luego que se acostase, y tan pronto como se quedó dormido, escribí durante dos horas. Conté á Balbi toda la historia, y le dije que si la obra estaba bastante adelantada, no tenía precision de venir sobre el techo de mi calabozo mas que para destruir el planchon de una vez. Le decía que debíamos salir la noche del 31 de octubre, y que seríamos cuatro, contando su camarada y el mio.

» Estábamos en el día 28. Al siguiente, el monje me escribió que el agujero estaba hecho y que no tenía necesidad de venir mas que para romper la última tabla, lo que se haría en algunos minutos. Soradaci sostuvo su juramento, fingiendo dormir, y Lorenzo ni siquiera le dirigió la palabra. No lo perdí de vista un instante, y creo que lo hubiera ahogado entre mis brazos si hubiese hecho el menor movimiento de cabeza hácia Lorenzo, pues para venderme le habria bastado con una mirada. El resto del día fué consagrado á discursos enfáticos, que pronuncié con toda la solemnidad que podía emplear, elevándome en alas de una exaltación religiosa, que acabó por fanatizarle. En apoyo de mis discursos místicos, no me olvidaba de añadir los vapores del vino, y no le dejé hasta que le ví caerse de sueño y embriaguez. El imbécil me dejó un poco turbado por un instante diciéndome que no concebía cómo un ángel tenía necesidad de tanto trabajo para abrir nuestro calabozo. — « Las vias de Dios son incomprensibles, le dije, y además el enviado del cielo no trabaja en calidad de ángel, pues un soplo le bastaría entonces, sino que trabaja como hombre, cuya forma ha tomado, sin duda porque somos indignos de soportar su presencia en su celeste forma. »

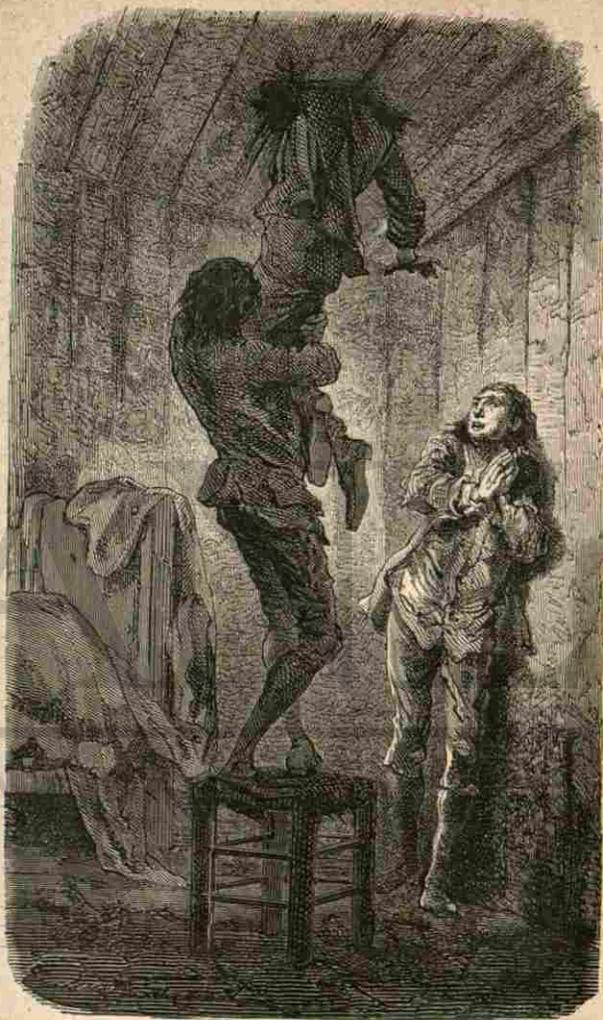
» Al día siguiente Lorenzo le preguntó cómo estaba de salud, y le respondió sin mover la cabeza, haciendo lo mismo que el día anterior, hasta que al fin ví á Lo-

renzo por última vez el 31 de octubre por la mañana. Le di el libro para Balbi con una carta donde le prevenia que viniese á la hora décima séptima (nueve y media de la mañana), para derribar la última tabla. No temia ningun contratiempo, por el pronto, habiendo sabido por Lorenzo que los inquisidores y el secretario habian partido ya para el campo. No podia temer la llegada de otro nuevo compañero y no me precisaba ya guardar consideraciones con el bribon de Soradaci.

» Tan luego como salió Lorenzo, dije á Soradaci que el ángel vendria á hacer una abertura en el techo de nuestro calabozo á la hora décima sétima. — « Traerá tijeras, continué, y nos cortareis con ellas las barbas al ángel y á mí. — ¿El ángel tiene barbas? — Sí, ya lo vereis. Despues de esta operacion saldremos; iremos á abrir el techo del palacio, y bajaremos á los muelles detrás de la plaza de San Márcos, desde donde partiremos para Alemania. » No contestó. Comió solo, pues yo tenia el espíritu demasiado ocupado para poder comer, así como tampoco habia podido dormir.

» Sonó la hora fijada. — « ¡Hé aquí el ángel! » exclamé. Soradaci queria prosternarse, pero le dije que no era necesario. En tres minutos cayó á mis piés el pedazo del techo, y el padre Balbi se deslizó en mis brazos. — « Vuestros trabajos han terminado y empiezan los míos, » le dije. Nos abrazamos y me entregó el esponton y un par de tijeras. Dije á Soradaci que nos arreglara la barba, pero no pude por menos de reirme viendo á este animal contemplar con la boca abierta al singular ángel que se nos habia aparecido, y que parecia mas bien un demonio; tal era su catadura. Aunque fuera de sí, nos cortó la barba perfectamente y nos ayudó en todo lo necesario.

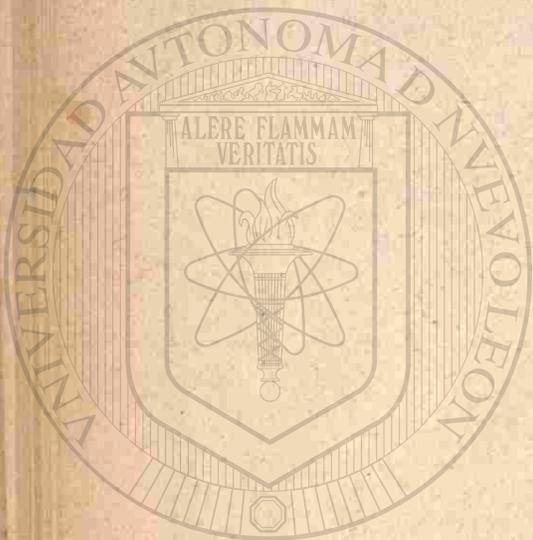
» Impaciente de ver el local, dije al monje que se quedara con Soradaci, pues no queria dejarle solo, y



El padre Balbi se deslizó en mis brazos.

sali por la abertura. Llegado al piso del calabozo del conde, entré en él y abracé cordialmente al respetable anciano. Me encontré con un hombre de una estatura poco á propósito para arrostrar las dificultades de la evasión, exponiéndose á semejante fuga. Me preguntó cuál era mi proyecto y me dijo que creía haber obrado con un tanto de ligereza. — « No me es dado ya retroceder, le dije, marcharé adelante, hasta que encuentre la libertad ó la muerte. — Si pensais ir á horadar el techo y buscar un camino sobre los plomos, me dijo estrechándome la mano, tendreis que bajar desde allí, y no veo que podais lograrlo, á menos que tengais alas : yo, por mi parte, no me siento con valor para acompañaros. Me quedaré aquí y rogaré á Dios por vosotros. »

» Salí para visitar el techo principal del palacio, acercándome todo cuanto pude á los bordes laterales del desvan. Una vez que logré tocar por debajo del techo la parte mas reducida del ángulo, me senté en una de las vigas salientes, en que apoyan las de la techumbre, y tanteé una de las tablas que la formaban con mi cerrojo, teniendo la suerte de encontrarlas medio carcomidas. A cada golpe de esponton, todo lo que tocaba caía deshecho en polvo. Con la seguridad de hacer un agujero bastante ancho en menos de una hora, volví á mi calabozo y empleé cuatro horas en cortar sábanas, cobertores, y fundas de colchones y jergones para formar cuerdas. Tuve cuidado de hacer los nudos yo mismo y asegurarme de su solidez, porque un solo nudo mal hecho podia habernos costado la vida. Al fin me encontré con 100 brazas de cuerda. Hay en las grandes empresas pequeños detalles que deciden de todo, y que el jefe que debe alcanzar el éxito no confía á nadie. Cuando se terminó la cuerda, hice un paquete con mi vestido, mi capotillo de seda, algunas camisas, medias y pañuelos, y pasamos los tres al calabozo del conde. El aire de asom-



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS Y ARCHIVOS

bro y de estupefacción de Soradaci me provocaba la risa, sin que tratara ya de contenerla, pues había arrojado la máscara de hipocresía, que me había molestado terriblemente desde que el bribon me obligó á tomarla. Le veía convencido de que le había engañado, pero no acababa de comprender la manera, no pudiendo adivinar cómo correspondía con el ángel para hacerle ir y venir á horas fijas. Escuchaba con atención al conde que decía íbamos á perdernos, y como un verdadero cobarde, Soradaci formaba ya el designio de dispensarse del peligroso viaje. Sin detenerme en esto, dije al monje que preparase su paquete en tanto que yo hacía el agujero en el borde del desvan.

» A las dos de la noche (las siete próximamente), mi abertura estaba hecha sin haber necesitado ayuda; en poco tiempo había hecho astillas las tablas, y la ruptura era dos veces mas ancha de lo necesario. Toqué en la plancha de plomo entera, y no pude levantarla solo, porque estaba remachada. El monje me ayudó, y á fuerza de apoyar el esponton entre el canal y la placa, logré separarla: luego, con ayuda de las espaldas, la doblamos lo necesario para que la abertura que debía darnos paso fuese suficiente. Sacando entonces la cabeza por el agujero, ví con dolor la gran claridad de la luna que entraba en su primer cuarto. Este era un contratiempo que debíamos soportar con paciencia, y esperar para salir la hora de media noche, en que la luna habría ido á alumbrar nuestros antipodas. Debiendo pasearse en la plaza de San Márcos en tan magnífica noche, toda la buena sociedad de Venecia, no podíamos arriesgarnos á subir á los plomos, porque nuestra sombra, proyectándose en la plaza ¹, habría hecho fijar la

1. De las dos vertientes del techo que cubre la prision de los Plomos, una da al rio del Palazzo y la otra cae al patio del palacio;

atención en nosotros, y el espectáculo extraordinario que hubiésemos ofrecido, no habría dejado de excitar la curiosidad general, sobre todo la de Messer Grandé y su banda de esbirros, que son la sola guardia de Venecia, y nuestro costoso y atrevido proyecto hubiera sido destruido en un segundo por su pasmosa actividad. Decidí por lo tanto resueltamente, que no saldríamos hasta puesta la luna. Debía ponerse á las cinco de la noche, (las diez), y el sol levantarse á la hora vigésima tercera y media (las seis y media). Nos quedaban, pues, siete horas de completa oscuridad, durante las cuales podíamos obrar; y aunque la tarea era ruda, en siete horas debíamos terminarla.

» Dije al padre Balbi que podíamos pasar tres horas hablando con el conde Asquino, y que fuese antes á prevenirle que yo tenía necesidad de que me prestase treinta zequíes que podrían serme tan útiles como había sido el esponton para llevar á cabo todo lo que había hecho. Hizo mi encargo, y cuatro minutos despues vino á decirme que fuera yo mismo, pues el conde quería hablarme sin testigos. Este pobre anciano empezó por decirme que para huir no tenía precision de dinero, que ademas no lo poseia, que tenía una numerosa familia, y que si yo perecía en la empresa, quedaria perdido el dinero que me diese. Terminó ofreciéndome dos zequíes, á condicion de que se los devolveria, si despues de haber recorrido el techo, juzgaba prudente volver á entrar en mi calabozo. No me conocia, pues yo estaba bien resuelto á morir, antes que volver á entrar en el antro del que no habría vuelto á salir.

» Llamé á mis compañeros y pusimos todo nuestro equipaje cerca del agujero. Dividí en dos paquetes las

de modo que solamente en este patio, y no en la plaza ó plazuela, era donde hubiera podido proyectarse la sombra de los fugitivos.

100 brazas de cuerda que habia preparado, y pasamos dos horas hablando y recordando con placer las vicisitudes de nuestra empresa. La primera prueba que el padre Balbi me dió de su noble carácter, fué repetirme diez veces que le habia faltado á mi palabra asegurándole que mi plan estaba combinado, y que él estaba seguro de que, por el contrario, nada estaba hecho. Me dijo descaradamente que si lo hubiese previsto, no me habria sacado de mi calabozo.

El conde empleó toda su elocuencia para demostrar á Casanova que no podia salir con bien. — « El declive del techo, guarnecido de placas de plomo, le decia, no os permitirá andar, pudiendo apenas manteneros derechos¹. ¿Por qué parte bajareis? no será por el lado de las columnas, hácia la plazuela, porque os verían: por el lado de la iglesia es imposible, pues os encontraríais encerrados, y por la parte del patio no hay que pensar en ello, pues caeríais en manos de los *arsenalotti* que rondan por este sitio continuamente. » Siguió hablando así por algun tiempo, para hacer prevalecer su debilidad y su temor sobre la energía del aventurero.

» Este discurso me encendia la sangre, y sin embargo tuve el valor de escucharlo con paciencia. Los reproches del monje, lanzados sin atencion alguna, me indignaban, excitándome á rechazarlos rudamente, pero comprendia que mi posicion era delicada; tenia que habérmelas con un cobarde, capaz de responderme que no estaba tan desesperado para desafiar la muerte y que podia irme solo, y solo, no era probable que alcanzase el éxito. Por lo tanto me violenté y tomando un acento dulce, le dije que estaba seguro del éxito de mi empresa, si bien no podia comunicarle los detalles. De cuando en cuando extendia la

1. Por el contrario, el techo del palacio ducal presenta un declive muy suave.

mano para asegurarme de si estaba allí Soradaci, pues no decia una palabra. Me reia pensando en lo que debia cruzar por su mente, ahora que tenia la seguridad de que lo habia engañado. A las cuatro y media (las diez), le dije fuese á ver á qué altura se hallaba la luna. Obedeció y volvió diciéndome que dentro de una hora se hallaria oculta, y que una espesa niebla debia hacer los plomos muy peligrosos. — « Me basta, le dije, con que la luna se oculte, pues lo demas me importa un bledo: formad un paquete con vuestra capa y una parte de las cuerdas que debemos repartir tambien, y preparaos á seguirme. A estas palabras, me sorprendió singularmente, el verlo echarse á mis piés, cogermela las manos, besármelas y decirme llorando que me suplicaba no fuera causa de su muerte: — « Seguro estoy, decia, de caerme en el canal, y no puedo servirlos para nada. Dejadme aquí y pasare la noche rezando por vosotros al bienaventurado san Francisco. Dueño sois de matarme pero no me determinare nunca á seguirlos. » El imbécil no comprendia que se anticipaba á mis deseos. — Tenéis razon, le contesté, quedaos, pero á condicion de que rezareis á san Francisco; y antes que nada id á tomar todos mis libros y traedlos al señor conde. » Me obedeció sin réplica, y de seguro con mucha alegría. Mis libros valian 100 escudos por lo menos. El conde me dijo que me los devolveria á mi vuelta, á lo que repliqué: — « Convenceos de que no me vereis aquí jamás. Aceptad los libros para remunerar el desembolso de los dos zeques. En cuanto á ese estúpido, me place que no tenga el valor de seguirnos, pues me estorbaria, y ademas, ese miserable no es digno de compartir con el padre Balbi y conmigo el honor de tan notable evasion. — « Es cierto, respondió el conde, á menos que mañana no se felicite por ello! » Pero era tiempo de partir, pues la luna habia desaparecido, y juzgué oportuno

cortar aquí la conversacion. Sujeté al hombro derecho del padre Balbi la mitad de las cuerdas, y el paquete de su ropa al hombro izquierdo. Me arreglé de igual modo, y los dos en mangas de camisa, con los sombreros puestos, fuimos á la abertura.

E quindi usemmo à rimirar le stelle.

« Salí el primero y el padre Balbi me siguió titubeando. De rodillas y á gatas, empuñé el esponton con segura mano, y alargando el brazo, lo introduje oblicuamente en la juntura de las placas, de una en otra, de modo que agarrando con cuatro dedos el borde de la placa que habia levantado, logré subir hasta la cima del techo. El monje se agarró á la cintura de mi pantalon para seguirme, y me vi sometido á la penosa tarea del animal que va cargado y arrastra á la vez un pesado vehículo: y esto sobre un techo de rápido declive, que la niebla habia puesto resbaladizo.

« A la mitad de esta peligrosa ascension, el monje dijo que me detuviera, porque uno de sus paquetes se habia deslizado, pero que creia no hubiese pasado del canalon de los Plomos. Mi primer impulso fué darle con un pié y enviarlo con su paquete, pero á Dios gracias, pude contenerme y no hacerlo, porque el castigo hubiera sido muy grande para entrambos, siendo imposible que yo me evadiese solo. Le pregunté si era nuestro paquete de cuerdas, y como me respondió que era su hatillo en el que habia un manuscrito que encontró en los desvanes, y del que esperaba sacar partido, le dije que habia que tener paciencia, pues un paso atrás podria perdernos. El pobre monje suspiró y continuamos subiendo.

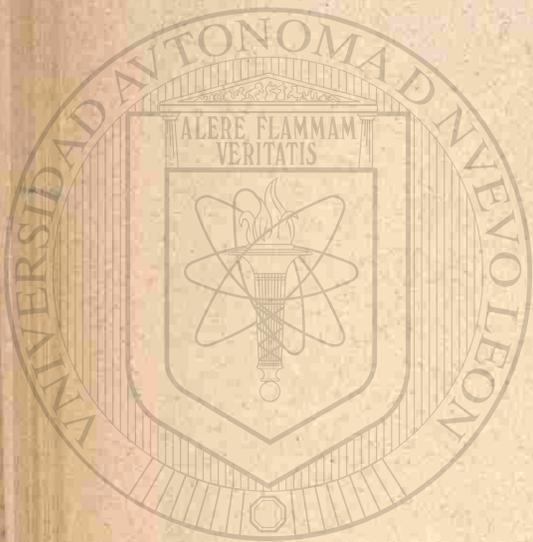
« Despues de haber franqueado quince ó diez y seis placas con excesivo trabajo, llegamos al caballete supe-



El monje se agarró á la cintura de mi pantalon para seguirme.

rior, donde me puse cómodamente á horcajadas y el padre Balbí me imitó. Dábamos las espaldas á la pequeña isla de San Jorge Mayor, y á doscientos pasos en frente de nosotros, estaban las numerosas cúpulas de la iglesia de San Márcos. Primero me desembaracé de mi carga, y dije á mi compañero que hiciera otro tanto; en efecto, colocó el lio de cuerdas sobre sus rodillas, lo mejor que pudo, pero habiendo querido quitarse el sombrero que le estorbaba, lo hizo mal, y en breve el sombrero rodando de placa en placa hasta el canal, fué á unirse con el paquete de su ropa. Mi pobre compañero estaba desesperado. — « Mal agüero, exclamó, héme aquí, desde el principio de la empresa, sin camisa, sin sombrero y sin un manuscrito precioso. » Menos feroz entonces que cuando me arrastraba por el techo, le dije tranquilamente: — Amigo, esos dos accidentes, que están muy lejos de desanimarme, os prueban que Dios nos protege, porque si vuestro sombrero en vez de caer á la derecha hubiese rodado á la izquierda, estábamos perdidos, pues habria caído al patio del palacio, en donde se halla la guardia, y no hubiera pasado mucho tiempo sin ser habidos de nuevo. »

» Despues de haber pasado algunos minutos mirando de derecha á izquierda, dije al monje que permaneciese allí inmóvil hasta mi vuelta, y adelanté con el espontón en la mano y marchando á horcajadas sobre el caballete sin ninguna dificultad. Tardé casi una hora en recorrer los Plomos, yendo por todos lados á visitar y observar; pero en vano, pues no veía en ninguno de los bordes nada en que pudiese fijar el extremo de la cuerda. Me encontraba en la mayor perplejidad. No habia que pensar ni en el canal ni el patio del palacio, y la parte superior de la iglesia no ofrecia á mi vista, entre las cúpulas, mas que precipicios que no conducian á ningun punto abierto. Para ir mas allá de la iglesia, hácia la Cano-



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

nica, hubiera debido subir por sitios tan pendientes, que no veía la posibilidad de llegar á buen fin.

» Y sin embargo, era preciso concluir, bajar de allí, entrar en el calabozo, tal vez para no salir mas, ó precipitarme en el canal. En esto fijé mi vista en una lumbrera ó abertura del techo por el lado del canal y á dos tercios de la pendiente. Estaba muy lejos del lugar de donde habíamos salido, para poder juzgar con fundamento que no pertenecía á las prisiones que yo había abandonado. Debía abrir sin duda sobre algun desvan habitado ó no, encima de una habitacion del palacio, donde tal vez habria encontrado las puertas abiertas como era natural. Con esta idea, preciso era que visitase la lumbrera, y dejándome resbalar suavemente en línea recta, pronto me encontré á horcajadas sobre el tejadillo que la cubria. Apoyando entonces ambas manos en los bordes, tendí la cabeza hácia delante y pude ver y tocar una rejilla, detrás de la cual habia una vidriera de cristales pequeños engastados en barrotes de plomo. La vidriera no me molestaba, pero la rejilla, á pesar de ser delgada, me parecia ofrecer una dificultad invencible, porque creía que sin una lima no podria romperla y no poseia mas que el esponton. Estaba confundido y empezaba á desalentarme, cuando la cosa mas sencilla y mas natural vino á fortalecerme. La campana de San Marcos que daba la media noche en aquel instante, produjo el fenómeno que conmovió mi espíritu y me sacó del estado de irresolucion en que me hallaba. La campana me recordó que el dia que iba á empezar era la fiesta de Todos los Santos, que este era tambien el dia de mi patron, y recordé la prediccion de mi confesor jesuita : « *Sabed que no saldreis de aqui, sino el dia del santo patron cuyo nombre llevais.* » Pero confieso que lo que mas reanimó mi valor y aumentó realmente mis fuerzas físicas, fué el oráculo profundo que habia

obtenido de mi querido Ariosto : « *Fra il fin d'ottobre, e il capo di novembre.* »

« El sonido de la campana me pareció ser un talisman vivo que me aconsejaba obrar, prometiéndome la victoria. Tendido de bruces, con la cabeza inclinada hácia la rejilla, introduje mi cerrojo en el marco que la sujetaba, y me determiné á arrancarla entera, lo que logré en un cuarto de hora, encontrándose la rejilla intacta entre mis manos : la coloqué al lado de la lumbrera y rompí sin dificultad toda la vidriera á pesar de la sangre que brotaba de una herida que me habia hecho en la mano izquierda. Luego, con ayuda del esponton y siguiendo el antiguo método, volví á llegar al caballete del tejado, y me encaminé hácia el sitio en que habia dejado á mi compañero. Le encontré desesperado, furioso; y me asestó las mas atroces injurias porque le habia dejado solo tanto tiempo. Me aseguró que no esperaba mas que las siete (la una), para entrar de nuevo en su calabozo. — « ¿ Que pensábais de mí, en ese caso? — Creía que os habiais caído en el canal. — ¿ Y no me manifestáis mas que con injurias la alegría que debeis experimentar al verme? — ¿ Qué habeis hecho durante tanto tiempo? — Seguidme y lo vereis. »

« Tomé de nuevo mis paquetes y me dirigí á la buharda. Cuando estuvimos en frente, expuse á Balbi lo que habia hecho, consultándole sobre los medios que podrian tomarse para penetrar en el desvan. La cosa era fácil para uno de los dos, porque con ayuda de la cuerda, el otro podia bajarle; pero no veía cómo podria descender luego el segundo, no habiendo posibilidad de sujetar la cuerda á la entrada de la lumbrera. Introduciéndome y dejándome caer, podia romperme brazos y piernas, pues no conocia la distancia de la buharda al suelo. A este prudente razonamiento, pronunciado con acento de interés el mas amistoso, el buen fraile respon-

dió con estas palabras: « Bajadme á mí entretanto, y cuando esté abajo, os quedará tiempo para pensar en el medio de seguirme.

» Confieso que en el primer movimiento de indignacion, tuve la idea de hundirle mi esponton en el pecho, pero un buen genio me detuvo y no proferí una palabra para reprocharle la bajeza de su egoismo, sino que por el contrario, desatando al instante las cuerdas, le até sólidamente por debajo de los brazos, y habiendo hecho que se echara de bruces, con los piés hácia afuera, le bajé hasta el tejadillo de la lumbrera, y le dije que entrase por ella hasta la cintura, apoyándose luego con los codos en el marco. Una vez hecho esto, me deslicé por el tejado como la primera vez, y en seguida me coloqué boca abajo, sosteniendo con fuerza la cuerda, y dije al monje que se abandonase sin miedo. Llegado al suelo del desvan desaté la cuerda, y retirándola ví que la altura era de mas de cincuenta piés¹. Era mucho para dar un salto. En cuanto al monje, seguro ya y libre de la angustia que habia sufrido durante dos mortales horas sobre el tejado, donde la posicion no era muy cómoda, lo confieso, me dijo que le echase las cuerdas, y que él tendria cuidado de ellas, y como es fácil de adivinar, no hice caso de tan estúpido consejo.

» Sin saber qué hacer y esperando una inspiracion salvadora, me arrastré de nuevo hácia el caballete del tejado, y desde allí fijé la vista en un sitio, cerca de una cúpula que no habia visitado aun, por lo que me dirigí á ella. Ví una azoteilla en plataforma, cubierta de planchas de plomo, junto á una gran lumbrera cerrada por dos puertas de cristales. Habia un cubo lleno de mezcla, una llana y al lado una escalera de mano, bastante

1. El suelo del último piso del palacio no está n.as que á seis metros del techo.

larga para poder bajar por ella al desvan en que estaba mi compañero, y esto fué bastante para decidirme. Pasando mi cuerda por el primer barrote, arrastré como pude tan incómoda carga hasta la lumbrera. Tratábase ahora de introducir en la buharda la pesada escalera, que tenia unas doce brazas¹, y las dificultades que encontré hicieron me arrepintiese de haberme privado del auxilio del monje. Habia puesto la escalera de modo, que uno de sus extremos tocaba á la lumbrera, y el otro sobresalía un tercio del canalon del tejado. Entonces me deslicé sobre el de la buharda, arrastré la escalera de lado y atrayéndola á mí, até un cabo de la cuerda al octavo barrote, y luego la dejé caer de nuevo hasta que estuvo paralela á la lumbrera; me esforcé en introducirla por la ventana, pero no pudo pasar mas que hasta el quinto barrote, porque tropezando el extremo con el techo interior de la lumbrera, ninguna fuerza humana hubiese podido hacerla penetrar mas allá, sin romper el tejadillo ó la escalera. No habia mas remedio que levantarla por el otro lado, y entonces la inclinacion, destruyendo el obstáculo, habria hecho entrar la escalera por su propio peso. Hubiera sido muy fácil colocarla atravesada, atar á ella la cuerda para bajar deslizándome sin peligro alguno, pero la escalera habria quedado en el mismo sitio, y por la mañana hubiese indicado á los

1. La palabra braza equivale aquí probablemente á la braza de los cordeleros, que mide muy cerca de 1,^m62, y en ese caso, la escalera hubiera tenido algo mas de 19 metros, y nunca ha existido escalera de tal longitud: las mas largas no pasan de 10 metros, y el hombre mas robusto no puede maniobrar semejante escalera, ni llevarla. Suponiendo que la palabra braza pueda tomarse en el sentido del *braccio* italiano, que mide 0,^m60, seria una escalera de 7 metros de longitud, y Casanova hubiera tenido que vencer muchas dificultades para mover una escala de este tamaño, como el lo cuenta. Perdonémosle el tanto de exageracion que pueda tener su relato y dejémosle continuarlo.

arqueros y á Lorenzo el paraje en que tal vez estaríamos aun.

» No queria correr el riesgo de perder por una imprudencia el fruto de tantas fatigas y peligros, y era necesario, para borrar toda traza, que la escalera entrase del todo en la buhardilla. No teniendo nadie que me ayudase, me determiné yo mismo á ir al borde del canalon para levantarla y alcanzar el fin que me proponia. Así lo hice, pero con tan gran peligro, que sin una especie de prodigio habria pagado mi temeridad con la vida. Me atreví á abandonar la escalera soltando la cuerda, sin miedo de que cayese en el canal, porque estaba sujeta al tejado por su tercer barrote. Entonces, con el esponton en la mano, me arrastré suavemente hasta el canalon, echándome de bruces con los piés hácia afuera. En esta posicion tuve la fuerza de levantar la escalera un medio pié, empujándola hácia afuera, y ví con satisfacción que habia penetrado un pié mas en la buharda, por lo que el lector debe concebir que su peso disminuyó considerablemente. Se trataba de hacerla penetrar aun mas levantándola, porque estaba seguro de que hecho esto, subiéndome en el tejadillo de la lumbrera, y con ayuda de la cuerda, la haria entrar del todo. Para poder darle la elevacion necesaria, me arrodillé, pero la fuerza que tuve que emplear hizo que me resbalase, de modo que de pronto me ví lanzado al vacío, quedando por milagro sujeto á la cintura, sosteniéndome con los codos.

» ¡Horrible momento, que me hace temblar aun hoy dia, y que es imposible representarse en todo su horror! El instinto natural de la conservacion hizo que casi sin saberlo, emplease todas mis fuerzas para apoyarme y detenerme con las caderas, y lo alcancé, podria decir que casi milagrosamente. Procurando no perder este imprevisible y débil apoyo, pude ayudarme con toda la fuerza

de mis brazos, al mismo tiempo que me apoyaba con el vientre. Felizmente nada tenia que temer por la escalera, porque en el desgraciado, ó por mejor decir, aciago esfuerzo que tan caro pudo costarme, tuve la fortuna de introducirla mucho mas, por lo que estaba inmóvil. Encontrándome al borde del canalon, positivamente sobre las muñecas y las ingles, entre el bajo vientre y los muslos, ví que levantando la pierna derecha, y poniendo sobre el canalon primero una rodilla y luego la otra, estaria fuera de todo peligro; pero aun no habia apurado todas las angustias de mi terrible posicion. El esfuerzo que hice para lograr mi intento, me causó un calambre en extremo doloroso, que me dejó como baldado de todos los miembros. Sin perder mi sangre fria, permanecí inmóvil hasta que pasó el calambre. ¡Cuán terrible fué aquel momento! Dos minutos despues, renové gradualmente el esfuerzo, y tuve la suerte de lograr poner las dos rodillas en el canalon. Tan luego cobré aliento, levanté la escalera con precaucion y al cabo quedó paralela á la ventana. Instruido suficientemente de las leyes del equilibrio y de la palanca, tomé el esponton, y siguiendo mi método, me fuí arrastrando y me levanté hasta la lumbrera, donde acabé de introducir fácilmente toda la escalera, cuyo extremo recibió mi compañero entre sus brazos. Entonces eché en el desvan los lios de ropa, las cuerdas y los restos de la ventana, y bajé al granero en que el monje me recibió bastante bien.

» Empezamos por inspeccionar palmo á palmo el sitio tenebroso en que nos encontrábamos. Media una treintena de pasos de largo, por veinte de ancho. En uno de los lados hallamos una puerta de dos hojas compuesta de barrotes de hierro, lo que era de mal agüero, pero habiendo apoyado la mano sobre el picaporte que estaba en el centro, cedió á la presion y la puerta se abrió.

Dimos la vuelta á esta nueva habitacion, y queriendo atravesar por ella, tropezamos con una mesa grande, rodeada de taburetes y sillones. Nos dirigimos entonces hácia las ventanas, y abriendo una, no vimos á la luz de las estrellas mas que precipicios entre las cúpulas. Ni por un momento me detuve en la idea de bajar, pues queria saber á donde iba, y no reconocia el lugar en que me encontraba. Cerré la ventana, y saliendo de la sala, volvimos á la habitacion en que dejamos nuestro equipaje. Cansado en extremo, me dejé caer en el entarimado, y poniéndome un lio de cuerdas debajo de la cabeza, como me hallaba totalmente destituido de fuerzas morales y físicas, un sueño reparador embargó bien pronto mis sentidos. Me entregué á él tan de veras, que aun cuando hubiera sabido que debia seguirle la muerte, me hubiera sido imposible resistirlo, y recuerdo perfectamente que el placer que experimenté durmiendo así, fué delicioso.

» Dormí durante tres horas y media, al cabo de las cuales, los gritos y las violentas sacudidas del monje me despertaron con trabajo. Me dijo que acababan de dar las doce (las cinco de la mañana), y que mi sueño le parecia inconcebible en la situacion en que nos hallábamos. Era inconcebible para él, en efecto, pero no para mí; mi sueño no habia sido voluntario, y solo habia cedido á mi fatigada naturaleza. Mi cansancio no tenia nada de sorprendente, pues hacia dos dias que la gran agitacion me impedia tomar alimento alguno y cerrar los ojos, y los esfuerzos que habia hecho habrian bastado para aniquilar las fuerzas del hombre mas robusto. Este sueño benéfico me habia devuelto mi vigor primitivo, y con sumo placer ví al mismo tiempo, que la oscuridad habia disminuido hasta el punto de permitir obrar con mas seguridad y prontitud.

» Tan luego como miré en torno mio, exclamé :

— « Esto no es una prision, y debe haber una salida fácil de encontrar. » Nos dirigimos hácia el extremo opuesto á la puerta de hierro, y en un rincon muy estrecho creí reconocer una puerta: despues de palpar por algun tiempo, tropecé con el agujero de una cerradura, en la que introduje el esponton, y tras cuatro ó cinco golpes abrí y entramos en una habitacion reducida, en la que ví una mesa y encima una llave. La probé en la puerta que estaba enfrente, y noté al darle vuelta que no estaba cerrado. Dije al monje que fuese á buscar los hatillos, y dejando la llave en la mesa donde la encontré, salimos y nos hallamos en una galería con estantes llenos de papeles: eran los archivos del palacio. Descubrí en seguida una escalerilla de piedra por la que bajamos, y luego por otra idéntica, y abriendo una puerta vidriera que encontré en el extremo, nos hallamos en una sala que reconocí por la de la cancellería ducal. Abriendo una ventana me cercioré de que me seria fácil bajar por ella, pero me habria encontrado en el laberinto de callejuelas que rodean la iglesia de San Márcos, y gran locura hubiera sido querer escapar por ellas.

» Me dirigí á la puerta de la cancellería y metí el esponton en la cerradura, pero en menos de un minuto me convencí de que no la forzaria, y me decidí á abrir un agujero en una de las hojas. Tuve buen cuidado de elegir el sitio en que la tabla era menos nudosa, y sin titubear un segundo puse manos á la obra. Con los redoblados golpes de mi esponton, rompía y destrozaba lo mejor que me era posible. El monje, que me ayudaba como podia, con un grueso punzon que cogió en la mesa, temblaba á causa del ruido que producía el esponton cada vez que trataba de hundirlo en la madera, pues debería oirse desde lejos; yo tambien reconocia el peligro, pero estaba en la necesidad de afrontarlo.

» En media hora el agujero fué bastante grande y bien nos vino, porque hubiese sido difícilísimo agrandararlo mas sin el auxilio de una sierra. Los bordes del agujero que estaba á cinco piés de altura, daban en verdad miedo, porque eran á propósito para desgarrar los vestidos y lacerar las carnes, estando como estaban erizados de puntas. Colocamos dos taburetes uno al lado del otro, nos subimos en ellos, y el monje se introdujo en el agujero con los brazos cruzados y la cabeza hácia atrás, y cogiéndolo por la cintura, y luego por las piernas, logré echarle al otro lado. Aunque no era dia claro, estaba tranquilo porque conocia el local. Cuando mi compañero estuvo fuera, le envié nuestros hatillos, salvo las cuerdas que abandoné como ya innecesarias; y poniendo un tercer taburete sobre los dos primeros, me subí en él, encontrándome al borde del agujero á la altura de las rodillas, y me introduje hasta el bajo vientre con gran dificultad, porque la abertura era muy estrecha. No teniendo ningun punto de apoyo para sostenerme con las manos, ni nadie que me empujase como yo habia hecho con el monje, le dije que me cogiese por la cintura y me atrajese á sí sin detenerse, aunque me sacase á pedazos. Obedeció y tuve la constancia de sufrir el horrible dolor que sentia al desgarrarse mis costados y muslos con las astillas de la puerta. Una vez fuera, recogí inmediatamente todos los lios, y bajando dos escaleras, abrí sin dificultad alguna la puerta que da á la avenida en que se halla la de la escalera ducal, y al lado la del gabinete del *Savio alla scrittura*. Esta puerta estaba cerrada como la de los archivos, y al primer golpe de vista reconocí que me era imposible horadarla. Mi esponton parecia decirme: « *Hic fines posuit*: para nada te sirvo ya, puedes dejarme. » Era el instrumento de mi libertad y le tenia apego, pues era digno de colgarse como ex-voto en el altar de la libertad.

» Resignado y del todo tranquilo, me senté indicando al monje que me imitase. — « Mi obra ha terminado, le dije; ahora á Dios ó la fortuna toca hacer lo demas. »

Abbia, chi regge il ciel, cura del resto,
O la fortuna se non tocca a lui.

» No sé si los barrenderos del palacio pensarán venir aquí hoy, fiesta de Todos los Santos, ni mañana dia de los Difuntos. Si viene alguien me escaparé tan luego vea la puerta abierta, y me seguireis la pista; pero si no viene nadie, de aquí no me muevo, y si me muero de hambre, tanto peor para mí. » A estas palabras el pobre fraile se encolerizó, y se puso desesperado: me llamó loco, seductor, y embustero por añadidura; pero le dejé hablar y permanecí impassible. En esto dieron los relojes la hora vigésima tercera (las seis de la mañana). Desde que me desperté en el desvan no habia pasado mas que una hora.

» El asunto mas importante que me ocupó desde luego, fué el de cambiar de traje. El padre Balbi estaba intacto y tenia el aspecto de un aldeano endomingado. Su chaleco de lana encarnada y su pantalon violeta, no habian sufrido deterioro en la excursion; mientras que yo no podia inspirar mas que horror y piedad, porque estaba ensangrentado y desgarrado por todas partes. Cuando me quité las medias, la sangre salia con fuerza de los desollones que me hice en los Plomos. El agujero de la puerta de la cancellería me habia desgarrado la camisa, el chaleco y el pantalon, hiriéndome en las caderas y en los muslos; por todas partes tenia heridas. Desgarré dos pañuelos y me vendé lo mejor que pude. Me puse en seguida mi traje de gala, que en un dia de invierno debia parecer bastante cómico; me arreglé como Dios me dió á entender la cabellera en la redicilla; me calé medias blancas; me puse una camisa de

encaje y encima otras dos; metí en mis bolsillos los pañuelos y medias que quedaban, y tiré el resto en un rincón. Eché mi hermosa capa sobre los hombros del monje, y el infeliz tenía el aspecto de habérmela robado, de tal modo contrastaba con su vestido. Yo, por mi parte, debía semejar á un hombre que despues de haber estado en un baile, hubiese pasado el resto de la noche en una taberna. Tan solo los vendajes que se descubrian en mis rodillas, deslucian mi intempestiva elegancia.

» Ataviado así con mi buen sombrero galonado de oro y ornado de una pluma blanca, abrí una ventana y me dejé ver de algunos criados que se hallaban en el patio del palacio; y no comprendiendo estos cómo un hombre de mi calidad podia encontrarse tan temprano en aquella ventana, fueron á advertir inmediatamente al portero. Este creyó que podia muy bien por descuido, haber encerrado á alguno la víspera, y tomó sus llaves para venir á abrir. Empezaba á arrepentirme de haberme dejado ver en la ventana, no sabiendo que la casualidad me favorecia, y me senté al lado del monje que me seguia cansando con sus sandeces, cuando el ruido de las llaves hirió mi oído. Me levanté presa de una viva emocion, y aplicando la vista á una rendija que afortunadamente separaba las dos hojas de la puerta, ví á un hombre solo, en traje de criado y sin sombrero, que subia la escalera con lentitud, teniendo en la mano un manojo de llaves. Dije al monje rápidamente que no pronunciase una palabra y que siguiese mis pasos sin titubear é imitándome en todo. Cogí el esponenton que oculté bajo mi casaca, y me coloqué al lado de la puerta, proponiéndome salir tan luego fuese abierta y tomar la escalera. Supliqué á Dios que aquel hombre no hiciese resistencia, porque de lo contrario me veria obligado á hacerle morder la tierra, y mi determinacion era inmutable.

» Abrióse al fin la puerta, y el pobre hombre quedó estático al verme. Sin detenerme, ni decir una palabra, aprovechándome de su estupefaccion, bajé precipitadamente la escalera y el monje me siguió, y sin dejar conocer que huíamos, pero andando con ligereza, tomé la magnífica escalera de los Gigantes y proseguí mi camino sin curarme de las voces del padre Balbi que no dejaba de gritar: — « Vamos á la iglesia. » La puerta de la iglesia estaba á veinte pasos, pero ya no eran en Venecia lugar de asilo para los criminales y nadie se refugiaba en ellas; pero el monje, á pesar de saberlo, no lo recordaba á causa de que el miedo le turbaba la memoria.

» La inmunidad que yo buscaba estaba allende las fronteras de la serenísima república, y tomé este rumbo, dirigiéndome derecho á la puerta principal del palacio ducal (*porta della Carta*), y sin mirar á nadie, á fin de que me observasen menos, atravesé la plazuela, llegué á la orilla del canal, y entrando en la primera góndola que encontré, dije al gondolero: — « Deseo ir á Fusina, llama pronto á otro remero. » Estaba al lado, y mientras desataban la góndola, me senté en el banco del centro y el monje en la banqueta. La rara figura de Balbi, su sombrero de campesino y mi capa de lujo, junto con mi elegancia fuera de tiempo, todo debió hacerme parecer á un charlatan ó un extravagante.

» Cuando doblamos la Aduana, los gondoleros empezaron á hendir con vigor las aguas del canal de la Guildecca, por el que hay que pasar, sea para ir á Fusina ó para dirigirse á Mestre, punto á donde me dirigia verdaderamente. Una vez en la mitad del canal, saqué la cabeza y dije al remero de popa: — « ¿ Creis que podremos llegar á Mestre antes de la hora décima quinta (las ocho de la mañana)? — Pero, caballero, me habeis dicho que vaya á Fusina. — ¿ Estás loco? te he dicho que

vayas á Mestre. El segundo remero me dijo que me engañaba, y el tonto del monje, fiel cristiano y amigo de la verdad, repitió tambien que yo no tenia razon. Intenciones tuve de asestarle un puntapié en castigo de su necedad, pero reflexionando que el buen sentido no es propiedad de todo el mundo, solté una sonora carcajada, conviniendo en que podia haberme equivocado, pero afirmando que mi desigino era el ir á Mestre. No me hicieron la menor objecion, y el gondolero me dijo un instante despues, que estaba dispuesto á conducirme hasta Inglaterra si lo deseaba así. — « ¡ Bravo! pues va á Mestre. » — Estaremos en él dentro de tres cuartos de hora, me contestó, porque nos son favorables el viento y la corriente. »

» Sumamente satisfecho, dirigí la vista á la largo del canal, que me pareció mas hermoso que nunca, en particular porque no venia otra góndola por nuestro rumbo. La mañana era deliciosa, puro el aire y resplandecientes los primeros rayos del sol; los remeros cortaban el agua con soltura y energia. Reflexionando en la dura noche que habia pasado, en los peligros que afrontara, en el lugar en que estaba encerrado la víspera, y en todas las combinaciones de la casualidad que tanto me habian favorecido; en la libertad que empezaba á disfrutar y que veia completa en perspectiva, todo en fin, me conmovió con tanta violencia, que agradecido á Dios, me sofocó el sentimiento y las lágrimas humedecieron mis mejillas.

» Mi adorable compañero, que solo habia hablado para decir una necedad y dar razon á los gondoleros, creyó de su deber consolarme, y engañándose sobre la causa de mis lágrimas, lo hizo de tal modo, que en efecto me hizo pasar de una emocion deliciosa á una risa singular que lo aterró, pues pensó que me habia vuelto loco. He dicho ya que este pobre monje era estúpido, y

su mal carácter no provenia mas que de su ignorancia. Me habia visto en la dura necesidad de aprovecharle, pero, aunque sin intencion, estuvo á punto de perderme.

» Llegamos á Mestre, y no encontramos caballos de posta, pero habia un gran número de cocheros que van en el mismo tiempo, y me puse de acuerdo con uno para que me llevase á Treviso en cinco cuartos de hora. En tres minutos engancharon los caballos, y suponiendo al padre Balbi detrás de mí, me volví para decirle : Subamos; pero no le hallé. Dije á un mozo de cuadra que fuese á buscarle, decidido á echarle una reprimenda, cualquiera que fuese la causa de su ausencia, pero volvieron á decirme que no le encontraban. Estaba furioso. Tuve la idea de abandonarle como debia, pero me detuvo un sentimiento de humanidad. Bajé y tomé informes; todo el mundo le habia visto, pero nadie sabia donde estaba, ni podia estar. Recorrí los arcos de la calle mayor, y se me ocurrió por instinto mirar por la ventana de un café, donde ví en efecto á aquel desgraciado, en pié y tomando una taza de chocolate. Así que me vió, me dijo tomase otra taza y que pagase la suya, pues no tenia un cuarto. Reprimí mi indignacion y le dije apretándole el brazo con tal fuerza que palideció de dolor : « No quiero nada, y acabad pronto. » Pagué y salimos. Yo iba temblando de cólera : nos dirigimos hácia el coche, pero apenas habiamos dado seis pasos, cuando me encontré con un habitante de Mestre, llamado Balbi Tommasi, buen hombre, pero con la reputacion de familiar del santo oficio inquisitorial de la república. Me conocia y acercándose exclamó : — « ¡ Cómo! ¿ vos por aquí, caballero? Pláceme el veros; acabais de evadiros de la prision, ¿ no es cierto? ¿ Cómo habeis hecho? — Señor mio, no me he fugado, le respondí con precipitacion, he sido puesto en libertad. — No es posible, porque

ayer noche estuve en casa de Grimani, y lo habria sabido. »

» Mas fácil te será, lector, comprender el estado en que me hallaba, que á mi me seria describirlo. Me veía descubierto por un hombre que supuse pagado para arrestarme, y que para esto le bastaba hacer una seña á cualquier esbirro de los muchos que hay en Mestre. Le dije que hablase mas bajo, y yendo á él, le supliqué me siguiera á un lado, y lo llevé detrás de la casa de Postas. Allí, estando solo con él y cerca de un foso que daba al campo, me armé de mi esponton y lo así por el cuello. Viendo mi intencion, hizo un esfuerzo, me escapó de las manos, y saltando el foso se echó á correr en línea recta sin volverse, pero cuando estuvo á cierta distancia, paralizó un tanto su carrera, y volviendo el rostro, me envió un saludo amical con la mano como despidiéndome y deseándome un buen viaje. Cuando lo perdí de vista, dí gracias á Dios, porque aquel hombre con su agilidad me habia preservado de cometer un crimen, pues iba á matarlo y parece que no tenia malas intenciones.

» Taciturno como el que ha escapado á un gran peligro, y no se ve aun libre de todo riesgo, lancé una mirada de desprecio al miserable que me habia puesto en tal contingencia, y subí al coche, pensando en el modo de desembarazarme de este imbécil, que conociendo su imprudencia, no se atrevia á abrir la boca. Llegamos á Treviso sin otro encuentro, y dije al administrador de postas que me tuviese prontos dos caballos y un coche para la hora décima sétima (las diez de la mañana) pero, no era mi intencion continuar el viaje en posta; en primer lugar porque no tenia los medios necesarios, y en segundo porque temia ser perseguido. El posadero me preguntó si queria almorzar, pero aunque tenia necesidad de ello, pues me moria de inanición, no tuve el va-

lor de aceptar; un cuarto de hora perdido podia serme fatal.

» Salí por la puerta de Santo Tomás, como paseándome, y despues de haber caminado una milla por la carretera, me lancé á campo traviesa por medio de las tierras cultivadas y breñales, con la intencion de no salir á camino trillado durante el tiempo que me encontrase en los Estados de la República. Lo mas corto era pasar por Bassano, pero tomé la ruta mas larga, porque era muy posible que hubiesen ya dado aviso y estuviesen tomados los caminos, y era poco probable pensasen que para salir del Estado, me hubiera dirigido por el de Feltre, que es la línea mas larga para trasladarse á la jurisdiccion del obispado de Trento.

» Despues de tres horas de marcha, me dejé caer por tierra, sin poder dar un paso mas. Tenia necesidad de algun alimento para recobrar fuerzas y seguir adelante. Dije al monje que pusiese la capa á mi lado y fuese á una alquería que se divisaba á poca distancia, y que allí se procurase, pagando, algo que comer: le dí el dinero necesario y partió diciéndome que me creia mas animoso. Este infeliz ignoraba lo que es el valor, pero era mas vigoroso que yo, y sin duda, antes de salir del calabozo, se habia abrigado bien el estómago.

» Aunque la casa no era posada, la buena labradora me mandó con una aldeana una comida suficiente, que me costó 30 sueldos venecianos. Una vez satisfecho mi apetito, sentí que el sueño se apoderaba de mí y me apresuré á ponerme en camino, despues de haberme orientado. Al cabo de cuatro horas de marcha, me detuve cerca de una choza y allí supe que estaba á 24 millas (42 kilómetros) de Treviso. Estaba completamente rendido: tenia las piernas hinchadas y los zapatos rotos, y no quedaba mas que una hora de dia. Me tendí en medio de un bosquecillo y haciendo sentar á mi lado al

padre Balbi, le dije : « Vamos á ir á Borgo di Val Sugana, que es la primera villa que se encuentra pasada la frontera de la República; allí estaremos tan seguros como en Lóndres, y podremos descansar; pero, para llegar allí, debemos usar todas las precauciones que nos aconseja la prudencia, y la primera es separarnos. Vos ireis por los bosques de Mantello y yo por las montañas; vos por la via mas fácil y corta, y yo por la mas difícil y larga; en fin, vos con dinero y yo sin una blanca; os regalo mi capa que cambiareis por un capote y un sombrero. Hé aquí todo lo que me queda de los dos zequíes del conde Asquino; son 17 libras, tomadlas. Llegareis á Borgo pasado mañana por la noche, y yo llegaré veinte y cuatro horas despues. Me esperareis en el primer parador á mano izquierda, y estad seguro de verme llegar en el plazo señalado. Por esta noche necesito dormir en una buena cama y la Providencia me la deparará en alguna parte; pero tengo que descansar tranquilamente, y con vos seria imposible. Estoy seguro de que en este momento nos buscan por todas partes, y que nuestras señas se han dado tan bien, que nos prenderian en cualquiera posada en que nos atreviésemos á entrar juntos. Ya veis el triste estado en que me encuentro, y la necesidad indispensable de que descansen al menos diez horas. Adios, pues; idos y dejad que yo me vaya por mi lado. Ya procuraré encontrar un asilo en estos alrededores. — Esperaba lo que acabais de decirme, respondió Balbi; pero por toda contestacion no haré mas que recordaros lo que me prometisteis cuando me dejé convencer para ayudaros á salir de vuestro calabozo. Me prometisteis que no nos separaríamos mas, y por lo tanto no espereis que os abandone; vuestra suerte será la mia, y la mia la vuestra. Encontraremos un buen asilo por nuestro dinero, sin necesidad de ir á posadas; y de ese modo no nos

prenderán. — ¿Estais pues resuelto á no seguir el buen consejo que la prudencia me hace daros? le contesté. — Sí, resuelto del todo. — Lo veremos. »

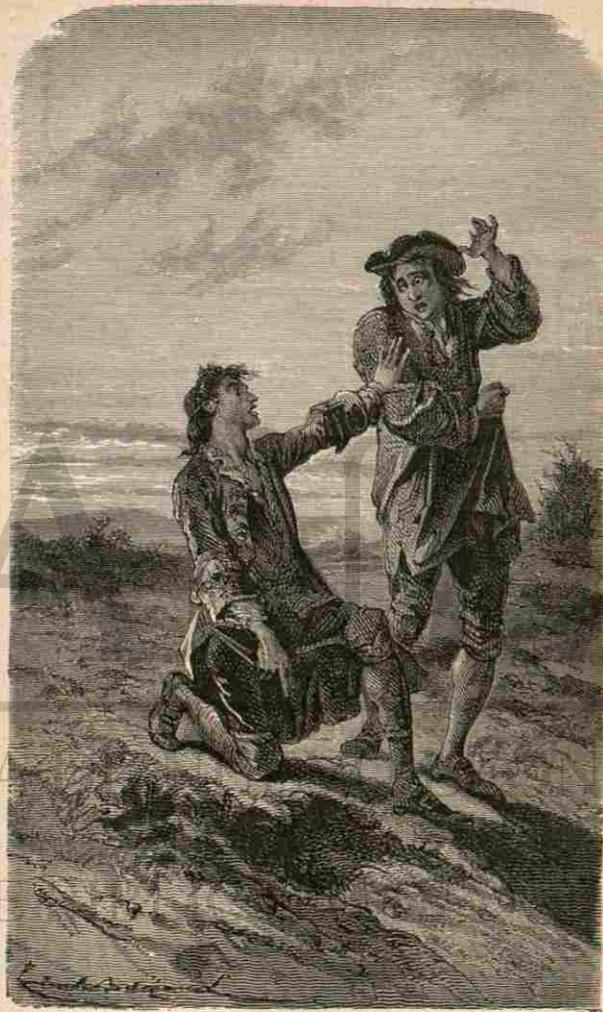
« Me levanté con sumo trabajo, y sin añadir palabra, tomé con la vista la medida de su estatura y la trasporté sobre el terreno : luego, sacando el esponton de mi bolsillo, me encorvé y casi tendido sobre el costado izquierdo, comencé una pequeña escavacion, con la mayor sangre fria y sin responder á ninguna de sus preguntas. Despues de un cuarto de hora de trabajo, lo miré con compasion y le dije que como buen cristiano me creia obligado á decirle que debia encomendar su alma á Dios. ---« Voy á enterraros aquí muerto ó vivo, y si sois mas fuerte que yo, podreis hacer lo mismo con mi cadáver. Hé aquí el extremo á que me conduce vuestra estúpida obstinacion. Sin embargo podeis huir, porque no os perseguiré. » Viendo que no me contestaba, volví al trabajo, pero confieso que empezaba á temer que aquel bruto me exaltase y estaba determinado á deshacerme de él á toda costa. En fin, fuese miedo ó reflexion prudente, se vino hácia mí, y no adivinando sus intenciones le presenté la punta de mi esponton; pero nada tenia que temer. — « Voy á hacer todo lo que deseais, » me dijo. Lo abracé entonces, y dándole todo el dinero que tenia, le reiteré la promesa de reunirme con él en Borgo.

« Cuando lo ví bastante lejos, me levanté, y distinguiendo á un pastor que guardaba un rebaño en una colina, á corta distancia, fuíme hácia él. — « Buen amigo, le dije, ¿cómo se llama este pueblo? — Val de Piene, señor. » Me quedé sorprendido, pues habia andado mas de lo que creia. Entonces le pregunté el nombre de los dueños de cinco ó seis casas que veia por aquel campo, y casualmente todos eran conocidos míos, y personas que no queria comprometer ni turbar con mi

aparición. Le pregunté el nombre de un palacio que á lo lejos se veía y me contestó que era el *palazzo Grimani*. El decano de esta familia era inquisidor de Estado, y debia hallarse en aquel entonces en su casa de campo, por lo que no debia aparecer por ella. En fin, el pastor me indicó otra casa inmediata, que era precisamente la del jefe de la policía.... »

Casanova tuvo la ocurrencia de irse á hospedar allí, con preferencia á otra parte. Entró en el patio de dicha casa, y preguntó á un niño que en él jugaba, por el dueño de ella : el niño llamó á su madre, y esta dijo al extranjero que queria de su marido, excusándole por hallarse ausente. — « Me disgusta que no esté mi compadre, — exclamó Casanova, — pero en cambio me place conocer á su bella esposa. — ¿ Vuestro compadre ? entonces hablo con su Excelencia el señor Vetturi. Mi marido me ha dicho que habiais tenido la bondad de prometerle ser padrino del hijo de que estoy en cinta. Mi marido sentirá mucho no haber estado en casa. — Espero, señora, que no tardará en volver, y así lo deseo, porque vengo á pedirle hospitalidad por esta noche, no atreviéndome á ir á ninguna parte en el estado en que me encuentro. — Para eso no necesitais esperarlo, respondió la crédula señora, tendreis la mejor cama de la casa y os procuraré una buena cena. Mi esposo irá á dar las gracias á su Excelencia por el honor que nos hace, tan luego como esté de vuelta. Hace una hora que salió, y no lo espero hasta dentro de dos á tres dias. — ¿ Y por qué está fuera tanto tiempo, simpática comadre ? — ¿ No sabeis pues, que se han escapado dos presos de los Plomos ? Uno es patricio y el otro un particular llamado Casanova; mi marido ha recibido orden de Messer Grande para buscarlos. »

Despues de haber explicado el estado de sus rodillas por una caída de caballo en la caza, lo que creyó senci-

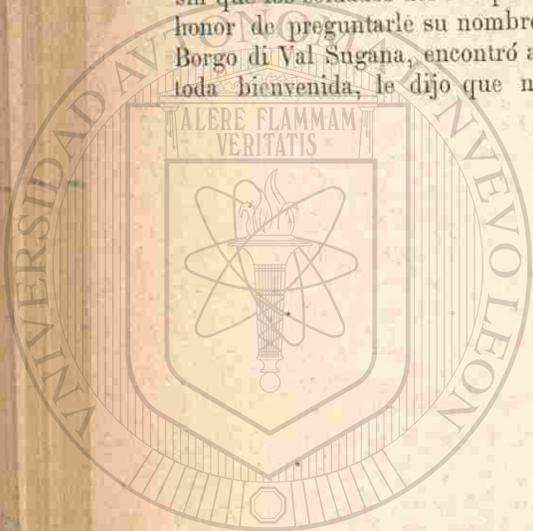


Aquí voy á enterraros muerto ó vivo.

llamente la joven esposa del esbirro, que segun Casanova, no tenia el ingenio del oficio, fué entregado por esta á los cuidados de su madre, venerable dama, que lo curó con tanto esmero como si fuera su hijo. — Completamente reanimado por esta cura, una buena cena y doce horas de sueño, Casanova partió á las seis de la mañana sin despedirse de nadie, ni aun de dos individuos de mala catadura que estaban en la puerta, y que eran sin duda de la policia. — Temblando del peligro que acababa de arrostrar, anduvo durante cinco horas á través de los bosques y de las montañas, sin encontrar á nadie, salvo alguno que otro aldeano. Al medio dia, el sonido de una campana llamó su atencion hácia una pequeña iglesia situada en el fondo de un valle. Era el dia de difuntos, y tuvo la idea de oír la misa. Entró en la iglesia y vió á un hombre que creia su amigo, Marco Antonio Grimani, sobrino del inquisidor, con su esposa. Se saludaron mutuamente, y despues de la misa, Grimani lo siguió solo. — « ¿Qué haceis aquí, Casanova, dónde está vuestro compañero? — Le he dado todo el dinero que tenia para que se evadiese por otro camino; si Vuestra Excelencia quisiera darme algun socorro, saldria de apuros mas fácilmente. — No puedo daros nada, pero en el camino encontrareis ermitaños que no os dejarán morir de hambre. Pero contadme cómo os habeis evadido de los Plomos! — Seria muy interesante, pero muy largo, contestó Casanova, y en el intervalo los ermitaños se comerian sus provisiones. »

Despues de haber caminado todo el dia, encontró una hospitalidad desinteresada en una casita aislada, y luego en un convento de capuchinos. En fin, llegó á la quinta de uno de sus amigos, que aterrado de tener en su casa á un fugitivo, le negó hasta un vaso de agua. Casanova no habia creído digno usar de la violencia con el conde Asquino, pero esta vez no tenia que habérselas con un

anciano, y empuñando su esponton, obtuvo por la amenaza que le dieran seis zequies, y continuó su camino. Pasó la noche en casa de un aldeano, compró vestidos viejos y alquiló un asno, sobre el cual pasó la frontera, sin que los soldados del cuerpo de guardia le hicieran el honor de preguntarle su nombre. Llegado temprano á Borgo di Val Sugana, encontró al padre Balbi que, por toda bienvenida, le dijo que no contaba ya con él.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

LATUDE.

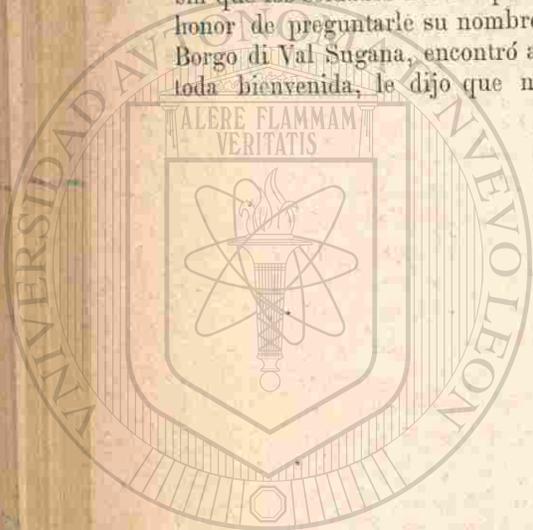
(1750-1784.)

Masers de Latude nació en 1725 en el castillo de Craisèih, cerca de Montagnac en el Languedoc. Su padre, el marqués de Latude, era oficial superior del ejército, y el joven fué destinado á servir en el cuerpo de ingenieros. Estaba en París estudiando en 1749, cuando tuvo la desdichada ocurrencia de recurrir á una superchería para atraerse la atención y la protección de madama de Pompadour, la favorita del monarca. Echó al correo una cajita de carton que encerraba unos polvos insignificantes y las señas de la marquesa; luego, fué á Versalles á declararla que dos individuos trataban de envenenarla, que él habia sorprendido por casualidad el secreto, y que venia á prevenirla. A una viva gratitud de parte de la marquesa, sucedió la sospecha de un fraude: pidió al joven algunas líneas escritas de su mano, y la verdad se descubrió al momento, por la identidad de su carácter de letra con la del sobre de la cajita. Algunos dias después Latude estaba en la Bastilla.

A los cuatro meses fué transferido al castillo de Vincennes. Difícil es pintar su desesperacion, pues tenia motivos para creerse prisionero por toda su vida, constándole ya que madama de Pompadour se habia mostrado inexorable para con él.

« Mi valor no tuvo mas sosten, dice en sus Memorias,

anciano, y empuñando su esponton, obtuvo por la amenaza que le dieran seis zequies, y continuó su camino. Pasó la noche en casa de un aldeano, compró vestidos viejos y alquiló un asno, sobre el cual pasó la frontera, sin que los soldados del cuerpo de guardia le hicieran el honor de preguntarle su nombre. Llegado temprano á Borgo di Val Sugana, encontró al padre Balbi que, por toda bienvenida, le dijo que no contaba ya con él.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

LATUDE.

(1750-1784.)

Masers de Latude nació en 1725 en el castillo de Craisèih, cerca de Montagnac en el Languedoc. Su padre, el marqués de Latude, era oficial superior del ejército, y el joven fué destinado á servir en el cuerpo de ingenieros. Estaba en París estudiando en 1749, cuando tuvo la desdichada ocurrencia de recurrir á una superchería para atraerse la atención y la protección de madama de Pompadour, la favorita del monarca. Echó al correo una cajita de carton que encerraba unos polvos insignificantes y las señas de la marquesa; luego, fué á Versailles á declararla que dos individuos trataban de envenenarla, que él habia sorprendido por casualidad el secreto, y que venia á prevenirla. A una viva gratitud de parte de la marquesa, sucedió la sospecha de un fraude: pidió al joven algunas líneas escritas de su mano, y la verdad se descubrió al momento, por la identidad de su carácter de letra con la del sobre de la cajita. Algunos dias después Latude estaba en la Bastilla.

A los cuatro meses fué transferido al castillo de Vincennes. Difícil es pintar su desesperacion, pues tenia motivos para creerse prisionero por toda su vida, constándole ya que madama de Pompadour se habia mostrado inexorable para con él.

« Mi valor no tuvo mas sosten, dice en sus Memorias,

que la esperanza de poder procurarme un día la libertad, y conociendo que de mí solo debía esperarla, me ocupé desde entonces de los medios mas probables de conseguirla. Veía todos los días á un eclesiástico de alguna edad, pasearse por un jardin que forma parte del castillo, y supe que estaba preso por causa de jansenismo, largo tiempo hacia. El abate de Saint-Sauveur, hijo de un antiguo teniente de rey en Vincennes, tenia permiso para hablar con él en dicho jardin, y lo aprovechaba con frecuencia. Además el jansenista enseñaba á leer y escribir á los hijos de varios oficiales del castillo, y el abate y los chicos iban y venian sin que nadie pusiese grande atencion. La hora en que se verificaban esos paseos era la misma en que á mí me llevaban á un jardin inmediato, dentro tambien del recinto del castillo. El teniente de policía M. Berryer, habia ordenado que me dejasen allí dos horas diarias, para tomar el aire y restablecer mi salud. Me conducian dos llaveros, y algunas veces el de mas edad me esperaba en el jardin, y el jóven venia solo á abrirme las puertas del calabozo : durante algun tiempo lo acostumbé á verme bajar la escalera antes que él, y sin esperarle me unia á su camarada, con el que me encontraba siempre cuando llegaba al jardin.

» Un dia, resuelto á escaparme á toda costa, apenas abrió la puerta de mi calabozo me lancé por la escalera y estaba al pié de la torre antes que él hubiese pensado en seguirme : eché el cerrojo á la puerta, para impedir toda comunicacion entre los dos llaveros mientras ejecutaba mi proyecto, y sin titubear un instante, me decidí á llevarlo á cabo. Para ello era necesario burlar la vigilancia de cuatro centinelas : el primero estaba en una puerta que conducia á la torre del Homenaje, y que se hallaba siempre cerrada. Llamé, y el centinela abrió; pregunté por el abate de Saint-Sauveur con viveza y añadí : « Hace dos horas que lo está esperando nuestro

sacerdote en el jardin, y corro tras él por todas partes, sin poderlo encontrar.... » Y diciendo esto, seguí andando sin detenerme. En el extremo de la galería, debajo del reló, encontré al segundo centinela y le pregunté si hacia mucho tiempo que habia salido el abate de Saint-Sauveur, á lo que me contestó que nada sabia, dejándome pasar sin la menor observacion : la misma pregunta repetí al tercero, que estaba al lado exterior del puente levadizo, y me aseguró no haberlo visto : « Yo sabré encontrarlo ! » exclamé. — Transportado de júbilo, me alejé saltando como un niño, y en este estado me presenté delante del cuarto centinela, que lejos de sospechar fuese yo un prisionero, no extrañó en ningun modo el verme correr detrás del abate de Saint-Sauveur : franqué el dintel de la puerta, y corriendo precipitadamente me oculté á sus miradas, y me encontré en completa libertad.

» Anduve á través los campos y las viñas separándome cuanto podia del camino real, y fuí á encerrarme en Paris, en una casa de huéspedes, para gozar en fin la dicha de encontrarme libre despues de catorce meses de cautiverio. »

Latude cometió la imprudencia de dirigir al rey un memorial para disculparse de su falta y solicitar que la expiacion fuese considerada como suficiente. Esto le dió por único resultado el ser preso de nuevo, y encerrado mas estrechamente en un calabozo de la Bastilla, donde permaneció diez y ocho meses : al cabo de este tiempo, el teniente de policía Berryer le hizo dar una habitacion, y le agregó un compañero de su edad llamado Alegre, cuyo crimen era tambien el haber ofendido á madama de Pompadour.

« En semejantes circunstancias, dice Latude, no podia quedar á jóvenes de nuestra edad mas que dos partidos igualmente desesperados ; ó morir ó evadirse. Pero,

para cualquiera que tenga la mas ligera idea de la situacion de la Bastilla, de su recinto, elevadas torres y de su régimen interior sobre todo, el proyecto, la sola idea de escaparse, deberá parecerle el fruto de una imaginacion en delirio.... Y sin embargo, puedo asegurar que me hallaba en perfecto uso de mi razon, y el lector podrá juzgar si se necesitaba un alma poco comun y un juicio sólido, para concebir, coordinar y poner en práctica semejante proyecto.

» Era insensato el pensar evadirse de la Bastilla por cualquiera de sus puertas, pues se reunian mil imposibilidades físicas para hacer esta via impracticable: no quedaba pues otro camino que la via aérea. En nuestra habitacion habia, es verdad, una chimenea, cuyo cañon iba á salir á lo alto de una torre, pero, como todas las de la Bastilla, estaba llena de rejillas y gruesos barrotes de hierro que, en ciertos sitios, apenas dejaban paso al humo. Suponiendo que salváramos este obstáculo, y que pudiésemos llegar á la esplanada de la torre, nos halláramos sobre un abismo de cerca de doscientos piés de altura¹; y mas abajo, un foso dominado por otra muralla que debíamos franquear igualmente. Ni tantos obstáculos, ni peligros tan graves, me detuvieron en mi resolucion, y me decidí á comunicarla á mi compañero, pero este la rechazó considerándome como un insensato. Tuve pues que ocuparme solo de mi proyecto. Los medios que debía poner en accion eran tales, y las dificultades de tal magnitud, que hoy me admiro aun de la audacia juvenil que me arrastró á concebirlo. Para su ejecucion, me era preciso subir por el cañon de la chimenea á la plataforma, á pesar de las espesas rejas de hierro: para bajar de la torre al foso, necesitaba una escala de ciento

1. Segun un grabado que existe en el gabinete de estampas de la Biblioteca nacional, las torres de la Bastilla medían una altura de 95 piés ó 30, =85, desde el parapeto hasta el fondo del foso.

ochenta piés al menos, y otra de madera para salir de él; y en fin, en el caso de poderme procurar materiales, debía ocultarlos á todas las miradas, trabajar en silencio y engañar á los vigilantes.

» El primer objeto de que debía ocuparme, era descubrir un lugar donde poder ocultar nuestros útiles y materiales. A fuerza de pensar di en una idea luminosa. Habia habitado en varios calabozos de la Bastilla, y siempre que estaban ocupados los del piso superior ó inferior, habia oido distintamente el ruido que hacian en uno ó en otro. Esta vez oia todos los movimientos del prisionero que estaba encima, y no los del que estaba debajo. Sin embargo, tenia la seguridad de que se hallaba habitado. Despues de muchos cálculos, pensé que podria haber muy bien un techo doble, separado tal vez por algun hueco. Hé aquí cómo me arreglé para convencerme.

» Habia en la Bastilla una capilla en la que se decia una misa diariamente y los domingos tres. El permiso de asistir á la misa era un favor especial que se concedia difícilmente, y que M. Berryer nos acordó y tambien al prisionero que ocupaba la habitacion núm. 3, es decir, la que estaba debajo de la nuestra.

» Resolví aprovechar el momento en que salíamos de la misa, cuando este preso no estuviese aun encerrado, para echar una ojeada á su calabozo. Indiqué á Alegre un medio para facilitarme esta visita; le dije que metiese su estuche en el pañuelo, y cuando estuviésemos en el segundo piso, sacase su pañuelo de modo que el estuche rodase á lo largo de la escalera y dijese al llavero que fuese á recogerlo; así se hizo perfectamente. En tanto que Daragon, el llavero, iba en busca del estuche, subí al núm. 3, descorrí el cerrojo, y mirando la elevacion del techo ví que no tenia mas que unos diez piés de altura; cerré la puerta, y desde esta habitacion á la nuestra conté 32 escalones; medida la altura de uno de ellos, me

cercioré de que entre el suelo de nuestra habitacion y el techo de la de debajo, había un vacío de cinco piés y medio. No podia estar lleno ni de piedras ni de madera, pues el peso habria sido excesivo; y de esto deduje que debia haber un hueco de cuatro piés. — « Amigo mio, dije á Alegre, nos hemos salvado, pues podemos ocultar nuestras cuerdas y materiales. — ¿Cuerdas, materiales?... ¿dónde están? ¿por qué conducto vamos á procurárnoslos? — Cuerdas tenemos y mas de lo que nos hace falta; esta maleta, añadí abriendo la mia, contiene mas de mil piés. — ¿Vuestra maleta, decís? sé tan bien como vos lo que contiene, y estoy seguro de que no hay ni un palmo. — ¿Cómo ni un palmo?... ¿pues acaso no tengo ropa blanca, doce docenas de camisas, infinidad de servilletas, medias y otras cosas? Pues deshilándolas nos darán materiales para una cuerda. »

» Teníamos una mesa de tijera sostenida por dos bisagras de hierro, las que arrancamos y luego sacamos punta afilándolas en una baldosa del suelo; en menos de dos horas convertimos un eslabon en navaja, y nos sirvió para hacer dos mangos á las bisagras que debíamos utilizar para arrancar las rejas de hierro de la chimenea.

» Por la noche, cuando hicieron la última visita, levantamos con ayuda de las bisagras una baldosa del suelo y cavamos con tal vigor que en menos de seis horas lo habíamos horadado; entonces vimos que nuestras conjeturas eran fundadas, y encontramos entre el techo del calabozo inferior y el suelo del nuestro, un hueco de cuatro piés. Pusimos en seguida la baldosa en su sitio, y cubrimos sus juntas de modo que no parecia haber sido levantada.

» Hechas estas primeras operaciones, descosimos varias camisas, y sacamos los hilos uno á uno; los anudamos todos y formamos un cierto número de ovillos, que reunimos luego en dos mayores que contenian 50 hilos

de 60 piés de longitud cada uno. Los trenzamos, y tuvimos una cuerda de 55 piés de longitud próximamente, con la que hicimos una escala de 20 piés que debia servirnos para sostenernos en el aire mientras arrancábamos las barras y las puntas de hierro que obstruian la chimenea. Este trabajo fué el mas penoso y difícil, y nos exigió seis meses de fatigas que me hacen temblar aun cuando en ellas pienso. No podíamos trabajar sino doblando el cuerpo y torturándole con posturas incómodas; así no podíamos resistir mas de una hora en tal posicion, y siempre bajábamos con las manos ensangrentadas. Las barras de hierro estaban fijas con una mezcla durísima que no podíamos reblandecer sino echando agua con la boca, en los agujeros que practicábamos.

» Puede juzgarse todo lo penoso de este trabajo, sabiendo que nos dábamos por contentos cuando en toda una noche habíamos levantado el espesor de una línea de la mezcla citada. A medida que arrancábamos una barra de hierro, era preciso volverla á colocar en su sitio para que no notasen nada en las frecuentes visitas que hacian, y de modo que pudiésemos quitarlas todas en el momento que quisiéramos partir.

» Despues de seis meses de este trabajo constante y cruel, nós ocupamos de la escala de madera que necesitábamos para subir del foso al parapeto y desde allí al jardín del gobernador. Debía medir de 20 á 25 piés de longitud; y dedicamos para esto la leña que nos daban para calentarnos, que eran unos troncos de 18 á 20 pulgadas. Necesitábamos tambien poleas y otras muchas cosas, para lo que era indispensable una sierra: un candelero de hierro me sirvió para hacer una, empleando la segunda parte del eslabon, cuya otra mitad habia trasformado en cuchillo. Con este eslabon, la sierra y las bisagras, adelgazábamos las maderas, haciendo muescas y espigas, para adherir las unas á las otras, con dos

agujeros cada muesca y hueco para pasar un escalon y dos clavijas que lo tuviesen seguro. No le hicimos mas que un brazo al que pusimos 20 escalones de 15 pulgadas; el brazo tenia 3 de diámetro, y por lo tanto los escalones sobresalian del brazo 6 pulgadas de cada lado. En cada pieza de esta escalera habíamos atado el escalon á la clavija con una cuerda, de modo que pudiese montarse facilmente durante la noche. Cuando habíamos acabado y perfeccionado uno de estos pedazos, lo ocultábamos debajo del piso.

» Con estos útiles formamos nuestro taller. Nos procuramos compases, escuadras, reglas, devanaderas, escalones, etc., etc. Como es fácil de comprender, todo esto estaba oculto en nuestro almacen. Habia un peligro al que no podíamos sustraernos sino con las precauciones mas cuidadosas. He dicho ya, que independientemente de las frecuentes visitas que nos hacian los llaveros y varios oficiales de la Bastilla cuando menos se esperaba, uno de los usos y costumbres de esta prision, era espiar las acciones y palabras de los presos. Podíamos sustraernos á las miradas no trabajando mas que de noche y evitando que se notase la menor señal, porque en una visita, el menor indicio nos hubiera vendido, pero habia que engañar tambien el oido de los espías. Naturalmente, hablábamos mas de nuestra empresa que de otra cosa, por lo tanto era necesario evitar sospechas ó desviarlas confundiendo las ideas de los que podían escucharnos. Con este objeto hicimos un diccionario particular: llamábamos á la sierra *Fauno*, la devanadera *Anubis*, las bisagras *Tubalcain*, el agujero que habíamos hecho en el suelo *Polifemo*, la escalera de madera *Jacob*, los escalones *tallos*, las cuerdas *patomas*, por su blancura, el devanador de hilo, el *hermanito*, etc. Estábamos siempre en guardia, y tuvimos la fortuna de burlar la vigilancia de todos nuestros árgos.

» Cuando las operaciones de que he hablado mas arriba estuvieron hechas, nos ocupamos de la gran escala, que debia tener á lo menos 180 piés de longitud. Nos pusimos á deshilar toda nuestra ropa blanca, camisas, servilletas, gorros, medias, calzoncillos, pañuelos, todo aquello, en fin, que podia darnos hilo ó seda. Cuando teníamos un ovillo le ocultábamos en Polifemo, y cuando reunimos suficiente cantidad, pasamos una noche entera en trenzar dicha cuerda, y desafiaria al cordelero mas hábil á fabricar una con tanto arte.

» Al rededor de la Bastilla, en la parte superior, habia una cornisa saliente de tres ó cuatro piés, lo que necesariamente debia hacer flotar y vacilar la escala mientras bajábamos; era mas de lo necesario para turbar la cabeza mejor organizada. Para obviar á este inconveniente é impedir que uno de nosotros cayese al bajar, hicimos una segunda cuerda de 360 piés de longitud próximamente. Esta cuerda debia entrar en una polea, pero sin rueda, para evitar que no entrase entre la rueda y la polea, y el que bajase se encontrase suspendido en el aire sin poder bajar mas. Despues de estas cuerdas hicimos otras de menor longitud, para atar la escala á un cañon y otras necesidades imprevistas.

» Una vez terminadas las cuerdas, las medimos y llamamos 1.400 piés. Luego hicimos 208 escalones para la escala y la escalera de madera. Otro inconveniente que se debia preveer, era el ruido que causaria el roce de la madera en la muralla cuando bajásemos. Para evitar esto, les hicimos á todos una funda con los forros de nuestras batas, levitas y chalecos.

» Empleamos diez y ocho meses en un trabajo continuo para todos estos preparativos, pero eso no era todo. Habíamos previsto los medios para llegar á la torre y bajar al foso; para salir nos quedaban otros dos: uno montar en el parapeto, pasar al jardin del gobernador, y desde allí

bajar al foso de la puerta de San Antonio; pero este parapeto que debíamos atravesar estaba siempre lleno de centinelas. Podíamos elegir una noche oscura y lluviosa, en que los centinelas no se pasearan y habríamos logrado escapar; pero podía llover en el momento de subir á la chimenea y aclarar cuando llegásemos al parapeto. Podíamos encontrarnos con una ronda mayor que lo visita continuamente, y nos hubiera sido imposible ocultarnos á causa de las luces que llevan siempre, y estábamos perdidos sin remedio.

» El otro partido aumentaba las dificultades, pero era menos peligroso, y consistia en abrir un pasaje á través de la muralla que separa el foso de la Bastilla del de la puerta de San Antonio... Para esto necesitábamos una gran barrena para abrir dos agujeros en la muralla, é introducir dos barros de hierro que podíamos coger en la chimenea, y con cuya ayuda arrancaríamos las piedras y nos abriríamos un pasaje. Nos decidimos por este partido, é hicimos una barrena con la bisagra de una de las camas, y le agregamos un mango en forma de cruz.

» ... Fijamos el día de nuestra fuga para el miércoles 25 de febrero de 1756, vigilia del jueves de carnestolendas: entonces el rio estaba desbordado y habia cuatro piés de agua en el foso de la Bastilla y en el de la puerta de San Antonio, en que debíamos buscar nuestra salvacion. Llené una maleta con dos trajes completos, á fin de podernos mudarnos si éramos bastante felices para evadimos.

» Despues de comer, arreglamos la escala de cuerda, es decir, pusimos los tramos y la ocultamos debajo de la cama á fin de que el llavero no pudiese percibir la en las visitas que debia hacernos aun en el día; luego arreglamos la escalera en tres pedazos, pusimos las barras de hierro necesarias para horadar la mu-

ralla dentro de las fundas, para impedir que hicieran ruido, y nos proveimos de una botella de *scubac* para calentarnos y darnos fuerzas, pues tendríamos que trabajar en el agua hasta el cuello por espacio de nueve horas. Tomadas todas estas precauciones esperamos el momento en que nos trajesen la cena, que llegó al fin.

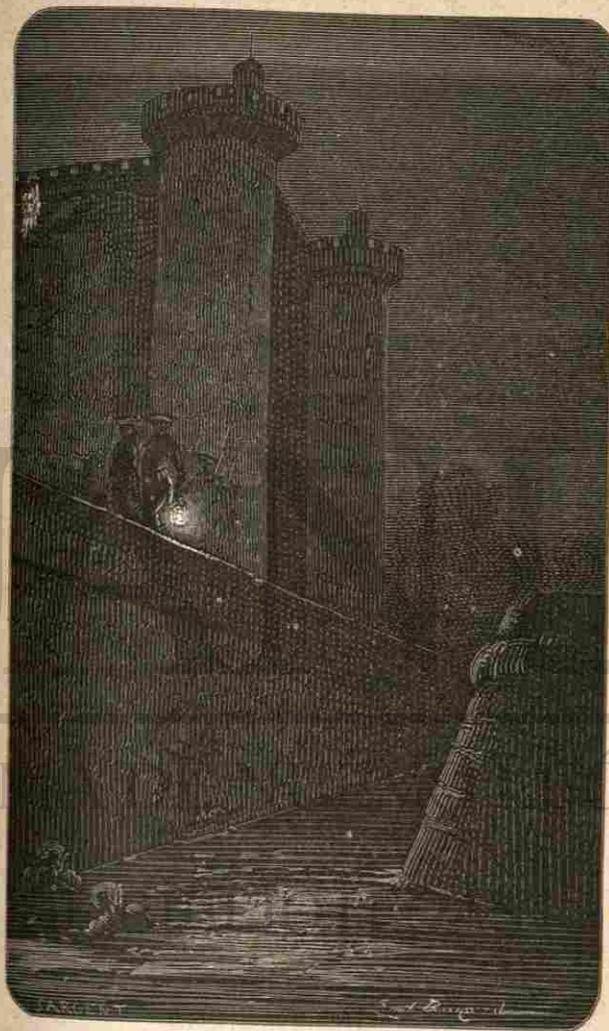
» Yo fuí el primero que subí á la chimenea: tenia un reumatismo en el brazo izquierdo, pero no hacia caso de este dolor; pronto sentí otro mas agudo, pues no habia adoptado ninguna de las precauciones que toman los deshollinadores, y poco faltó para que me sofocase el polvo del hollin; me herí en los codos y en las rodillas, y la sangre corria por mis manos y mis piernas: en este estado llegué á lo alto de la chimenea. Una vez allí, deslicé un mazo de guita que habia llevado; Alegre ató en la punta una cuerda que sostenia la maleta, la subí, y despues de desliarla la dejé en la plataforma de la Bastilla; del mismo modo subimos la escalera, las dos barras de hierro y los demas paquetes; acabamos por la escala, de la que dejé colgando una extremidad para que subiese Alegre mientras yo sostenia el resto con una gran clavija que á este efecto habíamos preparado. La pasé por la cuerda y la puse en forma de cruz sobre la chimenea, de modo que mi compañero pudo subir sin ensangrentarse como yo. Hecho esto, bajé de lo alto de la chimenea, donde me habia sido bien difícil sostenerme, y nos encontramos los dos en la plataforma de la Bastilla.

» Llegados allí dispusimos todos nuestros efectos: empezamos por hacer un rollo de nuestra escala, lo que formó una masa de cuatro piés de diámetro y de un pié de espesor. La hicimos rodar hasta la torre llamada del *Tesoro*, que nos pareció la mas á propósito para verificar nuestro descenso; atamos una punta de la escala á un cañon, y la dejamos caer suavemente á lo largo

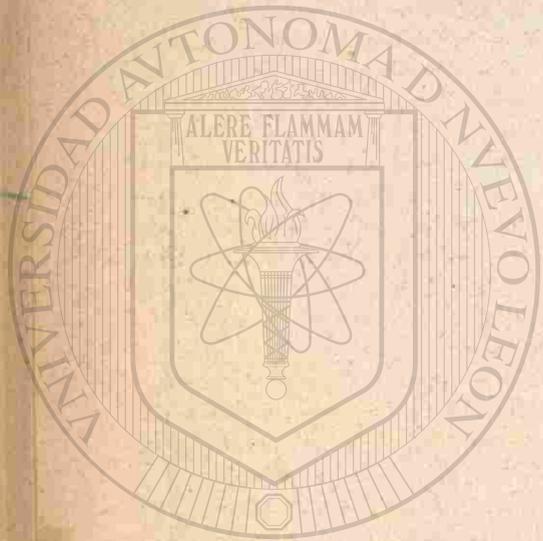
de la torre; luego sujetamos la polea y pasamos la cuerda de 360 piés de longitud; me até al rededor del cuerpo esta cuerda, y Alegre la dejaba ir á medida que yo iba bajando: á pesar de esta precaucion revoloteaba en el aire, como una pluma, al menor movimiento; puede comprenderse mi situacion por la impresion que produce esta sola idea: en fin, llegué sin accidente alguno al foso. Alegre me descolgó al momento la maleta y demas objetos; y felizmente encontré una pequeña eminencia que dominaba el agua que habia en el foso y los coloqué allí. Mi compañero hizo lo mismo que yo; pero con una ventaja mas, pues yo sostuve con todas mis fuerzas la extremidad de la escala, lo que lo impedía vacilar tanto. Llegados los dos abajo, no pudimos por menos de sentir no poder llevarnos la cuerda y demas objetos que nos habian servido ¹.

» No llovia, y oíamos al centinela que se paseaba á cuatro toesas de nosotros; teníamos, pues, que renunciar á pasar por el parapeto y á evadirnos por el jardin del gobernador. Tomamos el partido de servirnos de nuestros barrotes de hierro... Fuimos derechos á la muralla que separa el foso de la Bastilla del de la puerta de San Antonio, y empezamos el trabajo con afan. Precisamente en este lugar habia un foso de una toesa de longitud y de pié y medio de profundidad, lo que aumentaba la altura del agua. En otra parte el agua no nos habria pasado de la cintura y allí nos llegaba á los hombros. Hacia pocos dias que habia empezado el deshielo y el agua llevaba aun grandes témpanos: permanecimos así por espacio de nueve horas, fatigado el cuerpo por un trabajo excesivo y ateridos los miembros

1. Los halló el 15 de julio de 1789, al día siguiente de la toma de la Bastilla: las escalas estaban en los archivos, con un proceso verbal, datado el 27 de febrero de 1756, y firmado por el mayor de la Bastilla y el comisario Rochebrune.



Vi venir una ronda mayor.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

de frío. No hacíamos mas que empezar, cuando ví venir una ronda mayor por la muralla, á doce piés encima de nuestras cabezas, y cuyo farol iluminaba perfectamente el sitio en que nos encontrábamos : para evitar el ser descubiertos no tuvimos mas recurso que zambullirnos, y teníamos que empezar la maniobra siempre que recibimos esta visita, es decir, cada media hora. En fin, despues de nueve horas de trabajo y angustia, despues de haber arrancado las piedras una á una, con una dificultad inconcebible, logramos hacer en una muralla de cuatro piés y medio de espesor, una abertura bastante grande para poder pasar, como lo hicimos, uno detrás de otro.

Ya comenzaba nuestra alma á abrirse al júbilo, cuando corrimos un peligro que no habíamos previsto, y en el que estuvimos á punto de sucumbir. Atravesábamos el foso de San Antonio para llegar al camino de Bercy, y apenas habríamos andado veinte y cinco pasos, caimos en el acueducto que está en medio, teniendo diez piés de agua sobre nuestras cabezas y dos piés de fango que nos impedia movernos y pasar al otro lado del acueducto, que solo tenia seis piés de anchura. Alegre se echó sobre mí y estuvo á punto de dejarme caer; si hubiera sucedido esta desgracia estábamos perdidos, pues no teniendo bastantes fuerzas para levantarnos, habríamos perecido en aquel lodazal. Cuando sentí que me cogia le asesté un violento puñetazo que le hizo saltarme, y con el mismo movimiento me erguí y logré salir del acueducto. Entonces metí el brazo en el agua, y cogiendo á Alegre por los cabellos le saqué; salimos inmediatamente del foso, y cuando daban las cinco estábamos en el camino real.

» Transportados por el mismo sentimiento, nos precipitamos uno en brazos del otro, y despues de tenernos estrechamente abrazados, nos prosternamos para dar gracias á Dios que nos habia sacado de tantos peligros.

Cumplido este primer deber, pensamos en cambiar de traje, y entonces comprendimos cuán feliz era que hubiésemos tenido la precaucion de tomar la maleta: la humedad habia aterido nuestros miembros, y como yo lo habia previsto, sentimos despues mucho mas el frio que durante las nueve horas que habíamos pasado en el agua helada; ninguno de nosotros habria podido desnudarse y vestirse á sí mismo, y tuvimos que prestarnos mutuamente este servicio. En fin, tomamos un coche y nos hicimos conducir á casa de M. de Silhouette, canceller del duque de Orleans, al que conocia mucho; pero desgraciadamente estaba en Versailles. »

Encontraron asilo en casa de algunos amigos, como ellos del Languedoc, y despues de permanecer ocultos un mes, partieron separadamente para Bruselas. Alegre llegó el primero, y fué arrestado inmediatamente por los agentes franceses. Le volvieron á internar en Francia, y quince años despues Latude le encontró en Charenton, pues se habia vuelto loco. En cuanto á Latude, evitó en Bélgica las redes que le tendian los agentes franceses, pero fué luego arrestado en Amsterdam y llevado á la Bastilla, donde le cargaron de cadenas.

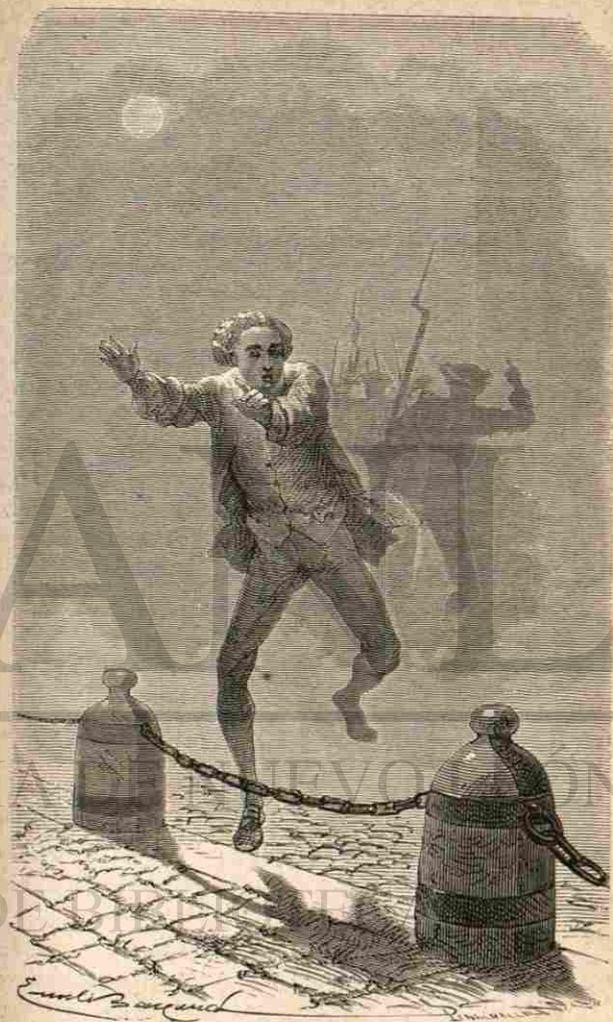
En 1764 fué trasferido á Vincennes, haciéndole sufrir los mas crueles tratamientos por órden de M. de Sartine. Al cabo de algun tiempo, el gobernador Guyonnet le mandó sacar de su calabozo, darle una habitacion, y le permitió un paseo diario de dos horas en los jardines del castillo.

« Este favor, — dice Latude, — me fué mas precioso por la probabilidad que me ofrecia de procurarme los medios de escaparme otra vez. Durante ocho meses no pude hacerlo, pues estaba vigilado con tanta atencion que me era imposible ejecutar mi proyecto. Tan solo al azar podia deber mi libertad, y al fin se presentó una ocasion que ni remotamente esperaba.

» El 23 de noviembre de 1765, me paseaba á las cuatro de la tarde, y el tiempo era bastante sereno, cuando de pronto se levantó una densa niebla, y la idea de que podia favorecer mi fuga surgió como una inspiracion en mi mente: la recapacité, pero ¿cómo libertarme de mis guardianes? sin nombrar los numerosos centinelas que habia al paso, tenia á mi lado dos y un sargento, que no me abandonaban un segundo. No podia combatirlos, no podia tampoco deslizarme furtivamente y alejarme de ellos, pues sus funciones eran de acompañar y seguir todos mis movimientos... Me dirigí descaradamente al sargento, y haciéndole notar la niebla que se habia levantado de improviso, le pregunté: — « ¿Qué os parece el tiempo? — Muy malo, caballero. — Pues yo le encuentro excelente para escaparme, » contesté con acento sereno y tranquilo; y separando con los codos á los centinelas, di un empujon al sargento y emprendí una carrera violenta: ya habia pasado cerca de otro centinela que lo notó cuando ya estaba lejos; todos se reunieron y gritaban con fuerza: — « ¡A ese! ¡á ese! ¡detenedlo! » A estas palabras se reunieron muchos soldados, se abrieron las ventanas y todo el mundo corria gritando á su sabor: — « ¡A ese! ¡detenedlo! » Ví pues que no podia escapar. Al instante concebí la idea de aprovechar de esta circunstancia para abrirme paso á través de los que se disponian á arrestarme. Empecé á gritar yo mismo y mas fuerte que los otros: « ¡A ese! ¡al ladron! ¡al ladron! ¡detenedlo! » y hacia con las manos ese gesto que indica que el ladron va delante. Engañados con este ardid y la niebla que lo favorecia, me imitan, corren y persiguen en union mia al fugitivo que yo parecia indicar. Les llevaba mucha delantera, y solo tenia que andar algunos pasos: ya estaba en el extremo del patio real, y no quedaba mas que un centinela, pero era, si no imposible, muy difícil engañarle, porque necesariamente el primero que se le

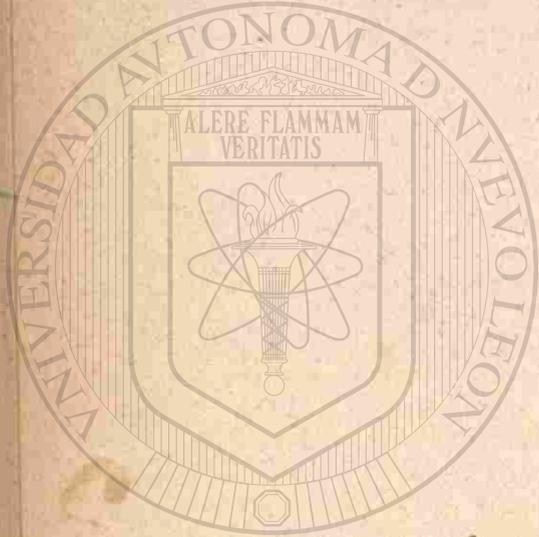
presentase debía serle sospechoso, y su deber era detenerlo: mi cálculo era exacto. A los primeros gritos que habia oido se colocó en medio del pasaje que era muy estrecho en aquel sitio; y para aumento de mis males aquel hombre, que se llamaba Chenu, me conocia. Llegué y me cerró el paso intimándome que me detuviera ó que me pasaba de un bayonetazo. — « Chenu, le dije, me conocéis y vuestra consigna es arrestarme, pero no matarme. » Me detuve en mi carrera, me acerqué á él lentamente, y cuando estuve cerca, me arrojé sobre su fusil, y se lo arranqué con tanta violencia, que el movimiento le hizo caer por tierra: salté por encima de su cuerpo, y arrojando el fusil á diez pasos de distancia, pues temia que me tirase, me hallé libre otra vez. Me oculté fácilmente en el bosque: pues me habia separado de la carretera, saltando el vallado, y esperé la noche para entrar en París. »

Refugiado en casa de dos señoritas, con las que habia entablado una correspondencia desde la Bastilla, y que habian tratado inútilmente de servirle distribuyendo las cartas que les habia enviado, no encontró mas recurso para conservar su libertad, que escribir á M. de Sartine pidiéndole su proteccion. No parece sino que el espíritu activo, la clara inteligencia, y el ingenio industrioso que desplegaba cuando estaba preso, abandonaban enteramente á Latude, tan luego como se hallaba en libertad. No contento con haber llamado sobre sí la atencion de M. de Sartine, que ya estaba muy cuidadoso, no encontró nada mejor que hacer que ir él, fugitivo, á Fontainebleau para visitar á M. de Choiseul y á M. de la Vrillière, ambos ministros, y recomendarse á ellos. Lo arrestaron, por supuesto, y volvió á Vincennes, donde fué encerrado en un calabozo llamado el *agujero negro*. En 1775, fué transferido á Charenton, y puesto en libertad en 1777, por un acta que lo desterraba á Mon-



Grité yo mismo : ¡A ese! ¡al ladrón!

tagnac, su país natal. Retardó algún tiempo su partida, pero al cabo salió para su destierro, y á unas cincuenta leguas de París lo arrestaron de nuevo, y fué llevado á Bicetre. Tenia entonces cincuenta y tres años, y desde los veinte y cuatro, pocas horas habia pasado fuera de los calabozos. En fin, en 1784, Mme. Necker tuvo bastante influencia para hacerlo poner definitivamente en libertad.



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



(1771.)

El conde Beniowski, magnate de Hungría y de Polonia, fué hecho prisionero por los rusos y deportado á Kamtchatka. Al día siguiente de su llegada á la pequeña ciudad de Bolsha ó Bolcherietzkoí, que le habian señalado como residencia, habia reunido ya á siete de sus compañeros de destierro en un complot de evasión. No se trataba por entonces mas que de procurarse un navío para huir; pero mas tarde, las cosas debian seguir una marcha del todo diferente. Beniowski no tenia treinta años; á las ventajas físicas de la fuerza, la habilidad y la elegancia, reunia una instruccion bastante sólida, que le colocaba en primera línea entre sus compañeros, y se hizo naturalmente su jefe. El gobernador le encargó dar lecciones de lenguas á sus tres hijas, y la menor llamada Aphanasie, quedó prendada de su maestro, que se sirvió hábilmente de su pasion para llevar á buen fin sus proyectos.

El número de conjurados, en un principio poco considerable, se aumentó bien pronto; pero tuvieron que vencer muchas dificultades. Beniowski y sus adictos tenian necesidad de dinero para su empresa, y sobre este punto la casualidad y la avaricia de sus guardianes los ayudó felizmente. Los tres personajes principales de Bolsha eran el gobernador, el canciller y el hetman de

los cosacos. Los dos últimos, habiendo reconocido la habilidad de Beniowski en el ajedrez, idearon hacerle jugar con los ricos negociantes del país, á los que ganaba casi siempre. En el interés de su empresa, se vió obligado á prestarse á esta maniobra contra la bolsa de los convidados del hetman y del canciller, que tomaban la mayor parte de la ganancia: luego hubo que hacer otra parte para el gobernador. A pesar de esto, la caja de los conjurados contenia ya doce mil rublos próximamente, cuando el despecho de un jugador estuvo á punto de perderlo todo.

Un comerciante llamado Casarinow, que habia perdido sumas crecidas á este juego, regaló á Beniowski cierta cantidad de azúcar envenenada. El 1º de enero de 1771, los principales conjurados se habian reunido para tomar el té, y tan luego como probaron un poco, sintieron horribles dolores de entrañas. Uno de ellos murió la misma noche; los otros, escapados como por milagro, probaron el azúcar en algunos animales, y reconociendo quién era el culpable por las cualidades venenosas del azúcar, le denunciaron al gobernador. Se llamó á Casarinow y el gobernador le propuso, en presencia de una numerosa reunion, tomar una taza de té, lo que aceptó. — « Ved qué buen corazon tienen estos desterrados, dijo el gobernador haciendo ofrecer azúcar á Casarinow; me han regalado ayer ese pan de azúcar, que ellos habian recibido como un presente. » Casarinow palideció, se quejó de un mal súbito, y queria retirarse; pero le detuvieron, y sucumbiendo ante la evidencia, dijo que habia querido hacer perecer á Beniowski para castigarle del complot que tramaba para armar á los desterrados, apoderarse de un navío, y salir con ellos de Kamtchatka: un conjurado llamado Pianitsin se lo habia revelado todo. El gobernador, muy irritado para tener en cuenta esta inculpacion, hizo encerrar á Casarinow, y dió

orden al canceller de proceder á la confiscacion de los bienes del culpable y á su envio á las minas, conforme á la ley contra los envenenadores. Pero Beniowski habia asistido á la escena oculto en un gabinete; porque la ley prohibia á los funcionarios y aun á los simples ciudadanos el contacto con los desterrados: se ha visto cómo la observaban, pero sin embargo, algunas veces se cumplia en las circunstancias oficiales. Habia, pues, escuchado la declaracion de Casarinow, y volviendo á su habitacion, reunió á los conjurados y les denunció la traicion de Pianitsin que estaba presente. La asamblea le condenó por unanimidad, y se le concedieron tres horas para prepararse á la muerte. Un sacerdote que era del complot, se quedó solo con él, y por la noche fué conducido fuera del pueblo y fusilado.

Algun tiempo despues, las autoridades recordaron la deposicion de Casarinow; pero se buscó en vano á Pianitsin, y se dedujo que Casarinow habia hecho una falsa declaracion para justificarse.

No podemos contar detalladamente las diferentes peripecias de esta historia de cuatro meses, en que el complot fué varias veces descubierto. Los conjurados debieron su salvacion á la presencia de espíritu de su jefe, y sobre todo á la inepticia ó corrupcion de sus guardianes. Poco faltó, sin embargo, para que ellos mismos lo perdiesen todo, por sospechas infundadas contra Beniowski. Algunos dias despues del asunto Casarinow, la pobre Aphanasie, en presencia de su padre y de una infinidad de convidados, declaró su pasion por el conde. Gran furor del padre, que se calmó al momento, cuando le hicieron observar que de él dependia la libertad de Beniowski; así todo se arregló. Beniowski se encontró en favor, mas que nunca, y fué declarado libre al momento. El rumor cundió en seguida, y cuando Beniowski volvió á su habitacion encontró á cuatro de los conjurados que le intimaron con

aspecto sombrío, se trasladase á la asamblea general. Fué, y al entrar vió la puerta guardada por dos hombres sable en mano; en medio de la habitacion habia una mesa y encima una copa de veneno. Le acusaban de haber adquirido su libertad vendiendo á sus compañeros. Se justificó fácilmente, y su acusador fué el primero en abrazarle con efusion, reprochándose haber dudado de él. Beniowski obtuvo del gobernador que todos los desterrados fuesen declarados libres, y que pudiesen trasladarse juntos al pais de Lopattka para formar una colonia. Pero en tanto que adelantaba así hácia su objeto, la mujer del gobernador, Mad. Nilow, insistia para que el matrimonio de su hija se verificase lo mas pronto posible: por otra parte, uno de los conjurados, llamado Stephanow, se enamoró de Aphanasie, y los celos le trastornaron hasta el punto que quiso matar á Beniowski, y casi reveló el complot. Se le intimidó con un simulacro de juicio, y fué perdonado, aunque se aseguraron de su persona.

En efecto, los conjurados estaban perfectamente organizados; tenian armas y municiones, y en fin, á pesar de muchos obstáculos, no esperaban mas que la ruptura de los hielos para embarcarse en un buque preparado por uno de sus adictos, cuando nuevas sospechas hicieron á las autoridades mas desconfiadas. Beniowski, reconociendo por numerosos datos que todo podia comprometerse de un momento á otro, suplicó á la jóven Aphanasie, que estaba en el secreto, que le enviase un pedazo de cinta encarnada en caso de gran peligro. Todos los conjurados estaban prontos y armados. Al dia siguiente, Aphanasie envió la cinta encarnada, y el gobernador expedia al mismo tiempo á un sargento para convidar á almorzar á Beniowski. Puede pensarse, si el aviso de la hija le dejaria con deseos de aceptar el convite del padre. Pretestó una indisposicion y dejó la vi-

sita para el día siguiente. El sargento cometió la san-
dez de decirle que si no iba voluntariamente, sería
llevado por la fuerza, y Beniowski le respondió que si
le encargaban otra vez de semejante mensaje, tuviese
buen cuidado de irse á confesar antes de cumplirlo.

A las doce del día llegó el hetman y fué recibido cor-
tesmente; pero su aire confidencial, sus protestas amis-
tosas, y todos sus manejos, bastante inhábiles, es cierto,
todo quedó defraudado ante el buen sentido de Beniows-
ki. A su negativa de ir al fuerte, el pobre hetman se
encolerizó y le amenazó con sus cosacos. Beniowski se
rió en sus barbas, y el hetman furioso llamó á sus sol-
dados, pero á un silbido de Beniowski aparecieron cinco
de sus compañeros, y el hetman y los dos cosacos fueron
desarmados y encerrados en lugar seguro.

A las cinco, el gobernador envió un mensaje en que
aconsejaba á Beniowski que recurriese á la clemencia
del trono, y le amenazaba con la pena capital si no po-
nia al hetman en libertad. El conde respondió por es-
crito para entretener al gobernador, y sin embargo, hizo
apresar, á falta del canciller, que no pudo haberse, á su
sobrino y á otros dos individuos cuyos consejos temía.
El primer encuentro se había verificado y estaban rotas
las hostilidades.

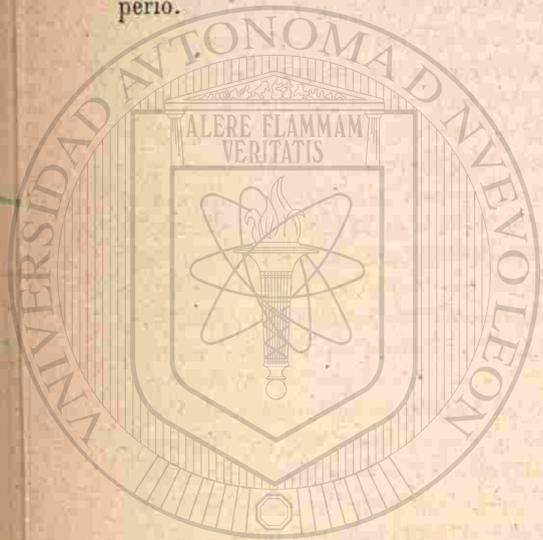
Al día siguiente el gobernador mandó cuatro hombres
y un cabo para arrestar al conde, que se apoderó de ellos
sin disparar un tiro, bajo pretexto de darles de beber, y
los encerró en su bodega. Poco despues adelantaba hácia
su casa, que había convertido en fortaleza, un destaca-
mento al que mató tres hombres y los otros huyeron.
Entonces enviaron un destacamento con un cañon. El
oficial que lo mandaba dejó que Beniowski se acercase á
quince pasos, bajo pretexto de parlamentar; llegados á
corta distancia los conjurados hicieron fuego, sus ene-
migos huyeron ó se tiraron por tierra, y el cañon pasó

al poder de la insurreccion. Entonces, todos los conjura-
dos se reunieron en un cuarto de hora; el cañon les sir-
vió para abrirse paso hasta el fuerte, y el centinela,
viéndolos llegar con la pieza, les tomó por el destaca-
mento que la había sacado por la mañana, y bajó el
puente levadizo. Beniowski y los suyos entraron en el
fuerte, y el conde corrió á las habitaciones del goberna-
dor para salvarle; pero este le asestó un tiro, le saltó al
cuello, y Beniowski se iba á ver en la necesidad de usar
de sus armas, cuando otro conjurado rompió de un pisto-
letazo el cráneo del infeliz gobernador y libertó al
conde. Sin embargo, había llegado la noche, y los cosa-
cos marchaban hácia el fuerte para asaltarlo; felizmente,
las escalas eran cortas, y el fuego de sus fusiles sirvió
de blanco á los cañones de los conjurados, que hicie-
ron mucho daño á los sitiadores, sin perder un solo
hombre.

Al día siguiente, los desterrados encerraron en la igle-
sia del pueblo á las mujeres y los niños, en número de
1,000 personas próximamente, y significaron á los cosa-
cos que sitiaban el fuerte, que si no se sometian á ellos
deponiendo las armas y dejando rehenes, pegarian fuego
á la iglesia. Los cosacos aceptaron estas condiciones, y
los conjurados quedaron dueños de la plaza. Habian per-
dido nueve hombres, y siete de entre ellos estaban he-
ridos gravemente.

Algunos días despues, los desterrados se apoderaron
de la corbeta de guerra *San Pedro y San Pablo*. Rindie-
ron los últimos deberes al pobre gobernador; el 9 y el
10 se ocuparon en cargar el navío, y los rehenes fueron
enviados á la ciudad, exceptuando el secretario de la
cancillería que hicieron cocinero del buque, para casti-
garle de sus maldades pasadas. Era una gran impruden-
cia, pero los desterrados no tuvieron que arrepentirse,
segun parece. En fin, el 11, Beniowski montó á bordo,

enarbó el pabellon de la Confederacion de Polonia, que saludaron las salvas de los cañones de la corbeta, y salió de Kamtchatka, no como un prisionero que se evade, sino como un soberano que recorre su imperio.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL

EVASION DE DOCE SACERDOTES SALVADOS POR GEOFFROY SAINT-HILAIRE

(SETIEMBRE DE 1792.)

El 13 de agosto de 1792, Haüy, Lhomond y los demás profesores del colegio del Cardenal Lemoine, fueron presos como sacerdotes no juramentados, y detenidos en el seminario de San Fermin, convertido en prision. Cerca de allí vivia un jóven estudiante que debía ser en breve una de las glorias de Francia: Geoffroy Saint-Hilaire. Habia estudiado en el colegio del Cardenal Lemoine, y tan amante de sus maestros, como apasionado por la ciencia, sin cuidarse del peligro que él mismo corria en aquella época de reaccion espantosa, resolvió salvar á Haüy y á sus compañeros de infortunio. Despues de muchos pasos, determinó á los miembros de la Academia de ciencias á reclamar en favor de Haüy. Esta reclamacion fué oída, y se acordó una orden de libertad, la cual llevó Geoffroy precipitadamente; y algunos dias despues Haüy obtuvo para Lhomond la libertad que Geoffroy y la Academia habian conseguido para él.

Pero varios colegas de Haüy quedaban aun encerrados. Se estaba en vísperas de los asesinatos de setiembre, y aunque nada conocia el público oficialmente de estos proyectos insensatos, despues del manifiesto de Brunswick, se esperaba algo terrible.

Geoffroy, queria arrancar á toda costa del peligro á sus maestros. El 2 de setiembre, en el momento en que habian empezado los asesinatos en la Abadía y en la Force, tomó el traje de un comisario de cárceles, y logró llegar hasta los presos y manifestarles los medios que habia preparado para facilitar su evasión.

— No, respondió uno de ellos, el abate de Keranran, no; no dejaremos á nuestros hermanos, pues su pérdida seria mas segura.

Esta sublime negativa desconsoló á Geoffroy sin desanimarle. Llegada la noche, se dirigió á San Fermin llevando una escala, y se apostó en un ángulo, que como hombre previsor, habia indicado al abate de Keranran y á sus compañeros. Ocho horas pasaron sin que se presentase nadie; al cabo apareció un sacerdote y en breve quedó fuera del fatal recinto; siguieron otros, y uno de ellos, queriendo franquear la muralla con mucha precipitacion, cayó por tierra fracturándose un pié: Geoffroy le tomó en brazos y le condujo á un gran almacén que habia cerca de allí. Corrió luego al puesto que su abnegacion le habia señalado, y otros sacerdotes bajaron con su ayuda. Doce víctimas habian sido arrancadas á la muerte, cuando un tiro disparado desde el jardín sobre Geoffroy le rozó la cabeza. Estaba en aquel entonces en la parte superior de la muralla y, entregado á su generosa ocupacion en cuerpo y alma, no notaba que el sol habia aparecido. Fuerza fué que bajase, y se alejó alegre y desesperado á la vez, pues los que se quedaron en la prision no debian volverle á ver. (*Vida de Esteban Geoffroy Saint-Hilaire*, por Isidoro Geoffroy.)

DE CHATEAUBRUN.

(1794.)

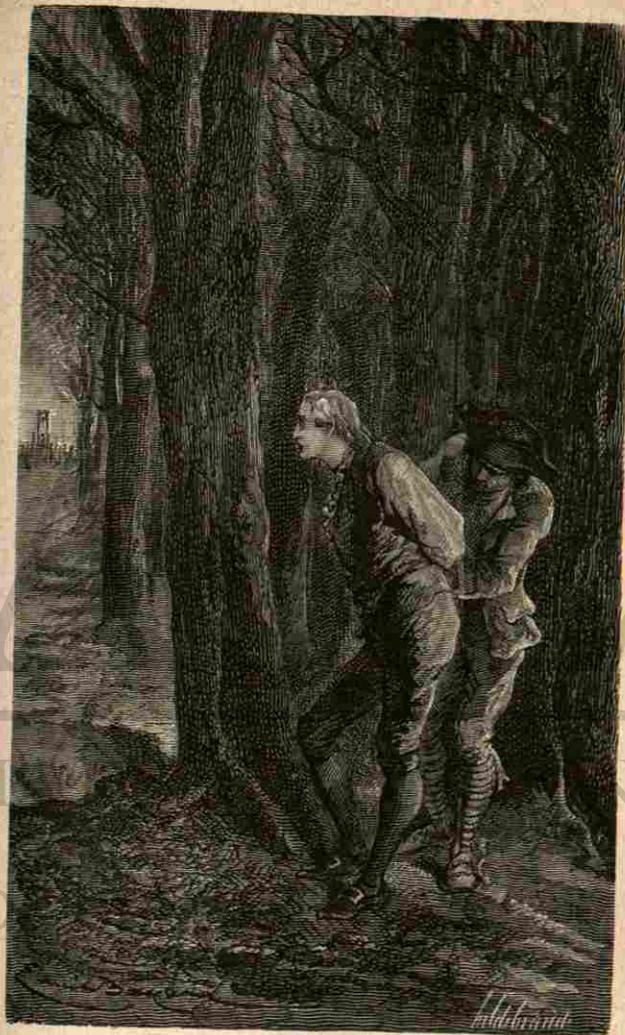
M. de Vaublanc cita el hecho siguiente en sus *Memorias*:

« Un gentilhombre, llamado de Chateaubrun, habia sido condenado á muerte por el tribunal revolucionario; y se le vió subir en el carro fatal y conducir á la plaza de la Revolucion, lugar de las ejecuciones. Despues del Terror, uno de sus amigos, que le habia visto llevar á la muerte, le encontró en una de las calles de Paris: lanzó un grito de admiracion; y no pudiendo creer á sus propios ojos, le pidió la explicacion de tan extraño suceso. Se la dió, y yo la sé por su amigo.

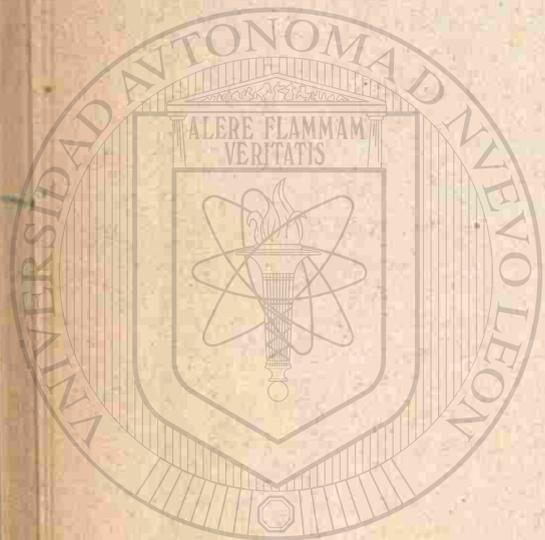
» Fué llevado al patíbulo con otras veinte víctimas desdichadas. Despues de doce ó quince ejecuciones, se rompió una parte del horrible instrumento, y se hizo venir á un obrero para repararlo. El condenado estaba con las otras víctimas alrededor del cadalso, con las manos atadas á la espalda. La reparacion fué larga; el dia empezaba á caer y la numerosa concurrencia estaba mas atenta al trabajo que se hacia en la guillotina, que á las víctimas que esperaba la muerte, y todos, aun los mismos gendarmes, tenian la vista fija en el patíbulo. Resignado, pero débil, el condenado se dejó caer sobre las personas que tenia detrás, que cediendo al peso de su cuerpo le hicieron sitio maquinalmente; otras hicieron lo mismo, observando el espectáculo que caufaba su

atención. Insensiblemente se encontró en las últimas filas de la multitud sin haberlo intentado ni pensado siquiera.

» Una vez el instrumento reparado, empezaron los suplicios y se aceleró el fin. Una noche oscura dispersó á los verdugos y á los espectadores. Arrastrado por la masa de gente se admiró de su situación en un principio, pero pronto concibió la esperanza de salvarse. Se trasladó á los Campos Elíseos, y dirigiéndose á un hombre que le pareció un obrero, le dijo riendo que algunos camaradas le habían atado las manos á la espalda, tomándole el sombrero y diciéndole que fuese á buscarlo. Suplicó al obrero que cortase las cuerdas, y este, que tenía un cuchillo, lo hizo riéndose de la aventura que le contaban. M. de Chateaubrun le invitó á comer en una de las tabernas que hay en los Campos Elíseos. Durante la comida, fingía esperar que sus compañeros vendrían á devolverle el sombrero, y no viéndolos llegar, suplicó á su convidado que llevase una carta á un amigo suyo á quien pedía un sombrero, pues no quería atravesar las calles con la cabeza al aire. Añadió que aquel amigo le traería dinero, pues sus camaradas le habían quitado también la bolsa jugando con él. El buen obrero creyó todo cuanto le decía M. de Chateaubrun; se encargó del billete y volvió media hora después con el amigo. » (*Correspondencia literaria*, diciembre de 1857. — Extracto de las *Memorias* de M. de Vaublanc.)



El obrero tenía un cuchillo y cortó las cuerdas,



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

SIDNEY-SMITH.

(1797.)

El capitán William Sidney-Smith, después almirante, había sido hecho prisionero en la embocadura del Sena, donde se atrevió á penetrar con los lanchones de su fragata, que se hallaba anclada en el puerto del Havre. Esta empresa pareció tan audaz, que se sospechó que el marino inglés había querido favorecer una tentativa de los monárquicos, y dirigir un peligroso espionaje, y fué tratado sin consideración alguna. Las sospechas sobre el objeto de su misión parecen confirmadas por el hecho de tener como secretario á un emigrado llamado Tromelin, que le acompañaba hacia algún tiempo con la esperanza de ser útil á la causa real. Si la nacionalidad de este hombre se hubiera reconocido, habría sido condenado á muerte, conforme á la ley que entonces regia en Francia, pero el capitán le hizo pasar por criado suyo. En vano pidió la Inglaterra el canje de Sidney-Smith; el Directorio se negó, sabiendo cuán peligroso era este enemigo de la Francia. Encerrado en la Abadía, y luego en el Temple, varias veces estuvo á punto de ser liberado, á pesar de la vigilancia de la policía. Algunas señoras trataron varias veces de hacerle huir, en unión de Tromelin. La esposa de este último, que á lo menos podía invocar el deber como móvil de su conducta, vino á Paris y alquiló una casa cerca del Temple. Un alba-

ñil, ganado á fuerza de oro, abrió una comunicacion entre esta casa y el Temple por los subterráneos, y todo parecia asegurar el éxito, cuando el ruido causado por la caida de algunas piedras dió la alarma. Los prisioneros fueron encerrados en otra parte, y se aumentó la vigilancia. Tromelin, mas feliz que merecia ser un hombre que dirigia las armas contra su patria, fué canjeado, pero Sidney Smith tuvo que renunciar á igual beneficio. Despues del 18 fructidor fué tratado con mas rigor aun, pero se acercaba el momento de su libertad.

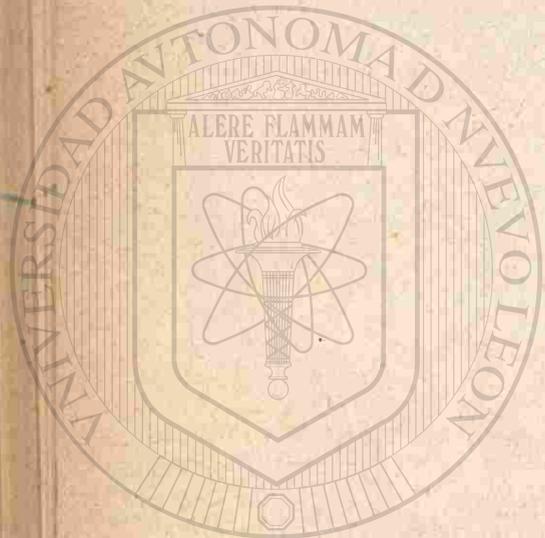
Entre los monárquicos entonces ocultos y conspirando en Paris, habia un oficial de ingenieros llamado Phelippeaux, antiguo rival de Bonaparte en la Escuela militar, y desde entonces su enemigo declarado. Seguramente, sin preveer que dos años despues Sidney-Smith y él se encontrarian en presencia del general Bonaparte en San Juan de Acre, y sin mas fin que perjudicar á la causa republicana, Phelippeaux resolvió libertar al capitán inglés. Se asoció con otros monárquicos, y especialmente con un bailarín de la Opera, llamado Boisgirard, y entablando relaciones con la hija de un calabocero del Temple, por ella logró engañar á su padre. Disfrazado de comisario de cárceles, acompañado por sus cómplices vestidos de gendarmes y de Boisgirard en traje de general, Phelippeaux se dirigió al Temple durante la noche. Boisgirard presentó en la oficina una orden de libertad firmada por el ministro de Relaciones extrangeras, y pidió que le entregasen el prisionero; y comprados, ó engañados por la apariencia, los guardianes y el director de la prision obedecieron. Sidney-Smith fué sacado de su calabozo, y desempeñando perfectamente su papel, fingió sorprenderse, y como hablasen de traslacion momentánea á otra prision, protestó; luego, fingiendo ceder á la fuerza, siguió á sus libertadores y subió en un coche que le condujo á Ruan, desde donde



Sidney-Smith fingió sorprenderse.

pasó al Havre inmediatamente. Allí logró hacerse conducir á bordo del navío inglés el *Argo*, que le trasportó á Londres.

El capitán inglés Brenton asegura en su *Historia de la marina*, que sabe positivamente que 3,000 libras esterlinas (75,000 francos), dadas por el gobierno inglés, habían abierto las puertas de la prisión á Sidney-Smith, y allanado todos los obstáculos hasta la costa. Añade que lord Saint-Vincent (Jervis), le certificó haber visto la orden del tesoro.



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

PICHEGRU, RAMEL, BARTHELEMY, DE LARUE, ETC.

(1797.)

Después de la jornada del 18 fructidor, un cierto número de hombres de los que habían tomado parte en los motines contrarrevolucionarios, fueron deportados á la Guyana. Todos pertenecian mas ó menos íntimamente al partido realista, y entre ellos figuraban Pichegru, uno de los mas grandes soldados y de los peores ciudadanos que ha producido la Francia; Barthelemy, miembro del Directorio; Ramel, ayudante general comandante de los granaderos del Cuerpo legislativo; de Larue, miembro del Consejo de los Quinientos; Aubry, Villiot, generales, etc., que fueron de los primeros arrestados. A estos nombres de partido conviene añadir el de Letellier, criado de Barthelemy, que pidió como una gracia y obtuvo seguir á su amo á la prision, le acompañó en el destierro y murió víctima de su abnegacion.

En Cayena y en Sinnamary los diputados vieron sucumbir á las influencias del clima á varios de sus compañeros, y para escapar á la misma suerte resolvieron evadirse y pasar á la Guyana holandesa.

Nos encontramos en presencia de dos narraciones muy diferentes: la de Ramel, que publicó cuando volvió á Londres el *Diario* de su evasion, y la de Larue, que mucho tiempo después, bajo la Restauracion, escribió una *Historia del 18 fructidor*, en que se relata dicha

evasion. Bajo el punto de vista que nos interesa, el diario de Ramel no es mas, segun todas las probabilidades, que una novela, y la narracion de de Larue, mucho mas sencilla, parece ser la expresion de la verdad. Damos una y otra, empezando por la primera.

« Nos paseábamos con frecuencia, — dice Ramel, — por la muralla, á lo largo del rio: mirábamos suspirando la costa del Este, pero no veíamos nada ni en las aguas ni en los bosques que pudiese inspirarnos una idea favorable. Al pié del bastion, fuera del fuerte y en la orilla del rio, habia una lancha que servia para transportar al reducto de la Punta la guardia entrante y traer la saliente. Esta lancha con sus aparejos, estaba consignada al centinela que habia en el ángulo del bastion, dentro del cual se hallaba el cuerpo de guardia. Muchas veces habíamos mirado la lancha con el deseo de apoderarnos de ella; pero solo poco á poco, é impulsados por la desesperacion, nos acostumbramos á la idea de lanzarnos en alta mar en tan ligero esquife: ninguno de nosotros sabia conducir un barco y mucho menos aquella especie de piragua, que se maneja difícil y peligrosamente. No teníamos aguja de marear, y debíamos fiarnos á algun indio ó á algun marinero. »

La primera tentativa quedó defraudada. Pichegru trató de seducir á un indio que iba á vender las legumbres al fuerte, y este esparció las sospechas que habia concebido por lo poco que oyó. Una persona que se hallaba en el fuerte, y que Ramel no designa de otro modo, les dió preciosos informes sobre el camino que debian tomar y las medidas propias para llevar su fuga á buen fin. Se procuraron pasaportes con nombres supuestos, y dejaron madurar sus proyectos, ocultándolos cuidadosamente á sus compañeros de infortunio que no eran del complot, y entre los que habia algunos que les inspiraban una desconfianza muy fundada.

Un capitán corsario llamado Poisvert capturó un buque americano mandado por un cierto Tilly, que era propietario del cargamento, y llevó á Sinnamary su presa, encerrando en el fuerte al equipaje americano y á su capitán. Este se apresuró á verse con Pichegru, Ramel y los otros compañeros, para darles noticias de sus familias y amigos. Venia á buscarlos á Sinnamary para hacerlos evadirse en su buque, cuando el corsario, con el que no contaba, había terminado bruscamente su empresa. Le dijeron sus proyectos y le enseñaron la piragua. Después de haber tratado de demostrarles la imposibilidad de entrar en alta mar y hacer una navegación de varios días en semejante embarcación, viéndolos resueltos á perecer antes de permanecer por más tiempo en Sinnamary, el bravo Tilly quiso asociarse á su suerte y les dijo: — « Lo abandono todo por salvaros; llevaré conmigo á mi piloto Barrick, y partiremos juntos. » Todo estaba convenido cuando se supo que Tilly iba á ser trasladado inmediatamente á Cayena. Partió pues, dejándoles á Barrick, su piloto, para reemplazarle. Pero temían la vigilancia y la delación.

« Barrick desapareció, por lo tanto, y permaneció oculto en los bosques vecinos durante treinta y seis horas, subido en un árbol para librarse de las serpientes y los caimanes. Se había convenido que al día siguiente, 3 de junio, á las nueve de la noche, se encontraría en la orilla del río, debajo del bastión, y saltaría en la piragua tan luego nos viese aparecer. »

Todo parecía favorecer á los fugitivos; el capitán Poisvert daba una comida al comandante del fuerte, á bordo del buque americano, y el vino empezó á correr á torrentes en el fuerte como en el buque: soldados, oficiales, y aun los mismos deportados estaban en la fiesta. Todos estuvieron ebrios bien pronto, salvo los ocho

conjurados que se contentaron con fingir la embriaguez y disputar entre ellos para desviar las sospechas.

« La noche se acercaba y vimos entrar en su casa al comandante Aimé, del todo ebrio, que traían como muerto. El silencio había sucedido á los cantos y gritos de los bebedores; los soldados y los negros estaban acostados por tierra, olvidado el servicio y abandonados los cuerpos de guardia.

» Por fin sonó la última hora de nuestra permanencia en Sinnamary: á las nueve, Dossonville que velaba, nos avisó. Salimos y nos dirigimos hácia la puerta del fuerte; el puente no estaba aun levantado. Todo dormía con profundo sueño. Subí con Pichegru y Aubry al bastión del cuerpo de guardia y fui derecho al centinela; era un miserable tambor que nos había causado todos los trastornos posibles; le pregunté la hora que era, y cuando levantó la cabeza para observar las estrellas, le así por el cuello. Pichegru le desarmó y le arrastramos tapándole la boca para que no gritase; estábamos en el parapeto, el soldado se resistía vivamente, y escabulléndose de nuestras manos cayó en el río. Nos reunimos á nuestros camaradas al pie de la muralla, y no viendo á nadie en el cuerpo de guardia, tomamos cartucheras y fusiles, y saliendo del fuerte fuimos derechos á la piragua, en la que nos ayudó á subir Barrick que ya estaba allí. Barthelemy, enfermo y menos ágil que nosotros, se dejó caer hundiéndose en el fango, pero el vigoroso brazo de Barrick le sacó de allí y le colocó en la piragua y se cortó la amarra. Barrick llevaba el timón, y nosotros inmóviles y silenciosos nos dejábamos arrastrar por la corriente, que empujaba el ligero esquife; escuchamos, y solo el murmullo de las aguas y la brisa de tierra que en breve hinchó la vela, fué lo que oímos; al cabo, perdimos de vista la tumba de Sinnamary.

» Cuando nos acercamos al reducto de la Punta, que teníamos que pasar, amainamos la vela para ser menos visibles. Sabíamos que los ocho hombres de guardia del reducto habían recibido una buena parte de las larguezas del capitán Poisvert, y que debían haberse embriagado como sus camaradas. No fuimos vistos, la marea nos llevó al lado opuesto de la barra, dejamos á la derecha el navío de nuestro buen amigo Tilly, pasamos al lado de la goleta *Victoria*, que había llegado de Cayena, y que sabíamos mandaba el capitán Brachet, á quien nuestra fuga ha debido causar gran placer, y que seguramente no se hubiese opuesto á ella.

» La brisa refrescaba y el mar estaba hermoso y sereno; pero corriendo al largo, nos podíamos perder, y si seguíamos la costa muy de cerca, podíamos estrellarnos contra los escollos de que está erizada hasta Iracoubo. De pronto salió la luna como para iluminar nuestra marcha, y este momento fué delicioso; nos felicitamos y dimos gracias á la Providencia y á nuestro generoso piloto Barrick, que estaba en un estado espantoso, todo hinchado por las picaduras de los mosquitos.

» Bogábamos felizmente hacia dos horas, cuando oímos tres cañonazos, dos del fuerte de Sinnamary y uno del reducto de la Punta: poco despues, el puerto de Iracoubo repitió los tres cañonazos; y de consiguiente no podíamos dudar que nuestra fuga estaba descubierta; pero no temíamos la persecucion directa de Sinnamary, donde no habia un solo barco que pudiese botarse al mar; además les llevábamos mucha ventaja.

» Lo único que podíamos temer era el destacamento de Iracoubo, que sabíamos constaba de doce hombres. No podían venir á nuestro encuentro, es verdad, sino en un barco poco mas ó menos como el nuestro, con ocho ó diez hombres. Continuamos costeano, preparando las armas y determinados á defendernos si éramos atacados,

ó si trataban de cerrarnos el paso bajo el fuerte de Iracoubo.

» A las cuatro de la madrugada, se oyeron de nuevo dos cañonazos hácia el Este, y al momento contestó otro casi á nuestro lado. Estábamos delante del fuerte; era aun de noche y nadie apareció; marchábamos bien, y cuando amaneció soplabá el viento de Iracoubo. No teníamos que temer ya el ser perseguidos, y no quedaba mas que vencer los peligros del mar.»

En una embarcacion tan pequeña y ligera, que las olas llenaban á cada momento y que tenían que vaciar con una calabaza, los fugitivos estaban en continuo é inminente peligro. Un brusco movimiento de Ramel, al querer coger su sombrero que cayó al mar, estuvo á punto de hacer zozobrar la piragua; y Pichegru, que había sido nombrado capitán por unanimidad, dió una severa reprimenda al imprudente. Sin brújula ni instrumentos para dirigirse y conocer el camino, sin víveres, pues toda la reserva se reducía á dos botellas de rom, tuvieron que soportar el hambre durante dos dias, si ha de darse crédito á la relacion de Ramel. Su fuerza moral los sostuvo sin embargo, y aun fué motivo de risa para ellos las privaciones que se vieron obligados á soportar.

Despues de haber sido cañoneados por el fuerte de Orange, que quería hacerles enarbolar su pabellon, fueron lanzados á la costa por una tempestad. Al siguiente dia, algunos soldados holandeses fueron á reconocerlos; y ciertas dificultades que en un principio se presentaron para su admision en el territorio holandés, fueron al fin vencidas, y se vieron acogidos y socorridos por la mas generosa hospitalidad. (*Diario del ayudante general Ramel.*)

Segun de Larue, los deportados gozaban en Sinnamary de gran libertad; podían recorrer el país y cazar

en ciertas comarcas, pues les permitian escopetas y municiones. El puerto de Sinnamary, guardado por una guarnición escasa, nada tenía que lo asemejase á un fuerte; era una pobre aldea de pescadores, indios y criollos, y la piragua que sirvió para la evasión, pertenecía á un hombre de origen alemán, que los deportados conocían porque se entregaba con esta embarcación al cabotaje entre Surinam y Cayena. El gobierno creyó que semejantes condiciones no ofrecían gran seguridad contra los deportados, y se decidió que serían trasferidos á una parte de la Guyana mucho mas insalubre. Entonces fué cuando resolvieron evadirse, ayudados por los consejos de Tilly, que no pudo acompañarlos porque le trasladaron á Cayena, y de Barrick, su contramaestre. Una tarde se fueron tranquilamente con sus armas de caza al bosque en que los esperaba Barrick, y sin todas esas circunstancias novelescas de orgía de que habla Ramel; no tuvieron que desarmar ningun centinela, y sí solo ayudar á un negro que no sabía qué hacer para apoderarse de una tortuga gigantesca. La piragua contenía provisiones poco abundantes, es cierto, pero no se habían consumido aun cuando desembarcaron en las posesiones holandesas. Por lo tanto no sufrieron hambre ni sed durante ocho días, como asegura Ramel; no oyeron los repetidos cañonazos que advertían su evasión, y en fin, se fugaron sin la mayor parte de los episodios con que Ramel creyó deber exornar su relato. (De Larue, *Historia del 18 fructidor*, 1821.)

EL CORONEL DE RICHEMONT.

(1809.)

En 1807 el baron de Richemont, coronel francés, fué apresado por un corsario inglés con el navío que le conducía á Europa desde la isla de Francia. Se le asignó por residencia la ciudad de Chesterfield. Hacia diez y ocho meses próximamente que Richemont estaba en Inglaterra; se habia rechazado toda proposición de canje, y su cautiverio parecia deber prolongarse indefinidamente, cuando una mañana leyó en un periódico una noticia que le causó una impresion profunda.

«Acababa de leer repetidas veces, dice en sus *Memo-rias*, que el coronel Crawford se habia fugado de Verdun donde estaba prisionero bajo palabra, y no queriendo tomar el mando de su regimiento sin que aprobasen su conducta, habia reclamado pasar por un consejo de guerra, el cual declaró que estando detenido prisionero contra el derecho de gentes, habia obrado legítimamente rompiendo la pretendida obligacion que se le habia impuesto. Este artículo me absorbió por completo y lo leí una y otra vez con profunda atencion. Encontré los detalles de su evasión, es decir, el medio que le habia sugerido el sentimiento de su derecho, segun su apreciacion, y el ardor que habia empleado para asegurar sin peligro el éxito de su empresa. Habia solicitado del gobierno francés el permiso de ir á tomar las aguas de

Spa, bajo promesa de volver á constituirse prisionero en Verdun, y aprovechó este favor, concedido con la confianza que inspira la palabra de un hombre de honor, para volverse á Inglaterra. Pueden adivinarse todas las ideas que este suceso suscitó en mi imaginación. Yo también estaba detenido contra el derecho de gentes, y mi posición era más clara que la del coronel inglés, pues una sentencia del alto tribunal del almirantazgo había proclamado la neutralidad del buque en que fui hecho prisionero. Había protestado oficialmente contra la iniquidad de mi detención, y seguramente, no podía valerme del pretexto de un viaje para favorecer mi fuga. Pero, como he dicho, debía considerarme libre de todo compromiso por la declaración del tribunal que pronunció la absolución del coronel Crawford, y no podía detenerme el más mínimo escrúpulo de delicadeza. »

Una vez tomada su resolución, Richemont se asoció un francés, oficial de marina, que le había propuesto ya fugarse. Cuando su plan estuvo combinado, escribió una carta á los miembros del *Transport-Office*, declarándoles la intención de salir de Inglaterra, y exponiéndoles los motivos, basados sobre el veredicto del jurado inglés que á ello le determinaban.

« Esta carta, echada al correo dos horas después de mi partida de Chesterfield, estaba en manos de los miembros del *Transport-Office* el mismo día que entré en Londres; y no salí de Inglaterra hasta una semana después. Les dí, pues, el tiempo suficiente para hacer las pesquisas necesarias; pero, en buena ley, no debían esperar á que fuese yo mismo á entregarme, fiando en su problemática rectitud y en la justicia de mi causa. »

Los dos fugitivos, que se hacían pasar por españoles, y tenían el bolsillo bien provisto, llegaron felizmente á Londres, y partieron al instante en silla correo para Folkestone, donde había un cierto contrabandista, sobre

quien Richemont había recogido de antemano informes positivos. Tan luego como llegaron, se trasladó á su casa.

« Llamé, me abrieron y entré; la joven que me había abierto la puerta me condujo á un gabinete muy decente y amueblado con gusto, donde encontré á mi hombre solo y fumando la pipa delante de un vaso de ponche. Le saludé con una inclinación de cabeza y pregunté si tenía el honor de hablar á maese W. G. — « *Yes, sir*, me contestó. *I am the man.* » Entonces, yendo á mi asunto sin rodeos, le dije que éramos dos franceses que habíamos contado con él para volver secretamente á Francia. — « ¿Por quién me tomáis? gritó con colérico acento. — Maese, continué, no nos alteremos y hablemos con calma; si teneis después que quejaros de mí, libre sois de hacer lo que os plazca, pero ante todo escuchadme. Somos dos *gentlemen* honrados y discretos que deseamos tratar amistosamente con vos, y debo decir que he tomado mis precauciones para obligaros, en caso necesario, ó haceros pagar cara una negativa, pues me he procurado todos los documentos y testimonios que establecen con claridad, que en tal época habeis ido á Chesterfield para buscar al capitán X... que llevásteis en vuestra silla de posta, tuvisteis oculto muchos días en vuestra casa, y le transportásteis en fin al otro lado del estrecho. Ahora bien, tengo cien hermosos *pounds* (libras) que ofreceros, y además la gratitud y la amistad de dos hombres de corazón. — Cuando se habla así, me dijo cogiéndome la mano y sacudiéndola bruscamente, uno se hace servir en todos los países del mundo. Me place vuestro trato, porque hay franqueza y resolución en vuestras palabras. Sed bien venido, pues yo soy el hombre que os hace falta, y os juro que conservareis un buen recuerdo de mí. Descuidad, nosotros somos los dueños del mar, y no *the ships of the royal navy.* — Es

cierto, contesté estrechándole la mano cordialmente. Asunto concluido, añadí; ahora tenemos que entendernos para la ejecución. » Entonces le dí las señas de la casa donde habíamos parado, pero confiando en su experiencia, le dije que nos poníamos en sus manos, pues lo importante era poder esperar con seguridad un tiempo favorable, y proveer á todo durante nuestra residencia. — « Muy bien, dijo el contrabandista, todo se hará y bien. Venid á buscarme aquí á tal hora de la noche, y os conduciré á un sitio seguro, donde podreis beber, fumar y dormir cómodamente sin ocuparos de nada. »

» A la hora indicada nos presentamos en casa del *smuggler* (contrabandista), que nos estaba ya esperando. Deposité en sus manos los cien *pounds* convenidos, y le dije que debía esperarse á ver fijar por las esquinas un anuncio del *Transport-Office*, ofreciendo una recompensa al que nos entregase. — « *Never mind*, exclamó con viveza; aunque me ofreciesen la corona de Inglaterra, no se reprochará nunca á W. G. una traición ni una cobardía. »

» Nos pusimos en marcha y entramos en una casa de muy pobre apariencia, verdadero antro de contrabandistas, casa con treinta y seis puertas ó trampas. Aun cuando hubiese venido á prendernos toda la policía inglesa, siempre hubiéramos tenido probabilidades de escaparnos por la décima ó duodécima salida. La casa estaba iluminada y por lo tanto habitada. En efecto, encontramos á una mujer de alguna edad que se nos presentó como nuestra criada y cocinera; vimos un armario que contenía una abundante vajilla, y buena cantidad de carbon para el gabinete y la cocina, instalada á la inglesa con sus hornillos de hierro colado. — « No teneis mas que ordenar, nos dijo maese W.; el mercado está bien provisto; la cerveza, el porter y el vino abundan, y podreis elegir los mejores. » Nos llevó en se-

guida á dos habitaciones, en cada una de las cuales habia una cama, una mesa y algunas sillas. En una habia un escritorio con papel y tintero...

» Instalados y tratados con mas atencion y cuidados que implican los deberes de la hospitalidad, mientras no debíamos pretender hallar otra cosa que la seguridad necesaria en un rincón modesto y aislado, manifestamos nuestro agradecimiento á nuestro libertador estrechándole la mano afectuosamente; y él partió riendo y deseándonos una buena noche.

» Hacia siete ú ocho dias que estábamos allí sin saber cómo distraer el fastidio de la soledad, y con la natural ansiedad que nos causaba nuestra situacion, cuando maese W. se nos presentó muy contento, anunciándonos que el viento era favorable, que seria fijo por algunos dias, ó al menos habia probabilidades de que no cambiase; que á las diez de la noche nos traeria dos vestidos de marinero y nos daríamos en seguida á la vela con buenos auspicios. ¡Qué noticia tan feliz! Hicimos inmediatamente todos nuestros preparativos, y saldamos las cuentas, dando las gracias y remunerando á nuestra cocinera como lo merecia. En fin, despues de satisfacer todas las exigencias de la equidad y de una generosa gratitud, esperamos el momento solemne. Al fin llegó. Nos pusimos sobre nuestro traje el ancho vestido de marinero que nos habian traído, y salimos con una pipa en la boca. Llegamos á la playa donde encontramos una ligera embarcacion de 15 á 16 piés de quilla, sin puente, que botamos al agua. Guindamos el mástil, colocamos la vela y su foque, arreglamos el timón, y subimos con los dos marineros que nos habia proporcionado maese W. Viramos al largo, se hinchó la vela y partimos. En la boca del puerto habia un guardacostas de la aduana que nos distinguió é hizo la señal para venir á plática; pero sin hacer caso alguno, seguimos adelante,

y antes de que hubiesen podido bajar y armar la lancha, estábamos ya lejos, porque nuestro esquife marchaba bien, y la noche nos envolvía en sus espesas sombras. Los cuatro éramos marinos y cada uno tenía su puesto; uno en el timon, otro en la vela, otro delante de la barca, y el cuarto armado de un catalejo de noche, tenía la misión de explorar el horizonte para descubrir el crucero y vigilarlo. Soplabá una buena brisa, y el mar estaba hermoso; así, en menos de dos horas llegamos al cabo Gris-Nez. Seguimos la costa, bajando al sur, y siempre que una batería nos hacía un signo de reconocimiento, contestábamos con una seña amiga, pues estábamos provistos de todas las señales que correspondían con las de la costa. El crucero estaba lejos, y nuestra embarcación, proyectándose en la tierra, escapaba á su vista; además, al primer movimiento sospechoso podíamos tomar tierra en cualquier punto de la costa á pesar de todas sus lanchas.

» Al alba llegamos al pequeño puerto de Vimereux, y salté á tierra inmediatamente. El comandante del puerto que hacía una ronda matinal de vigilancia, llegó en el momento en que yo ponía el pié en tierra. — « Si hubiese estado presente en el puerto, no habríais bajado á tierra, nos dijo con mal humor. — Señor comandante, le respondí, si S. M. el emperador, al que soy adicto en cuerpo y alma, tanto como cualquier francés, hubiese querido vedarme el suelo de la pátria, habría bajado á tierra á pesar suyo y de su valiente guardia, á pesar vuestro y de vuestra guarnición. Soy el coronel Richemont; dad parte á quien corresponda. »

Richemont se trasladó inmediatamente á Boloña. Obtuvo la libertad de los dos marineros ingleses que le habían conducido y los recompensó generosamente. (*Memorias del general Camus, baron de Richemont, correspondencia literaria, febrero de 1859.*)

EL CAPITAN GRIVEL.

(1810.)

Los pontones de Cádiz han dejado en la historia recuerdos tan lúgubres como los de Inglaterra. Los pontones españoles recibieron en un principio los equipajes del almirante Rosily, que refugió en el puerto de Cádiz con cuatro buques, restos de Trafalgar, se vió obligado á rendirse después de una honrosa resistencia contra fuerzas muy superiores. La vergonzosa capitulación de Bailen aumentó singularmente el número de prisioneros condenados á las torturas de estas mefíticas prisiones.

Uno de estos pontones, *Castilla la Vieja*, era sin embargo el privilegiado. Destinado especialmente á los oficiales, que podían vivir regularmente con el sueldo que les pasaban, el ponton *Castilla la Vieja* estaba libre del tifus, y las angustias del hambre no torturaban á los desgraciados prisioneros. Sin embargo, estaban presos y soñaban con la libertad, especialmente cuando acercándose á Cádiz el ejército francés, supieron que sus camaradas acampaban á una hora de distancia de sus calabozos. Muchos proyectos se habían formado y abandonado sucesivamente, porque no reinaba una absoluta concordia entre los prisioneros, que se reprochaban los unos á los otros su *prudencia* ó su *temeridad*, que calificaban con los epítetos mas militares que se conocen.

En fin, el jefe de los *temerarios*, Grivel, entonces capitán de marinos de la guardia, y en la actualidad vicealmirante y senador, convino con sus íntimos que se apoderarian de la primera barca que llegase al ponton con tiempo fresco. El 25 de febrero de 1810, el *Mulo*, pequeña nave española, que llevaba barricas de agua al ponton, llegó al *Castilla la Vieja*. La brisa era favorable; bajo pretexto de ayudar á trasportar las barricas, los jefes del complot bajaron á la embarcacion y se aseguraron de los marineros. Sin pérdida de tiempo se izó la vela y se puso el barco en franquía. Mientras se embarcaban precipitadamente, una chalupa inglesa partió del navío almirante y saludó al barco con una descarga de fusilería; la guardia del ponton respondió á la señal, y en breve, morteros, cañones, fusiles, todo se unió contra el débil barquichuelo. Con una bala habria bastado para romper el mástil ó la verga, pero no sucedió esta desgracia. Un solo hombre pereció y era un marinero... El capitán Grivel y sus compañeros llegaron á los buques mercantes anclados cerca de Cádiz y se parapetaron detrás de ellos. Los esperaban las señales del mas vivo interés. — « ¡Hurra! ¡Hurra! gritaban los equipajes; ¡ánimo, franceses! » Animados con estas pruebas de simpatía, los fugitivos aprovecharon la buena brisa que los impulsaba, y abordaron en el número de treinta y cuatro la costa de Andalucía, despues de una hora de angustias y peligros continuos. El mariscal Soult le hizo los mayores elogios por su conducta valerosa. — « ¡Bah! señor mariscal, respondió el capitán Grivel, lo que hemos hecho, lo hubiera llevado á cabo cualquier marinero. (Francia marítima, tomo III.)

LAVALETTE.

(1815.)

El conde de Lavalette fué arrestado el 18 de julio de 1815, encerrado en la Conserjería, y en breve juzgado y condenado á muerte, por haber tomado una parte activa en la vuelta de Napoleon de la isla de Elba. En vano habia tratado su esposa de ablandar á Luis XVIII, que no quiso renunciar á su venganza; en vano esperó encontrar mas compasiva á la duquesa de Angulema, que la rechazó duramente. « Aniquilada por el cansancio, — dice Lavalette en sus *Memorias*, — se sentó en los escalones de piedra del palacio, y estuvo allí durante una hora con la ilusion de que la dejarían entrar al fin. Allí atraía las miradas de los transeuntes y sobre todo de los que subían al palacio, pero nadie se atrevía á dirigirle una palabra de consuelo. En fin, se decidió á alejarse de aquel sitio y á volver á mi calabozo, donde llegó extenuada y con el corazón despedazado por el dolor. »

Las horas de Lavalette estaban contadas. A fuerza de preguntar á sus guardianes, habia concluido por adivinar que la ejecucion debia tener lugar el jueves por la mañana, y se hallaban en el martes por la noche.

« Mi esposa, dice, vino á las seis para comer conmigo. Cuando estuvimos solos me dijo: — « Parece

En fin, el jefe de los *temerarios*, Grivel, entonces capitán de marinos de la guardia, y en la actualidad vicealmirante y senador, convino con sus íntimos que se apoderarian de la primera barca que llegase al ponton con tiempo fresco. El 25 de febrero de 1810, el *Mulo*, pequeña nave española, que llevaba barricas de agua al ponton, llegó al *Castilla la Vieja*. La brisa era favorable; bajo pretexto de ayudar á trasportar las barricas, los jefes del complot bajaron á la embarcacion y se aseguraron de los marineros. Sin pérdida de tiempo se izó la vela y se puso el barco en franquía. Mientras se embarcaban precipitadamente, una chalupa inglesa partió del navío almirante y saludó al barco con una descarga de fusilería; la guardia del ponton respondió á la señal, y en breve, morteros, cañones, fusiles, todo se unió contra el débil barquichuelo. Con una bala habria bastado para romper el mástil ó la verga, pero no sucedió esta desgracia. Un solo hombre pereció y era un marinero... El capitán Grivel y sus compañeros llegaron á los buques mercantes anclados cerca de Cádiz y se parapetaron detrás de ellos. Los esperaban las señales del mas vivo interés. — « ¡Hurra! ¡Hurra! gritaban los equipajes; ¡ánimo, franceses! » Animados con estas pruebas de simpatía, los fugitivos aprovecharon la buena brisa que los impulsaba, y abordaron en el número de treinta y cuatro la costa de Andalucía, despues de una hora de angustias y peligros continuos. El mariscal Soult le hizo los mayores elogios por su conducta valerosa. — ¡Bah! señor mariscal, respondió el capitán Grivel, lo que hemos hecho, lo hubiera llevado á cabo cualquier marinero. (Francia marítima, tomo III.)

LAVALETTE.

(1815.)

El conde de Lavalette fué arrestado el 18 de julio de 1815, encerrado en la Conserjería, y en breve juzgado y condenado á muerte, por haber tomado una parte activa en la vuelta de Napoleon de la isla de Elba. En vano habia tratado su esposa de ablandar á Luis XVIII, que no quiso renunciar á su venganza; en vano esperó encontrar mas compasiva á la duquesa de Angulema, que la rechazó duramente. « Aniquilada por el cansancio, — dice Lavalette en sus *Memorias*, — se sentó en los escalones de piedra del palacio, y estuvo allí durante una hora con la ilusion de que la dejarían entrar al fin. Allí atraía las miradas de los transeuntes y sobre todo de los que subían al palacio, pero nadie se atrevía á dirigirle una palabra de consuelo. En fin, se decidió á alejarse de aquel sitio y á volver á mi calabozo, donde llegó extenuada y con el corazón despedazado por el dolor. »

Las horas de Lavalette estaban contadas. A fuerza de preguntar á sus guardianes, habia concluido por adivinar que la ejecucion debia tener lugar el jueves por la mañana, y se hallaban en el martes por la noche.

« Mi esposa, dice, vino á las seis para comer conmigo. Cuando estuvimos solos me dijo: — « Parece

cierto que nada tenemos ya que esperar; por lo tanto, amigo mio, hay que tomar un partido, y hé aquí lo que os propongo : á las ocho saldreis de aquí disfrazado con mis vestidos, y acompañado por mi prima; subireis en mi silla de manos que os conducirá á la calle de Saints-Peres, donde estará M. Brandus con un cabriolé, y os llevará á un paraje bastante oculto que ha buscado, y donde esperareis sin riesgo el momento de poder salir de Francia. »

Este proyecto pareció al pronto impracticable á Lavalette; sin embargo, su mujer insistia con tanta fuerza, que temió aumentar su dolor, y tal vez herirla de un modo fatal con su negativa; le hizo observar solamente que el cabriolé se hallaba muy lejos, que no podria alcanzarle á tiempo antes de que notasen su fuga, y que seria cogido con facilidad. Se convino, pues, en modificar el plan. El día siguiente se pasó en una ansiedad que es imposible describir.

« A las cinco llegó madame de Lavalette, acompañada de Josefina, que volví á ver con tanta sorpresa como placer. — « Creo, me dijo, que es mejor tomar á nuestra hija para acompañarnos; yo le haré hacer dócilmente lo que tengo en la idea. » Se habia puesto un vestido de merino adornado con pieles, y tenia en su saco una falda de tafetan negro. — « No se necesita mas, me dijo, para disfrazaros perfectamente. » Entonces mandó á su hija á la ventana y continuó en voz baja : — « A las siete estareis vestido, todo está preparado; saldreis dando el brazo á Josefina; tendreis cuidado de andar con lentitud, y al atravesar la gran sala de salida os pondreis mis guantes y os cubrireis el rostro con mi pañuelo. Habia pensado en tomar un velo, pero por desgracia nunca lo he traído puesto al venir aquí, y no tenemos que pensar en ello. Tened cuidado al pasar por las puertas, que son bastante bajas,

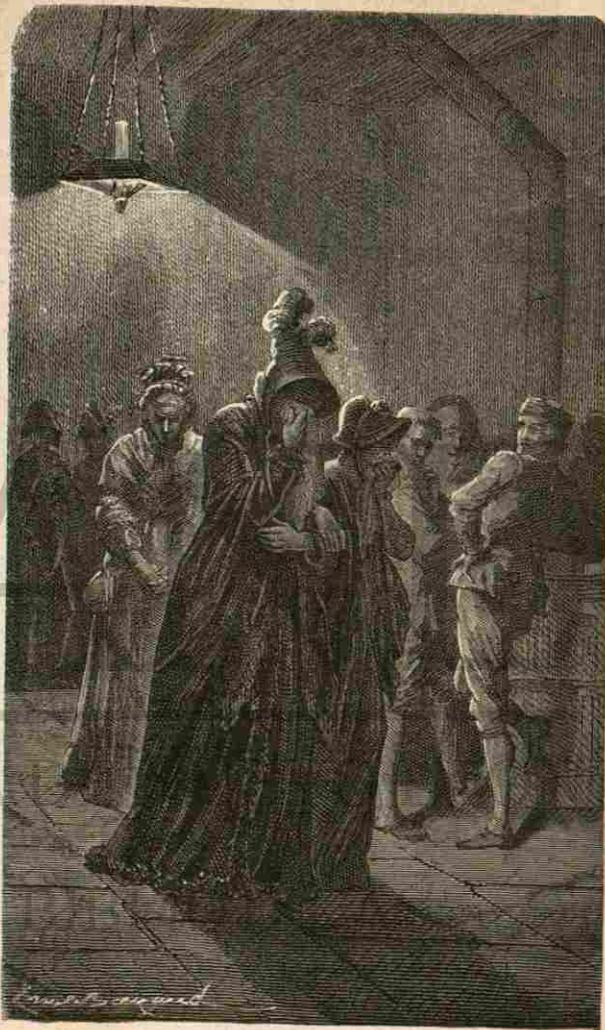
de no enganchar las plumas del sombrero, pues todo quedaria perdido. »

Madama de Lavalette dió luego instrucciones á su hija, y cuando terminaba, un amigo de Lavalette, M. de Sainte-Rose, entró para decirle adios. Habia que despedirle lo mas pronto posible, y esto hizo Lavalette, pretestando que su esposa no sabia nada del término fatal. Lo mismo hizo con el coronel de Bricqueville, que habia saltado de la cama en que le tenian heridas muy graves, para ir á abrazar á su amigo.

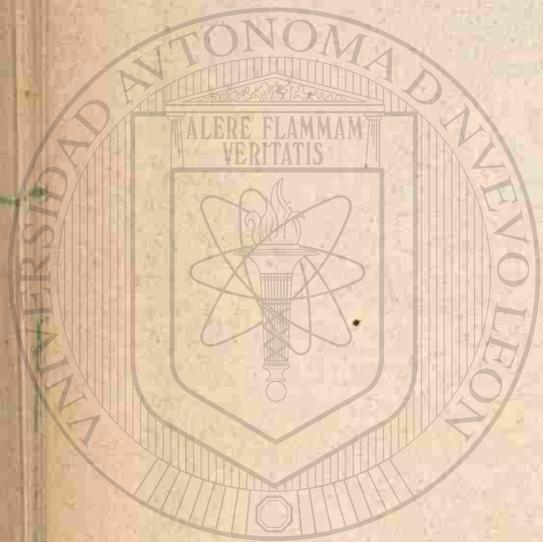
« Al fin sirvieron la comida, que debia ser la última de mi vida. Los bocados se me atravesaban en la garganta, no hablábamos una palabra y habia que pasar una hora así. Dieron en fin los tres cuartos para las siete : mi mujer tiró de la campanilla, y cuando Bonneville, mi ayuda de cámara, entró, le cogió aparte, le dijo algunas palabras al oído y luego añadió en voz alta : — « Cuidad de que los criados de mi silla estén prontos, voy á salir. — Vamos, me dijo, es preciso vestiros. » Habia hecho colocar un biombo en la habitacion, para que me sirviese de tocador; y pasamos detrás de él. Mientras me vestia con una ligereza y una maña singular, me decia : — « No os olvideis de bajar bien la cabeza al pasar por las puertas. Andad lentamente, como una persona fatigada. » En menos de tres minutos estuve listo. Adelantamos todos en silencio hasta la puerta. — « El portero, dije á Emilia, viene todas las noches despues de vuestra salida. Colocaos detrás del biombo, y procurad hacer algun ruido moviendo un mueble; me creará detrás y saldrá por algunos minutos que me son indispensables para alejarme. » Me comprendió y tiré del cordon de la campanilla. Oimos venir al carcelero, y Emilia se lanzó detrás del biombo; á poco la puerta se abrió. Pasé primero, mi hija despues, y luego madama Dutoit (una antigua criada de madama de Lavalette).

Después de haber atravesado el corredor, llegué á la puerta de la gran sala. Había que levantar el pié y al mismo tiempo bajar la cabeza para que las plumas del sombrero no tropezasen con el marco de la puerta. Salí bien del paso, pero al levantarme me encontré con cinco calaboceros, unos sentados, y otros de pié, y apoyados á lo largo de la galería. Llevaba el pañuelo sobre los ojos y esperaba que mi hija se colocase á mi izquierda, como estaba convenido, pero tomó mi brazo derecho; y el portero que bajaba por la escalera de su habitación que estaba á la izquierda, vino hácia mí, y poniéndome la mano sobre el brazo, me dijo: « Pronto os retirais, señora condesa. » Parecía muy conmovido, pensando sin duda que madama de Lavalette acababa de dar un adios eterno á su marido. Se ha dicho que mi hija y yo dábamos gritos y gemidos, y no es cierto, pues apenas nos atrevíamos á respirar.

» Por fin llegamos á la salida de la gran sala, donde está de día y de noche un portero sentado en un gran sillón, en un espacio bastante estrecho para permitirle tener las dos manos en las llaves de ambas puertas; la una enrejada y la otra que es exterior y se llama el primer postigo. El carcelero me miraba, y no se apresuraba á abrir; pasé la mano derecha entre los hierros para advertirle, y al fin abrió y salimos. Una vez fuera, mi hija no se engañó y se puso á mi izquierda. Había que subir doce escalones para llegar al patio, pero al fin de esta escalera se hallaba el cuerpo de guardia de la gendarmería. Una veintena de soldados, con el oficial á la cabeza, se habian colocado á tres pasos de distancia para ver pasar á madama de Lavalette. Llegué lentamente al último escalon, y entré en la silla que se hallaba cerca de allí. Pero no habia un solo mozo: mi hija y la anciana criada estaban de pié al lado de la silla, y el centinela á diez pasos, inmóvil y vuelto hácia mí. A mi ex-



Me cubria el rostro con el pañuelo.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA

trañeza se mezcló el principio de una agitación violenta; mis miradas estaban fijadas en el fusil del centinela, como las de la serpiente sobre su presa. Sentía, por decirlo así, aquel fusil en mis manos, y al primer movimiento me hubiera lanzado sobre su arma... Esta terrible situación duró dos minutos próximamente, que me parecieron todo un siglo. En fin oí la voz de Bonneville que me dijo en voz baja: — « Me ha faltado uno de los mozos de silla, pero he encontrado otro. » Entonces me sentí desahogado. La silla atravesó el patio principal y volvió á la derecha. Fuimos así hasta el malecón de los *Orfèvres*, en frente de la calle Harley. Entonces se detuvo la silla, se abrió la portezuela y mi amigo Baudus me dijo en alta voz presentándome el brazo: — « Señora, ya sabeis que teneis que hacer una visita al presidente. » Salí y me señaló un cabriolé que estaba á algunos pasos en la oscura calleja; me lancé en el coche y el conductor me dijo: — « Dadme mi látigo. » Lo busqué en vano, pues se habia caído. — « ¿Qué importa? » dijo mi compañero, y sacudiendo violentamente las riendas, hizo partir el caballo al trote. Al pasar por el malecón ví á Josefina con las manos juntas, que rogaba á Dios con toda su alma. Atravesamos el puente de San Miguel, la calle de la Harpe, y llegamos á la de Vaugirard detrás del Odeon. Allí solamente empecé á respirar. Mirando al cochero de mi cabriolé, ¡cuál sería mi sorpresa al reconocer al conde de Chassenon! — « ¡Cómo! ¿sois vos? le dije. — Sí, y detrás teneis cuatro pistolas cargadas, que es á lo que aludía cuando os encargué buscar el látigo: espero que, si se presenta la ocasión, sabreis hacer uso de ellas. — No, á fé mia, pues no quiero perderos. — Entonces os daré el ejemplo, y ¡ay de aquel que se presente para arrestaros! » Fuimos así hasta el boulevard, á la entrada de la calle Plumet, y allí nos detuvimos. Durante el trayecto me habia desembarazado de mis

arreos femeninos, y me cubrí con un carrik de lacayo y un sombrero redondo galoneado. M. Baudus llegó de allí á poco, y despidiéndome del conde de Chassenon, seguí modestamente á mi nuevo amo.

» Eran las ocho de la noche; la lluvia caía á torrentes, la noche era profunda y completa la soledad en esta parte del faubourg San German. Andaba con trabajo y seguía difícilmente á M. Baudus, que adelantaba rápidamente; perdí á poco uno de mis zapatos, y sin embargo era preciso seguir adelante. Encontramos dos gendarmes que iban al galope y que no pensaban por cierto que yo estaba allí, pues sin duda me iban buscando. Despues de una hora de marcha, fatigado en extremo, con un pié calzado y desnudo el otro, ví que M. Baudus se detenía un momento en la calle de Grenelle, cerca de la de Bac. — « Voy á entrar en una casa, me dijo; mientras que yo hablo con el suizo, adelantad por el patio, y á la izquierda encontrareis una escalera; subid hasta el último piso, seguid un corredor oscuro que hay á la derecha; en el fondo vereis una pila de leña, esperad allí. » Dimos algunos pasos en la calle de Bac, y se apoderó de mí una especie de vértigo cuando le ví llamar á la puerta del ministerio de Negocios extranjeros (ministerio de Estado). Entró el primero, y mientras hablaba con el portero, que habia sacado la cabeza por el ventanillo de la portería, pasé rápidamente. — « ¿Adónde vá ese hombre? preguntó el suizo. — ¡Es mi criado! » Subí corriendo la escalera hasta el tercer piso y llegué al lugar indicado, donde me detuve y esperé; pero no habian pasado cinco minutos cuando oí el roce de un vestido de seda. En seguida me sentí coger por el brazo, me introdujeron en una habitacion y la puerta se cerró tras mí.

» Habia una estufa encendida, y en la mesa se hallaban un candelero y fósforos, lo que indicaba que podia alumbrarse la habitacion sin peligro. Sobre la cómoda

habia un papel con estas palabras: « No hagais ruido, no abrais la ventana sino durante la noche, poneos babuchas para que no se oigan vuestros pasos en el piso inferior, y esperad con paciencia. » Al lado del papel se veía una botella de excelente vino de Burdeos, varios volúmenes de Moliere y Rabelais, y un canastito con objetos de tocador, muy elegantes.»

Al cabo de algunos minutos llegó M. Baudus y se echó en brazos de su amigo, comunicándole que estaba en casa de M. Bresson, jefe del ministerio de Estado. M. Bresson y su mujer, proscritos bajo el Terror, encontraron asilo en casa de unas buenas gentes que los ocultaron con peligro de su vida, y ellos tambien querian en cambio salvar á un proscrito. Lavalette estuvo oculto diez y ocho dias en el ministerio. Desde su habitacion oía pregonar las ordenanzas que amenazaban con penas severas al que le diese asilo.

Madama de Lavalette fué descubierta por el carcelero, detrás del biombo que la ocultaba; y dada la alarma, la heroica mujer tuvo que soportar las injurias de los miserables que no podian apreciar su valor. El procurador general Bellart hizo cesar el clamoreo, pero dirigió á madama de Lavalette reproches ridículos, y la hizo encerrar en una habitacion que caía al patio de las mujeres, cuyos gritos y asqueroso lenguaje eran un suplicio para ella. Bellart se conducía como digno servidor del rey que respondiera á madama de Labedoyere que le pedia la vida de su esposo:

— Señora, tranquilizaos, haré decir misas por el reposo de su alma.

Despues de haber estudiado prudentemente los medios de hacer salir del reino á Lavalette, sus amigos se dirigieron á un jóven inglés, Mr. Bruce, que aceptó la proposicion con júbilo y la confió al general Wilson. Este, que habia sucumbido en su tentativa para salvar

al mariscal Ney, quiso tomar su revancha. Se arriegló todo, se tomaron las medidas necesarias, y salvo algunas alarmas sin consecuencia, y á pesar de los gendarmes, carabineros y de todas las dificultades de semejante viaje, Lavalette llegó al territorio belga, vestido con el uniforme de oficial inglés y en union del general Wilson.

« Manifesté al general mi gratitud profundamente conmovido, y estrechándole las manos, — añade Lavalette, — pero él, guardando su gravedad británica, se sonreía sin contestarme. Despues de media hora de silencio, se volvió hácia mí bruscamente y me dijo con mucha seriedad :

» — Y decidme, á propósito, querido amigo, ¿por qué no queríais ser guillotinado?

» Le miré sorprendido, sin saber qué contestarle.

» — Sí, me han dicho que habiais pedido como un favor el ser fusilado.

» — ¡ Ya lo creo! Conducen á los condenados en una carreta, con las manos ligadas á la espalda, lo atan luego á una plancha...

» — ¡ Oh! comprendo; no queríais morir degollado como un ternero. »

Algunas horas despues, los dos compañeros de viaje se separaron, uno para pasar á Alemania, y el otro para volver á Paris, donde su generosa abnegacion le valió algunos meses de cárcel. (*Memorias de Lavalette, 1831.*)

GIOVANNI ARRIVABENE, UGONI Y SCALVINI.

(1822.)

El conde Giovanni Arrivabene habia recibido en 1820, en su casa de campo de la Guaita, cerca de Mántua, á Pellico, sus dos discípulos y á su padre el conde Porro, es decir, á hombres que, segun la expresion de Lammenais, se habian atrevido á pronunciar el nombre de patria. Este crimen implicaba la pena de muerte, que la misericordia del Austria conmutaba en quince ó veinte años de prision rigurosa (*carcere duro*). Porro y Pellico estaban perseguidos y fuera de la ley, y de consiguiente su huésped no podia esperar mejor partido. En efecto, fué arrestado, juzgado, y despues de una detencion bastante larga, le devolvieron la libertad. Pero poco tiempo despues supo que la policia se arrepentia de su clemencia.

Un dia partió con el mayor sigilo, atravesó Brescia y fué á llamar á la puerta de Camilo Ugoni y de Giovita Scalvini, antiguos amigos suyos, con quienes podia contar enteramente.

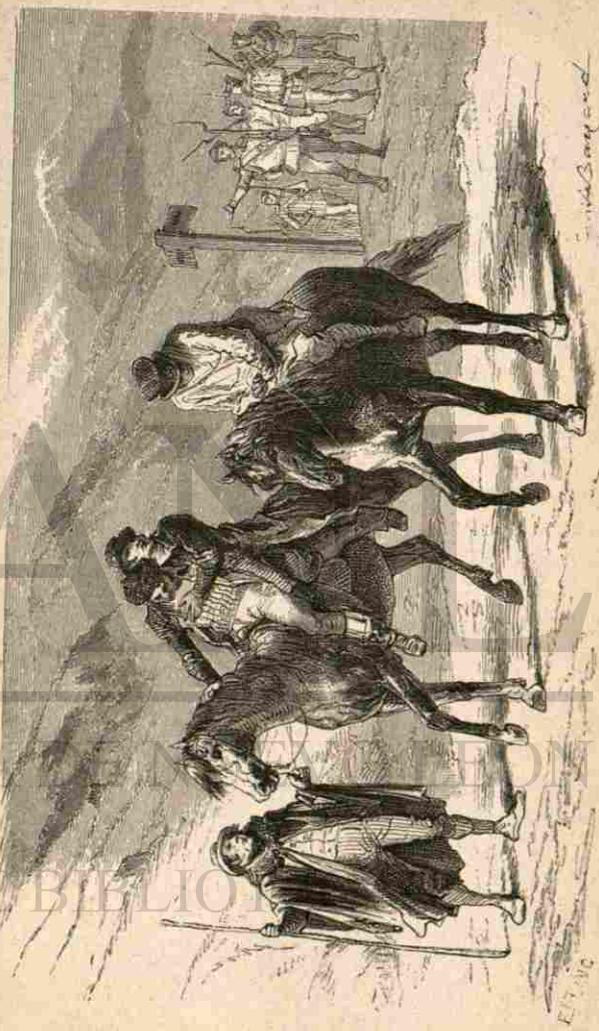
— Me fugo, les dijo, antes de que me prendan de nuevo, amigos míos; vosotros no estais mas seguros que yo; con que venid y subid en mi carruaje mientras hay tiempo.

Sus amigos no titubearon en seguirle; pero, sin embargo habia que pensar en muchas cosas, y sobre todo

partir sin ser vistos. Eran las cuatro de la madrugada, y resolvieron esperar hasta el alba. Scalvini hospedó en su casa á Arrivabene, le acostó en el lecho de su madre, á la que tuvieron que alejar hábilmente, pues no querían instruir á la buena señora de nada; y se arreglaron de modo que, á pesar de no estar en el secreto, debía advertirlos en caso de que llegase la policía. El 10 de abril de 1822 los tres fugitivos y un criado de Arrivabene salieron de Brescia, y tomando el camino de los valles, dejaron atrás el coche y siguieron á caballo. Pasaron tres días y tres noches en el laberinto de los valles, conducidos por guías nuevos cada día, y recibidos por doquiera con una afección y respeto que recordaba los tiempos homéricos y bíblicos.

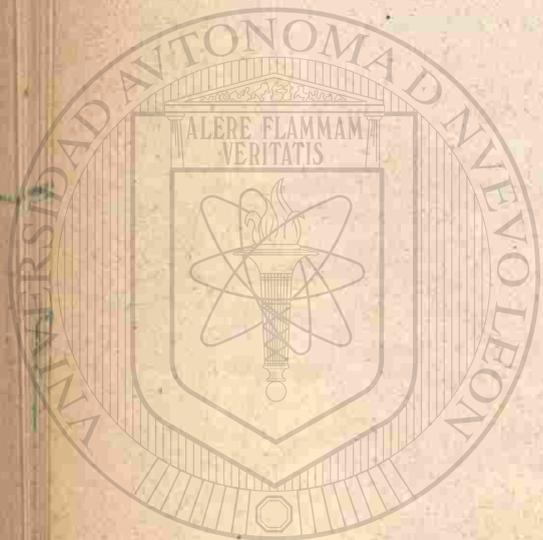
Llegados á Edolo, aldea situada sobre el Adda, á doce leguas de Tirano, entraron en la posada y vieron colgados delante de una gran chimenea varios uniformes de gendarme, empapados en agua. — « ¿Qué es esto? — ¡Chut! ¡están durmiendo, y sería una lástima despertarlos! » Los gendarmes buscaban tres fugitivos; una lluvia fuertísima y una larga carrera á caballo los había rendido, y descansaban en el piso superior. Los tres proscritos, llenos de caridad, no quisieron turbar el reposo de aquellos buenos servidores del Austria, y dando un golpecito en una de las cartucheras, dijeron: — « Tal vez está aquí dentro la orden de arrestarnos. Vamos, pues, vengamos caballos, y dejemos el antro antes de que ruja el león. »

Todos se aprestaron á servirles, pero no pudieron darles más que dos caballos. El criado siguió á pié, Ugoni montó un caballo, y Scalvini y Arrivabene se colocaron en el otro lo mejor que pudieron. Estaba escrito que el valor de estos dignos ciudadanos no se pondría á la prueba del martirio. Los gendarmes continuaron durmiendo, y al apuntar el alba, los fugitivos pasaron los



Se dejaron caer por tierra rendidos de fatiga.

®



desfiladeros de la gran montaña llamada los *Sapei della Briga*. Allí había un puesto de gendarmes; pero el ángel que había adormido á los de Edolo, hizo lo mismo con estos, y Arrivabene y sus compañeros de evasión pasaron desapercibidos.

Sin embargo, faltaba que franquear el punto mas difícil de la frontera. Se hicieron anunciar como traficantes en bueyes que iban á la feria, y en silencio y tranquilamente atravesaron por entre dos filas de carabineros austriacos, que les saludaron respetuosamente, creyendo saludar á tratantes en bueyes, y no á condes y barones. Estos contestaron á una acogida tan cortés descubriéndose tambien, y tan luego como pasaron el poste que marca la línea fronteriza, se dejaron caer por tierra, rendidos de fatiga. ¡Cómo describir aquel cuadro! A dos pasos, allende la frontera, los carabineros blasfemando, amenazadores, furiosos de haber sido burlados, pues comprendieron inmediatamente que eran tres fugitivos; y al otro lado los pobres desterrados, abandonando su patria, fortuna, amigos y á todo cuanto en mas aprecio tenían; pero bendiciendo al cielo, que los había salvado, y respondiendo con desdeñosa indiferencia á las injurias que les dirigian.

En cuanto al posadero de Edolo, estuvo mucho tiempo en la cárcel, y su pobre mujer, á la que habían dicho que iban á ahorcar á su marido, murió de la impresion y sobresalto. (Maroncelli, *Alle mie Prigioni di Silvio Pellico* [®] *addizioni*.)

MARRAST, GUINARD, GODOFREDO CAVAIGNAC

Y OTROS PRISIONEROS POLITICOS.

(JULIO DE 1834.)

Con motivo de los motines de abril de 1834 en Paris y Lyon, fueron acusados ante el tribunal de los Pares muchos hombres conocidos por sus opiniones hostiles al gobierno, como habiendo tomado una parte directa ó de complicidad en los movimientos políticos. Entre estos acusados figuraban Guinard, Marrast, Godofredo Cavaignac, hermano del ilustre general, Berrier-Fontaine, etc. El proceso seguia sus trámites, cuando el 12 de julio por la noche se supo que veinte y ocho prisioneros de los detenidos en Santa Pelagia, en la antigua cárcel por deudas, se habian evadido.

La vigilancia que sobre ellos ejercian era poco activa; comunicaban con el exterior y pasaban todo el dia reunidos, ya en sus habitaciones, ya en el patio destinado al paseo. A este patio caia la puerta de un sótano que se dirigia hácia el recinto de la prision, de modo que su extremidad estaba separada por una corta distancia del jardin vecino. Bastaba, pues, horadar la pared del sótano y abrir una galería por debajo del camino de ronda y las dos murallas del recinto para llegar al jardin, y esto fué lo que hicieron los prisioneros. Abrieron una galería de cerca de diez metros de longitud por un metro de diámetro, y dirigida de modo que estuviese á flor de tierra

por la parte que daba al jardin de la casa situada en la calle Copeau, núm. 7. Gracias á sus relaciones con el exterior, encontraron todo dispuesto en esta casa para facilitar su fuga sin comprometer á nadie. A las nueve de la noche rompieron la capa de tierra que separaba aun su galería del aire libre, pasaron de Santa Pelagia al jardin, y de allí se fugaron por grupos ó individualmente. Los periódicos ministeriales dijeron que se habian procurado una llave falsa de la puerta del sótano; y segun el *National*, este sótano estaba siempre á disposicion de los detenidos. En tanto que veinte y ocho de ellos se escapaban, otros quince se negaban á seguirles por varios motivos, ó se lo impidió la enfermedad; pero los que no estaban enfermos estuvieron en el patio, de donde no subian hasta las diez, y su presencia en aquel sitio, su conversacion y tumulto, impidieron á los guardianes, segun dicen, de sospechar la evasion de los otros. En una palabra, esta evasion fué tan fácil y tan favorecida por una infinidad de circunstancias, que llegaron hasta decir que la autoridad la habia ayudado para simplificar un proceso, muy difícil de terminar.

Los prisioneros que pasaron al extranjero no tuvieron tampoco muchos obstáculos que vencer. Armando Marrast y sus compañeros de viaje fueron arrestados, sin embargo, por los gendarmes, á cuarenta leguas de la frontera, en un camino de travesía que creian muy seguro. Hacia dos horas que estaban en poder de un brigadier de gendarmería, cuando llegó felizmente el alcalde del pueblo. Marrast le interpeló con viveza:

— Caballero, le dijo, os hago personalmente responsable de los perjuicios que me causa el retardo que experimento: ya hace dos horas que espero vuestra presencia para libertarme de la ridícula equivocacion de estos gendarmes, que me toman por no sé quién.

El alcalde, un tanto confuso, examinó con gran cui-

dados los pasaportes de los dos viajeros, que, por supuesto, estaban en regla, y les dejó partir. La misma noche, Marrast, guiado por algunos contrabandistas, atravesó la frontera sin obstáculo.

Lo mismo sucedió á Guinard. Llegado á Compiègne, á casa de uno de sus amigos, este, para mas seguridad, no encontró medio mejor que hacer comer al fugitivo con el procurador del rey. El magistrado, que tenia á mano una buena ocasion para ascender, no sospechó quién era el agradable convidado que tenia en su mesa. Terminada la comida, el amigo se llevó á su huésped en un carruaje tirado por dos fogosos caballos, y le condujo cerca de la frontera, y luego un contrabandista, que habian ganado, le condujo por rutas extraviadas fuera del reino.

RUFINO PIOTROWSKI.

(1846.)

Entre las víctimas innumerables que el gobierno ruso ha trasportado á Siberia de un siglo á esta parte, no se conocen mas que dos que hayan logrado recobrar la libertad, escapándose de esas espantosas comarcas. Son Beniowski, cuya evasion hemos contado ya, y Rufino Piotrowski. Pero si las aventuras del magnate húngaro son interesantes como una novela, la historia del intrépido y modesto soldado de la Polonia inspira un sentimiento muy diferente. No es la emocion causada por un suntuoso aparato escénico, sino el drama íntimo, el destroz de todas las fibras del corazon, torturado por largas angustias, cuyo relato es sencillo y digno como el de un mártir. Beniowski, general y prisionero de guerra, es tratado como tal, conserva una libertad relativa hasta en el destierro, y casi los privilegios de su rango: Piotrowski, el antiguo combatiente de 1831, convertido en simple emisario de sus compatriotas refugiados en Francia, se confunde en Siberia con la turba de asesinos, en la *katorga* (el presidio); tiene que obedecer las órdenes de un criminal condenado por robo, y la poblacion medio salvaje del pais donde le han confinado, designa con el nombre infamante de *varnak* al polaco deportado por su patriotismo, igualmente que al ignoble falsario ó asesino.

dados los pasaportes de los dos viajeros, que, por supuesto, estaban en regla, y les dejó partir. La misma noche, Marrast, guiado por algunos contrabandistas, atravesó la frontera sin obstáculo.

Lo mismo sucedió á Guinard. Llegado á Compiègne, á casa de uno de sus amigos, este, para mas seguridad, no encontró medio mejor que hacer comer al fugitivo con el procurador del rey. El magistrado, que tenia á mano una buena ocasion para ascender, no sospechó quién era el agradable convidado que tenia en su mesa. Terminada la comida, el amigo se llevó á su huésped en un carruaje tirado por dos fogosos caballos, y le condujo cerca de la frontera, y luego un contrabandista, que habian ganado, le condujo por rutas extraviadas fuera del reino.

RUFINO PIOTROWSKI.

(1846.)

Entre las víctimas innumerables que el gobierno ruso ha trasportado á Siberia de un siglo á esta parte, no se conocen mas que dos que hayan logrado recobrar la libertad, escapándose de esas espantosas comarcas. Son Beniowski, cuya evasion hemos contado ya, y Rufino Piotrowski. Pero si las aventuras del magnate húngaro son interesantes como una novela, la historia del intrépido y modesto soldado de la Polonia inspira un sentimiento muy diferente. No es la emocion causada por un suntuoso aparato escénico, sino el drama íntimo, el destroz de todas las fibras del corazon, torturado por largas angustias, cuyo relato es sencillo y digno como el de un mártir. Beniowski, general y prisionero de guerra, es tratado como tal, conserva una libertad relativa hasta en el destierro, y casi los privilegios de su rango: Piotrowski, el antiguo combatiente de 1831, convertido en simple emisario de sus compatriotas refugiados en Francia, se confunde en Siberia con la turba de asesinos, en la *katorga* (el presidio); tiene que obedecer las órdenes de un criminal condenado por robo, y la poblacion medio salvaje del pais donde le han confinado, designa con el nombre infamante de *varnak* al polaco deportado por su patriotismo, igualmente que al ignoble falsario ó asesino.

Rufino Piotrowski es el Silvio Pellico de Polonia. El libro de Silvio Pellico suscitó contra el Austria la indignación de todos los pueblos civilizados. Los carceleros de Spielberg, combatidos en Solferino y aniquilados en Sadowa, no han encontrado una sola mirada de piedad. Los *Recuerdos de un siberiano* son un testimonio formidable contra los carceleros de Siberia.

Piotrowski, enviado á Rusia por la emigración polaca, había llegado á Kamiénec, Podolia, en 1843, bajo el nombre y título supuesto de Catharo, súbdito inglés; y hacía nueve meses que permanecía allí, como profesor de lenguas, cuando fué reconocido por un polaco, arrestado y condenado á trabajos forzados en Siberia. Deportado en 1848 al lugar de su destierro, fué dirigido á la fábrica de licores de *Ekaterininski-Zavód* (establecimiento de Catalina), á 300 kilómetros de Osmk, al norte. Allí tuvo que someterse durante un año á los trabajos mas penosos. Una palabra, un gesto de su parte, ó solamente el mal humor del capataz, podían exponerle al apaleamiento (knout); pero decidido á sufrir la muerte antes que dejarse apalear, teniendo siempre presente la idea de evadirse, supo tomar bastante imperio sobre sí mismo para mostrarse dócil y cuidadoso de cumplir los trabajos que le encomendaban, y logró hacerse emplear en las oficinas de la fábrica.

« Mi oficina — dice Piotrowski — era el lugar de reunión de muchos viajeros, que llegaban, sea para la venta de granos, sea para la compra de licores; y allí se veían ordinariamente confundidos aldeanos, hacendados y comerciantes, rusos, tártaros, judíos y kirghis. Con una curiosidad incansable fuí informándome de todos los extranjeros que pasaban, de todas las particularidades de la Siberia. Hablaba con hombres que habían estado, unos en Berezov, otros en Nertchinsk, en las fronteras de la China, en Kamtchatka, en las estepas de Kirghis

y en el Boukhara. De este modo llegué á conocer la Siberia en sus menores detalles sin salir de mi oficina. Estos conocimientos debían serme de una utilidad considerable en mi proyecto de evasión.... Otro favor que dulcificó mi suerte fué el permiso que me acordó el inspector de dejar el cuartel; así pude abandonar esta habitación ordinaria de los presidiarios, y vivir con mis dos compatriotas en la casa Siésicki. Este último había logrado construirse poco á poco una casita de madera, gracias á su larga permanencia en *Ekaterininski-Zavod*, y las economías hechas sobre su mínimo sueldo. La casa no estaba aun concluida, y el techo faltaba totalmente; sin embargo, nos establecimos en ella. El viento silbaba por todas las rendijas; pero como la leña costaba muy poco, encendíamos diariamente un gran fuego en la chimenea. Para nosotros era lo principal, y se sobreponía á todas las molestias, el que estábamos en nuestra casa y libres de la asquerosa compañía de los presidiarios; tan solo los soldados, que teníamos que pagar, no nos dejaban nunca. Pasábamos las largas veladas de invierno hablando, recordando lo que nos era querido, y haciendo planes para el porvenir. ¡ Ah! si aquella casa está aun en pie y abriga á algun infeliz deportado, hermano nuestro, sepa que no es el primero que llora en ella invocando á la patria ausente.

» Había ascendido del último al primer grado á que podía elevarse un prisionero en nuestro establecimiento de las orillas del Irliche. A principios de 1846 casi podía hacerme la ilusión de ser un simple recluta de la omnipotente burocracia moscovita, relegado á parajes lejanos y bajo un clima inhospitalario. ¡ Qué diferencia con el terrible invierno de 1844, en que barria los canales, cortaba y cargaba leña, y vivía bajo el mismo techo que la escoria del género humano! ¡ Cuántos de mis compatriotas gemían en aquel mismo momento en las minas de Nert-

chinsk ó en las compañías disciplinarias; y cuántos de los que habian sido condenados á una pena menos severa que la mia se hubieran considerado felices con mi posición, á la que sin embargo estaba resuelto á sustraerme, aun á riesgo de hacerme acreedor al *knout* y á los misteriosos calabozos de Acatouña!.... El emperador Nicolás habia dado en 1845 una ordenanza que tenia por objeto agravar la situación de los deportados en Siberia. Las comisiones visitaban los penitenciarios para proponer nuevas medidas de rigor. La habitacion forzosa de todos los deportados en los cuarteles, fué el primer punto que creyeron deber recordar al ánimo cruelmente predisposto del czar. Todo esto debia hacerme persistir en un proyecto que hacia tiempo habia concebido.

» Desde el verano de 1845, hice dos tentativas un poco precipitadas, que quedaron frustradas desde luego, por lo que no llegaron á despertar sospechas. En el mes de junio habia notado una lancha, que con frecuencia olvidaban sacar del agua, á orillas del Irliche: pensé aprovecharme de este esquite y dejarme llevar por la corriente hasta Tobolsk; pero, cuando en una noche oscura habia desatado la lancha y remado un poco hácia el centro del rio, la luna salió de entre las nubes, iluminando las aguas con peligrosa luz, y al mismo tiempo oí en la orilla la voz del *smotritel* (inspector), que se paseaba en compañía de algunos empleados. Estas circunstancias reunidas me hicieron volver silenciosamente á tierra, pues ví que por esta vez estaba perdido todo. Al siguiente mes ví la barca en un lugar mucho mas favorable, en un lago que comunicaba por el canal con el Irliche, y en un punto bastante lejano de nuestro establecimiento. Un fenómeno muy frecuente en las aguas de Siberia durante esta estacion puso un obstáculo invencible á esta segunda tentativa. A causa de una frialdad súbita del aire á la caída de la tarde, se levantan habi-

tualmente columnas de vapores, de tal modo bajas y espesas, que es imposible distinguir nada á dos pasos de distancia. Por mas que empujé la barca en todas direcciones, durante las horas mortales de aquella angustiosa noche, la niebla me impedía ver el canal por el que debia bajar al Irliche. Tan solo al alba descubrí la apetecida entrada; pero entonces era tarde, y me consideré feliz pudiendo llegar á la casa sin tropiezo. Desde aquel dia abandoné la idea de confiarme á las olas poco clementes del Irliche, y me dediqué á madurar y combinar mejor mi plan de evasión. »

Despues de haber reflexionado mucho tiempo sobre las diferentes vias que se le presentaban para salir del imperio ruso, resolvió buscar su salvacion por el norte, los montes Urales, Petchora y Arcángel.

« Con lentitud y trabajo iba reuniendo los objetos indispensables para el viaje, entre los que figuraba en primera línea un pasaporte. Hay dos clases de pasaportes para los habitantes de Siberia: una especie de billete de circulacion de corto plazo y para los puntos cercanos, y un pasaporte en regla, dado por la autoridad superior en papel sellado, el *plakatny*. Logré fabricar uno y otro; poco á poco me procuraba tambien los trajes y accesorios que debian servir para mi disfraz; tanto en lo moral como en lo fisico, trabajaba en mi transformacion en un indigena (*Sibirski tcheloviek*), « hombre de la Siberia, » como dicen en Rusia. Desde mi partida de Kiow, habia dejado crecer mi barba á propósito, y pronto fué de una longitud respetable y del todo ortodoxa. Mediante grandes esfuerzos logré poseer una zamarra, pero una zamarra siberiana, es decir, una piel entera de carnero con la lana vuelta hácia afuera. Gracias á estos diversos medios estaba seguro de desfigurarme completamente. En fin, me quedaba una suma de 180 rublos en asignados (cerca de 200 francos); suma bastante módica

para tan largo viaje, y que debía disminuir aun por un fatal accidente.

» No se me ocultaban las dificultades de mi empresa, ni los peligros á que me exponía. Una sola cosa sostenía mi ánimo, y agravando mi situación, aligeraba mi conciencia; y era el juramento que me habia hecho de no revelar á nadie mi secreto, antes de llegar á un pais libre; de no pedir ayuda, proteccion ni consejos á ninguna criatura humana, hasta que no saliese de los límites del imperio moscovita, y de renunciar á mi libertad primero que ser un motivo de peligro para mis semejantes. Hubiera podido envolver en mi triste suerte á mas de uno de mis pobres compatriotas, durante mi residencia en Kamieniec, y cuando creia llenar una mision de interés general; pero ahora se trataba de mi seguridad personal, y no debía recurrir á nadie mas que á mí mismo. Dios se ha dignado sostenerme hasta el fin en esta resolucion, que era buenamente honrada, y tal vez considerando este voto, hecho en un principio, extendió sobre mí su mano protectora.

» Mis preparativos estaban terminados en los primeros dias de enero de 1846, época que me pareció tanto mas favorable, cuanto que se celebraba la gran feria de Irbite, al pié de los montes Urales, una de esas ferias que solo se conocen en la Rusia oriental. Esperaba perderme en medio de semejante emigracion de pueblos, y me apresuré á aprovechar esta circunstancia.

» El 8 de febrero me puse en marcha. Llevaba puestas tres camisas, una de ellas de color, sobre un pantalon de paño fuerte, y encima de todo un albornoz (*armiack*) de piel de carnero bien embadurnada con sebo, que me bajaba hasta las rodillas. Grandes botas embreadas completaban mi traje. Una faja de lana blanca, roja y negra me rodeaba la cintura, y sobre mi peluca

llevaba un gorro redondo de terciopelo encarnado, forrado de pieles, como el que usan los aldeanos acomodados de la Siberia, en los dias de fiesta, y los empleados de comercio. Ademas iba envuelto en un ancho capoton de pieles, con el cuello levantado y sostenido por un pañuelo atado al rededor, lo que tenia el doble objeto de preservarme del frio y de ocultarme el rostro. En un saco que llevaba en la mano, habia colocado otro par de botas, otra camisa, un pantalon de verano, azul, segun la costumbre del pais, pan y pescado seco. En la bota derecha habia ocultado un largo puñal; debajo del chaleco llevaba mi dinero en billetes de 5 y 10 rublos; y en fin, en mis manos cubiertas con grandes guantes de piel, llevaba, ademas del saco, un baston fuerte y nudoso.

» Durante la noche, y disfrazado de este modo, dejé el establecimiento de *Ékaterininski-Zavod*, y tomé por un camino de travesía. Helaba con fuerza, y la escarcha, revoloteando en los aires, brillaba á los rayos de la luna. Pronto pasé mi Rubicon, es decir, el Irtiche, que estaba helado; y con paso precipitado, aunque torpe por el peso de mis vestidos, tomé el camino de Tara, pequeña villa situada á 12 kilómetros del lugar de mi detencion. Las noches de invierno son muy largas en Siberia, me decia á mí mismo; ¿cuánto andaré antes de que aparezca el dia y se dé la alarma sobre mi evasion? ¿qué será de mí luego?

» Acababa de pasar el Irtiche, cuando oí detras de mí el ruido de un trineo. Temblé, pero me resolví á esperar al viajero nocturno, y como me sucedió mas de una vez en mi peligrosa peregrinacion, lo que temia como un peligro, me ofreció un medio inesperado de salvacion. — «¿A dónde vas? me preguntó el aldeano que conducia el trineo, deteniéndose delante de mí. — A Tara. — ¿Y de dónde eres? — Del lugarejo de Zalivina. — Dáme 60 kopeks (10 sueldos), y te llevaré á Tara, á donde voy

yo tambien. — No, es muy caro; 50 kopeks si quieres. — Bueno, sube pronto, y andando. »

» Me senté á su lado y partimos al galope. Al cabo de media hora llegamos á Tara. Cuando me quedé solo, me acerqué á una ventana de la primera casa que encontré y pregunté en alta voz, segun la costumbre rusa : — « ¿Hay caballos? — ¿Y para dónde? — Para la feria de Irbite. — Los hay. — ¿Un par? — Precisamente, un par. — ¿Cuánto me llevaréis? — Ocho kopeks. — No daré tanto; ¿seis kopeks? — ¿Qué hemos de hacerle!... Sea. — Al instante. » Al cabo de algunos minutos los caballos estaban prontos y enganchados al trineo. — « ¿De dónde sois? me preguntaron. — De Tomsk; soy empleado de N... (dí un nombre cualquiera); mi patron me ha adelantado para Irbite; yo he tenido que detenerme para evacuar algunos negocios y estoy en retardo; temo que mi principal se enfade, y así, si andas de prisa, te daré una buena propina. » El aldeano silbó y los caballos partieron como una flecha. De pronto se encapotó el cielo, empezó á caer una nieve abundante, el aldeano perdió el camino y no supo orientarse. Despues de haber errado algun tiempo, tuvimos que detenernos y pasar la noche en un bosque. Fingí encolerizarme en alto grado y mi conductor me pidió perdon humildemente.

» No trataré de describir las angustias terribles de esta noche pasada en el trineo, en medio de una tempestad de nieve, á una distancia de cuatro leguas, todo lo mas, de *Ékaterininski-Zavod*; á cada instante creia oír las campanillas de las *kibitkas* lanzadas en mi seguimiento. En fin, el dia empezaba á levantarse. — « Volvamos á Tara, dije al aldeano; tomaré otro trineo, y á tí, imbécil, no te daré nada y te entregaré á la policia por haberme hecho perder tiempo. » El aldeano confundido se puso en marcha para volver á Tara, pero apenas habia andado un *verste* se detuvo, miró por todos lados,

y enseñándome algunos vestigios de sendero debajo de la nieve, exclamó : — « ¡Este es el camino que debiamos haber tomado! — Vá, pues, le dije, y á la ventura de Dios. » El aldeano hizo entonces cuanto le fué posible para recuperar el tiempo perdido. Sin embargo, una idea espantosa cruzó por mi imaginacion : me acordé de nuestro infortunado coronel Wysocki, detenido como yo toda la noche en un bosque durante su fuga, y entregado á la gendarmeria por su conductor. ¡Vano temor! El aldeano llegó en breve á casa de un amigo suyo que me dió té y me proporcionó dos caballos al mismo precio para continuar mi camino. Así iba renovando los caballos á precios moderados, cuando llegando bastante tarde por la noche á una aldea llamada *Soldatskaia*, no teniendo dinero suelto para pagar al conductor, entré en una taberna en que habia muchos hombres borrachos. Habia sacado de debajo de mi chaleco algunos billetes, é iba á dar uno ó dos al tabernero para que los cambiase, cuando un movimiento de la turba, calculado ó fortuito, me rechazó de la mesa en que habia puesto los papeles, que cogió al momento una mano hábil. Por mas que grité no pude descubrir al ladron, ni pensar seriamente en requerir los gendarmes para averiguarlo, y tuve que resignarme. Hé aquí cómo perdí 45 rublos; pero lo que aumentó mi pesar y, me atrevo á decirlo, mi terror, fué que el ladron se habia apoderado al mismo tiempo de dos papeles inestimables : una nota en la que habia apuntado las ciudades y aldeas que debia atravesar hasta Arcángel, y mi pasaporte en papel sellado, cuya falsificacion me costara tanto trabajo. En el principio, es decir, el primer dia de mi evasion, habia perdido casi el cuarto de mi modesto peculio, la nota que debia guiarme y el *plakatny*, único documento que debia calmar las primeras sospechas de un curioso. Estaba desesperado. »

Sin embargo, era necesario continuar el camino, pues cada paso adelante acercaba al fugitivo á la libertad, y que fuese habido á algunas millas de su lugar de desierto ó en la frontera rusa, era lo mismo para él. Confundido entre el innumerable gentío que llenaba la carretera de Irbite, llegó á las puertas de la ciudad, al tercer día de su evasión, habiendo recorrido desde su salida de *Ekaterininski-Zavod* 1,000 kilómetros, gracias á la velocidad de los trineos.

« — ¡Alto! y enseñad vuestro pasaporte! me gritó el centinela. Felizmente añadió por lo bajo: — Dadme 20 kopeks y pasad de largo. » Satisface con solicitud la exigencia de la ley modificada tan á tiempo, y entre en la ciudad. »

Después de una noche de reposo en Irbite, Piotrowski salió de la ciudad al alba; pero los gastos de su viaje hasta entonces y el robo de que fué víctima, habian reducido su capital á 75 rublos (80 francos próximamente), y no podía viajar mas que á pié.

« El invierno de 1846 fué de un extremado rigor. Sin embargo, la mañana que yo atravesé Irbite el aire se dulcificó, pero la nieve empezó á caer con tanta fuerza que oscurecia completamente la vista. La marcha era muy penosa en medio de aquellas masas blancas, que se amontonaban á cada paso. Al medio día aclaró, y ya pude caminar con menos trabajo. Evitaba ordinariamente las aldeas, y cuando tenia que atravesar una, iba derecho como si fuese de las cercanías y no tuviese necesidad de informes. Solamente en las últimas moradas de algun lugarejo, me atrevia á preguntar algunas veces, cuando tenia grandes dudas, sobre la direccion que debía tomar. Cuando tenia hambre sacaba de mi saco un pedazo de pan helado, y me lo comia andando, ó sentándome al pié de un árbol en un sitio retirado del camino. A fin de apagar mi sed, buscaba los agujeros que los habitantes

del pais practican en el hielo de los rios y estanques para dar de beber á sus caballerías; otras veces me contentaba con chupar un pedazo de nieve, aunque este medio no es el mas á propósito para apagar la sed. Mi primer día de camino, al salir de Irbite, fué bastante penoso, y por la noche estaba extenuado. Los pesados vestidos que llevaba aumentaban mis fatigas, y sin embargo no osaba deshacerme de ellos. A la caída de la tarde, me dirigí al fondo del bosque para preparar mi cama. Sabia el procedimiento que emplean los ostiakos para abrigarse en los desiertos de nieve; abren un agujero profundo bajo una capa de nieve espesa, y allí encuentran una cama dura, pero perfectamente caliente. Así hice yo, y pude entregarme á un reposo que necesitaba mucho. »

Al día siguiente se extravió, y después de haber errado casi todo el día, encontró al fin su camino por la noche. Vió una casita cerca de un lugarejo, y se decidió á pedir la hospitalidad, que al punto le concedieron. Se presentó como un artesano que iba á buscar trabajo á las herrerías de Bohotole, en el Ural, y desempeñó su papel lo mejor que pudo; pero encontrándole muy provisto de ropa blanca para ser un herrero, entraron en sospechas y se propusieron salir de dudas. Así, se hallaba en su primer sueño, cuando se sintió sacudido por unos aldeanos que le pedian su pasaporte. Inquietóse al pronto; pero recobrando en seguida su audacia y sangre fria, enseñó el billete de circulacion, que felizmente le quedaba, y la vista del sello bastó á aquellos gendarmes improvisados para convencerse, y le pidieron mil perdones por haberle tomado por un presidiario evadido.

« El resto de la noche se pasó tranquilamente, y al siguiente día salí de aquella casa, cuya hospitalidad hubiera podido serme fatal. Este incidente despertó en mi ánimo una triste conviccion, y era que no debía contar con abrigo ni auxilio humano durante la noche, á menos

de exponerme á los mayores peligros, y de consiguiente que la cama ostiaka debia ser mi solo lecho de reposo. En efecto, con la cama ostiaka tuve que contentarme durante la travesía de los montes Urales, hasta mi llegada á Veliki-Oustioug, es decir, desde el mes de febrero hasta los primeros días de abril. Tres ó cuatro veces solamente me atreví á pedir la hospitalidad por la noche en alguna cabaña aislada, extenuado por quince ó veinte días de permanencia en los bosques, sin fuerzas, y casi sin saber lo que hacia. Las otras noches me contentaba con abrirme una zanja por cama, y poco á poco me familiaricé con este modo de dormir. Algunas veces, á la caída de la tarde, entraba en el fondo del bosque, como en un parador conocido; sin embargo, debo decir que en ocasiones esta vida de salvaje me parecia intolerable. La falta de habitacion, de alimentos calientes y hasta de pan, mi único alimento dias antes, me hicieron ver frente á frente y en su horrible realidad, á esos dos espectros espantosos que se llaman el frio y el hambre, y cuyos nombres invocamos á la menor incomodidad. En tales momentos temia mas que nada el acceso de somnolencia que me dominaba de pronto, ocasionada por el frio, porque eran síntomas seguros de muerte si me abandonaba á ella, y así, la resistia tenazmente con las pocas fuerzas que me quedaban aun. La necesidad de un alimento sano y sólido me era indispensable, y resistia dificilmente á la tentacion de pedir en cualquiera choza un plato de sopa ú otra cosa análoga. »

Despues de haber subido lentamente las alturas del Ural, las franqueó en fin en una hermosa noche, pero sus fatigas y trabajos fueron los mismos en el declive occidental de la montaña. Una tarde se extravió durante una tempestad de nieve, pasó una noche horrible, sufriendo las torturas del hambre, y cuando amaneció, despues de tratar de orientarse, cayó al pié de un árbol, ex-



Felizmente la vista del sello bastó.

tenuado de cansancio. El sueño precursor de la muerte empezaba ya á embargar sus sentidos, cuando fué salvado por un *promychlennik* (cazador de oficio), que atravesaba el monte, y le dió un poco de aguardiente, un pedazo de pan, le animó, y conduciéndole enfrente de una casa de asilo (*izboutcha*), desapareció en el bosque.

« Al distinguir desde lejos el *izboutcha*, continúa Piotrowski, mi alegría fué inmensa, y creo que hubiera entrado en aquel asilo aun sabiendo que los gendarmes me esperaban en él para arrestarme. Llegué hasta la puerta; pero cuando atravesé el dintel, no pude permanecer mas en pié, y rodé por tierra debajo de un banco. »

Después de algunos minutos de un profundo desmayo, volvió en sí, y sin poder tocar los alimentos que su huésped le ofrecía, se durmió y permaneció sumido en un profundo sueño durante veinte y cuatro horas, cuidado afectuosamente por su huésped, que redobló sus atenciones cuando supo que el viajero era un peregrino que se dirigía á la isla santa del mar Blanco. Tal era, en efecto, la cualidad que tomaba entonces el fugitivo; se habia transformado en *bohomolets* (adorador de Dios), y decia iba á visitar las santas imágenes del convento de Solovetsk, cerca de Arcángel. Protegido por el respeto y la simpatía que este título inspira al aldeano ruso, Piotrowski llegó sin grandes dificultades á Veliki-Onstiong, y fué bien acogido por sus compañeros los *bohomolets*, que esperaban en gran número, en dicha ciudad, que el deshielo les permitiese embarcarse en el Dvina para pasar á Arcángel. Después de un mes de residencia entre ellos, y de dejar bien establecida su reputacion de peregrino, por la exactitud con que cumplía los deberes de tal, se embarcó en uno de los muchos buques que debian transportarlos, y se ajustó con un patron de barco como remero, por el precio usual de 15 rublos, en asignados, por la travesía. Era la suma total que habia gastado en

su viaje desde Irbite. Quince días despues llegó á Arcángel, que era el objeto de sus deseos, pues esperaba que en aquel puerto, frecuentado por buques de todas las naciones, encontraría uno que pudiese darle asilo y llevarle á Francia ó á Inglaterra.

Sin descuidar las prácticas religiosas que le imponía su título de peregrino, y las precauciones que no podía olvidar sin riesgo de perderse, buscó en vano durante dos días el barco salvador que deseaba. En el puente de todos los buques estaba noche y día un centinela ruso, y para franquear la línea de centinelas que cubría los malecones era preciso poder dar explicaciones y enseñar papeles que el fugitivo de la *katorga* no podía presentar. Renunciando, pues, á sus esperanzas, no sin un profundo abatimiento, tomó el camino de Onega, como un peregrino que, despues de haber adorado las santas imágenes de Solovestk, se trasladaba á Kiow para visitar los santos osarios. Despues de varios encuentros mas ó menos agradables, llegó á Vytiegra. En la rada se le acercó un marinero y le propuso llevarle en su barca á San Petersburgo. Se alistó con él como remero y partió, teniendo ocasion en la travesía de prestar algunos servicios á una anciana y pobre labradora que iba también á San Petersburgo. Una vez en el puerto, el infeliz fugitivo no sabía cómo evitar las pesquisas de la policía al desembarcar, ni donde iría á alojarse, etc. La buena mujer que había protegido, le dijo :

— Quedaos conmigo, he hecho prevenir á mi hija de mi llegada, y ella os indicará un buen alojamiento cuando venga á buscarme.

Desembarcó llevando la maleta de la aldeana, y se instaló en la misma posada que ella. Quedaba la cuestión de pasaporte y de la policía; temía que el ama de la casa fuese exigente sobre este punto; pero al preguntarle las formalidades que había que llenar, ella le res-

pondió que por dos ó tres días de residencia no tenía necesidad de ir á la prefectura para nada. Tranquilizado sobre este punto, al siguiente día fué á pasearse por el puerto, leyendo de pasada y con disimulo (porque un aldeano ruso no debe saber leer), los carteles que había en varios buques de vapor para anunciar su partida.

« De pronto, fijé la vista en un aviso escrito en gruesos caracteres, colocado cerca del mástil de un barco de vapor, que anunciaba su salida para Riga al día siguiente. Veía pasearse por el puente á un hombre, con la camiseta roja encima del pantalon, á la rusa; pero no me atrevía á hablarle, y me contentaba con mirarle. En tanto bajaba el sol, y eran cerca de las siete de la noche, cuando el hombre de la camisa roja levantó la cabeza y me preguntó : « ¿ Quieres ir á Riga? en ese caso, siéntate aquí. — Seguramente que tengo necesidad de ir á Riga; pero, ¿ y los medios para tomar el vapor, yo, un pobre hombre? Debe costar muy caro, y eso no es para nosotros. — ¿ Y por qué no? Vamos, ven. A un *moujik* como tú no le pedirán mucho. — ¿ Y cuánto? » Me dijo un precio que ya no recuerdo, pero que me extrañó por lo módico. « Y bien, ¿ te conviene? ¿ Por qué dudas? — He llegado hoy, y es necesario que la policía vise mi pasaporte. — ¡ Oh! tienes obra entonces para tres días, y el buque parte mañana por la mañana. — ¿ Qué hacer en ese caso? — ¡ Vaya una pregunta! Partir sin hacerlo visar. — ¿ Y si me sucede una desgracia? — ¡ Imbécil! ¡ Hé aquí un *moujik* que quiere enseñarme lo que se debe hacer! ¿ Tienes el pasaporte sobre tí? Enséñalo. » Saqué del bolsillo mi billete, cuidadosamente envuelto en un pañuelo de seda, como acostumbra los aldeanos rusos; pero no se tomó la molestia de verlo, y me dijo : « Ven mañana á las siete de la mañana; si no me encuentras, espérame. Y ahora puedes irte cuando quieras... »

» Volví á la posada muy alegre, y al día siguiente fu

exacto á la cita. La máquina se preparaba ya. Mi hombre me distinguió y me dijo solamente : « Dame el dinero. » Se alejó y volvió á poco con un billete amarillo, cuya significacion fingí no comprender, como era natural, y me valió una nueva amabilidad de su parte : « Cállate, *moujik*, y déjame hacer. » La campana tocó por tres veces, los pasajeros se apresuraron á entrar, y un fuerte empujón de mi hombre, me lanzó en su seguimiento. Algunos instantes despues el buque se ponía en camino, y yo creía soñar. »

Desde Riga M. Piotrowski pasó á pié y sin dificultad la frontera, habiendo modificado su traje, pero conservando aun el vestido distintivo del hombre ruso (*rousiki tcheloviek*), el pequeño albornoz (*armiak*) de piel de carnero. Se hacia pasar por mercader de cerda, lo que le permitía recoger en su trayecto los informes necesarios. Despues de haberse informado bien de los obstáculos que podia encontrar pasando de Rusia á Prusia, logró franquear la frontera en pleno dia, sin ser herido por algunos tiros que le dispararon; y refugiándose en un bosque vecino, se cortó la barba y trasformó su traje, despojándose de las insignias de aldeano ruso. En fin, llegó sin dificultad á Königsberg; pero en el momento en que se creía salvado, faltó poco para que no se viese perdido sin remedio. Habia resuelto partir en un vapor para Elbing, y por la tarde se sentó cerca de una casa en ruinas, en un monton de piedras, contando alejarse á la caída de la tarde é ir á dormir en los trigos, esperando la hora de la partida. Rendido de cansancio, se durmió, y le despertó un guarda, que poco satisfecho de sus contestaciones, le arrestó y le condujo al puesto de guardia mas cercano. Llevado ante el comisario de policía, dijo ser francés, trabajador en hilados de algodón, y haber perdido su pasaporte. Oida esta explicacion, le encarcelaron.

Un mes despues, llamado nuevamente ante el comisario, le probaron la falsedad de sus alegaciones y le dejaron ver claramente que pesaban sobre él sospechas graves. Cansado de fingir, y sobre todo, irritado por pasar por un malhechor que se ocultaba, declaró quién era. Un convenio reciente entre la Prusia y la Rusia, obligaba á estos Estados á entregarse mutuamente los fugitivos. Los funcionarios prusianos quedaron conternados al recibir la declaracion de Piotrowski, pues les parecia imposible eludir la convencion. Sin embargo, los principales habitantes de Königsberg y personas muy elevadas, dieron pasos en favor del fugitivo, y la misma autoridad no parecia desear otra cosa que ceder á esta presion. Poco tiempo despues, Piotrowski recibió aviso de que una órden llegada de Berlin prescribia entregarle á las autoridades rusas, pero que se le dejaria el tiempo de escaparse á su costa y riesgo. Ayudado por generosos amigos, al día siguiente estaba en camino de Dantzic.

« Tenia cartas de recomendacion, — dice Piotrowski, — para varias personas de las ciudades de Alemania que debia atravesar, y por do quiera pusieron gran interés en facilitarme el viaje. Gracias á los socorros y ayuda, que en ninguna parte me faltaron, atravesé en breve toda la Alemania, y el 22 de setiembre de 1846 me encontré de nuevo en Paris, que habia dejado cuatro años antes. » (Rufino Piotrowski, *Recuerdos de un siberiano*; traduccion de J. Klaczko.)

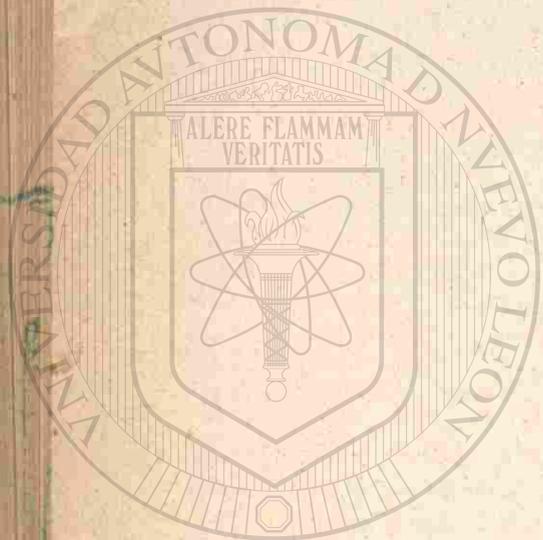


TABLA DE MATERIAS.

	Páginas.
Aristoménés, general de Mesenia. — 684 antes de J.-C.....	1
Demetrio Soter. — 162 antes de J.-C.....	5
Mario. — 85 antes de J.-C.....	8
Attalus. — Siglo vi.....	15
Ricardo, duque de Normandía. — Siglo x.....	21
El duque de Albani. — Siglo xv.....	25
Jacobo V, rey de Escocia. — Siglo xvi.....	28
Benvenuto Cellini. — 1538.....	32
María Estuardo. — 1568.....	51
Caumont de la Force. — 1572.....	57
Enrique rey de Navarra, despues Enrique IV de Francia. — 1575.....	69
Cárlos de Guisa. — 1591.....	74
María de Médicis. — 1619.....	76
Grotius. — 1621.....	81
Isaac Arnauld. — 1635.....	87
El duque de Beaufort. — 1648.....	90
El cardenal de Retz. — 1654.....	94
Quiqueran de Beaujeu. — 1671.....	102
Cárlos II. — 1650.....	107
Blanca Gamond. — 1687.....	118
Juan Bart. — 1689.....	127

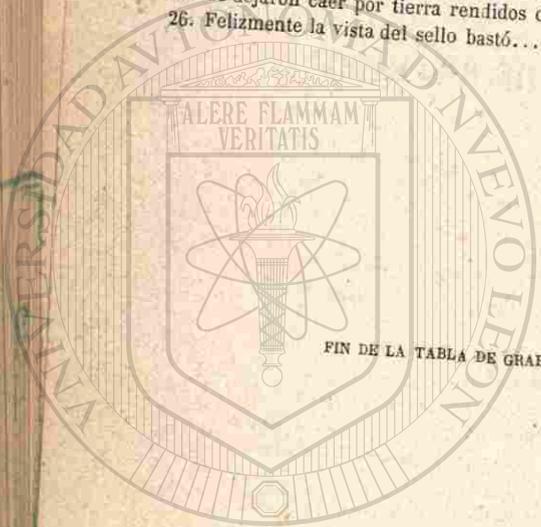
	Páginas.
Duguay-Trouin. — 1694.	132
El abate de Bucquoy. — 1700-1702.	135
Forters, Mac-Intosh, Robert de Keith, Nihisdale y otros jefes de la insurreccion jacobita en Inglaterra. — 1715.	144
Cárlos Eduardo. — 1746.	148
Estanislao Leczinski. — 1734.	157
El baron de Trenck. — 1746-1763.	162
Casanova de Seingalt. — 1757.	208
Latude. — 1750-1784.	275
Beniowski. — 1771.	296
Evasion de doce sacerdotes salvados por Geoffroy Saint-Hilaire. — Setiembre de 1792.	303
De Chateaubrun. — 1794.	305
Sidney-Smith. — 1797.	309
Pichegru, Ramel, Barthelmy, de Larue, etc. — 1797.	314
El coronel de Richemont. — 1809.	321
El capitan Grivel. — 1810.	327
Lavalette. — 1815.	329
Giovanni Arrivabene, Ugoni y Scalvini. — 1822.	339
Marrast, Guinard, Godofredo Cavaignac y otros prisioneros polí- ticos. — Julio de 1834.	344
Rufino Piotrowski. — 1846.	347

FIN DE LA TABLA DE MATERIAS.

TABLA DE GRABADOS.

	Páginas.
1. Descubrió en fin una estrecha abertura.	3
2. Lo condujeron hácia el mar.	13
3. Pudo franquear las murallas y salir de la ciudad.	23
4. Fuí dividiendo las sábanas en tiras.	35
5. Se echaron sobre mí y me mordieron cruelmente.	45
6. Remó vigorosamente hasta la opuesta orilla.	55
7. No os movais, le dijo, están ahí aun.	61
8. Abrió el cofre y Grotius salió.	83
9. Soltó la cuerda y se arrojó al mar.	103
10. Poco faltó para que viniésemos á las manos.	113
11. Tuve que sostenerme con una sola mano.	121
12. El soldado me agarró el pié.	167
13. Nuestro traje, nuestras cabezas descubiertas, todo decia lo que éramos.	181
14. Tendí á mis piés al primer granadero que se presentó.	195
15. Oí con un pavor mortal el ruido del cerrojo y de la puerta.	215
16. Se quejaba de que habia echado mucha manteca.	229
17. El padre Balbi se deslizó en mis brazos.	241
18. El monje se agarró á la cintura de mi pantalon para se- guirnos.	249
19. Aquí voy á enterraros vivo ó muerto.	271

	Páginas.
20. Vi venir una ronda mayor.....	287
21. Grité yo mismo : ¡A ese! ¡al ladrón!.....	293
22. El obrero tenía un cuchillo y cortó las cuerdas.....	307
23. Sidney-Smith fingió sorprenderse.....	311
24. Me cubría el rostro con el pañuelo.....	333
25. Se dejaron caer por tierra rendidos de fatiga.....	341
26. Felizmente la vista del sello bastó.....	359



—
 IMPRENTA GENERAL. — LAHURE.
 calle de Fleurus, 9, Paris.
 —

U A N L

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

